

MARK TWAIN

JUANA DE ARCO



La asombrosa aventura
de la Doncella de Orleans



Juana de Arco es un relato realista, vigoroso, magnífico y evocador, que nos transporta al dramático contexto de la Guerra de los Cien Años, con la Europa cristiana en llamas y Francia en peligro de perder su territorio. La acción gira en torno de la figura sublime, insigne y valerosa de Juana de Arco, una jovencísima doncella de Orleans que, al oír la llamada de unas voces, se siente llamada por Dios, y pretende nada menos que solventar el conflicto participando directamente en la batalla.

A través de estas emocionantes páginas se suceden, una tras otra, escenas de heroísmo, unidas a la figura leal de Louis de Conte, escudero de Juana y compañero de sus triunfos en el campo de batalla, al que el genio narrativo de Twain hace presunto autor de esta grandiosa historia, que podría figurar entre las más increíbles leyendas de caballería, incluido el trágico final de la Doncella de Orleans, quemada viva en la hoguera.



Mark Twain

Juana de Arco

ePub r1.0

Titivillus 18.06.16

Título original: *Personal Recollection Of Joan Of Arc*

Mark Twain, 1896

Traducción: Rafaél Gómez López-Egea

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRESENTACIÓN

«Estoy ahora plenamente convencido de que *Juana de Arco*, el último de mis libros, es el que he logrado plenamente». Esta afirmación tan rotunda del autor, causará seguramente sorpresa en muchos lectores que le conocen a través de esas dos joyas de la literatura americana: *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckelberry Finn*, este último más conseguido aún que el primero.

En efecto, llama la atención que a MARK TWAIN se le ocurriera escribir una biografía de JUANA DE ARCO. Sin embargo, ahí están esas palabras tuyas, que colocan a este libro por encima de todos los demás. El autor emprendió esta tarea con una atenta dedicación a ella: observó sobre el terreno el ambiente en que se había desarrollado la vida de la heroína francesa, estudió cuidadosamente los documentos, tan abundantes, del Proceso de Condenación y del Proceso de Rehabilitación de la Santa, escudriñó todo lo que, incluso en épocas lejanas, se había escrito acerca de ella. Mucho debió de atraer a Mark Twain la gesta de Juana de Arco, cuando tanto empeño puso en dibujar la personalidad de esa heroína, hoy llevada a los altares. Y lo hizo con el máximo acierto. Muchos escritores han acometido la empresa de describir la asombrosa aventura de la Doncella de Orleáns; siendo sus escritos excelentes, ninguno supera al de Mark Twain.

Incluso de manera que parece claramente espontánea, su estilo narrativo, en esta obra, nos lleva a la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que en ella se narran, empleando un inglés de corte clásico, diferente del lenguaje coloquial que utiliza en sus demás obras y que fue una de sus aportaciones más notables a la literatura americana. Esto no facilita, por cierto, su versión a otro idioma, pero es éste un reto con el que nuestro traductor se ha enfrentado decididamente, saliendo victorioso.

Recuerdos personales sobre Juana de Arco —Personal Recollections of Joan of Arc— es el último título que Mark Twain eligió para este libro y,

además, lo firmó con un seudónimo diferente del que habitualmente utilizaba: Jean François Alden. Para desarrollar el relato, acude al artificio literario de hacer que el fiel escudero de Juana, Louis de Conte, sea quien nos cuente toda la historia, de la que es cierto que fue un espectador —e incluso en no pocos sucesos protagonista— de excepción, con lo cual los acontecimientos adquieren una inmediatez emocionante, permitiéndonos acercarnos a la protagonista hasta en los más delicados matices de su personalidad, que nos capta, que nos «obliga» a identificarnos con ella y a participar de su ingenuidad infantil en su pueblo natal, Domrémy; de su firmeza en la decisión de llegar ante el Rey; del magnetismo que ejercía en aquellas tropas, compuestas de elementos indeseables, brutales, asesinos, incluidos algunos de sus jefes supremos. Nos quedamos perplejos ante su inverosímil destreza para montar a caballo —sin haberlo nunca hecho anteriormente—, para llevar la armadura, para manejar la espada —aunque jamás dio muerte a nadie con ella —, en el centro del más terrible fragor de una batalla.

Admiramos su serenidad natural, cuando se mueve con todo aplomo entre personalidades del más alto rango social, cuando consigue que el «Delfín» — como ella le llamaba, pues se negó a llamarle rey mientras no estuvo coronado— viaje a Reims para ser consagrado y convertirse en Carlos VH de Francia. Y esa admiración sube al máximo, cuando la vemos ante aquel Tribunal irregular y sectario, que durante días y días la somete a interrogatorios agotadores y sembrados de lazos y celadas, intentando hacerle pronunciar palabras que permitirían fundar la acusación de hereje; intentos vanos, pues la combinación del característico sentido común y de la sencillez de Juana, a sus diecisiete años, y de la inspiración divina destrozaba todas esas trampas, a veces con respuestas sublimes. Y por último su ignominiosa condena y su terrorífica muerte en la hoguera.

Esta es la historia, que más bien parece una leyenda de caballería, en la que una chiquilla campesina de diecisiete años, sin ninguna formación, que ni siquiera sabe leer ni escribir —a duras penas tuvo que aprender a escribir su nombre—, es nombrada Comandante en Jefe de todos los Ejércitos para que acabe, al frente de ellos, con la Guerra de los Cien Años, arrinconando a los invasores ingleses y consiguiendo que al poco tiempo fuesen totalmente expulsados de Francia. Esta fabulosa historia nos hace saborear el impecable y ameno estilo de Mark Twain, cuya vida, si no tuvo carácter de epopeya, si transcurrió cuajada de avatares.

Nacido en Florida, una pequeña ciudad del estado de Misuri, en 1835,

quedó sin padre cuando sólo tenía doce años. A partir de ese momento, Samuel Laghorne Clemens, como se llamaba, tiene que lanzarse al mundo, desempeñando los más diversos y hasta pintorescos trabajos, desde buscador de oro, hasta piloto de un barco de los que navegaban por el Misisipí. Precisamente a orillas de este gran río fue cuando se le ocurrió el seudónimo con el que iba a ser mundialmente conocido, al oír la voz de un sondeador que, en el lenguaje de su profesión, gritaba: «*mark twain!*»—«¡marca dos!», dos brazas.

Ya entonces había escrito mucho, colaborando como reportero en diversos periódicos e incluso dirigiendo uno en Virginia —y más tarde otro en Buffalo—, en el que empezó a utilizar su célebre seudónimo. Pero cuando verdaderamente cuajó su vocación de escritor fue a raíz de un viaje que hizo a Hawai para dar unas conferencias. Desde ese momento su nombre se inscribe en la literatura universal.

Su humor fino y crítico, con leves matices pesimistas, conecta con el pueblo del que brota y al que se dirige; *Un yanki de Connecticut en la Corte del Rey Arturo*, puede codearse holgadamente con *Los papeles postumos del Club Pickwick* o con *El fantasma de Canterville*. Su fama ya es imparable, hasta llegar a recibir los doctorados de honor de las Universidades de Oxford, de Yale y de Misuri.

Falleció en su granja de Redding (Connecticut), en el año 1910.

PRIMERA PARTE

1

Estamos en el año de 1492. Tengo ochenta y dos de edad. Los episodios de los que voy a hablaros son hechos que yo mismo contemplé durante mi infancia y adolescencia. En las leyendas, romances y canciones dedicadas a Juana de Arco que todos vosotros y el resto de la gente leéis, recitáis y entonáis gracias a los libros estampados con el nuevo arte de imprimir, recientemente inventado, se hace repetida mención de mí, el caballero Luis de Conte. Yo fui su paje, asistente y secretario. Estuve con ella desde el principio hasta el final.

Me crié con ella, en el mismo pueblo. Jugábamos juntos a diario cuando éramos niños los dos, lo mismo que vosotros jugáis con vuestros compañeros. Ahora, cuando nos damos cuenta de lo grande que fue, ahora que su nombre es conocido en el mundo entero, puede resultar increíble que yo esté diciendo la verdad. Es como si un triste cirio, débil y de corta duración, al hablar del sol eterno y refulgente que recorre los cielos, dijera: «Él fue mi camarada y vecino cuando los dos éramos cirios».

Y, sin embargo, en mi caso, ésta es la verdad, tal como yo la digo. Fui su compañero de juegos y luché a su lado en la guerra. Hasta hoy conservo en mi memoria, bello y nítido, el retrato de aquella querida figurita, con el cuerpo inclinado sobre el cuello de su caballo, que volaba, cargando al frente de los ejércitos de Francia. Sus cabellos le flotaban sobre la espalda, su coraza de plata se adentraba cada vez más y más profunda y firmemente en el fragor de la batalla, perdiéndose algunas veces de vista entre las agitadas cabezas de los caballos. Espadas levantadas, plumas flotando en el aire, sobresaliendo de los escudos protectores.

Permanecí siempre a su lado, hasta el final. Y cuando amaneció aquel negro día —cuya sombra acusadora caerá siempre sobre la memoria de los clérigos mitrados franceses, sometidos a Inglaterra, que fueron sus asesinos, y sobre Francia, que permaneció inactiva y no negoció el rescate, en todas estas

circunstancias—, mi mano fue la última que ella tocó en vida.

Con el paso de los años y las décadas, cuando la imagen radiante de la maravillosa niña sobre el cielo de la guerra en Francia, primero, y el recuerdo de su muerte entre las nubes de humo de la pira, después, se perdió profundamente en el pasado, volviéndose tenue y delicado, divino y patético, entonces llegué a comprenderla y a reconocerla como lo que realmente fue: la vida más noble que haya nacido jamás, salvo Una.

2

Yo, el caballero Luis de Conte, nací en Neuf château, el 6 de enero de 1410. Es decir, dos años antes de que Juana de Arco naciese en Domrémy. Mi familia había huido a esos lugares lejanos, desde las cercanías de París, en los primeros años del siglo. En aquellos momentos eran Armagnacs... es decir, partidarios de nuestro propio Rey francés, a pesar de encontrarse loco e imposibilitado. El partido borgoñón, que era favorable a los ingleses, les había despojado de todos sus bienes, tarea consumada concienzudamente. Se llevaron todo, menos el título de pequeña nobleza que correspondía a mi padre. Cuando éste llegó a Neuf château, era pobre, y su espíritu estaba profundamente quebrantado. Sin embargo, el clima político de la región era el que le gustaba a él, y eso representaba mucho para su tranquilidad. Aquel era un lugar relativamente pacífico, a diferencia del que abandonó, poblado de furias y violencias, locos y endemoniados, donde el crimen era una diversión frecuente y nadie podía tener su vida asegurada ni un solo instante.

En París, el populacho rugía por las calles, toda la noche dedicado a saquear, incendiar y asesinar sin que nada les molestase en su empeño, sin que nadie les impidiese hacerlo. El sol se levantaba sobre edificios en ruinas humeantes, cadáveres mutilados que aparecían por todas partes en las calles, en la misma posición en que fueron abatidos. Eran despojados de sus ropas rápidamente por ladrones, profesionales del robo, que seguían a la muchedumbre destructora. Nadie se atrevía a retirar los muertos y darles sepultura, al contrario, eran abandonados en descomposición, con riesgo de que propagaran terribles epidemias.

Y las plagas se producían. Provocaban gran mortandad entre las poblaciones, que desaparecían a millares, cuidando sus familiares que los funerales se llevaran a cabo durante la noche, pues no se permitían actos públicos por miedo a que la gravedad de la epidemia atemorizase a la gente y la llevara a la desesperación. En tales circunstancias, cayó sobre Francia uno de los inviernos más fríos que se recordaban en los últimos quinientos años.

Trajo consigo hambre, peste, matanzas, hielo, nieve... París padeció todos estos desastres al mismo tiempo. Los muertos se amontonaban en las calles y hasta los lobos se atrevieron a entrar en la ciudad, a plena luz del día, devorando los cadáveres sin que nadie se lo impidiese.

Aquello era horrible... ¡Francia había caído bajo... tan bajo! Durante más de tres cuartos de siglo, las garras inglesas habían hecho presa en sus carnes y sus ejércitos estaban tan desmoralizados por las continuas retiradas y derrotas, que —según las habladurías confirmadas con la práctica— la sola vista del ejército inglés bastaba para poner a los franceses en fuga. Cuando yo tenía cinco años, el increíble desastre de las armas francesas en la batalla de Agincourt, se abatió sobre el país, dejándolo consternado. Aunque el rey inglés regresó a su tierra, a disfrutar la gloria del triunfo, dejó a Francia postrada y a merced de bandas de soldados mercenarios, licenciados del ejército, que habían servido al partido borgoñón. Una de estas bandas, en sus habituales incursiones, pasó una noche por nuestro castillo de Neuf château, incendiaron los techos de paja y madera, y a la luz del fuego pude ver cómo todos mis seres queridos (salvo mi hermano mayor que estaba en la corte del rey) eran asesinados mientras imploraban misericordia a sus verdugos. Escuché a los asesinos reírse de sus súplicas y parodiar sus gestos. A mí no me vieron y gracias a eso escapé sin daño. Cuando se marcharon aquellos asesinos, abandoné mi escondrijo llorando inconsolable el resto de la noche, al mismo tiempo que contemplaba los restos de las casas que ardían. Me encontraba completamente solo, exceptuando la compañía de los muertos y heridos, ya que los demás vecinos habían huido y se habían ocultado.

Después de esto, fui enviado a Domrémy, a casa de un sacerdote amigo. Su ama de llaves se portó conmigo como una madre cariñosa. El sacerdote, pasado algún tiempo, me enseñó a leer y a escribir, de modo que él y yo acabamos por ser los únicos del pueblo que teníamos tales conocimientos. En la época en que la casa de aquel buen sacerdote, Guillermo Fronte, se convirtió en mi hogar, tenía yo seis años. Vivíamos al lado de la iglesia del pueblo; el pequeño jardín de los padres de Juana, daba a la parte de atrás del templo. La familia de nuestros vecinos estaba compuesta por Santiago de Arco, el padre, su esposa, Isabel Romée y tres hijos: Santiago, de diez años, Pedro, de ocho, y Juan, de siete. Las niñas eran dos: Juana, que tenía cuatro, y su hermana menor, con apenas un año.

Desde el primer momento, estos niños fueron mis compañeros de juegos. También tuve otros amigos, especialmente cuatro chicos: Pedro Morel,

Esteban Roze, Noel Rainguesson y Edmundo Aubrey, cuyo padre era en aquel tiempo alcalde de Domrémy. También recuerdo a dos niñas, que tenían aproximadamente la misma edad de Juana y que eran sus preferidas: una se llamaba Haumette y la otra Pequeña Mengette. Las niñas eran hijas de modestos campesinos, lo mismo que la propia Juana. Cuando se hicieron mayores, contrajeron matrimonio con labradores corrientes, de humilde posición. Sin embargo, muchos años después, ningún forastero de paso, por muy importante que fuese, dejaba de presentar sus respetos a aquellas dos mujeres, que en su adolescencia habían sido honradas con la amistad de Juana de Arco.

Todos ellos eran excelentes personas, más o menos como la mayoría de los campesinos de entonces. No es que fueran brillantes, por supuesto —tal cosa no podía esperarse—, pero sí tenían buenos sentimientos y eran agradables, obedientes a sus padres y al sacerdote.

Al hacerse mayores, asimilaron la acostumbrada dosis de prejuicios y pequeños egoísmos aprendidos de los adultos, y los incorporaban a su comportamiento habitual sin mayores inconvenientes, y también, por supuesto, sin darse mucha cuenta de lo que hacían. Habían heredado su religión y sus ideas políticas. Juan Huss y sus compañeros herejes podían encontrarle defectos a la Iglesia, pero en Domrémy no perturbaban la fe de nadie. Cuando se produjo el cisma —yo tenía entonces catorce años— y coincidieron tres papas al mismo tiempo, ninguna persona del pueblo se preocupaba sobre cuál de ellos elegir: sólo era legítimo el Papa de Roma. Un Papa de cualquier otro lugar que no fuese Roma, no podía ser considerado plenamente Papa. Todos y cada uno de los habitantes del pueblo se consideraba un Armagnac, un patriota. Si nosotros, los chiquillos, odiábamos apasionadamente algo en el mundo, eso era a los ingleses y a los borgoñones, y nuestra actitud vital respondía a este sentimiento.

3

Nuestro Domrémy era como cualquiera otra aldea de aquellos tiempos lejanos en esa perdida región. Un laberinto de sendas torcidas y estrechas, de veredas sombrías, veladas por los aleros de los tejados hechos con ramas y sarmientos, parecidos a pajares. El interior de las casas estaba débilmente iluminado por ventanas con postigos de madera... es decir, unas aberturas en las paredes que hacían de ventanas. Los suelos eran de tierra y sobre ellos se veían escasos muebles. La cría de ovejas y la ganadería eran la principal fuente de riqueza. La gente joven trabajaba en guardar los rebaños.

El emplazamiento de la aldea era de notable belleza. A un extremo del pueblo se abría una hermosa llanura que descendía hasta el río Mosa, describiendo amplia curva. Al otro extremo, una cuesta ascendía en pendiente, rodeada de altas hierbas, hasta la altura que la remataba, donde se encontraba un denso bosque de robles. Aquel bosque, sombrío y apretado, ofrecía gran interés para nosotros, los niños, puesto que —según contaban— los bandidos habían cometido allí muchos crímenes en tiempos remotos. Pero, todavía más lejos, habitaban aquel bosque portentosos dragones que arrojaban fuego y vapores venenosos por sus narices. De hecho, todavía en nuestra época quedaba allí uno de ellos. Era tan grande como un árbol y tenía el cuerpo tan ancho como una cubeta de vino. Sus escamas semejabán enormes tejas superpuestas, unas sobre otras, y sus ojos, de color rojo vivo, parecían tan grandes como el sombrero de un caballero. Una especie de uña remataba la cola, como un ancla de considerable tamaño... no sé a qué compararla, pero era algo muy grande, extraordinariamente grande, incluso para un dragón, como explicaban todos los expertos en dragones.

Predominaba la creencia de que ese dragón era de color azul brillante con manchas doradas, pero la verdad es que nadie lo vio nunca. En consecuencia, no estábamos seguros de que ése fuera su color, era sólo una opinión. Yo no pensaba así. Considero poco razonable formarse una opinión cuando no hay suficientes pruebas que la fundamenten. Si hubiéramos de crear a una persona

desprovista de huesos, podría resultar agradable de aspecto, pero sería blanda y no lograría mantenerse en pie. Del mismo modo, yo pienso que la *evidencia* es como el hueso de una opinión.

Pero volveré a hablar de este asunto con más calma en otro momento, e intentaré demostrar lo acertado de mi posición. Respecto al dragón, siempre defendí la creencia de que su color debía ser el oro, sin azul, ya que éste fue siempre el color de los dragones. En nuestro caso, que el dragón habitaba a corta distancia, en el interior del bosque, lo prueba el hecho de que Pedro Morel se encontraba un día en el lugar, percibió su olor y pudo reconocerlo por él. Eso nos proporcionaba la estremecedora idea de lo cerca que podemos tener el más mortal de los peligros, sin que lo sospechemos.

En los tiempos antiguos, al menos un centenar de caballeros habrían acudido allí, uno tras otro, con el propósito de matar al dragón y cobrar la recompensa. Pero esa costumbre había perdido vigencia por aquellos días y era el sacerdote el encargado de eliminar el peligro de los dragones. En este caso fue el padre Guillermo Fronte quien lo hizo. Organizó una procesión, con velas e incienso, acompañada de estandartes, y la llevó alrededor de los límites del bosque para exorcizar a la fiera. Desde entonces, no se volvió a hablar nunca del dragón, aunque, según decían algunos campesinos, su olor no llegó a desaparecer por completo. Y no es que nadie percibiera el olor, porque ninguno lo notó, sino que era sólo una opinión, como la otra, ¿sabéis?... Es decir, sin *evidencia*, y por eso, podríamos decir que «carecía de hueso». Estoy seguro de que la horrible criatura se encontraba en el bosque antes del exorcismo del sacerdote, pero si estuvo allí después, o desapareció, es cosa que yo no puedo asegurar.

Hacia la zona alta de Domrémy, en dirección a Vaucouleurs, en un gran espacio abierto y tapizado de césped, se erguía una majestuosa haya, con frondosas ramas que se extendían a considerable distancia y ofrecían una amplia capa de sombra. Junto al haya brotaba un cristalino manantial de agua fresca, aumentando la belleza del lugar que, en los días del verano, era visitado por los niños. Iban allí —todos los veranos, desde hacía quinientos años—, iban allí y cantaban y bailaban juntos alrededor del árbol durante horas enteras, refrescándose en el manantial de vez en cuando, en una pausa que les resultaba muy agradable y gozosa.

También trenzaban guirnaldas de flores y las colgaban del árbol o las colocaban en torno al manantial, para alegrar a las hadas que habitaban el lugar. A ellas les gustaba mucho aquello, puesto que las ociosas, inocentes y

diminutas criaturas que son las hadas se muestran encantadas con todas las cosas delicadas y bellas, tales como las flores silvestres preparadas de aquel modo. A cambio de esta atención, las hadas se mostraban cariñosas con los niños y hacían por ellos todo lo que más les gustaba, tal como conservar el manantial siempre fresco y limpio y alejar las serpientes o insectos dañinos. Así, nunca hubo la menor sombra de enemistad entre los niños y las hadas durante más de quinientos años —la tradición dice que fueron mil—, antes al contrario, mantenían el más caluroso afecto y la más perfecta confianza y fidelidad. Siempre que un niño moría, las hadas le lloraban con la misma pena que sus compañeros de juego. Prueba de ello era que antes del alba, en el día del funeral, colocaban una pequeña corona sobre el mismo lugar en que el niño muerto acostumbraba a sentarse bajo el árbol. He visto con mis propios ojos que esto es verdad, no una leyenda. El hecho que demostraba que eran las hadas quienes hacían la corona para el niño, era que estaba formada por flores negras, de una variedad desconocida en cualquier parte de Francia.

Quizá por eso, desde tiempo inmemorial, todos los niños criados en Domrémy fueron llamados los «Niños del Árbol». Ellos se mostraban encantados con el título, que llevaba consigo un privilegio especial, no concedido a ninguno de los demás niños del mundo. El privilegio consistía en que, cuando algún niño de Domrémy estaba a punto de morir, sobre la visión nublada de los últimos momentos, la imagen del árbol se aparecía, dulce, fuerte y hermosa... siempre que el alma del moribundo estuviera limpia.

Al menos, esto era lo que afirmaban algunos. Otros creían que la visión podría presentar dos modalidades: la primera, en que el árbol surgía como aviso al niño, dos años antes de su muerte, con el aspecto desolado y yerto propio del invierno, debido a que el alma se encontraba en poder del pecado. En tal situación, el espíritu del pequeño quedaba invadido por un temor espantoso. Si llegaba el arrepentimiento y el alma recobraba su pureza, la visión del árbol volvía de nuevo, pero con todo su frescor y belleza del verano. Pero si el alma no se arrepentía, entonces la imagen se borraba definitivamente, y el espíritu agonizante abandonaba la tierra, conociendo cuál iba a ser su destino.

La segunda modalidad afirmaba que el árbol sólo se aparecía una vez, y a las almas puras que morían perdidas en lejanas tierras, ansiosas por encontrar en esos momentos algún último recuerdo de su querido hogar. Y ¿qué mejor recuerdo podía alegrar su corazón que la figura del árbol predilecto de su cariño, compañero de sus goces y consuelo de sus pesadillas en los

maravillosos tiempos de la perdida adolescencia?

De este modo se sucedían todas estas variadas tradiciones, en las cuales creían unos y otros, de acuerdo con sus preferencias. Yo creo que sólo una de las tradiciones es cierta, y, según mi opinión, es la última que he expuesto. No me atrevería a decir nada en contra de las demás, considero que también eran verdad, pero sólo sé que la última lo es enteramente. En mi opinión, si uno se centra en las cosas que sabe, y olvida las que no le convencen del todo, las conservará mejor en su mente... y esto es una ventaja.

Sé que si los Niños del Árbol mueren en una tierra lejana, entonces —si están en paz con Dios— vuelven sus ojos ansiosos al hogar y allí, brillando en la distancia, como a través de una nube que ocultara el cielo, contemplan la dulce imagen del Árbol de las Hadas teñido con el ensueño de una luz dorada. Ven el florido hidromiel derramándose hacia el río y a su olfato moribundo llegará, desvaída y dulce, la fragancia de las flores de su hogar. Más tarde, la visión se desvanece hasta desaparecer... ¡Pero ellos lo saben, ellos lo saben! Y a través de sus rostros, felices y transfigurados, podéis adivinarlo vosotros también, vosotros que permanecéis junto a ellos observándolos. Sí, vosotros sabéis que el mensaje les ha llegado y que les ha venido del cielo.

Juana y yo pensábamos lo mismo sobre este asunto. En cambio, Pedro Morel, Santiago de Arco y muchos otros compañeros creían en la visión del árbol que se aparece dos veces... a un pecador. En efecto, lo mismo ellos que otros muchos afirmaban que lo *sabían*. Quizá porque sus padres lo creyeron antes y se lo dijeron a ellos. En verdad, la mayoría de las cosas de este mundo las aprende uno de otras personas.

Una de las razones que podrían explicar la realidad de las dos apariciones del árbol, es un fenómeno conocido en nuestro pueblo. Desde los tiempos más antiguos, cuando alguien contemplaba a uno de los habitantes del lugar con el rostro gris ceniza y agarrotado por un terror fantasmal, todo el que lo veía susurraba a su vecino: «¡Mira, está en pecado y ha recibido su advertencia!». Y el compañero le contestaba: «Sí, pobre desdichado, ha visto el Árbol».

Desde luego, tales evidencias tienen su importancia. No deben ser despreciadas con un gesto superficial. Cualquier hecho respaldado por la experiencia acumulada a través de los siglos, se encuentra cada vez más cerca de convertirse en una prueba. Y si se repite una y otra vez, llegará a ser considerada con fuerza de autoridad. Y la autoridad es como una roca inamovible que permanece siempre.

A lo largo de mi vida, he visto varios casos en los que el árbol apareció anunciando una muerte que estaba aún lejana. Pero en ninguno de estos casos, la persona implicada en la visión se encontraba en pecado. No, la visión era tan sólo una gracia especial. En lugar de dejar para el momento de la muerte el conocimiento de la salvación de aquella alma, la aparición del árbol la anunciaba ya anticipadamente y aseguraba la paz en el espíritu —paz que ya no podía ser alterada—, la paz eterna de Dios. Yo mismo, viejo y quebrantado, aguardo con tranquilidad, porque he tenido la visión del Árbol. Lo he visto y estoy contento.

Desde los tiempos más remotos, cuando los niños juntaban sus manos y danzaban alrededor del Árbol de las Hadas, entonaban una canción llamada la «Canción del Árbol», es decir, la Canción de «L'Arbre Fée de Bourlemont». La cantaban al son de una linda y dulce tonada. Alegre y dulce tonada que ha sonado en mi espíritu soñador toda mi vida, en los momentos que me he sentido fatigado y disgustado. La canción me servía de alivio y me transportaba nuevamente a mi hogar, a través de la noche y de la distancia.

Ningún forastero puede comprender o sentir lo que esa canción ha supuesto para los Niños del Árbol desterrados, sin hogar y con el corazón angustiado en tierras extrañas a su lengua y a sus costumbres.

Es posible que la canción os parezca simple, o, tal vez, pobre. Pero si tenéis en cuenta el sentido que tenía para nosotros y lo evocadora que resultaba a nuestra imaginación cuando la recordábamos, entonces seguro que la respetaréis. Y comprenderéis también que brotara el llanto de nuestros ojos, se nublara nuestra vista y se quebraran las voces hasta impedirnos cantar las últimas estrofas:

*«Y cuando en el exilio vaguemos
y, débiles, ansiemos vislumbrarte,
¡Oh, muéstrate a nosotros!».*

Tendréis presente que Juana de Arco, entonaba esta canción con nosotros en torno al Árbol cuando era una niña, y que disfrutaba con ello, haciéndola mejor... Sí, estaréis de acuerdo con esto.

EL ÁRBOL DE LAS HADAS DE BOURLEMONT

(Canción de los niños)

Mas ¿qué ha conservado tus hojas tan verdes,

Árbol de las Hadas de Bourlemont?

*¡Las lágrimas de los niños! Ellos venían con sus penas,
y tú consolabas y animabas*

*sus dolidos corazones, y recogías una lágrima
para regar cada una de tus hojas.*

Y ¿qué te ha hecho crecer tan fuerte,

Árbol de las hadas de Bourlemont?

¡El amor de los niños! Te han querido mucho tiempo:

Un millar de años, en verdad

Te han alimentado con alabanzas y canciones.

Han dado calor a tu corazón y lo han conservado joven...

¡Mil años de juventud!

¡Permanece siempre verde en nuestros corazones jóvenes,

Árbol de las hadas de Bourlemont!

Y siempre jóvenes seremos

sin percibir el paso del Tiempo,

y, cuando en el exilio vaguemos

Y, débiles, ansiemos vislumbrarte,

¡Oh, muéstrate a nosotros!

Las hadas habitaban el bosque cuando éramos niños, pero nunca las vimos. Unos cien años antes, el sacerdote de Domrémy, durante una ceremonia bajo el Árbol, las había rechazado, advirtiéndoles que nunca deberían aparecer ante los seres humanos, bajo pena de ser expulsadas para siempre de aquel lugar. Los niños defendieron a las hadas, afirmando que eran amigas suyas y que nunca habían hecho daño, pero el sacerdote no les hizo caso y dijo que era una vergüenza tener semejantes amigas. Pese a todo, los pequeños tomaron el acuerdo de continuar colgando guirnaldas de flores en el árbol como señal de que los niños recordaban a las hadas y las querían aunque ya no se dejasen ver.

Muchos años más tarde, ya en nuestra infancia, ocurrió un desgraciado acontecimiento. La madre de Edmundo Aubrey pasó un buen día cerca del

Árbol, cuando las hadas, creyendo que nadie las veía, bailaban una de sus danzas. Estaban tan entusiasmadas con su fiesta que no se dieron cuenta de nada. Así que *madame* Aubrey permaneció allí quieta, sorprendida y admirada, viendo a los fantásticos seres tomados de las manos —serían unos tres centenares de ellos— y dando gritos al mismo tiempo que formaban un círculo del tamaño de una habitación normal.

Uno o dos minutos más tarde, las pobres criaturas descubrieron a la señora. Muy asustadas al verla, huyeron cada una por su lado, con sus pequeñas manos apretadas sobre los ojos y llorando. Y así desaparecieron. La tonta de la mujer, fue corriendo a su casa y contó a los vecinos lo que había visto. A la mañana siguiente, lo sabía todo el pueblo, de modo que el sacerdote no tardó en enterarse, por lo que se vio forzado a cumplir la promesa de expulsar a las hadas que se hicieron visibles a los humanos.

Todos acudimos en masa ante el padre Fronte, llorando y rogando, de modo que también él acabó llorando, pues tenía una naturaleza muy bondadosa y delicada. Él no quería expulsar a las hadas y así nos lo dijo. Pero no tenía elección, puesto que lo ordenado era que si alguna vez se volvían visibles, deberían marcharse. Aquello ocurrió en mal momento, ya que nuestra mejor valedora, Juana de Arco, estaba enferma con fiebre y deliraba. ¿Qué podíamos hacer nosotros, que no teníamos sus dotes de argumentación para convencer a los demás? Volamos como un enjambre junto a su cama y le gritamos: «¡Juana, despierta! ¡Despierta, no hay tiempo que perder! ¡Ven y defiende a las hadas, ven a salvarlas, sólo tú puedes hacerlo!».

Pero la cabeza se le iba. No entendía nuestras palabras ni lo que deseábamos de ella. Así que nos marchamos, sabiendo que todo estaba perdido. Sí, todo estaba perdido, perdido para siempre. Las amigas fieles de los niños durante quinientos años debían marcharse y no volver nunca más.

Fue muy triste el día que el padre Fronte expulsó a las hadas. No podíamos vestir luto para que no lo notaran los mayores. Así que nos contentamos con un harapo negro atado a nuestros vestidos en un sitio que no se viera. Desde entonces, el gran Árbol —L'Arbre Fée de Bourlemont era su hermoso nombre— no volvió a ser lo que fue, aunque nosotros lo seguíamos queriendo. Todavía ahora, una vez al año, a pesar de mi avanzada edad, voy a visitarlo, para sentarme bajo sus ramas y recordar a mis compañeros de juegos con los ojos empañados por las lágrimas. Él lugar no volvió a recuperar su encanto. No podía ser, por más de una razón. Al faltar la protección de las hadas, el manantial perdió parte de su limpieza y frescura y más de dos tercios

de su caudal. Además, las serpientes y los insectos dañinos volvieron a aparecer, se multiplicaron y convirtieron en una considerable molestia, y así han seguido hasta nuestros días.

Cuando la juiciosa niña, Juana, recobró la salud, nos dimos cuenta de que, efectivamente, ella habría conseguido salvar a las hadas. Se enfadó mucho, quizá demasiado para una criatura tan pequeña como era. Se fue directamente de cara al padre Fronte y haciéndole una reverencia, dijo:

—Las hadas sólo debían irse en el caso de que se mostraran a la gente, ¿no es eso?

—Sí. Así era, querida niña.

—Pero si un hombre —prosiguió Juana— va a espiar a otra persona en su habitación a medianoche cuando se encuentra sin ropa, ¿puede decirse que esa persona se exhibe deliberadamente a ese hombre?

—Claro... no —exclamó el buen sacerdote un poco turbado ante la insistencia de la pequeña.

—¿Se comete pecado aunque no se tuvo intención de cometerlo?

El padre Fronte, alzando las manos, exclamó:

—¡Oh, querida niña! Comprendo lo que dices. Siento lo ocurrido.

El sacerdote la atrajo hacia él y trató de hacer las paces con ella. Pero el enfado de la niña era tan grande que no se disipaba fácilmente. De pronto, escondió su rostro en el pecho del sacerdote y rompió a llorar, diciendo:

—Pues entonces las hadas no hicieron nada malo, puesto que no tuvieron intención de cometer su falta y no sabían que hubiera nadie cerca. Entonces, era injusto haberlas expulsado de su hogar para siempre. Era injusto obrar así.

El buen padre, la abrazó con ternura, y dijo:

—Los irreflexivos y descuidados son castigados por boca de los niños y lactantes, y condenados por ellos. ¡Ojalá que yo pudiera hacer volver a esos pequeños seres! Lo haría por ti, y también por mí, porque he sido injusto. Vamos, vamos, no llores. Nadie siente esto más que yo, tu viejo y pobre amigo... No llores, querida.

—Pero es que no puedo callarme de repente, he de continuar. Y además, no es cosa de poca importancia esto que habéis hecho. ¿Os parece que con decir «lo lamento» basta para lavar una acción como ésta?

Muy divertido en el fondo, el padre Fronte no tuvo más remedio que volver la cara para otro lado, para no ofender a la niña con la risa que le asaltaba, incontenible, y añadió:

—Confieso que el castigo a mi acción no es suficiente. Me parece que tu acusación es justa, aunque cruel. Me pondré cilicio y me echaré ceniza. Así, ¿te parecerá bastante?

Al oír esto, el llanto de Juana comenzó a disminuir de intensidad, hasta que miró al anciano a través de las lágrimas y afirmó con aire comprensivo:

—Bueno, me parece que puede servir, si eso os limpia de culpa...

Al padre Fronte le asaltaron de nuevo los deseos de reír, pero se contuvo, al recordar su papel de seriedad penitente y el pacto que acababa de acordar con la pequeña, cosa no muy agradable, por cierto. Pero ahora debía cumplirlo. Dispuesto a ello, se levantó en dirección a la chimenea mientras Juana lo miraba con profundo interés. Al llegar al hogar, tomó una paletada de cenizas, ya frías, y antes de derramarlas sobre su anciana cabeza gris, se le ocurrió una idea mejor, y preguntó:

—¿No te importaría ayudarme, querida?

—¿Cómo, padre? —respondió Juana.

El sacerdote se puso de rodillas, inclinó profundamente la cabeza y le pidió:

—Toma las cenizas y derrámalas sobre mi cabeza.

El incidente acabó allí, por supuesto. El buen sacerdote había ganado. Es de imaginar la impresión que le daría a Juana, como a cualquier otro niño del pueblo, eso de arrojar ceniza sobre la venerable cabeza del padre Fronte. Le debió parecer una profanación. Corrió a ponerse de rodillas junto a él, exclamando asustada:

—¡Pero esto es horrible! Yo no sabía que lo del cilicio y cenizas fuera eso... Por favor, os ruego os levantéis, padre.

—Pero no me es posible, hasta que no haya purgado mi falta. ¿Tú me perdonas?—

—¿Yo? —exclamó Juana— ¡Ah! A mí no me habéis hecho nada, padre. Sois vos mismo quien debéis perdonaros por el daño causado a esas pobres criaturas. Por favor, padre, levantaos, ¿no queréis?

—Pero ¡si ahora estoy en peores condiciones que antes...! Creí que ya había conseguido tu perdón, y ahora resulta que debe ser el mío el que hace falta... Entonces... no puedo ser benévolo con mi pecado, eso no estaría bien ni sería propio... Bueno, y ¿qué puedo hacer? Intenta encontrar alguna solución utilizando tu inteligencia.

El padre no quiso moverse, a pesar de los encendidos ruegos de Juana. La pobre parecía a punto de llorar de nuevo. Entonces la niña se apresuró a tomar la paleta y derramó las cenizas sobre su propia cabecita, entrecortada por la asfixia y el sofoco, rogando:

—Así... Ahora ya está. Pero ¡por favor, padre, levantaos!

El anciano, conmovido y emocionado ante el gesto de la pequeña, la abrazó contra su pecho, y le dijo:

—Oh, Juana, eres una niña extraordinaria. Tu gesto de humildad no sé si merece quedar inmortalizado en un cuadro, pero lo has hecho con espíritu recto y bueno. De eso doy fe.

A continuación, cepilló las cenizas de su cabello y la ayudó a limpiarse la cara y el cuello, recobrando su aspecto aseado.

El sacerdote estaba satisfecho al ver la actitud de Juana, y al comprobar que se había calmado, volvió a tomar asiento, atrajo a la niña a su lado y le expuso nuevos argumentos.

—Juana, allí en el Árbol de las Hadas, acostumbrabais a trenzar guirnaldas todos los niños, ¿no es así?

Este era el modo de hablar del sacerdote siempre que nos enseñaba o intentaba convencernos de algo. Un tono amable y como indiferente que nos dejaba perplejos, ya que no acertábamos a saber cuáles eran sus verdaderos propósitos. Lo más probable es que intentara convencer a Juana sobre la verdad respecto al asunto que estaban debatiendo. Juana, respondiendo a su pregunta sobre las guirnaldas, contestó:

—Sí, padre.

—Y, después ¿las colgabais en el árbol?

—No, padre.

—Pero, cómo, ¿no las colgabais? Insistió el sacerdote.

—No —respondió Juana.

—¿Y por qué no?

—Pues... esto... yo... no quería hacerlo.

—¿No querías?

—No, padre.

—Entonces, ¿qué hacías con ellas?

—Las colgaba en la iglesia.

—¿Por qué no las colgabas del árbol?

—Porque se decía que las hadas no eran buenas y que era pecado concederles honores.

—¿Y tú crees que es pecado hacerles esos honores?

—Pues sí. Creo que debía serlo.

—Entonces, si no era bueno honrar a las hadas y si se decía que tenían algo pecaminoso, tal vez podrían ser amistades poco adecuadas para ti y los demás niños, ¿no?

—Lo supongo... Sí, creo que sí —confirmó la niña.

—Entonces, resumiendo, la cuestión es así: se trata de criaturas de origen dudoso que podrían ser perjudiciales para los niños. Y, ahora, dame una razón sensata, hija mía, si es que se te ocurre alguna, capaz de explicar por qué te parece injusto haberlas expulsado y qué sentido tendría haberlas salvado de ello. En fin, ¿qué has perdido tú con eso?

Aquellas palabras fueron un error del sacerdote, porque desencadenaron en Juana un nuevo y mayor enfado. Lágrimas de indignación brotaron de sus ojos y con inusitada energía defendió ante el padre Fronte a las pobres hadas que, según opinaba la niña, eran criaturas de Dios, que les había permitido habitar en los bosques y bailar alegremente durante siglos, sin ver en ello ningún mal. Al contrario, fueron los hombres los que las expulsaron de su hogar, sin tener derecho a ello.

Según el discurso de Juana, las hadas se mostraban siempre amables con los niños y ellos las querían. Y ¿qué habían hecho los niños de malo para sufrir un golpe tan cruel? Al fin y al cabo, si las hadas no eran muy buenas, merecían por eso más compasión y ternura de los seres humanos, y especialmente de los cristianos, que sentían piedad también del demonio, por lo terrible de su castigo. Hasta las hadas tenían derechos.

Mientras hablaba, Juana se interrumpía con sollozos, hasta que no pudiendo más, desapareció antes de que el padre Fronte y yo —que asistía a la escena— pudiésemos recobrarnos de aquel torbellino de palabras.

El padre se había levantado y ahora se pasaba la mano por la frente, como una persona turbada y confusa. Luego, se volvió y caminó hacia la puerta de su pequeña habitación de trabajo, y al atravesar el dintel, le oí murmurar, apesadumbrado:

—¡Ay de mí! ¡Pobres niños! ¡Pobres hadas! ¡Hasta ellas tienen sus derechos! Ella ha dicho verdad... Nunca pensé en esto. El Señor me perdone, tal vez no he obrado bien y por eso merezco un castigo.

Cuando le escuché estas palabras, supe que tuve razón al pensar que el sacerdote había cometido un error serio al intentar convencer a Juana. Así era. Eso me envalentono y me pregunté si yo sería capaz de confundirlo también de aquel modo. Después de pensar en ello me desanimé, puesto que yo carecía de dotes y de argumentos para dialogar con él como lo había hecho Juana.

4

En relación con este mismo tema, recuerdo algunos otros episodios a los que ahora podría referirme, pero dejaré para otro momento. Parece más acorde con mi humor actual hacer alguna referencia a las diversiones sencillas y corrientes que solíamos disfrutar en nuestros hogares rústicos en aquellos tranquilos días... Particularmente en invierno. Durante el verano, nosotros, los niños, permanecíamos fuera, al aire libre, cuidando los rebaños desde la mañana hasta la noche, jornadas que aprovechábamos para organizar animadas y ruidosas diversiones.

Pero el invierno era la época de la comodidad, la estación del año en que buscábamos el cobijo. Con frecuencia nos reuníamos en casa de Santiago de Arco, espaciosa y con el suelo de arcilla, en torno a un gran fuego encendido. Allí organizábamos diversos juegos, alternados con divertidas canciones y adivinanzas. También escuchábamos a los ancianos contar viejas historias, reales o falsas, y así, entre unas cosas y otras, permanecíamos juntos hasta la media noche.

Una tarde de ese invierno, nos encontrábamos todos en casa de los Arco —fue el invierno al que durante muchos años después se recordó con el nombre de «el invierno duro»—. Además era aquella una noche especialmente cruda. Fuera, la tempestad rugía y el aullido del viento resultaba excitante, y hasta hermoso, pues siempre me ha parecido grande, magnífico y bello escuchar la furia del viento y oír los clarines del huracán desencadenado al mismo tiempo que uno se encuentra caliente y a cubierto.

Y nosotros lo estábamos. Nos reconfortaba el fuego crepitante y resultaba agradable el ruido de la nieve y el granizo que *caían* por la chimenea. Las charlas, risas y canciones fueron subiendo de tono, hasta alrededor de las diez, momento en el que nos dispusimos a tomar la cena, consistente en potaje de alubias y empanadas con manteca, que despachábamos con gusto, pues teníamos el suficiente apetito como para hacerles el debido honor.

La pequeña Juana estaba sentada aparte del grupo, sobre una caja, y había colocado el tazón con la comida y el pan en otra caja que le servía de mesa. Sus animales favoritos se encontraban comiendo junto a ella. Allí había más de los convenientes, o de los que era razonable acoger, teniendo en cuenta el gasto de darles a todos de comer. Muchos animales vagabundos, de cualquier especie, acudían, porque se encontraban a gusto con ella. Parece como si de unos a otros se comunicaran la noticia, de modo que ni los pájaros ni otros animales tímidos del bosque sentían el menor recelo ante ella. Todos eran acogidos en su casa, animados por su cariño y hospitalidad. Un animal era un animal a sus ojos, querido por el mero hecho de serlo, y como nunca toleraba que les pusieran jaulas, ni collares, ni cadenas, sino que los dejaba en total libertad para moverse a su gusto, estaban muy contentos a su lado. Nunca se separaban de ella, lo cual era un considerable estorbo, que hacía maldecir a su padre, Santiago de Arco. Pero la madre la defendía, diciendo que si Dios había dado aquel instinto a la chiquilla, era natural que se la dejara en paz, y ellos no debían entremeterse en las cosas de Dios, cuando nadie les había dicho que lo hicieran.

Así que los «favoritos» fueron tolerados, y allí estaban esa noche los conejos, gatos, ardillas y pájaros, todos alrededor de la niña, concentrados en tomar su cena. Juana tenía una ardilla muy pequeña en su hombro, sentada, dando vueltas con sus fibrosas manos a un trozo duro de un pastel de avellana, tratando de encontrar alguna zona más tierna, al mismo tiempo que movía su larga y espesa cola, sacudiendo las graciosas orejas cuando lograba sus fines.

El animalito continuaba royendo el trozo con sus dos puntiagudos dientes delanteros, que las ardillas utilizan para morder y que no llevan de adorno, como bien sabrá cualquiera que las haya observado con detenimiento.

Todo era alegría, risa y ambiente animado, cuando hubo una interrupción, en el momento en que alguien llamó a la puerta de entrada. Era uno de esos pobres vagabundos de los caminos que tanto abundaban en el país a causa de las continuas guerras que lo asolaban. Entró en la casa, cubierto de nieve, y golpeando con los pies en el suelo, se sacudió la ropa, la alisó y cerró la puerta. Se quitó los restos de un sombrero maltrecho, se lo sacudió una o dos veces contra la pierna, con el fin de quitarle los copos de nieve, y paseó la vista entre los presentes, trasluciendo su rostro enjuto una expresión de agrado. Después, al ver los alimentos que todos se disponían a consumir, sus ojos no pudieron impedir la expresión hambrienta y suplicante del que se

encuentra al borde de la inanición. Hizo un humilde y conciliador saludo, y nos dijo que era una bendición disfrutar de un fuego como aquel en semejante noche, estar cobijados bajo sólido techo, disponer de una comida tan suculenta con la que saciar el hambre y gozar de la compañía de afectuosos camaradas con los que hablar... ¡Ah, sí, aquello era una bendición, mientras que a los caminantes agotados, perdidos por los campos en una noche tan horrible como aquella... que Dios les ayudase... con semejante tiempo...!

Ninguno de los presentes dijo nada. El pobre forastero, turbado, permaneció allí de pie, dirigiendo con los ojos una mirada de súplica a cada uno de los rostros, sin hallar muestras de bienvenida en ninguno de ellos. Su sonrisa se fue desvaneciendo en el semblante, hasta desaparecer. Entonces bajó la vista, los músculos de su cara comenzaron a contraerse y con la mano quiso ocultar esta muestra de debilidad.

—¡Siéntate!

La voz atronadora había salido de Santiago de Arco, dirigida a su hija Juana. El recién llegado se sobresaltó y apartó la mano de la cara. Delante de él estaba la niña ofreciéndole su plato de potaje. El pobre hombre, exclamó:

—¡Que Dios Todopoderoso os lo premie, querida niña! —y al decir esto, gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Sin embargo, no se atrevía a tomar el plato.

—¿Me has oído? ¡Siéntate! —volvió a tronar el viejo Santiago.

Juana era una niña fácil de convencer, pero no era ése el mejor camino. Su padre carecía de habilidad para lograrlo y no pudo conseguirla nunca. Juana le explicó:

—Padre, está hambriento. Lo veo.

—Pues anda y que vaya a trabajar para comer. Los vagabundos como él se nos están llevando casas y haciendas. He dicho que ya no iba a aguantar más y pienso mantener mi palabra. Además, este tiene cara de pillo y de villano. ¡Te digo que te sientes!

—No sé si es un pillo o no —dijo Juana—, pero tiene hambre, padre, y se comerá mi potaje... Yo no lo necesito.

—Si no me obedeces voy a... Los pillos no tienen derecho a quitar su alimento a las gentes honradas, de modo que ningún bocado ni cucharada ha de tomar éste de mi comida.

Juana volvió a depositar su plato sobre la caja y se colocó ante su ceñudo padre, diciendo:

—Si no me autorizáis, padre, se hará lo que vos decís. Pero os ruego que reflexionéis. Daos cuenta que no es justo castigar a una parte del cuerpo de este viajero por lo que ha hecho la otra parte. La cabeza del pobre forastero es la que hace el mal, pero no es su cabeza la que tiene hambre, sino su estómago. Y precisamente, su estómago no ha hecho daño a nadie, al contrario, es intachable e inocente. No puede hacer el mal, ni aunque lo quisiera. Por favor, dejadle...

—¡Pero bueno, vayas ideas! ¡Nunca he escuchado nada más necio en toda mi vida!

En ese momento, M. Aubrey, el alcalde, intervino en la conversación. Era muy aficionado a las polémicas y tenía grandes dotes para argumentar, como todos bien sabían. Se levantó de su sitio y se inclinó, y con la manos sobre la mesa, mirando a su alrededor con desenvuelta dignidad, imitando los gestos de los oradores, comenzó a hablar con voz persuasiva.

—No estoy de acuerdo con vos en eso, compadre, y voy a tratar de mostrar a los presentes que hay parte de verdad en lo que ha dicho vuestra hija. Es cierto y se puede demostrar, que es la cabeza del hombre la que gobierna todo su cuerpo de un modo absoluto. ¿Estáis de acuerdo? ¿Alguno lo negará?

Miró a su alrededor y todos asintieron.

—Muy bien, entonces, ninguna parte del cuerpo es responsable de sus actos cuando cumple la orden dictada por la cabeza. Luego sólo la cabeza es única responsable de los crímenes cometidos por la mano, o por los pies o el estómago de un hombre. ¿Me comprendéis? ¿Tengo razón hasta el momento?

Todo el mundo dijo que sí con sincero entusiasmo, lo que agradó mucho al alcalde, que prosiguió su brillante discurso.

—Bueno. Entonces, consideremos el significado de la palabra «responsable», y cómo influye en el caso que ahora nos ocupa. La responsabilidad hace responsable a un hombre sólo de aquellas cosas de las que es propiamente responsable...

El auditorio exclamó, admirado:

—¡Tiene razón!... ¡Ha dicho con breves palabras una idea tan

embrollada!... ¡Es maravilloso!

El alcalde, continuó:

—Muy bien. Supongamos que un par de tenazas caen sobre el pie de una persona, causándole un gran dolor. ¿Diréis que las tenazas merecen castigo por eso? Claro que tal cosa es absurda. Es absurda, porque no habiendo facultades de raciocinio, no puede existir responsabilidad personal, y sin responsabilidad, no puede haber castigo. ¿Tengo razón?

Una salva de aplausos fue la respuesta del auditorio.

—Así pues, llegamos al estómago del hombre. Meditad que el ejemplo se corresponde con el par de tenazas. ¿Es que puede un estómago humano planear un asesinato? No. ¿Puede planear un robo? No. Y, ahora decidme. ¿Puede hacer todo esto un par de tenazas? —Hubo gritos admirativos de «¡Nooo!»—. Pues los casos —prosiguió el alcalde— son exactamente los mismos. Pero vamos a precisar más todavía. ¿Puede un estómago colaborar en un crimen? No. El poder de mando, la facultad de raciocinio no existen en el estómago, como en el caso de las tenazas. Luego entonces, nos damos cuenta que el estómago es totalmente irresponsable de los crímenes cometidos por la cabeza.

La respuesta fue otro caluroso aplauso.

—Hemos de concluir, que no puede haber un estómago culpable, que en el cuerpo del más grande de los pillos existe un estómago puro e inocente, y que, sea lo que fuere su propietario, el estómago, al menos, debe ser respetado, mientras Dios nos dé inteligencia para discurrir cosas justas, caritativas y buenas. Este, debe ser un privilegio nuestro, y también obligación. Y no sólo alimentar al estómago hambriento de un bribón, apiadados de su necesidad, sino también hacerlo con alegría, al reconocer que ese estómago es inocente, en medio de una compañía tan poco recomendable como es la cabeza de un pillo. He terminado.

Los presentes se levantaron, entusiasmados, aclamando el discurso del alcalde. Todo el mundo le abrazaba, mientras le repetían que nunca había pronunciado unas palabras como aquéllas, en toda su vida. Incluso el viejo Santiago de Arco quedó convencido, por primera vez en su vida, y gritó:

¡Está bien, Juana, dale a comer el potaje!

Ella estaba tan emocionada, que no pronunció palabra. En realidad, ya hacía rato que le había dado al pobre hombre el potaje, y éste se apresuró a

comérselo. Cuando le preguntaron por qué no esperó a que la decisión hubiera sido tomada, la niña respondió que el estómago del hombre estaba muy hambriento y habría sido cruel esperar, teniendo en cuenta que no se sabía cuál iba a ser la respuesta. Aquella fue una idea buena, y bastante madura para una niña.

Pronto se vio que el viajero no era un bribón, ni un pillo, en absoluto. Era un buen hombre, que había tenido mala suerte, cosa frecuente en la Francia de aquella época. Una vez demostrada la inocencia de su estómago, se le permitió ponerse cómodo, como si estuviera en su casa. Cuando su hambre estuvo satisfecha, el forastero habló sin trabas y demostró que era una persona de nobles sentimientos. Había hecho la guerra durante años, y las cosas que contó encendieron el patriotismo de los presentes y aceleraron el latir de los corazones. Sin saber cómo, con la magia de sus palabras, nos llevó a todos como en marcha triunfal recordando con calor las glorias de Francia. Escuchamos el paso de los Doce Pares levantarse de las sombras del pasado, y afrontar su destino, contemplamos el paso de la hueste enemiga galopando hacia ellos para apresarlos. Vimos aquella marea humana crecer y disminuir, lanzarse contra la pequeña partida de héroes. Después asistimos a su derrota, cayendo uno a uno, hasta la muerte del último, en escena patética, evocada por todos nosotros que permanecíamos sentados, con los labios entreabiertos y sin respiración, pendientes de las palabras de aquel hombre. Su relato nos dio una certera visión de la tremenda inmovilidad que reinaba en aquel campo de muerte, cuando pereció el último y pobre superviviente.

Y luego, en el solemne silencio que se produjo, el forastero acarició a Juana en la cabeza, y le dijo:

—Doncellita, ¡a quien Dios guarde!, me habéis trasladado de la muerte a la vida esta noche. Ahora, escuchad. Aquí está vuestra recompensa.

Y entonces, elevó la voz más emocionada y noble que jamás habían oído y comenzó a entonar la «Canción de Roland».

Se puede imaginar la escena. Un grupo de franceses conmovidos y entusiastas. ¡Qué hermoso, extraordinario, resultaba aquel espectáculo, con el forastero allí en el centro, de pie, mientras el evocador canto fluía de sus labios y de su corazón, con todo su cuerpo transfigurado y sus harapos ennoblecidos!

Mientras él cantaba, todos los asistentes se levantaron, con las caras resplandecientes y los ojos ardorosos. Al mismo tiempo las lágrimas surcaban

sus mejillas y los cuerpos comenzaban a moverse inconscientemente al compás de la canción. Al llegar al último verso, cuando Roland yace moribundo, completamente solo, con el rostro en el suelo, y se quita el guantelete y lo ofrece a Dios con su mano desfalleciente, al mismo tiempo que murmura una hermosa plegaria con sus labios exangües, los asistentes estallaron en sollozos y lamentos. Y cuando cayó la última nota y terminó el cántico, se lanzaron todos como un solo hombre sobre el forastero, emocionados por su interpretación y orgullosos de la historia de Francia y de su pasada gloria, hasta el punto de ahogarlo con sus abrazos. Juana fue la primera en llegar, estrechándole contra ella con besos de agradecimiento por su hermosa canción.

Mientras, la tormenta continuaba en el exterior. Pero ya nada importaba. El forastero había encontrado su hogar, y lo sería durante todo el tiempo que él deseara permanecer en la casa.

5

Todos los niños del pueblo tenían sus apodos, y nosotros los tuvimos también, uno a uno, y, además, muy apropiados. Sin embargo, Juana fue excepcional en este aspecto, puesto que no tardó en ganarse un segundo apodo, y luego un tercero, y así vinieron otros que le inventábamos. Algunos de ellos no los perdió nunca.

Las muchachas campesinas solían ser muy vergonzosas por naturaleza. Pero Juana lo era de tal modo, se ruborizaba con tanta frecuencia y se mostraba tan turbada en presencia de extraños, que le pusimos, como uno de los apodos, «La Vergonzosa». Nosotros amábamos mucho a Francia, pero a ella la llamábamos «La Patriota» porque el más ardoroso sentimiento de cualquiera de nosotros hacia nuestro país, resultaba frío en comparación con el de Juana. También la decíamos «La Bella», y no sólo por su delicado y hermoso aspecto, sino, además, debido a la amabilidad de su carácter. Conservó estos nombres, y otro más: «Valiente».

Así crecíamos en esta región apacible y laboriosa hasta convertirnos en chicos y chicas ya crecidos. Lo suficiente como para enterarnos, tanto como los adultos, de las guerras que se levantaban de modo constante de Oeste a Norte. Nos sentíamos conmovidos, como los mayores, por las ocasionales noticias que nos llegaban de los campos de batalla. Recuerdo con nitidez uno de esos días. Era un martes, cuando algunos de nosotros nos divertíamos cantando alrededor del Árbol de las Hadas, y colgábamos guirnaldas en memoria de nuestras perdidas amigas.

De repente, la pequeña Mengette exclamó:

—¡Mirad! ¿Qué es aquello?

En un momento, al oír el tono de la voz de la niña, todos los ojos se volvieron en la dirección indicada: hacia abajo de la pendiente, en dirección al pueblo.

—Es una bandera negra.

—¡Una bandera negra! ¿Es cierto?

—Puedes comprobar tú mismo que es exactamente eso.

—¡Es una bandera negra, con seguridad! Pero ¿ha visto alguien nunca algo semejante?

—¿Qué significará eso?

—¿Significar? Sólo puede ser algo terrible.

—Sí, pero ¿qué es? Esa es la cuestión.

—Aguardad a que nos conteste el que lleva la bandera, si es que podéis aguantar hasta que llegue.

—Parece que corre mucho, ¿quién es?

A unos les parecía que era uno de nuestros amigos, y no se ponían de acuerdo en su nombre. No tardamos en descubrir que era Esteban Roze, apodado «El Girasol», porque tenía el pelo amarillo y cara redonda, picada de viruelas. Sus antepasados, unos siglos atrás, eran alemanes. Ascendió, subiendo con esfuerzo la pendiente y elevando de vez en cuando el asta de la bandera, que tremolaba al aire su negro símbolo. Todos los ojos lo contemplaban y las lenguas se preguntaban sobre su significado, mientras los corazones latían aceleradamente, con la impaciencia por conocer las noticias. Por fin, el chico apareció ante nosotros y clavó la bandera en el suelo, diciendo:

—¡Así! Quédate así y representa a Francia mientras yo recobro el aliento.

El murmullo de las conversaciones cesó de pronto. Pareció como si alguien hubiera anunciado una muerte. En el gélido silencio que se hizo, no se oyó más que el jadear del muchacho en su intento de normalizar su respiración. Cuando fue capaz de hablar, dijo:

—Han llegado noticias negras. Se ha firmado un acuerdo en Troyes entre Francia y los ingleses, aliados con los borgoñones. En virtud de ese tratado, Francia queda traicionada y es entregada, atada de pies y manos, a sus enemigos. La operación ha sido obra del Duque de Borgoña y de ese demonio de la Reina de Francia. Casa a Enrique de Inglaterra con Catalina de Francia...

—¿Pero eso puede ser cierto? ¿Casar a una princesa de Francia con el

asesino «Carnicero de Agincourt»? Eso es increíble. No habrás entendido bien.

—Si eso te cuesta creerlo, Santiago de Arco, prepárate a oír algo todavía peor. El niño que pueda nacer de ese matrimonio —y aunque fuera niña— heredaría los tronos de los dos países: Inglaterra y Francia. ¡Y esta doble cualidad se prolongará a sus sucesores, para siempre!

—Bueno, pues eso sí que es mentira —terció Edmundo Aubrey—, tal cosa va contra nuestras leyes, y por tanto no puede llevarse a la práctica.

Las palabras de Aubrey —llamado «El Paladín» debido a los ejércitos a los que pensaba vencer llegado el momento— fueron ahogadas por los comentarios airados de los otros amigos, que estallaron en una explosión de furia ante la noticia. Rechazaban el tratado, hablando todos a la vez y no escuchando a los demás, hasta que, por fin, Haumette los calmó, diciendo:

—No debéis interrumpir de ese modo la noticia que nos cuentan. Por favor, dejad que continúe. Termina con tu relato, Esteban.

—Sólo queda esto: nuestro Rey, Carlos VI, ha de reinar hasta que muera. Después, Enrique V de Inglaterra se convertirá en el Regente de Francia hasta que uno de sus hijos alcance la edad para...

—¿Pero, cómo? ¿Ese hombre reinará sobre nosotros?... ¿El Carnicero? ¡Eso es mentira! ¡Todo mentira! —gritó el Paladín—. Y, además, vamos a ver, entonces, ¿qué ocurrirá con nuestro Delfín? ¿Cómo resuelve el tratado su situación?

—Pues nada —continuó Esteban Roze—. Según el tratado de Troyes se le arrebatara el trono de Francia y se convierte en un desheredado.

Al oír esto, los chicos gritaron con indignación, afirmando que todo aquello no era más que una sarta de mentiras. Después se animaron al pensar en voz alta: «Nuestro Rey tiene que firmar ese tratado para que sea válido, y no lo hará, al comprobar el despojo que se le hace a su propio hijo».

Pero, «El Girasol» intervino:

—Respóndeme, Esteban. ¿Sería capaz la Reina de firmar un tratado que desheredase a su hijo?

—¿Esa víbora? —respondió Esteban—. Ya lo creo que lo haría. Nadie espera nada bueno de ella. No hay mala acción que no secunde, siempre que le sirva para desfogar su rencor. Y, además, odia a su hijo. Aunque su firma

no tiene valor. Es el Rey quien debe firmar.

—Te haré otra pregunta: ¿En qué condición de salud mental se encuentra nuestro Rey? Loco, ¿no es cierto?

—Sí, así es. Pese a todo, su pueblo de Francia lo quiere aún más, precisamente por eso. Los sufrimientos del pobre Rey le acercan a sus vasallos, y éstos le quieren más al sentir piedad por él.

—Eso es verdad. Pero ¿qué se puede esperar de un loco? ¿Acaso sabe lo que se hace? No. Al contrario, ¿no acabará por ceder ante las ambiciones de los demás? Sí. En todo caso, ha firmado el tratado.

—Pero ¿quién le habrá obligado a hacer tal cosa?

—Lo sabes sin que yo te lo diga. Ha sido la Reina.

En ese momento se produjo un nuevo alboroto. Hablaban todos a la vez, y lanzaban maldiciones en contra de la Reina. Al final, intervino Santiago de Arco:

—La verdad es que nos llegan muchas informaciones que no son ciertas. Pero ninguna tan vergonzosa como éstas que acabamos de oír. No hay nada que hiera tan profundamente a Francia, ni la haga caer tan bajo. De modo que confiemos en que este cuento no sea más que un nuevo rumor de las gentes ociosas. ¿De dónde lo has sacado, Esteban?

Vio que su hermana Juana estaba muy pálida. La chica temía la respuesta, presintiendo lo peor. Su intuición no la engañaba. La contestación de Esteban los dejó impresionados:

—El cura de Maxey es quien lo ha contado.

Cundió el desánimo entre los muchachos. Todos conocíamos al cura como hombre serio y veraz, ¿comprendéis nuestra actitud?

Alguien apuntó:

—¿Y el cura de Maxey lo cree él como cierto?

Los corazones de los presentes, parecían a punto de dejar de latir. Entonces se oyó la respuesta.

—Desde luego que lo cree. Y no es eso sólo. Añadió que *sabía* que era verdad.

Al oír esto, algunas de las chicas comenzaron a llorar. Los muchachos

permanecieron silenciosos. La tristeza en el rostro de Juana era la misma del pobre animal herido de muerte, que sufre sin quejarse. También ella sufría de este modo, sin decir palabra. Su hermano Santiago le acarició la cabeza para consolarla y mostrarle su cariño, y ella se lo agradeció tomando su mano y besándosela, también sin decir nada. A continuación los muchachos comenzaron a hablar agitadamente. Noel Rainguesson dijo:

—¡Oh! ¿Es que nunca seremos hombres? Crecemos tan despacio... Y precisamente ahora, cuando Francia necesita soldados más que nunca para lavar este negro insulto...

—¡Odio la adolescencia! —dijo Pedro Morel, llamado el «Libélula» por sus ojos saltones—. Siempre has de esperar, y esperar... mientras por ahí suceden guerras durante cientos de años, y uno nunca tiene su oportunidad. ¡Si, por lo menos, yo pudiera ser soldado ahora!

—Pues yo no voy a esperar mucho tiempo —dijo el Paladín— y cuando empiece, no tardaréis en oír hablar de mí, os lo aseguro. Los hay que a la hora de asaltar un castillo prefieren quedarse en retaguardia. Pero a mí, que me den la primera fila o nada. Delante de mí sólo quiero a los oficiales.

Hasta las niñas participaban en el espíritu guerrero. Así María Dupont exclamó:

—Me gustaría ser hombre en este mismo momento —dijo con tono orgulloso, mirando a los demás en espera de aplausos.

—También a mí me gustaría —se sumó Cecilia Letellier con aire retador—. Os aseguro que no retrocedería aunque tuviera enfrente a toda Inglaterra.

—¡Bah! —dijo el Paladín—. Las chicas sólo saben presumir, es para lo único que sirven. Si dejamos mil niñas frente a unos pocos soldados, ya veréis lo que es salir huyendo. Aquí tenemos a Juanita... Seguro que ahora nos amenazará con marchar a la guerra como soldado.

La idea les pareció tan graciosa a los muchachos y les dio tanta risa, que el Paladín se animó y dijo:

—¡Me lo estoy imaginando! ¡Vamos, si hasta podéis verla!... ¡Mirad como se lanza a la batalla, igual que si fuera un curtido veterano! Y no será un pobre soldado harapiento, como nosotros, sino todo un oficial, fijaos bien, con armadura rematada por el yelmo de acero, provisto con celosías para proteger la cara. Así ocultará el miedo y la vergüenza, al contemplar frente a ella un ejército que no le ha sido presentado. He dicho oficial... ¡No, qué va! Será

capitán... sí, capitán os digo, con un centenar de soldados a sus espaldas. O quizá serían chicas. ¡Oh, nada de cosas corrientes para Juana! ¡Válgame Dios! Cuando ella avance contra el enemigo, ¡vais a creer que se ha desencadenado un huracán!

El muchacho continuó sus burlas hasta que a los chicos les dolían los costados de reír, tanta gracia les hacía en aquellos tiempos la idea de que las chicas podrían servir como soldados. Y más en el caso de Juana, una linda criatura incapaz de matar una mosca, ni de soportar la vista de la sangre, tan tímida y femenina, a quien nadie se podía imaginar lanzándose a la batalla con un escuadrón de soldados detrás de ella.

Pero allí seguía la pobre Juana sentada, un tanto confusa y avergonzada, al ver cómo se reían de ella. Sin embargo —lo que es el destino—, inmediatamente iba a ocurrir un episodio que haría cambiar el color de las cosas, demostrando a aquellos jóvenes que, en cuestiones de reír, siempre ríe mejor el que ríe el último.

En aquel preciso momento, apareció detrás del árbol un rostro bien conocido y temido por todos los habitantes de Domrémy. Al verlo, pensamos que el loco Benoist se había escapado de la jaula que lo aprisionaba y que podíamos darnos por muertos. Aquel horrible ser harapiento y peludo, se adelantó desde el árbol esgrimiendo un hacha al aproximarse. Todos nosotros nos dispersamos y salimos corriendo cada uno por un lado. Las niñas gritando y llorando de terror. Pero no todas. Todas, menos una: Juana. Se puso en pie y le hizo frente al hombre. Así permaneció. Cuando alcanzamos el bosque lindante con el prado verde y nos refugiamos entre los árboles, dos o tres de nosotros miramos hacia atrás, para comprobar si el loco de Benoist nos daba alcance, y vimos el siguiente cuadro: Juana estaba de pie y el loco se le acercaba con el hacha levantada. La visión era escalofriante. Nos quedamos quietos en nuestros escondites, temblando de miedo y sin atrevernos a hacer el menor movimiento.

Yo no quería ver aquel asesinato, y, sin embargo, no apartaba los ojos de la escena. En ese momento, pude ver que Juana se adelantaba hacia el encuentro del hombre, aunque pensé que me engañaba la vista. Entonces, Benoist se detuvo. La amenazó con el hacha, como para advertirla que no se le acercara más, pero Juana no le hizo caso y continuó caminando con decisión hasta llegar justo delante de él, al alcance de su hacha. En ese momento, la niña se detuvo y me pareció que empezaba a hablarle. Me puse enfermo, sí. Me mareé. Las cosas empezaron a girar a mi alrededor y durante

un rato no puede ver nada. Ignoro cuánto tiempo estuve así.

Cuando se me pasó y miré de nuevo en dirección a Juana, la niña marchaba junto al hombre, encaminándose los dos hacia el pueblo. Ella lo conducía de una mano, y con la otra llevaba el hacha, ahora inofensiva.

Poco a poco, los muchachos y las niñas fueron saliendo de sus escondites y nos quedamos mirándonos unos a otros con la boca abierta, hasta que los dos, la niña y el loco se perdieron de vista entre las calles del pueblo. Fue entonces cuando le pusimos «Valiente» de apodo.

Dejamos allí la bandera negra para que cumpliera su fúnebre misión testimonial. La emoción del episodio presenciado nos proporcionó otra cosa en la que pensar. Echamos a correr en dirección al pueblo para avisar a la gente y ayudar a Juana a salir del peligro en el que se encontraba. Aunque yo, después de lo que había visto momentos antes, pensaba que mientras Juana conservara en su poder el hacha del pobre Benoist, sería el hombre el más desventurado de los dos.

Cuando llegamos al pueblo, el peligro ya había pasado. El loco se encontraba a buen seguro y todo el mundo se apiñaba en la pequeña plaza, frente a la iglesia, para comentar el incidente y celebrar, maravillados, el feliz suceso, haciéndoles olvidar la triste noticia del tratado fatal durante algunas horas.

Las mujeres abrazaban y besaban a Juana entre ruidosas alabanzas mezcladas con lágrimas, mientras los hombres, emocionados, le acariciaban la cabeza, afirmando que les gustaría que fuera varón para enviarla a pelear, con la seguridad de que sus acciones serían pronto famosas. La niña tuvo que escapar a la fuerza de sus admiradores y ocultarse, ya que tantas alabanzas eran una dura prueba para su modestia y timidez natural.

La gente no tardó en preguntarnos detalles del episodio. Yo me encontraba tan avergonzado, que me excusé con el primero que me preguntó y después, disimuladamente, fui andando fuera del pueblo, hasta el Árbol de las Hadas, quizá para reflexionar sobre lo ocurrido y encontrar respuesta a ciertas preguntas que me rondaban la mente. Allí me encontré con Juana, que había acudido en busca de tranquilidad, después de las felicitaciones de que fue objeto en el pueblo. Uno a uno nuestros amigos conseguían evitar a los curiosos y se unieron a nosotros en aquel refugio. Entonces rodeamos a Juana y le preguntamos cómo pudo reunir tanto valor como para hacer aquello. Respondió con naturalidad en la voz y tono de modestia, diciendo:

—No debéis darle tanta importancia a algo que no tiene nada de particular. En realidad, yo no era una extraña para ese hombre. Le conozco desde hace tiempo, y él también me conoce y le soy simpática. Muchas veces, mientras se encuentra en prisión, le he dado de comer a través de los barrotes de la celda. El diciembre pasado, cuando le cortaron los dedos como castigo por los asaltos y daños que cometió, yo le vendaba la mano todos los días, hasta que se curó.

—Sí, eso está muy bien —dijo la Pequeña Mengette—, pero no olvides que Benoist está loco y sus sentimientos de gratitud y de amistad de nada sirven cuando está furioso. Has hecho una cosa muy peligrosa.

—Claro que la hiciste —añadió el Girasol— ¿Es que no te amenazó con el hacha para matarte?

—Sí —respondió Juana.

—¿Y no tuviste miedo?

—No... Al menos, no mucho... Muy poco.

—¿Y por qué no lo tuviste?

La niña reflexionó un momento y luego contestó con sencillez:

—No lo sé.

Nos hizo reír a todos. Girasol pensaba que era algo así como si un cordero intentara contar el modo cómo se había comido al lobo y no pudiera explicarlo.

Cecilia Letellier preguntó:

—¿Por qué no echaste a correr cuando lo hicimos nosotros?

—Porque era necesario hacerle volver a su celda. Si no, podría intentar matar a alguien. Y entonces, hubiera sido todavía peor, también para el pobre Benoist.

Resulta curioso que esta aclaración —indicativa de que Juana se olvidaba de sí misma y del peligro corrido, en favor de los demás— fue considerada por todos nosotros como algo natural y cierto. Nadie se dio cuenta de la generosidad que demostraba, ni se les ocurrió comentar su auténtico valor. Pero sí nos indica lo claro, definido y maduro que ya tenía su carácter y cómo los demás lo aceptaban como algo sabido.

Guardamos silencio durante algún tiempo y, tal vez, estuviéramos todos

pensando lo mismo: lo cobarde que había sido nuestra reacción en aquel episodio, en contraste con el comportamiento de Juana. Intenté encontrar alguna razón aceptable para explicar mi huida, dejando una débil niña a merced de un maníaco armado con un hacha, pero las explicaciones que se me ocurrían eran tan mezquinas y ruines que preferí dejarlo y permanecer en silencio. Pero hubo algunos que no fueron tan prudentes. Noel Rainguesson se detuvo un momento y, por fin, soltó una exclamación que indicaba la marcha de sus cavilaciones:

—Lo que ocurrió es que el hecho me pilló por sorpresa. Esta es la razón. Si me hubiera dado tiempo a reflexionar, no se me habría ocurrido escapar de Benoist, ni me habría dado más miedo de él que de un recién nacido. Al fin y al cabo ¿quién es Teófilo Benoist para que yo me asuste? ¡Bah! ¡Y pensar que yo pueda tener miedo a ese infeliz! No. ¡Me gustaría que viniera ahora mismo...! ¡Ya veríais!

—¡Y yo también! —exclamó Pedro Morel—. Le iba a hacer subir a ese árbol más deprisa que... ¡Bueno, tendríais que ver lo que le haría...! Vamos, que tomarle a uno por sorpresa de ese modo... Y, además, en realidad yo nunca pensé en correr... por lo menos correr en serio... no, nunca pensé en huir en serio... Sólo quería divertirme un poco... Y, claro, cuando vi a Juana allí de pie y a él amenazándola con su hacha, tuve que contenerme para no ir hacia ellos y sacarle hasta los hígados, y la vida. Desde luego ¡quise hacerlo, y si volviese a darse el caso, lo haría! Si lo encuentro haciendo el tonto a mi alrededor, le...

—¡Bueno, cállate! —dijo el Paladín, cortándole con aire desdeñoso. Oyéndolos hablar cualquiera pensaría que es difícil hacerle frente a semejante piltrafa. ¡Vamos, hombre! ¡Pero si no es nadie! Creo que no tiene ningún mérito plantarle cara. No me gustaría aceptar otra diversión que hacer frente a un centenar de personas como ésa. Si ahora volviera por aquí, iría hacia él, como si tal cosa, sin importarme que tuviera mil hachas, y le diría...

Y así continuó durante largo rato, anunciando las cosas tan atrevidas que pensaba hacer y decir, mientras otros añadían algunas palabras para describir las acciones sangrientas que pensaban poner en práctica, en el caso de que el loco intentara cruzarse de nuevo en su camino. Seguro que la próxima vez no les iba a pillar desprevenidos y ellos le enseñarían... Y así aprendería a no sorprenderlos dos veces como aquélla...

Y así, finalmente, fueron recobrando su propia estima, incluso la

aumentaron algo. Por supuesto, cuando terminó la reunión, lograron alcanzar la más elevada opinión sobre sí mismos que habían tenido nunca antes.

6

Transcurrieron aquellos tiempos con paz y tranquilidad. Pasaban los días de modo placentero, debido sencillamente a que nos encontrábamos lejos del escenario de la guerra. Algunas veces, bandas dispersas de soldados se aproximaban lo suficiente como para que, a través de los resplandores que iluminaban el cielo, por las noches, nos señalaran dónde estaban incendiando alguna granja o aldea. Todos sabíamos, o al menos presentíamos, que algún día llegarían más cerca y nos iba a tocar a nosotros el turno.

Aquel negro terror pesaba sobre nuestro ánimo con una fuerza casi física. Fue en aumento un par de años después del Tratado de Troyes. Aquél resultó ser un año funesto para Francia. Un día acudimos a una de nuestras batallas de piedras, contra los odiados muchachos partidarios de los borgoñones, en el cercano pueblo de Masey, y nos habían hecho correr. Ya de noche, llegamos a nuestra orilla del río, maltrechos y cansados, cuando escuchamos la campana de la iglesia tocando a rebato. Fuimos corriendo el trecho que faltaba y, cuando alcanzamos la plaza, la encontramos abarrotada de aldeanos furiosos y fantásticamente iluminada por humeantes antorchas.

En las escaleras de la iglesia se encontraba, de pie, un sacerdote forastero, partidario de los borgoñones, que trasmitía algún tipo de noticias a la multitud. Sus palabras despertaban llantos y lamentos, gestos de ira y maldiciones, que se sucedían por turno. El orador afirmaba que nuestro Rey loco había muerto y que, a partir de ahora, todos nosotros, y Francia y la corona, éramos propiedad de un bebé inglés, que descansaba tranquilamente en su cuna, en Londres. Nos aconsejaba que nos sometiéramos a aquel niño, que fuéramos sus fieles siervos y que le deseáramos los mayores bienes.

Nos aseguraba que, por fin, tendríamos un gobierno fuerte y estable, y que, en breve, el ejército inglés iniciaría su última campaña y que sería muy corta, puesto que sólo deberían conquistar algunas partes del país, que aún quedaban bajo aquel extraño resto, casi olvidado, que era la bandera de

Francia.

Al oírlo, la gente bramaba y le increpaba, amenazándole con los puños, que sobresalían por encima de la marea de rostros iluminados por la luz de las antorchas. Era un cuadro de violencia salvaje que impresionaba al espectador. El sacerdote formaba también parte de él, como figura protagonista, ya que se erguía allí, en pie, aguantando las miradas de odio y devolviéndolas en dirección hacia aquellas gentes indignadas, casi sin inmutarse. De modo que, si bien deseaban quemarle en la hoguera, le admiraban por su irritante frialdad.

Sus últimas palabras fueron las más crueles de todas. Les explicó el modo cómo el Rey de Armas francés, en el funeral por nuestro viejo Rey, había roto su bastón de mando sobre el ataúd de Carlos VI y de su dinastía. Al mismo tiempo, allí mismo pronunció en voz baja las palabras: «¡Dios conceda larga vida a Enrique, Rey de Francia y de Inglaterra, nuestro señor y soberano!» Y después les ordenó que unieran sus voces a la suya, como muestra de aprobación.

La gente estaba pálida de ira, aunque permanecieron mudos, por el momento, incapaces de hablar. Pero Juana, que se encontraba junto al sacerdote, le miró a la cara y le dijo con su voz sombría y seria:

—Me gustaría que te cortaran la cabeza —y después, como arrepentida, y santiguándose, aclaró—: Si esta fuera la voluntad de Dios.

Tales palabras pueden citarse, debido a que muestran la única vez que Juana pronunció unas palabras de amenaza. Cuando os haya contado las dificultades que hubo de superar y las persecuciones injustas a que fue sometida, veréis lo maravilloso que es el no haber dicho más que una sola frase dura en toda su vida.

Desde el día que nos llegaron aquellas dramáticas noticias, fuimos de un sobresalto a otro, con los merodeadores que llegaban casi hasta nuestras puertas de vez en cuando.

Así que vivíamos cada día más atemorizados, aunque, por la razón que fuera, nos librábamos, gracias a Dios, de un asalto real. Pero al final, también nos tocó el turno. El hecho ocurrió durante la primavera del año 1428. A medianoche, en plena oscuridad, una banda de borgoñones invadió nuestra aldea, con gran alarde y escándalo de armas. No tuvimos más remedio que levantarnos a toda prisa y escapar si queríamos salvar la vida. Tomamos el camino de Neufchâteau y lo recorrimos en medio de espantoso desorden.

Todos se empujaban unos a otros con el fin de colocarse en cabeza, con lo cual impedían el movimiento de los demás. La única persona que conservó la serenidad fue Juana de Arco, la cual tomó el mando de la columna y consiguió poner orden en aquel caos. Y lo hizo con tal decisión y rapidez que muy pronto el pánico de la huida se cambió por una marcha segura y firme. Estaréis de acuerdo en que, para una chica tan joven —tenía entonces 16 años — aquello fue una hazaña muy notable.

Aquella jovencita de 16 años, bien formada y muy graciosa de movimientos, era de extraordinaria belleza. Tanta, que por muchas palabras de alabanza que utilizara al describirla, no habría peligro de exagerar la verdad. Su rostro dejaba traslucir una dulzura, serenidad y pureza que no eran más que el reflejo de su naturaleza espiritual interior. Ella era profundamente religiosa, circunstancia que, a veces, se traduce en cierto aire concentrado inherente a la persona. Pero en este caso no ocurría tal cosa. Su piedad le proporcionaba paz y alegría interior y si, algunas veces, se la veía preocupada y mostraba tristeza en el semblante y en sus gestos, era debido, no a su sentimiento religioso, sino a la angustia por el futuro de su patria.

Una parte considerable de nuestra aldea quedó destruida. Regresamos a ella una vez desaparecido el peligro. Entonces nos dimos cuenta de lo mucho que habían sufrido tantas gentes en otras regiones de Francia, asoladas durante años. Sí, durante varias décadas. Vimos por vez primera casas en ruinas, ennegrecidas por el humo. Por los senderos y callejas, yacían animales muertos por pura barbarie. Terneros y corderitos con los que habían jugado los niños que ahora lloraban la pérdida de sus animales favoritos.

Y luego, el grave problema de los impuestos. Los campesinos pensaban en ellos con terror. Eran pesada carga que ahora se sumaría a la miseria que se apoderaba del pueblo tras la destrucción. Las caras se alargaban al pensar en este problema. Ante las personas que se lamentaban de la situación, Juana exclamó:

—Pagar impuestos sin tener con qué hacerlo es algo que han afrontado los franceses desde hace muchos años. Nosotros aún no habíamos conocido lo amargo de esta situación. Ahora sabremos lo que supone.

En estos mismos términos hablaba Juana a sus paisanos, demostrando una preocupación por ellos que acabó por llenar sus mentes por entero.

Al regresar a la aldea contemplamos un horrible espectáculo. Se trataba del loco Benoist, que yacía sobre el suelo de su celda de barrotes, degollado y

apuñalado en la jaula situada en un rincón de la plaza del pueblo. El cuadro resultaba dramático y sangriento. Ninguno de nosotros, los más jóvenes, habíamos tenido oportunidad de ver un hombre asesinado tan violentamente. El cadáver ejercía sobre nosotros una influencia morbosa, sin poder apartar nuestros ojos de aquella imagen macabra. La única excepción fue Juana. Enseguida se apartó horrorizada y ya no pudo volver a acercarse por allí.

Este episodio, nos recuerda lo injusto que es el destino con determinadas personas. Juana, que demostró entonces su profunda aversión a la violencia y a la muerte, hubo de enfrentarse con ellas muchas veces en los campos de batalla, siendo su escenario familiar cotidiano. Al contrario, los que más fascinados se encontraban ante la muerte sangrienta y la mutilación llevaron después una vida pacífica.

El asalto a nuestra aldea dio abundantes motivos para comentarios y habladurías. Fue para nosotros el acontecimiento más grande del mundo. Los sencillos campesinos del lugar, aunque creían conocer la tragedia de la más reciente historia de Francia, la verdad es que eso no era así.

Un hecho tan lastimoso como el asalto a su aldea, directamente experimentado en su propia carne, suponía un acontecimiento más trascendental para ellos que el más grande suceso histórico del que tuvieran noticia a través de informes exteriores. Resulta curioso y pintoresco recordar cómo hablaban entonces las personas mayores. Se agitaban y enfurecían apasionadamente.

—¡Vaya que sí! —exclamaba el viejo Santiago de Arco—. ¡Las cosas están buenas! Habrá que informar al Rey de todo esto. Ya es hora de que deje de hacer el vago y estar en las nubes y empiece a ocuparse de nuestros asuntos.

Se refería a la actitud de nuestro joven Rey despojado de su herencia, el refugiado y perseguido Carlos VII.

—Decís bien —asentía el señor alcalde—. Hay que informarle enseguida. Es una vergüenza que se permitan estas cosas. Vamos, ¡si ni siquiera estamos a cubierto en nuestras casas! Y, mientras tanto, seguro que él vive tan ricamente por ahí... Toda Francia debería enterarse de lo que pasa.

Al oírlos hablar, se diría que los diez saqueos e incendios ocurridos anteriormente en el país eran pura leyenda, mientras éste suyo fue el único hecho cierto y lamentable. Siempre ocurre así. Las palabras de condolencia bastan cuando se trata de la aflicción de un vecino, pero cuando el afligido es

uno mismo, es entonces el momento de que el Rey, en persona, se despierte y actúe.

El gran acontecimiento vivido por la aldea también nos dio a nosotros, los muchachos jóvenes, abundante motivo de charla. Las palabras fluían como en una corriente continua, mientras cuidábamos de los rebaños. Nos sentíamos muy importantes ya, puesto que las edades oscilaban desde los 17 a los 22 años. Yo tenía 18, y había pasado a formar parte del grupo de jóvenes del pueblo que nos considerábamos casi como adultos.

Un buen día, el Paladín criticaba con arrogancia a los generales que combatían por nuestro Rey francés.

—¡Mirad a ese Danois, el bastardo de Orleáns...! ¡Mira que llamarle a eso un general! ¡Si yo estuviera en su lugar, aunque sólo fuera una vez...! No importa lo que haría, eso no debo decirlo yo... A mí no me gustan las palabras, yo acostumbro a obras y dejo las charlas para los demás. Pero, bien, ¡dejadme en su lugar una sola vez, no pido más! Y fijaos en Saintrailles... otro. ¡Puah! Pues ¡y ese fanfarrón de La Hire! Vamos a ver, ¿qué es lo que tiene ése, de general?

Molestó a los demás escuchar estas críticas dirigidas con tono ligero en contra de famosos capitanes considerados por nosotros como semidioses. En su distante leyenda, se representaban ante nuestra imaginación de modo confuso y magnífico, refulgentes y temibles en su gloria. Parecía un atrevimiento oír hablar de ellos en esos términos, como si fueran simples hombres y sus acciones de guerra pudieran quedar expuestas al comentario y a la crítica. El color subió al rostro de Juana, que habló con energía:

—No comprendo cómo puede haber alguien tan atrevido que emplee esos términos al hablar de los grandes hombres que son los fundamentos del Estado francés, puesto que lo sostienen con la fuerza de su brazo y lo protegen diariamente con su sangre. Por mi parte, me consideraría muy honrada con que me concedieran el privilegio de verlos aunque sólo fuera una vez y de lejos. No estaría bien que una persona de mi clase pudiera acercarse a ellos demasiado.

Ante esta opinión, el Paladín se desconcertó por un momento, sobre todo al ver en la cara de los que rodeábamos a Juana, que ellas habían expresado con palabras lo mismo que sentíamos los demás. Entonces, con aire condescendiente, matizó algunas de sus críticas, aunque sacara de nuevo otras faltas. Al oírlo, Juan, el hermano de Juana, dijo:

—Si no os parece bien cómo actúan nuestros generales, ¿por qué no vas tú mismo a la guerra para hacerlo mejor que ellos? Siempre estáis hablando de ir a combatir, pero nunca lo hacéis.

—¿Veis? —respondió el Paladín—. Eso es fácil de decir. Ahora os explicaré por qué permanezco aquí, consumiéndome en esta condenada tranquilidad, que, de acuerdo con mi modo de ser, repugna a mi naturaleza. No voy porque no soy caballero. Esta es la razón. Y, entonces, al no pertenecer a esta clase, ¿qué puede hacer un simple soldado de a pie en una guerra como ésta? Nada. Además, qué a un soldado no se le permite elevarse de rango. ¿Me iba yo a quedar aquí si fuera caballero? Ni un momento. Podría salvar a Francia... ¡Ah! reíros, pero yo sé lo que hay en mi interior. Sé lo que se oculta bajo este gorro de campesino. Puedo salvar a Francia y estaría dispuesto a hacerlo, pero no en las condiciones en que estoy ahora. Si quieren que vaya a combatir, que vengan por mí. Y si no, que sufran las consecuencias. No iré a ninguna parte, si no es como oficial y caballero.

—¡Ay, pobre Francia!... ¡Francia está perdida! —exclamó Pedro de Arco.

—¡Ah conqué está perdida!, ¿verdad? —continuó el Paladín—. Entonces tú, Pedro de Arco, ¿por qué no vas a la guerra?

—Pues porque a mí tampoco han venido a buscarme. Yo no soy más caballero que tú. Si lo fuera, iría. Lo prometo. Prometo ir como soldado raso a tus órdenes... cuando te envíen a buscar.

Todos rieron y el Libélula añadió:

—¿Tan pronto? Entonces debes prepararte ya. Podrían llamarte dentro de cinco años... ¿quién sabe? Sí me parece que irás a la guerra dentro de cinco años...

—Irá antes —interpuso Juana.

Habló en voz baja y en un murmullo, pero alguno de los presentes, lo oyó.

—¿Y cómo puedes saberlo, Juana? —preguntó el Libélula con gesto de sorpresa.

Juan de Arco interrumpió:

—Yo también quisiera ir, pero como todavía soy bastante joven, aguardaré a que vengan a buscar al Paladín.

—No —remachó Juana—, él irá con Pedro.

Lo dijo como hablando consigo misma en un tono de voz que nadie, excepto yo, pudo oírla. La miré de reojo y observé que las agujas de hacer punto estaban inactivas en sus manos, mientras su rostro ofrecía un aspecto soñador y como ausente. Sus labios musitaban, como si estuvieran diciendo algo para sí mismos. Pero no emitían sonidos, puesto que yo, el más próximo a ella, no oía nada. Agucé los oídos, pues las frases anteriores me interesaron por su aire misterioso. Yo era susceptible ante lo desconocido, y cualquier cosa extraña o poco habitual me llamaba la atención.

Noel Rainguesson observó:

—No hay más que un camino para que Francia disponga de una oportunidad de salvarse. Tenemos al menos un caballero entre nosotros. ¿Por qué no cambia «El Estudiante» de nombre y de condición con el Paladín? Entonces, éste no tendría problema para ser oficial. Francia lo mandaría llamar y entonces, él arrollaría a todos esos ejércitos borgoñones e ingleses, empujándolos hacia el mar como si fueran moscas.

El Estudiante era yo. Ese era mi apodo, porque sabía leer y escribir. Ante estas palabras, hubo un murmullo de aprobación, y el Girasol dijo:

—Eso está bien. Así se arreglaría todo. El Caballero de Conte aceptará con facilidad la propuesta. Sí, marchará tras el capitán Paladín y morirá pronto, cubierto con la gloria de un soldado raso.

Al oír tales palabras, Juana de Arco murmuró:

—No. El Caballero de Conte marchará con Juan y Pedro, y vivirá hasta que estas guerras se hayan olvidado. A última hora, se les unirán Noel y Paladín, pero no será por su propio deseo.

La voz era tan baja, que yo no podría asegurar que fue eso lo que Juana dijo, pero a mí me lo pareció. Escuchar tales cosas me hacía estremecer.

—Bueno, pues ahora —prosiguió Noel— ya lo tenemos todo resuelto. No queda nada más que hacer, salvo alistarse bajo la bandera de Paladín y salir dispuestos a rescatar a Francia... ¿iréis todos?

La aceptación de la propuesta fue unánime, salvo el caso de Santiago de Arco, quien observó:

—Os ruego que me disculpéis. Es agradable hablar de la guerra y estoy de acuerdo con vosotros. Siempre he creído que iría a pelear al llegar a mi edad. Pero cuando vi la aldea en ruinas y al pobre loco acuchillado y ensangrentado,

me di cuenta de que tales cosas no son para mí. Nunca me sentiría a gusto entre tales violencias. ¿Enfrentarme a las espadas, los cañones y la muerte? Todo eso no va conmigo. No, no; no contéis conmigo para eso. Y, además, soy el hijo mayor de la familia. Me toca ser el apoyo y la protección de los demás. Si pensáis llevaros a la guerra a Juan y a Pedro, alguien deberá quedarse aquí para cuidar de Juana y de mi hermanita. Permaneceré en casa y llegaré a la vejez en paz y tranquilidad.

—Se quedará en casa, pero no envejecerá —murmuró Juana con voz casi inaudible.

La charla continuó alegremente, como es habitual entre gente joven. Hicimos que el Paladín nos señalara en un improvisado mapa la estrategia de sus futuras campañas y desarrollara sus batallas, lograra sus victorias, aniquilase a los ingleses y colocara a nuestro Rey en su trono después de ceñirle la corona en la cabeza.

Después, le preguntamos qué pediría cuando el Rey le ofreciera la recompensa por sus gloriosos hechos de armas. Como el Paladín lo tenía todo bien pensado en su imaginación, aclaró enseguida:

—Me tendrá que dar un ducado, nombrarme primer Par y hacerme Gran Señor Condestable Hereditario de Francia.

Alguien dijo:

—Y también desposarte con alguna princesa. No te olvides de eso, ¿verdad?

El Paladín se ruborizó un poco, y dijo bruscamente:

—Puede guardarse a sus princesas. Prefiero casarme con alguien que me guste a mí.

Se refería a Juana, aunque nadie lo sospechábamos en aquel momento. Si alguien hubiera adivinado sus sentimientos, se habrían reído de él por sus pretensiones excesivas, puesto que era de opinión general que en todo el pueblo no había nadie verdaderamente apropiado para Juana.

Sucesivamente, cada uno de los jóvenes fue requerido para que declarase la recompensa que pediría al Rey en el caso de que estuviera en el lugar del Paladín, una vez realizadas las hazañas que se le suponían por su gran valor y genio militar. Las respuestas se daban en plan de broma, y cada uno de nosotros procuraba superar a los demás en cuanto a la extravagancia de las

recompensas que habrían de solicitar al Rey. Cuando le llegó el turno a Juana, fue necesario primero traerla a la realidad, ya que parecía ensimismada en sueños elevados. Como su pensamiento se hallaba ausente, no había escuchado nada de la última parte de nuestra charla, y tuvimos que explicarle de qué se trataba, antes de solicitar su opinión sobre cuáles serían las peticiones al Rey. Ella pensó que debía dar una respuesta en serio y la dio. Sentada en el mismo lugar en que se encontraba, pareció reflexionar un momento y a continuación, habló:

—Si el Delfín, con su buen porte y nobleza me dijese: «Ahora que soy rico y he recuperado mis bienes, elige lo que más desees y será tuyo»... entonces, yo me arrodillaría y le pediría diera las órdenes para que nuestra aldea quedara libre de pagar impuestos para siempre.

Fue una declaración tan sencilla y salió con tanta naturalidad de su corazón que nos emocionó a todos y no la tomamos a broma. Pero llegó un día en que nos acordamos de aquella frase con tristeza no exenta de orgullo y nos alegramos, entonces, de no haber reído. Tuvimos la evidencia de cuán honradas y auténticas fueron sus palabras, al comprobar en su momento con qué fidelidad las cumplió solicitando justo aquel favor del Rey, al mismo tiempo que renunciaba a reclamar para ella el más mínimo bien material.

7

Durante toda su infancia y hasta mediados los catorce años, Juana había sido la criatura más alegre y risueña de la aldea. Con sus andares saltarines y una risa feliz y contagiosa, unido a su natural simpático y a sus modales abiertos y afectuosos, se convirtió en la preferida de todo el mundo.

Como entusiasta defensora de los derechos de Francia, en aquellos difíciles años para su patria, algunas veces, las malas noticias de los campos de batalla habían entristecido su espíritu y angustiado su corazón al mismo tiempo que la acostumbraron al dolor. Pero siempre, una vez pasados los sucesos adversos, su ánimo se levantaba de nuevo y recobraba su alegría habitual.

Sin embargo, en aquellos momentos y durante un año y medio, parecía mostrarse extraordinariamente seria y reconcentrada. No es que estuviera melancólica o triste, sino que parecía dedicada a reflexionar y sumergida en abstracciones y ensueños. Llevaba a Francia sobre su conciencia y esa carga le resultaba muy pesada. Yo sabía que éste era todo su problema, pero otros pensaban que su aire ausente era debido a cualquier tipo de éxtasis religioso. Lo cierto es que Juana no comunicaba a nadie sus pensamientos reservados y sólo a mí contaba algo sobre ellos, de modo que yo solía conocer, mejor que los demás, la índole de sus preocupaciones.

Más de una vez, me asaltó la idea de que Juana tenía un secreto —que guardaba enteramente para sí misma y lo ocultaba celosamente, a mí y a todos los demás—. El pensamiento me vino, porque, en nuestras conversaciones, cortaba una frase a medias o la dejaba sin terminar, cambiando de tema siempre que parecía a punto de confiarme algún tipo de revelación importante. Llegaría el momento en que tendría la oportunidad de conocer el secreto, pero aún faltaba bastante tiempo.

Al día siguiente del episodio que he narrado antes, nos encontrábamos en el prado, junto a los pastos, cuando empezamos a hablar sobre el problema de

Francia.

Con el fin de animarla, yo aparentaba gran esperanza en el futuro, pero no hacía con esto más que ocultarle la realidad. La verdad era que no había el menor fundamento que permitiera albergar ninguna esperanza respecto al porvenir de nuestro país. Pero me dolía tanto mentirle y me avergonzaba tanto la traición hecha a una persona pura como la nieve, incapaz de mentir y traicionar —ni siquiera podía suponer tales bajezas en los demás—, que decidí no continuar por este camino.

Dispuesto a desenmascaramme, a empezar de nuevo y no volver a ofenderla nunca más con engaños, inicié mi nueva táctica, aunque la envolví con otra pequeña mentira, que enlazara con la verdad, para hacer más razonable mi actitud anterior. Así, muy seriamente, le dije:

—Juana, he estado pensando mucho la pasada noche en todas las cosas que hablamos ayer y he llegado a la conclusión de que estábamos un poco equivocados todo el tiempo. Ahora, considero que la situación de Francia es desesperada, que siempre lo ha sido, desde el desastre de Agincourt y ahora mismo es más desesperada que nunca. Creo que ya no hay nada que hacer: todo está perdido.

No tuve el valor de mirarla a la cara mientras le decía estas cosas. El hacerle daño de aquella forma, destruir sus ilusiones con palabras brutales, sin añadir otras que pudieran suavizar su efecto devastador, resultaba algo vergonzoso y, verdaderamente, lo era. Pero cuando terminé de hablar, me quitó un gran peso de encima, mi conciencia se encontró liberada, saliendo a la superficie, y pude observarla para ver el efecto de mis palabras.

Comprobé que no había nada que ver. Al menos de lo que yo esperaba. Tan sólo un atisbo de sorpresa en sus ojos serios, pero eso fue todo. En seguida, me preguntó, con su tono sencillo y plácido habitual:

—¿El caso de Francia está perdido? ¿Por qué creéis eso? Decídmelo.

Resulta muy agradable comprobar que el daño que se pensaba causar a una persona a la que se respeta, no se ha producido. Ahora me sentía aliviado y me encontraba dispuesto a contar sin tapujos ni temores todo lo que guardaba en el interior de mi corazón. Así que empecé:

—Vamos a olvidarnos de sentimentalismos e ilusiones patrióticas y a examinar los hechos cara a cara. Tales hechos, ¿qué nos señalan? Nos hablan claramente como los números en el libro de cuentas de un comerciante. No

hay más que sumar las dos columnas para concluir que la Casa de Francia se encuentra en quiebra, que la mitad de sus propiedades están ya en poder del Gobernador inglés y la otra mitad en manos de nadie... como no sean los vagabundos y ladrones que afirman no rendir pleitesía ni a irnos ni a otros. Nuestro Rey se esconde con sus favoritos y necios en la más degradante ociosidad y pobreza, reducido a una pequeña y estrecha zona del reino —una especie de refugio a retaguardia, podríamos decir.

Y ni siquiera en esta zona, como en ningún otro lugar de Francia, tiene la menor autoridad. Tampoco dispone de un ochavo a su nombre, ni de un regimiento de soldados. No pelea, ni está dispuesto a luchar, no piensa en oponer la menor resistencia, porque, en realidad, no tiene más que un solo propósito: abandonar sus derechos, arrojar su corona a la basura y escapar a refugiarse en Escocia. Estos son los hechos. ¿Son ciertos?

—Sí, lo son —respondió Juana.

—Entonces, las cosas son como yo digo. No hay más que sumar para darse cuenta de lo que significan.

A continuación, me preguntó con naturalidad:

—Entonces, según esto, el porvenir de Francia, ¿es un caso perdido?

—Forzosamente. No es posible dudar de ello, si tenemos en cuenta todos estos datos que expongo.

—Pero ¿cómo podéis decir tales cosas? ¿Cómo podéis sentir de ese modo? —exclamó Juana.

—Sí —contesté yo—, ¿y cómo no hacerlo? ¿Cómo podría yo pensar o sentir de otra manera en las circunstancias que nos encontramos? Juana, con las desastrosas cifras que tenéis ante vos, ¿os queda realmente alguna esperanza de que se recupere Francia? ¿De verdad?

—¿Cómo esperanza? —contestó Juana—. ¡Oh, por favor! ¡Mucho más que eso! Francia conquistará su libertad y, además, la conservará. No lo dudéis.

Me pareció que su clara inteligencia debía encontrarse en aquellos momentos algo nublada. De mantener su mente normal, se habría percatado de que la consideración de los hechos sólo podía significar una cosa. Tal vez, si los examinase de nuevo y ordenadamente, vería la realidad. Así que le dije:

—Juana, vuestro corazón, que adora a Francia, ha conseguido engañar a

vuestra cabeza. No os dais cuenta de la importancia de estos hechos. Venid, quiero haceros un esquema de la situación, dibujándolo aquí en el suelo, con un palo. Bueno. Lo comprendido entre estas rayas es Francia. A través de ella y por el centro, he trazado un río.

—Sí, el Loira —aclaró Juana.

—Bien, pues ahora fijaos: Toda esta mitad norte del país se encuentra en las miserables garras del inglés.

—Sí —continuó Juana.

—Y más abajo, toda esta mitad sur, no pertenece realmente a nadie en absoluto, como bien sabe nuestro Rey, que por eso planea desertar y huir a un país extranjero. Pero Inglaterra mantiene aquí ejércitos. Oponerse a ellos equivale a la muerte y puede conseguir la sumisión absoluta en cuanto lo desee. La pura verdad es que Francia ya está perdida, que Francia ha dejado de existir. Lo que antes era Francia, ahora sólo es una provincia británica. ¿No es verdad lo que digo?

La voz de Juana sonó baja, con un tinte emocionado, pero clara:

—Sí, es verdad.

—De acuerdo, pues. Ahora, sumadle este hecho decisivo a lo anterior, y la suma quedará completa: ¿Cuándo han conseguido las tropas francesas alguna victoria en esta guerra? Tan sólo el ejército escocés al servicio de Francia ganó una o dos batallas —por lo demás, inútiles— y de eso hace ya varios años. Pero yo me refiero a soldados franceses. Desde que ocho mil hombres ingleses casi aniquilaron a sesenta mil franceses hace una docena de años en Agincourt, el valor de los nuestros se perdió. Así, hoy en día se dice que si se enfrentaran cincuenta soldados franceses a cinco ingleses, los franceses no tardarían en huir.

—Es una pena, pero hasta eso es cierto —concedió Juana.

—Pues entonces, la hora de la esperanza ha pasado.

Pensé que ahora la situación ya habría quedado clara ante ella. Creí que esto era tan evidente, que no dejaba el menor resquicio a la esperanza. Pero me equivocaba. Su respuesta me desconcertó. Sin la menor sombra de duda, me dijo:

—Francia se levantará de nuevo. Ya lo veréis.

—¿Levantarse? ¿Con el peso de los ejércitos ingleses sobre sus espaldas?

—¡Francia los echará, los pisoteará bajo sus plantas! —dijo estas palabras con tono fogoso.

—Y ¿cómo? —contesté yo—. ¿Sin tener soldados para combatir?

—Los tambores los llamarán. Ellos responderán y marcharán...

—Sí, marcharán hacia atrás, como de costumbre...

—No. Irán hacia el frente... ¡Siempre hacia el frente... siempre hacia el frente! Ya lo veréis.

—¿Y el Rey pordiosero?

—Subirá a su trono... Llevará su corona.

—Bueno. Si esto fuera cierto... es como para perder la cabeza. Si yo pudiera imaginar que dentro de treinta años el yugo inglés sería quebrantado, y que la cabeza de nuestro Rey francés se ceñiría la corona real de su soberanía...

—Las dos cosas ocurrirán antes de que pasen dos años.

—¿De verdad? ¿Y quién va a llevar a la práctica estos maravillosos sueños imposibles?

—Dios.

Percibí en su tono un aire bajo y respetuoso, pero sus palabras fueron claras. ¿Cómo habrían llegado a su mente unas ideas tan extrañas? Esta pregunta me dio vueltas por la cabeza durante los dos días siguientes. Lo más fácil era pensar que se había vuelto loca. Si no, ¿cómo explicar todo aquello? El dolor por los desastres y tanto pensar en las calamidades sufridas por Francia debieron debilitar su razón, siempre tan firme, y la habían llenado de sueños fantasmagóricos... Sí, eso debía ser.

Pero yo la estuve observando y le hice varias pruebas, y no era eso. Sus ojos se mostraban diáfanos, sus gestos, de evidente naturalidad. Sus conversaciones, directas y al fondo de lo que se trataba. No, a su mente no le ocurría nada. Seguía siendo la persona más inteligente de la aldea, y la mejor. Continuaba discurriendo por todos los demás, haciendo planes en su favor, sacrificándose por ellos, lo mismo que siempre. Asistía a sus enfermos, y a los pobres, y se mostraba dispuesta a ceder su cuarto al caminante y dormir en el suelo. Tal vez existiera algún secreto en algún lugar de su mente, pero la locura no era la respuesta apropiada a mis dudas. Estaba claro.

La clave del asunto no tardó en manifestarse ante mis ojos. Voy a contar cómo sucedió el hecho. Quizá habéis oído a muchos narrar lo mismo que yo voy ahora a explicar, pero nunca hasta el momento habréis escuchado el relato de un testigo ocular.

Cierto día, regresaba yo de las montañas —era el 15 de mayo de 1428— y al llegar al extremo del bosque de robles, a punto ya de salir al espacio despejado y cubierto de césped, donde se encuentra el Árbol de las Hadas, eché un vistazo antes de salir al prado, todavía al amparo del follaje. En ese momento, di un paso atrás y me mantuve oculto por las hojas. Había visto a Juana y pensé gastarle alguna broma. Daos cuenta de lo que estaba pasando. Aquella idea frívola, iba a convertirse pronto —en muy poco tiempo— en un gran acontecimiento del que se hablaría para siempre en historias y romances.

El día tocaba a su fin y todo el espacio de hierba en el que estaba situado el Árbol aparecía cubierto por una sombra suave y agradable. Juana se hallaba sentada en un lugar llano, formado por las nudosas raíces del Árbol. Sus manos descansaban una sobre otra, en su regazo. Tenía la cabeza un poco inclinada hacia el suelo, y presentaba el aspecto de la persona que se encuentra absorta en sus pensamientos, sumergida en reflexiones íntimas, y ajena a sí misma y a todo lo que le rodeaba.

Y en esos momentos, observé un fenómeno muy extraño, algo así como una luminosidad blanca, aproximándose con lentitud, como si se deslizara sobre el césped, en dirección hacia el Árbol. Era una figura de grandes dimensiones —una forma con manto y alas— y su blanco resplandor no podría compararse con ninguna cosa conocida, excepto con la luz de los relámpagos. Pero ni siquiera éstos se le aproximaban en intensidad, ya que a los relámpagos uno puede mirarlos sin deslumbrarse, mientras aquella extraordinaria brillantez resultaba tan cegadora, que dañaba los ojos y los hacía llorar. Descubrí mi cabeza, al darme cuenta de que me encontraba en presencia de un acontecimiento que no era de este mundo.

Mi respiración se hizo más débil y forzada, a causa del terror inicial y de la respetuosa admiración que se apoderó de mí. También percibí otro fenómeno extraño. La naturaleza se había mantenido silenciosa, con esa quietud profunda que se produce cuando una nube de tormenta oscurece el bosque y los animales salvajes se atemorizan. Pero, de repente, las aves rompieron a entonar sus mejores trinos, de modo que una especie de cántico jubiloso creaba una sensación de éxtasis imposible de describir. En su conjunto, el canto de los pájaros resultó conmovedor y el sonido, tan

maravilloso, que nadie dudaría en pensar que se trataba de un acto de adoración.

Con las primeras notas del pío de las aves, Juana se arrodilló e, inclinado la cabeza, cruzó las manos sobre el pecho.

Ella aún no había percibido la figura luminosa. ¿Fue, tal vez, el canto de los pájaros lo que anunció la llegada de la aparición? Eso me pareció a mí y, además, indicaba que el suceso no era la primera vez que ocurría. Sí, no había ninguna duda.

La luz se aproximaba a Juana lentamente. Llegó hasta donde se encontraba la joven, y dio la impresión de que la inundaba, cubriéndola con su maravilloso esplendor. Rodeado por aquella luz sobrenatural, su rostro, humanamente hermoso hasta ese momento, se transformó en algo celestial. Bañado por esa luminosidad capaz de transformar las cosas, su traje de campesina tomó el aspecto de los ángeles vestidos con rayos de sol, tal como los vemos con la imaginación rodeando el trono de Dios.

Después, Juana se levantó, con la cabeza todavía un poco inclinada, con los brazos caídos y las puntas de los dedos levemente enlazadas por delante. Así, permanecía de pie, iluminada por aquella luz, como sin darse cuenta de ello; daba la impresión de escuchar algo, aunque nada llegaba a mis oídos. Al cabo de un momento, levantó la cabeza y miró hacia arriba, como uno miraría el rostro de un gigante, y entonces, enlazó sus manos y las elevó en actitud implorante. Luego, comenzó a hablar. Distinguí algunas de sus palabras. La oí decir:

—¡Pero soy tan joven!... demasiado joven para dejar a mi madre y mi hogar, salir al mundo desconocido y llevar a cabo una empresa de tal magnitud. Y, además, ¿cómo podré yo relacionarme con hombres, convertirme en camarada de ellos? ¡Y los soldados! No tendría otro remedio que acostumbrarme a los insultos, a sus rudas costumbres y a su desprecio. ¿Cómo podré ir yo a la guerra y conducir al ejército...? Yo, una muchacha ignorante de todo eso, que nada sabe de armas, ni siquiera montar a caballo y trotar con él... Pero, en fin, si eso es lo que se me ordena...

Su voz bajó un poco de tono y se rompió en sollozos, de modo que ya no conseguí comprender ni una sola palabra más.

En ese momento, recobré mi capacidad de pensar con serenidad. Me consideré como un intruso violando un misterio de Dios... ¿Cuál sería mi castigo? Me invadió el temor y me adentré en el bosque. Tracé una señal en la

corteza de un árbol, al mismo tiempo que pensaba si estuve soñando, si no habría tenido semejante visión. Cuando me despertara, y una vez seguro de que no soñaba, regresaría al mismo lugar para comprobar si la marca estaba allí. De este modo, podría saber si todo aquello fue cierto.

8

De repente, escuché que me llamaban por mi nombre. Era la voz de Juana. Sentí un sobresalto al pensar cómo pudo saber que yo estaba escondido allí... Me dije: todavía estoy soñando, es todo un sueño... Seguramente que la voz, la visión, todo aquello, debieron provocarlo las hadas... Me santigüé, invocando el nombre de Dios para romper el hechizo. Supe que me encontraba despierto ahora, una vez libre del encantamiento, gracias al exorcismo.

Volví a escuchar la voz que me llamaba y salí de mi escondite. Por supuesto, allí, ante mi vista, estaba Juana, pero ya no con el aspecto que tenía durante el sueño. Había dejado de sollozar, y su apariencia era la propia de ella, la misma que había mantenido desde hacía un año y medio, mostrándose alegre y sonriente. Recobró su energía y vigor de siempre, aunque se percibía en su cara y en su porte, una vivacidad iluminada.

Parecía como si todo el tiempo anterior hubiera estado en trance y se acabara de despertar. En verdad, daba la impresión de que se hubiera encontrado lejos, extraviada, y regresara junto a nosotros finalmente. Me sentí tan contento, que tuve ganas de correr a llamar a todos nuestros amigos, reunirlos a su alrededor y darle la bienvenida. Fui hacia ella, muy excitado, y le dije:

—¡Juana!, tengo algo maravilloso que contaros. No lo podéis ni imaginar. He tenido un sueño en el que os he visto muy cerca de aquí, junto a un árbol, y...

Juana alzó la mano y dijo:

—Eso no era un sueño.

Noté un sobresalto y empecé a sentir miedo otra vez.

—¿Cómo? ¿No era un sueño? —pregunté—. Y ¿cómo lo sabéis, Juana?

—¿Estáis soñando ahora? —siguió Juana.

—Yo... me parece que no... Creo que no.

—Desde luego que no —aclaró la joven—. Yo estoy segura de que no. Y no soñabais cuando hicisteis esa marca en el árbol.

Se apoderó de mí un terror frío, al darme cuenta de que no había estado soñando, sino que tuve la oportunidad de contemplar un milagro propio del mundo sobrenatural. Recordé entonces que mis pecadores pies estaban pisando suelo sagrado, el mismo suelo en que aquella imagen celestial había descansado. Me aparté bruscamente, a impulsos de un miedo que me llegaba hasta los huesos. Juana se dio cuenta y me calmó.

—No debéis temer nada. De verdad, no hay ningún motivo para ello. Venid conmigo. Nos sentaremos al lado del manantial y os contaré todo el misterio.

Cuando se disponía a comenzar su explicación, la interrumpí diciendo:

—Pero antes decidme esto. No fue posible que me vierais en el bosque... entonces, ¿cómo sabéis que hice una señal en un árbol?

—Tened paciencia, que ahora llegaremos a eso. Entonces lo comprenderéis todo —me tranquilizó Juana.

—Pero yo necesito saber qué era esa maravillosa luz que vi.

—Ahora os lo diré —continuó Juana—, no os preocupéis, que no corréis ningún peligro. Aquello era el resplandor de un arcángel... Miguel, jefe y señor de los ejércitos celestiales.

Al escuchar sus palabras no se me ocurrió nada más que santiguarme y echarme a temblar por haber profanado con mis pies aquel lugar santo.

—¿Y no le teníais miedo, Juana? ¿Visteis su rostro? ¿Cómo era?

—No le tenía miedo, porque no ha sido ésta la primera vez que lo he visto. Al principio sí lo tuve.

—¿Y cuándo fue eso, Juana?

—Ahora hace casi tres años.

—¿Tanto tiempo? ¿Y lo habéis visto muchas veces?

—Sí, muchas.

—Pues entonces ha sido esto lo que os ha cambiado. Por eso os

encontrábamos pensativa y distinta a como erais antes. Ahora lo comprendo. Y ¿por qué no nos lo habéis dicho?

—No podía hacerlo. No estaba autorizada. Ahora sí, y dentro de poco lo comunicaré a todos. De momento, sólo a vos. Hay que guardar el secreto algunos días más.

—¿Ha visto alguien antes que yo ese resplandor?

—Nadie. A veces, la luz me ha sido enviada en presencia vuestra y de otras personas, pero no pudisteis verla. Hoy sí, la aparición fue distinta. Se me ha explicado la razón, y también que esa luz no volverá a ser visible para nadie.

—Entonces, ¿ha sido una señal destinada a mí?... y una señal que encierra un significado... ¿pero cuál?

—En efecto, lo tiene, pero no puedo explicarlo.

—Y, además, resulta muy extraño que una luz tan brillante pueda aparecer ante nuestros ojos y no ser visible con claridad.

—Y no es sólo eso. La luz no aparece solamente, sino que viene acompañada con voces que hablan. Son voces de los santos, sobre un fondo de coros de ángeles. Yo puedo oírlos, pero los demás no. Las llamo «Mis Voces». Son muy queridas para mí.

—¿Y qué os dicen estas Voces?

—Muchas cosas... bueno, en relación con Francia, quiero decir.

—Pero ¿qué tipo de cosas? —insistía yo.

Con un suspiro, respondió:

—Desastres... sólo desastres, infortunios y humillaciones.

Por desgracia, no había otros acontecimientos que predecir.

—¿Os anunciaron los hechos antes de que ocurrieran?

—Sí. De este modo yo sabía lo que iba a pasar antes de que sucediese. Conocer estas cosas me tenía preocupada, como habéis podido comprobar. Era natural. A pesar de todo, siempre disponía de algunas palabras de aliento y esperanza. Incluso más que eso. Se me comunicaba que Francia sería rescatada, volviendo a ser nuevamente fuerte y libre. Pero cómo ocurriría esto y quién habría de llevarlo a cabo... no se me aclaraba... Hasta hoy mismo.

Cuando pronunció estas últimas palabras, un fulgor repentino y profundo iluminó sus ojos, efecto que yo tendría ocasión de observar muchas veces en los días venideros, cuando las trompetas anunciaban el ataque, un gesto al que me acostumbré a llamar la «luz de la batalla». Su pecho se elevaba y un perceptible color teñía su rostro. Juana continuó:

—Por fin, hoy, lo he comprendido todo. Dios ha elegido a la más indigna de sus criaturas para realizar esta labor. Siguiendo su voluntad, con su protección y su fuerza, no con la mía, he de conducir los ejércitos y rescatar a Francia y restablecer la corona sobre las sienes de su siervo, que ahora es el Delfín y después será el Rey de Francia.

Yo me quedé asombrado, y pregunté:

—¿Cómo es posible, Juana? ¿Vos, una niña, conduciendo ejércitos?

—Sí, yo. Por algún tiempo, esta idea me desanimó. Es cierto lo que decís... no soy más que una niña, una niña ignorante... desconozco todo lo que se refiere a la guerra, incapaz de soportar la rudeza de los campamentos y la convivencia con los soldados. Sin embargo, han pasado los momentos de indecisión y debilidad, que no volverán nunca. Ya estoy decidida y no voy a retroceder en mi propósito, con la ayuda de Dios, hasta que la garra inglesa no haya soltado la garganta de Francia. Mis Voces no me han mentido jamás, y tampoco mienten hoy. Me dicen que he de acudir ante Roberto de Baudricourt, el Gobernador de Vaucouleurs, que me proporcionará soldados que me darán escolta hasta llegar a la presencia del Rey. Así, dentro de un año a contar de hoy mismo, asestaremos un golpe que marcará el principio del fin, que no tardará en producirse, después, con gran rapidez.

—¿Y dónde se dará este golpe? —pregunté yo.

—Mis Voces todavía no me lo han dicho. Ni tampoco lo que ocurrirá durante el año que falta, antes de que el hecho se produzca. Me han elegido a mí para que lo realice, pero eso es todo lo que sé. El golpe irá seguido de otros, vigorosos y rápidos, que podrán deshacer, sólo en diez semanas, los largos años de intenso trabajo desplegado por Inglaterra. Después, la corona se asentará sobre la cabeza del Delfín... ésta es la voluntad de Dios. Mis Voces me lo han dicho así, y ¿cómo voy a dudarlo? No, las cosas ocurrirán tal como ellas anuncian, puesto que solamente dicen todo lo que es verdad.

Sus palabras eran de una fuerza tremenda. Resultaban increíbles para mi capacidad lógica, pero a mi corazón le parecían verdaderas... Así, mientras mi razón dudaba, el sentimiento creía ciegamente, creía y se aferraba al

mensaje de Juana con fe entusiasta desde aquel mismo día. Luego, dije:

—Juana, creo las cosas que me habéis dicho y ahora me alegro por el honor de acompañaros en las grandes batallas... bueno, si soy yo el que deberá acompañaros cuando sucedan estas cosas...

Ella se mostró sorprendida, y respondió:

—Pues claro que tenéis que estar conmigo cuando vayamos a la guerra... pero ¿cómo lo sabéis?

—Yo marcharé junto a vos, como también vuestros hermanos, Juan y Pedro, pero no así Santiago.

—Todo esto es cierto, según lo previsto, y de acuerdo con lo que se me ha revelado últimamente. Sin embargo, hasta hoy no he sabido que los planes se realizarían a través de mí, ni tampoco que yo debería partir en cumplimiento de esta misión. Pero vos, ¿cómo sabéis esas cosas de mis hermanos?

Le conté cuándo y dónde ella misma había comunicado los detalles sobre sus hermanos. Pero no lo recordaba. De modo que entonces comprendí que al pronunciar aquellas palabras se encontraba fuera de la realidad, como en trance o éxtasis de algún tipo. Al darse cuenta de lo ocurrido, me rogó que guardara silencio y no descubriera por el momento estas revelaciones. Yo le aseguré que lo haría así, y mantuve mi palabra.

Todos los que se encontraron con Juana aquel día, percibieron el cambio operado en ella. Se movía y hablaba con decisión y energía. Un fuego desconocido brillaba en sus pupilas, y también se observaba algo distinto, que llamaba la atención en su porte y en el modo de erguir la cabeza. Esa nueva luz y desenvoltura debían tener su origen en la autoridad y poder que le habían sido atribuidos, por mandato divino, aquel mismo día. Sólo con su talante mostraba esa autoridad con mucha mayor fuerza que con las palabras, sin incurrir en el menor gesto altanero o presuntuoso.

La segura consciencia de su dominio, se traslucía al exterior de forma serena y natural, actitud que la acompañó desde entonces, sin abandonarla hasta que su misión no estuvo cumplida.

Lo mismo que los demás vecinos de Domrémy, Juana siempre me había tratado con la deferencia debida a mi rango de nobleza. Sin embargo, a partir de ese momento, y sin que mediaran palabras, invertimos la situación. Era ella quien daba órdenes, y no sugerencias, y yo quien las recibía con el respeto debido a un superior y, además, las obedecía sin comentario alguno. Ese

mismo día, al anochecer, me dijo:

—Partiré mañana antes del alba. Nadie lo sabe más que vos. He de hablar con el gobernador de Vaucouleurs, tal como se me ha encargado. Este señor me despreciará y me tratará rudamente, y tal vez se niegue a recibirme esta vez. Iré primero a Burey, con el fin de convencer a mi tío Laxart de que me sirva de compañía, puesto que no me conviene hacer el viaje sola. A vos puedo necesitaros en Vaucouleurs, ya que si el gobernador se negara a recibirme, tendré que dictar una carta destinada a él, y me hace falta disponer de alguien que sepa escribir y comprender las palabras. Saldréis de aquí mañana, después de comer y permaneceréis en Vaucouleurs hasta el momento en que necesite vuestra ayuda.

Le prometí seguir sus instrucciones y ella continuó su camino. Podéis comprobar su claridad de ideas y lo exacto y ordenado de sus opiniones. No me pidió que yo fuera a su lado. No debía exponer su buena fama a comentarios maliciosos de las comadres. Sabía que el gobernador, por tener rango de nobleza, me concedería a mí, otro noble de su clase, audiencia para ella. Sin embargo, tampoco quería utilizar este medio. Una pobre campesina que presentaba la solicitud recomendada por un joven noble... ¿qué hubiera parecido a los mal pensados? Juana siempre cuidó de guardar su buena fama, intachable, hasta el final de su vida. Y así lo consiguió, sin la menor sombra de duda en ningún momento.

Así pues, supe lo que había de hacer ahora, si deseaba complacerla: ir a Vaucouleurs, no dejarme ver cerca de ella, pero estar dispuesto para cuando se me necesitase. Me puse en camino durante la tarde siguiente, y pude alojarme en un lóbrego hospedaje de la villa. Por la mañana, acudí a visitar el castillo, con el propósito de presentar mis respetos al gobernador. Me invitó a comer con él, en sus aposentos, al mediodía siguiente. El gobernador representaba la figura del soldado ideal de la época: alto, musculoso, pelo grisáceo y duro, frecuentes imprecaciones y palabras fuertes, aprendidas en diversas campañas de armas y conservadas como un tesoro. Acostumbrado a la vida en los campamentos, según él, la guerra era el más precioso regalo que Dios le había hecho al hombre.

Llevaba puesta su armadura de acero y calzaba unas botas que cubrían hasta más arriba de la rodilla. En la cintura colgaba una enorme espada. Al contemplar aquella imagen arrogante y escuchar sus juramentos, me di cuenta de que en semejante lugar no cabía la menor delicadeza de sentimientos ni podía encontrarse espacio para la poesía, por lo cual confiaba en que Juana, la

dulce muchachita campesina, no tuviera que enfrentarse a este personaje, y se contentara con escribirle una carta.

Me dirigí al castillo al mediodía siguiente y fui conducido al gran comedor, donde tenía reservado un sitio al lado del gobernador, en una mesita situada como dos escalones más alta que la mesa común. En la mesa pequeña se encontraban otros invitados, junto a mí, y en la general se situaban los oficiales y jefes de la guarnición. En la puerta de acceso formaba una guardia de alabarderos con casco y peto.

El único tema de conversación, convertido en tópico, no era más que éste: la desesperada situación de Francia. Según dijo alguno de los presentes, corría el rumor de que Salisbury se estaba preparando para marchar sobre Orleáns. La noticia despertó encendidas conversaciones que se sucedieron ruidosamente, rápidas y agitadas. Unos pensaban que se pondría muy pronto en acción, otros que no podría estrechar el cerco antes del otoño, aquellos, que el sitio sería largo y resistido con valor, pero todos se mostraban de acuerdo en un hecho: Orleáns caería, fatalmente, y con ella, toda Francia.

Con esta opinión mayoritaria, se dio por finalizada la discusión. Durante unos momentos reinó el silencio. Los hombres parecían sumergirse en sus propios pensamientos, ajenos al lugar donde se encontraban. En contraste con la animación anterior, la repentina y densa quietud resultaba de solemnidad imponente. Entonces, apareció un criado, que murmuró algunas palabras al oído del gobernador, que dijo:

—¿Cómo, hablar conmigo?

—Sí, Excelencia.

—¡Hum...! ¡Es una ocurrencia extraña, en verdad! Bien, hacedlos entrar.

Al instante, aparecieron Juana y su tío Laxart.

Al ver reunida a tanta gente, el pobre y anciano campesino se acobardó, deteniéndose a mitad de camino y no fue capaz de dar un paso más, permaneciendo allí, con su sombrero rojo apretado entre las manos, al tiempo que se inclinaba modestamente en todas direcciones, paralizado por la turbación y el temor.

Pero Juana avanzó con paso firme, la figura erguida y dueña de sí misma, se plantó ante el gobernador. Por entonces, ya me había reconocido, aunque no dio la menor señal de advertencia. Se produjo un murmullo de admiración, al que contribuyó el propio gobernador, ya que le oí musitar: «¡Por Dios que

es una preciosa criatura!». La observó con mirada crítica y, a continuación, habló:

—Bueno, ahora dinos, ¿cuál es tu mensaje, hija mía?

—Mi mensaje va destinado a vos, Roberto de Baudricourt, como gobernador de Vaucoleurs, y es el siguiente: es preciso que hagáis llegar emisarios al Defín, rogándole que espere y no presente batalla a sus enemigos, puesto que Dios le enviará ayuda dentro de poco.

El contenido de estas frases desconcertó a los presentes, haciendo murmurar a algunos de ellos: «La pobre niña está loca».

El gobernador, por su parte, frunció el ceño y preguntó:

—¿Pero qué disparates son éstos? El Rey —o el Delfín, como vos le llamáis— no necesita ninguna recomendación de esa clase. Esperará... por eso no os preocupéis. Bien, y ¿qué más deseáis decirme?

—Esto. Solicitar de vos que me proporcionéis una escolta de hombres armados y que me enviéis al Delfín.

—¿Para qué? —deseó saber el gobernador.

—Pues para que me nombre generad suyo. Está escrito que yo arrojaré de Francia a los ingleses y ceñiré la corona sobre las sienes del Rey.

—Pero ¿qué decís? ¡Si vos no sois más que una niña!

—Sin embargo, se me ha ordenado que realice estas cosas.

—¿De verdad? ¿Y cuándo decís que ocurrirá todo eso?

—El año próximo será coronado el Defín, como Rey, y después se mantendrá como Señor de Francia.

A estas palabras sucedió una explosión general de risas, y una vez acalladas, el gobernador preguntó a Juana:

—¿Y quién os ha enviado con estos mensajes tan extravagantes?

—Me envía mi Señor —afirmó Juana.

—¿Qué Señor?

—El Rey de los Cielos.

Muchos murmuraban diciendo: «¡Ah, pobre niña, pobre niña!», mientras otros exclamaban: «Ah, su mente está dañada». Mientras, el gobernador hizo

un gesto a Laxart de que se acercase, y le dijo:

—¡Escúchame bien! Llévate a esta niña loca a casa y dale una buena tanda de azotes. Creo que será la mejor medicina para su dolencia.

Al oír esto, Juana se disponía a salir, pero antes, se volvió y dijo con serenidad:

—Os negáis a facilitarme soldados y no sé la razón, puesto que ha sido mi Señor quien así lo manda. Sí, ha sido Él quien ha pronunciado la orden, de modo que insistiré una vez y otra vez, hasta que acabe por disponer de los hombres armados que solicito.

Cuando Juana abandonó el comedor, se sucedieron los comentarios admirativos en torno al suceso. Los guardias y los sirvientes extendieron dichos comentarios por toda la ciudad y de allí saltaron a todo el país. Hasta el mismo Domrémy ardía ya en rumores cuando nosotros regresamos a nuestro pueblo.

9

La naturaleza de los hombres los lleva a comportarse de la misma forma en cualquier lugar y situación: magnificar los triunfos y mostrar su desprecio en las derrotas. Así, el pueblo de Domrémy consideró que Juana lo había desprestigiado con su conducta vergonzosa y su estrepitoso fracaso.

Las malas lenguas tuvieron mucho que añadir al ocuparse del asunto. Se volvieron tan incisivas y amargas como diligentes en el hablar. Si en vez de utilizar las lenguas, hubieran movilizado sus dientes, la pobre Juana no habría sobreveído a sus ataques. Los que no la censuraban hacían algo que resultaba peor y más difícil de soportar, puesto que le ridiculizaban cruelmente, se burlaban de ella y no descansaban, ni de noche ni de día, en hacerla blanco de sus malévolas ocurrencias, sus escarnios y risotadas.

Tanto Haumette, como la Pequeña Mengette y yo, nos pusimos abiertamente de su parte, pero la tormenta era demasiado fuerte para que la aguantara el resto de los amigos, tal como pudo apreciarse al comprobar que éstos la esquivaban, como avergonzados de que pudieran verlos con ella, temerosos de que les recayera su impopularidad y las burlas arrojadas contra la pobre Juana.

Derramaba lágrimas amargas en los ratos que se encontraba a solas, pero nunca en público. Delante de la gente se mostraba serena y no manifestaba dolor ni resentimiento contra sus ofensores. Esta noble actitud hubiera debido suavizar la animosidad contra ella, desplegada por los maledicentes, pero no fue así. Su padre estaba tan indignado, que no podía hablar con tranquilidad del atrevido proyecto de Juana, dispuesta a ir a la guerra como un hombre. Tiempo atrás, soñó que su hija sería capaz de hacer esto, pero ahora recordaba aquel sueño con irritación y enfado, afirmando que antes de ver cómo, olvidando su sexo, se alistaba en el ejército, ordenaría a sus hermanos que la ahogaran, y si ellos se negaban, entonces lo haría él mismo con sus propias manos.

A pesar de la enemistad general y de los ataques sufridos, los planes de Juana no variaron lo más mínimo. Desconfiados, sus padres la sometieron a estrecha vigilancia con el fin de impedirle abandonar el pueblo. Ella no se recataba en decir que su momento no había llegado todavía. Que a su debido tiempo le sería comunicada la hora de partir, y que, entonces, sus guardianes no servirían de nada.

Pasó el verano. Y en vista de que Juana parecía mantenerse en sus propósitos, los padres se alegraron cuando se les presentó la oportunidad de doblegar su rebeldía e impedir sus locuras, a través del matrimonio. Nada menos que el Paladín tuvo la desvergüenza de afirmar que Juana se había prometido a él varios años antes, y por eso ahora reclamaba la confirmación del compromiso.

Ella negó las pretensiones del muchacho, alegando que eran falsas y rehusó aceptar al aspirante. En consecuencia, fue llamada a comparecer ante la corte eclesiástica de Toul, para responder por su infidelidad. Los que deseaban casarla, como sus padres, o quienes se gozaban en zaherirla, se alegraron mucho cuando supieron que Juana renunció a ser representada por un defensor y prefirió asumir ella misma ese papel. El regocijo parecía natural, puesto que pensaban que una campesina ignorante de dieciséis años iba a sentirse aterrada y con la lengua paralizada, cuando se viera ante los expertos doctores de la ley, rodeada del frío formalismo del tribunal.

Pero todas aquellas gentes se equivocaban. Acudieron en masa a Toul con el fin de presenciar el acto personalmente y disfrutar con el terror, desconcierto y derrota de aquella presuntuosa. Las cosas fueron de otro modo, y los maledicientes encontraron la horma de su zapato. Juana se mantuvo tranquila, sencilla y con absoluta desenvoltura. No quiso llamar a ningún testigo que declarara en su favor, afirmando que se limitaría a interrogar a los presentados por la acusación.

Una vez que éstos finalizaron sus respuestas, ella se levantó, procediendo a analizar sus testimonios con palabras sobrias, considerándolos vagos, confusos y sin fuerza de prueba. Después, hizo sentar al Paladín en el banquillo y comenzó a interrogarle. Sus declaraciones anteriores se fueron cayendo a jirones, hasta derrumbarse del todo, quedando al descubierto y sin ropa, él que tan ricamente vestido con el fraude y la mentira se había presentado poco antes. En vista de las circunstancias, su defensor intentó nuevos argumentos, pero la corte se negó a escucharle y dio por terminado el caso, añadiendo unas palabras de solemne alabanza para Juana, refiriéndose a

ella como «esta maravillosa niña».

Una vez obtenida la victoria, remachada con el elogio de tan alto tribunal, el pueblo, siempre voluble, cambió de nuevo y otorgó a Juana amparo, atención y respeto. Su madre la recibió otra vez con cariño y de todo corazón, y hasta su padre se calmó y llegó a manifestar que estaba orgulloso de ella. Sin embargo, el tiempo parecía haberse detenido y la espera se le hacía insoportable, puesto que el sitio de Orleáns por los ingleses había comenzado, densos nubarrones se cernían cada vez más negros sobre Francia y, a pesar de eso, sus Voces le recomendaban esperar y no le daban ninguna orden de acción inmediata. Llegó el invierno y estaba transcurriendo con lentitud y monotonía, cuando, por fin, se produjo un cambio.

SEGUNDA PARTE

10

El día 5 de enero de 1429, Juana vino a verme con su tío Laxart y me dijo:

—La hora ha llegado. Mis Voces ya no se muestran ahora dudosas, sino firmes y claras, y me han ordenado lo que debo hacer. Dentro de dos meses me encontraré en presencia del Delfín.

Estaba de excelente humor y su aire era decidido y hasta marcial. Me contagié su entusiasmo y experimenté una gran fuerza interior, algo parecido a lo que se siente al escuchar el redoble de los tambores y el paso rítmico de los hombres que marchan.

—Lo creo —le dije.

—Yo también lo creo —me confirmó Laxart—. Si me hubiera confiado antes eso de que Dios le ha ordenado rescatar a Francia, no me lo habría creído. La hubiese dejado buscar al gobernador por sus propios medios y yo estaría lejos de este asunto, convencido de que mi sobrina estaba loca. Pero la he visto plantar cara a esos nobles y poderosos señores sin sentir miedo, la he oído decir lo que debía y considero que no habría sido capaz de salir airoso de todo esto, si no fuera con la ayuda de Dios. De esto estoy seguro. Así que me he puesto a sus órdenes y haré todo lo que ella desee de mí.

—Mi tío es muy bueno conmigo —afirmó Juana con sencillez—, Le mandé a buscar para que convenciera a mi madre de que me permitiera ir con él para cuidar de su esposa, que se encuentra enferma. Todo se ha arreglado y saldremos mañana al amanecer. Desde su casa marcharé enseguida a Vauculeurs, donde aguardaré y haré gestiones, hasta que se atienda mi petición de ver al Delfín. ¿Y quiénes eran los dos caballeros que estaban sentados en la mesa del gobernador, a vuestra izquierda, el día que me presenté ante él solicitando escolta para visitar al Delfín?

—Uno era el caballero Juan de Novelonpont —contesté—, y el otro, el caballero Bertrand de Poulengy.

—Buen temple, los dos parecían hombres nobles. Me fijé en ellos, porque podrían figurar entre los nuestros. Pero ¿qué es lo que veo en vuestra cara? ¿Acaso dudáis?

La franqueza de Juana me estaba enseñando a decir siempre la verdad, sin alteraciones ni disimulos, de modo que le contesté:

—Los dos pensaron que os faltaba el juicio, y así lo expresaron. La verdad es que se compadecieron de vos por sufrir tal desgracia, pero creyeron que estabais loca.

Mis palabras no parecieron afectarla ni causarle el menor daño. Y lo único que respondió fue:

—Los sabios varían de criterio, cuando se dan cuenta de su error. Estos cambiarán y caminarán a mi lado. Los veré enseguida... pero cómo... ¿todavía dudáis?, ¿no me creéis?

—Sí, os creo, y ya no dudo... pero no es sólo eso... sin embargo, ahora recuerdo que estos dos caballeros no eran de allí, se encontraban de paso y se detuvieron en Vaucouleurs sólo un par de días antes de continuar su camino.

—Volverán —añadió Juana—. Pero hablemos de lo más importante ahora. He venido a veros para exponeros mis instrucciones. Es necesario que me sigáis a Vaucouleurs dentro de unos días. Procurad que vuestros asuntos queden resueltos, ya que estaréis fuera durante largo tiempo.

—¿Vendrán conmigo vuestros hermanos, Juan y Pedro?

—No. En estos momentos se negarían, pero lo harán más tarde, e incluso traerán con ellos la bendición de mis padres y su consentimiento para que lleve a término mi cometido. A partir de entonces, me sentiré más fuerte, y no como ahora que, al no contar con el favor de mis padres, me encuentro débil y triste —Juana se cortó por un momento y asomaron lágrimas en sus ojos. Luego, prosiguió—. Quiero despedirme de la Pequeña Mengette. Decidle que la espero al amanecer en las afueras del pueblo. Así me hará compañía un rato...

—¿Aviso también a Haumette?

Juana quedó abatida y rompió en llanto, al mismo tiempo que decía:

—¡No, por favor, no...! Le tengo tanto cariño... no podría resistir verla, sabiendo que ya nunca volveré a contemplar su rostro de nuevo...

A la mañana siguiente, llevé a Mengette junto a Juana, y los cuatro, con

Laxart y yo, hicimos un trecho del camino, hasta que el pueblo se perdió de vista en la distancia. Entonces, las dos muchachas se despidieron con abrazos cariñosos y abundantes lágrimas, despertando una profunda pena en los que contemplábamos el episodio. Juana se quedó mirando largo rato el pueblo distante, recordando el Árbol de las Hadas, el bosque de robles, la florida llanura y el río, como si deseara grabar en su memoria todo aquello, de modo que lo recordara para siempre y no desapareciera nunca, puesto que ella sabía que no lo iba a volver a ver en esta vida. Después, se volvió bruscamente, y se alejó de nosotros al mismo tiempo que sollozaba con amargura. Era su cumpleaños y el mío. Ella tenía 17 años.

11

Unos días más tarde, ya se encontraba Juana en Vaucouleurs, donde fue conducida por su tío Laxart, quedando alojada en la casa de Catalina Royer, mujer honrada y bondadosa, que se encargó de la custodia de la joven. Juana asistía a misa con regularidad y ayudaba en las tareas de la casa, ganando así su manutención. Cuando alguien quería preguntarle algo relacionado con su misión —y muchos lo hacían— les contestaba con toda naturalidad, sin ocultar nada del asunto.

Yo me hospedaba en una casa próxima a la de Juana y pude observar los resultados de su presencia en la ciudad.

No tardó en difundirse la noticia de que allí se encontraba una muchachita enviada por Dios para salvar a Francia de la presencia inglesa. Las gentes sencillas se apretujaban en masa, ansiosas de verla y hablar con ella. Con su aire jovial y amable, se granjeó la mitad de la fe de aquellas personas, y con su profunda seriedad y sinceridad diáfana, conquistó la otra mitad de su confianza.

Como de costumbre, las clases de mayor rango se mantuvieron desdeñosas y apartadas de aquel asunto, burlándose de Juana. No tardó en resurgir una antigua profecía del mago Merlín, difundida hacía más de ochocientos años, que anunciaba para un futuro muy lejano el hecho de que Francia se perdería a causa de una mujer, y sería elevada por otra mujer. Francia se encontraba ahora, en efecto, arruinada, hundida por culpa de una mujer, Isabel de Baviera, su Reina traidora. Pero Francia disponía ya de otra mujer, aquella muchachita rubia y de conducta limpia, llamada por la divina Providencia para dar cumplimiento a la profecía.

Estos pormenores añadieron al creciente interés del caso un nuevo y vigoroso impulso. El entusiasmo aumentó varios grados, y subió de tono la esperanza y la fe del pueblo en la misión de Juana. Y así, aquel cálido impulso se desbordó en oleadas, desde Vaucouleurs a todo el país, a lo ancho y

a lo largo, invadiendo todas las aldeas y villas, rejuveneciendo el ímpetu de los decaídos hijos de Francia. De todas partes llegaron miles de personas que deseaban ver y oír por sí mismas a la doncella y su mensaje. Vieron, oyeron y creyeron. No sólo la ciudad se encontraba llena, sino también las posadas y alojamientos estaban abarrotados, y a pesar de eso, la mitad de los visitantes se quedaban sin refugio. Sin contar con las dificultades, venían ilusionados, en pleno invierno, demostrando que cuando el espíritu de los hombres parece a punto de agotarse, ¿qué importa la comida y el techo, si puede conseguir alimento para el alma, más importante aún que el otro?

Día a día, la noticia se iba difundiendo por todos los confines de Francia. Hasta Domrémy se mostraba deslumbrado y asombrado, con las nuevas llegadas de Vaucouleurs. Las buenas gentes se preguntaban: ¿hemos tenido entre nosotros a esta maravilla de niña durante todo el tiempo, y fuimos tan torpes que no nos hemos dado cuenta? Sus hermanos Juan y Pedro abandonaron la aldea entre la admiración y la envidia de todos, como si fueran grandes dignatarios. Su camino hacia Vaucouleurs fue un paseo triunfal por toda la región, con miles de campesinos apiñados para verlos y saludar a los hermanos de la joven a quien los ángeles habían hablado cara a cara, y en cuyas manos depositaron, por mandato de Dios, los destinos de Francia.

Los hermanos de Juana, traían con ellos la bendición de sus padres y sus mejores votos, así como la promesa de que, más tarde, vendrían ellos mismos, en persona, a demostrarle su amor. Reconfortada con el respaldo familiar, lleno el corazón de felicidad y esperanza por el afecto de sus padres y hermanos, se dispuso a presentarse nuevamente en el castillo del gobernador. Sin embargo, tampoco esta vez se mostró más amable que la anterior. Continuaba negándose a enviarla ante el Rey. Juana se sintió algo desconcertada, pero en modo alguno se desalentó. La joven se dirigió al gobernador con su acostumbrada sencillez:

—Volveré otra vez hasta que consiga la escolta de hombres armados. Así me han ordenado hacerlo, y no puedo desobedecer. Iré ante el Delfín, aunque haya de hacerlo caminando de rodillas.

Sus dos hermanos y yo nos reuníamos con Juana a diario para atender a las personas que venían a escuchar sus palabras. En una ocasión, llegó un caballero llamado Juan de Metz. Se dirigió a Juana con tono condescendiente y mimoso, como se le habla a un niño, diciendo:

—Pero, cómo, ¿qué hacéis aquí, muchachita? ¿No veis que van a arrojar a nuestro Rey de Francia y a convertirnos a todos en ingleses?

Juana le respondió con el estilo tranquilo y serio que le era habitual:

—Yo he venido a rogarle a Robert de Baudricourt que me conduzca o me permita llegar hasta el Rey, pero no ha hecho caso de mis peticiones.

—Sí, ya veo, ya veo que mostráis una admirable tenacidad, puesto que ni siquiera un año entero de espera ha logrado haceros desistir de vuestros deseos. Ya os vi la primera vez que elevasteis vuestro ruego al gobernador.

—No se trata de un ruego, sino de un firme propósito. Me lo concederá. Puedo esperar.

—Bueno, tal vez no sea razonable estar tan segura de eso, hija mía. Estos gobernadores son difíciles de convencer... Y en el caso de que no accediera a vuestro ruego...

—Accederá. No tendrá más remedio que hacerlo. No es un problema de gusto.

El tono condescendiente del caballero, como se apreciaba al ver su cara, se iba diluyendo. La seriedad mostrada por Juana empezaba a impresionarle. Era habitual que la gente, dispuesta en principio a burlarse de la joven, acabara por hablar con ella completamente en serio. No tardaban en percibir en su espíritu una insospechada profundidad. Entonces, su evidente sinceridad y la firmeza de roca en que basaba sus ideas, desarmaban cualquier pretensión frívola o caprichosa de personas que no lograban mantener su postura con dignidad. El caballero de Metz permaneció pensativo unos minutos, y luego habló con voz seria:

—¿Y es muy urgente que lleguéis a la presencia del Rey?... Bueno, lo que intento decir... —vaciló el caballero.

—¡Antes de mediada la Cuaresma, aunque tuviera que gastarme las piernas hasta la rodilla! —exclamó Juana.

Pronunció estas palabras con ese aire de contenida fiereza que descubre hasta qué punto el corazón de una persona ansia lograr su propósito. Al instante, se hubiera podido adivinar la respuesta en la cara del caballero de Metz. Sus ojos se iluminaron con el brillo de la simpatía. Añadió, con la máxima cordialidad posible:

—Sabe Dios que me parece os debieran conceder la guardia de soldados

que solicitáis, y creo que de vuestra empresa habría de salir algo favorable para Francia. Pero ¿qué os proponéis realizar? ¿Qué esperáis conseguir y cuáles son vuestras ilusiones?

—Rescatar a Francia. Y el cielo quiere que sea yo quien lo haga. Nadie más en el mundo, ni reyes, ni duques, ni cualquiera otra persona, puede conseguirlo.

Sus palabras adoptaron un tono decidido y patético que impresionaron al caballero de Metz. Me di cuenta perfectamente. Juana bajó un poco la voz y continuó:

—Desde luego que hubiera preferido quedarme con mi madre ayudándole a hilar, porque ésta no es mi vocación. Pero debo estar dispuesta a hacerlo, cumpliendo la voluntad de mi Señor.

—¿Y quién es vuestro señor?

—Es Dios.

Al oír estas palabras, emocionado, el señor de Metz, cumpliendo la noble ceremonia feudal, se arrodilló y, colocando sus manos sobre las de Juana, como señal de estar a su servicio, prestó juramento de que, con la ayuda de Dios, él mismo la conduciría ante el Rey.

Al día siguiente, apareció el caballero Bertrand de Poulengy, quien también hizo juramento, empeñando su honor de caballero en que habría de luchar junto a ella, y la seguiría por dondequiera que fuese.

Al atardecer de ese mismo día, se corrió un rumor que voló por todos los rincones de la ciudad: el propio gobernador acudiría a visitar a la muchacha en su humilde alojamiento. De este modo, a la mañana siguiente, las calles se encontraban abarrotadas de personas, que aguardaban para ver si el increíble acontecimiento ocurría de verdad. Y, ciertamente, sucedió. El gobernador se presentó, a caballo, con toda solemnidad, acompañado por su guardia. La noticia se extendió rápidamente y produjo una fuerte impresión, haciendo callar actitudes burlonas de las clases más poderosas y elevando el prestigio de Juana a un nivel más alto que nunca hasta entonces.

El gobernador iba dispuesto a salir de dudas. Juana sólo podía ser una de las dos cosas: o bruja o santa, y él estaba decidido a aclarar cuál de las dos era. De modo que se hizo acompañar por un sacerdote con el fin de que pudiera arrojar al demonio, en el caso de que hubiera tomado posesión de Juana. El sacerdote realizó su misión, pero no encontró el menor rastro del

demonio. Lo único que se logró fue herir los sentimientos de la doncella y ofender su honda piedad de forma gratuita, puesto que ese mismo sacerdote ya la había confesado antes, y ya debía saber que si algo no resiste el demonio, es el sacramento de la confesión, al que odia con tal fuerza, que lanza lamentos de angustia y furiosas maldiciones, dondequiera que se encuentra con el pecador arrepentido, que confiesa sus pecados al sacerdote.

Así pues, el gobernador se marchó, confundido y acosado por sus propias reflexiones, pero sin saber qué hacer. Mientras resolvía sus dudas, pasaron varios días, y llegó el 14 de febrero. En ese momento, Juana volvió al castillo y habló con decisión al gobernador:

—En nombre de Dios, Robert de Baudricourt, sois demasiado lento en permitirme acudir a presencia de nuestro Delfín, y ya habéis ocasionado un daño cierto con ello. En este mismo día, Francia ha perdido una batalla cerca de Orleáns y todavía sufiremos aún mayores perjuicios si no me enviáis rápidamente a la corte.

El gobernador quedó admirado por esta forma de hablar, y respondió:

—Pero, hija mía, decís que hoy mismo, hoy, hemos sido derrotados. ¿Cómo podéis saber lo que habrá ocurrido hoy en esa región? La noticia de lo que allí suceda hoy, tardará al menos ocho o diez días en llegar a nosotros.

—Mis Voces me lo han advertido, y es cierto. Hoy se ha perdido una batalla y hacéis mal en retenerme aquí inactiva.

El gobernador, nervioso, paseó de un lado a otro, sin rumbo, hablando para sí y dejando oír a veces fuertes juramentos, hasta que, por fin, exclamó:

—Escuchadme. ¡Id en paz y aguardemos! Si resulta cierto lo que anunciáis, os daré una carta y os enviaré al Rey. Pero no lo haré si esto no fuera así.

Juana respondió con redoblado fervor:

—¡Alabado sea Dios! porque estos días de espera casi han llegado a su fin. Dentro de nueve días, me daréis esa carta.

Para entonces, la buena gente de Vaucouleurs la había provisto de un caballo y la armaron y equiparon como si fuera un soldado. Sin embargo, no tuvo tiempo de probar el caballo y ver si podría montarlo, ya que su ocupación fundamental era permanecer en su puesto, elevar el espíritu y las esperanzas de todos los que acudían a hablar con ella y prepararles a que

colaboraran en la tarea de rescatar y recuperar las buenas costumbres del reino. Esta actividad ocupaba todas las energías desplegadas durante la jornada. Pero no había mayor problema, puesto que era capaz de aprender cualquier cosa en el más breve plazo de tiempo, además. Su caballo no tardó en ser el primer testigo de su portentosa capacidad de asimilación. Mientras tanto, los hermanos de Juana y yo sí tomábamos lecciones de montar a caballo y practicábamos el manejo de la espada y de otras armas.

El día 20 de febrero, Juana ordenó a su pequeño ejército —los dos caballeros, sus dos hermanos y yo— que asistiéramos a un consejo privado sobre las próximas operaciones. Bueno, en realidad aquello no era un consejo, puesto que ella no nos consultaba nada, sino que nos impartía órdenes, sencillamente. Marcó en un mapa la ruta que pensaba seguir durante la marcha a la Corte del Rey, y lo hizo con la seguridad de una persona con profundos conocimientos de geografía. Además, el itinerario de las distintas jornadas estaba ideado de tal forma que se evitaban, aquí y allí, las zonas más peligrosas ante los movimientos laterales de flanco del enemigo, demostrando así que manejaba la geografía militar y política tan exactamente como la física.

Y, no obstante, Juana nunca había ido a la escuela, ni recibido ningún tipo de formación en toda su vida. Yo estaba admirado al comprobar los conocimientos de que disponía Juana. Me quedé muy sorprendido, aunque pensé que, seguramente, sus Voces le habrían proporcionado esa increíble sabiduría. Pero al reflexionar, después, me di cuenta de que no era eso. Al mencionar Juana en sus conversaciones datos que le habían revelado distintas personas, recordé que muchas veces preguntaba cosas, con gran habilidad y diligencia, a la multitud de forasteros que la visitaban, de los cuales había obtenido su amplio repertorio de valiosas informaciones. Los dos caballeros se encontraban asombrados ante la sagacidad y el buen sentido que estaba demostrando Juana, cuidando hasta los menores detalles.

Nos ordenó que nos preparáramos a viajar de noche y dormir durante el día en lugares ocultos, ya que la mayor parte del trayecto, que habría de ser largo, iba a transcurrir a través de territorio dominado por el enemigo. También insistió en que no reveláramos a nadie la fecha de nuestra partida, con el fin de pasar inadvertidos. De no hacerlo así, la gente del pueblo acudiría a despedirnos con gran entusiasmo y fiesta, lo cual pondría en guardia al enemigo que permanecería al acecho, dispuesto a capturarnos en algún lugar propicio. Para terminar, Juana dio sus últimas instrucciones:

—Ya sólo nos falta comunicaros la fecha de la partida, dé forma que os de tiempo a preparar todo lo necesario y no dejéis ningún detalle para hacerlo, de prisa y mal, a última hora. Iniciaremos la marcha el próximo día 23, a las once de la noche.

Después se despidió de nosotros. Los dos caballeros parecían impresionados y turbados. El señor de Poulengy no pudo ocultar sus temores:

—Aun suponiendo que el gobernador nos concediese escolta y carta de presentación al Rey, es posible que esto no ocurra en la fecha que nos ha señalado Juana. ¿Cómo se arriesga a fijarla de modo tan preciso? Es muy aventurado elegir día y hora en una situación tan incierta como la que nos encontramos.

Entonces, intervine yo:

—Creo que si nos ha marcado el día 23, podemos confiar en ella. Las Voces se lo habrán indicado. Al menos eso pienso. Haremos mejor obedeciendo sus órdenes.

Y obedecemos.

En vista de las circunstancias, los padres de Juana fueron avisados para que acudieran a despedirse de su hija antes del día 23. Por razones de elemental prudencia, no se les comunicó el porqué de esta fecha.

En el transcurso de ese día 23, la joven observaba con impaciencia los nuevos grupos de forasteros que venían a visitarla, y no descubría a sus padres entre ellos. Fueron pasando las horas, y no aparecieron. Aun así, no desesperaba, y seguía aguardando pacientemente. Cuando, finalmente, llegó la noche, perdió las esperanzas de ver a sus padres y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Pese a todo, consiguió rehacerse y se consoló, diciendo:

—Seguramente, había de ser así. Es la voluntad del Cielo. Debo aceptarla y lo haré.

El señor de Metz, para aliviar su pena, le dijo:

—Pero el gobernador todavía no ha enviado noticias, puede ser que lleguemos a mañana sin...

Juana le interrumpió su frase:

—No os preocupéis. Iniciaremos nuestro viaje a las once de esta noche.

Y así fue. A las diez apareció el gobernador rodeado por su guardia y los

portadores de antorchas. Allí mismo les hizo entrega de la escolta de hombres armados, además de caballos y equipos de campaña para los hermanos de Juana y para mí, y a ella le confió una carta suya de presentación al Rey. Después tomó una espada y la ciñó a la cintura de la joven con sus propias manos, diciendo:

—Habéis dicho la verdad, niña. La batalla se perdió el mismo día que vos dijisteis. Así que yo he mantenido mi palabra.

Ahora, marchad, y que sea lo que Dios quiera.

Juana le dio las gracias por su ayuda, y, sin más palabras, el gobernador abandonó el lugar.

La batalla perdida a la que se refirió Juana, fue el famoso desastre conocido históricamente como la batalla de los Arenques.

Las luces de la casa donde nos encontrábamos se apagaron al mismo tiempo y, poco después, cuando las calles quedaron a oscuras y tranquilas, nos deslizamos furtivamente hacia las afueras saliendo por la puerta sur, y nos pusimos a cabalgar hacia nuestro destino con trote rápido.

12

En total formaban nuestro grupo 25 hombres fuertes y bien equipados. Caminábamos en columna de a dos, con Juana y sus hermanos situados en el centro, para mayor seguridad, mientras Juan de Metz marchaba en cabeza y Bertrand de Poulengy en retaguardia. Los dos caballeros se colocaron de esta forma para impedir posibles desertiones, al menos mientras nos encontráramos en zona francesa. Más tarde, al entrar en territorio enemigo, nadie se atrevería a desertar. Al cabo de un rato, se empezaron a oír lamentos, gritos y maldiciones que procedían de varios puntos de nuestra columna. Después de hechas las oportunas averiguaciones, resultó que se trataba de algunos de nuestros hombres, alrededor de cinco o seis, pobres campesinos que nunca habían montado a caballo y se mantenían en las sillas con gran dificultad. Y, además, con el trote, comenzaban a sufrir agudos dolores. Fueron enrolados por el gobernador a última hora y a la fuerza, con el fin de completar la lista de hombres destinados a esta operación.

Los soldados veteranos se intercalaron con los novatos y se les dieron instrucciones para que les ayudaran a mantenerse en la silla, o los mataran si intentaban desertar. Los pobres diablos permanecieron en silencio todo el tiempo que les fue posible, pero las molestias se agudizaron a tal punto, que se pusieron a quejarse a voz en grito. Para entonces ya nos encontrábamos en territorio enemigo, de modo que era imposible que nos detuviéramos a ayudarles. Era necesario proseguir la marcha, aunque Juana, compadecida de su sufrimiento, les dijo que si preferían correr el riesgo, podían abandonar la columna. Lo cierto es que decidieron continuar con nosotros. Aminoramos el ritmo y nos movimos con mayor lentitud y cautela, advirtiéndolo a los hombres que se guardaran sus quejas dentro, y no pusieran en peligro la misión con tantos gritos y lamentos.

Al amanecer, cabalgamos en dirección a un espeso bosque, donde nos refugiábamos para dormir, cosa que hicimos en pocos segundos, exceptuando a los centinelas. A pesar del suelo frío y del helado aire no me desperté hasta el

mediodía. Salí de un sueño tan profundo y opresivo, que al principio, con los sentidos embotados, no recordaba dónde me encontraba ni qué me había sucedido. Poco a poco, mi mente se fue aclarando y lo recordé todo. Mientras permanecía tumbado, reflexionando en torno a los extraños sucesos de los últimos meses, me sorprendí al comprobar que una de las profecías de Juana no se había cumplido. En efecto, ¿dónde estaban nuestros amigos Noel y Paladín, que según predijo deberían haberse unido a nosotros «a la hora once»? Y es que, para entonces, ¿sabéis?, ya me había acostumbrado a que todas las afirmaciones de Juana fueran verdad.

Así pues, un poco molesto y confuso por estos pensamientos, abrí los ojos. Bueno, pues allí pude ver a Paladín ¡reclinado contra un árbol y mirándome fijamente! La verdad es que, con cierta frecuencia, suele ocurrir que al pensar en una persona o referirnos a ella, aparece ante la vista, aunque no podamos imaginar que estuviera tan cerca.

Pues allí se encontraba el Paladín, observando cómo dormía y a la espera de que me despertara. Me alegró mucho verle, y me lancé hacia él, apretando su mano, al mismo tiempo que nos alejamos unos pasos. Al comprobar que renqueaba como un lisiado, le ayudé a sentarse y le pregunté:

—Bueno, ¿de dónde has salido? ¿Cómo has venido a parar aquí? ¿Qué haces vestido de soldado? Cuéntamelo todo.

Sin hacerse rogar, me contestó:

—He caminado con vosotros desde la noche pasada.

¡Cómo! —exclamé yo, mientras pensaba: «la profecía de Juana no ha fallado. Al menos, ya se ha cumplido la mitad de ella».

—Pues sí, lo hice. Abandoné a toda prisa Domrémy con la idea de unirme a vosotros y por poco llego tarde. En realidad, llegué tarde, pero le insistí de tal modo al gobernador, que éste, conmovido por mi valor y mi entusiasmo en favor de la causa de mi país —al menos esas fueron sus palabras— cedió y me autorizó a venir.

En mi interior, pensé: «todo esto es falso. Paladín es uno de los seis campesinos reclutados a la fuerza y a última hora. Estoy seguro, porque la profecía de Juana anunciaba que se nos uniría “en la hora once”, pero no por su propia voluntad». Después, y en voz alta, le dije:

—Me alegra que hayas venido. La nuestra es una causa noble y, en los tiempos que corren, un hombre no debe quedarse cómodamente instalado

junto al hogar.

—¡Sentado en el hogar! Para mí eso sería tan difícil como lo es al trueno permanecer oculto entre las nubes cuando la tormenta le reclama.

—Eso es una hermosa frase. Suena a cosa tuya.

Mis palabras le gustaron.

—Me alegra que me conozcáis. Hay gente que todavía no me conoce. Pero lo harán, de ahora en adelante. Me conocerán bien, antes de que yo acabe con esta guerra.

—Estoy seguro —respondí—. Creo que por donde el peligro salga a tu encuentro, allí te distinguirás.

Paladín quedó encantado con mis palabras y se infló como un pavo.

—Si yo me conozco bien —y creo que sí—, mis hazañas en esta guerra os darán ocasión más de una vez para recordar estas promesas mías.

—Sería necio ponerlas en duda. Estoy convencido.

—Y eso que nunca podré desarrollar toda mi capacidad de acuerdo con mis facultades, puesto que soy un simple soldado raso, sin más. Pero, aun así, este país oirá hablar de mí. Otra cosa ocurriría si yo ocupara el puesto que me corresponde. Es decir, si estuviera en el lugar de un La Hire, o de Santrilles, o del mismo Bastardo de Orleáns... en ese caso... bueno, prefiero no decir nada... Ya sabes que no soy de los que les gusta hablar, como Noel Rainguesson y los de su calaña, gracias a Dios. Pero supondrá un hito histórico, algo desconocido para el mundo, que la fama de las hazañas de un soldado raso sobrepasen con mucho la de esos personajes, y que la gloria de sus nombres quede oscurecida con mi fulgor.

—Calla, calla... veamos, amigo —contesté—, ¿sabes que has descubierto una idea genial? ¿Te das cuenta de la inmensidad de la acción que te propones realizar? Porque, mira, al fin y al cabo, llegar a ser un general famoso... ¿qué es eso? Pues nada... La historia está llena de tales personas. Es imposible retenerlos a todos en la memoria, de tantos como hay. Pero, en cambio, un soldado raso que alcance la fama suprema, la más alta gloria... ¡Ah, resultaría un caso único! ¡Sería algo así como la lima brillante un cielo sembrado de pequeñas estrellas, como si fueran simples granos de mostaza! ¡Su memoria sobreviviría a la raza humana! Por favor, amigo mío, ¿quién te ha inspirado semejante idea?

El Paladín pareció a punto de estallar de gozo, pero logró disimular sus sentimientos a duras penas. Declinó el cumplido con sencillez, haciendo un gesto indiferente con la mano y, con cierta condescendencia, respondió:

—En realidad, no tiene tanta importancia. Suelo tener ese tipo de ideas con frecuencia, y aun otras todavía más brillantes. Esta no me parece nada del otro mundo.

—Me dejas asombrado —continué yo—, porque a mí me parece extraordinaria. ¿De modo que la ocurrencia ha sido realmente tuya?

—Absolutamente. Y tengo muchas más en el lugar de donde proceden todas —afirmó tocándose la frente con el dedo, y desplazando su casco sobre la oreja derecha, en gesto de propia satisfacción—. Yo no necesito que nadie me preste ideas, como le ocurre a Noel Rainguesson.

Al oír el nombre de nuestro amigo, le pregunté:

—Y, hablando de Noel, ¿cuándo le viste por última vez?

—Pues hace sólo un rato. Está durmiendo más allá, como un lirón. Cabalgó toda la noche pasada con nosotros.

Al escuchar esto, sentí que el corazón me saltaba. Me dije: «Ahora ya estoy tranquilo y satisfecho. Nunca volveré a dudar de las profecías de Juana». Después, hablé en voz alta:

—Eso me alegra mucho. Me hace sentirme orgulloso de nuestra aldea. Ya veo que nuestros corazones de león no pueden aguantar refugiados en la tranquilidad de las casas, en estos momentos difíciles...

—Pero ¿cómo? ¿Corazón de león? ¿Quién?... ¿Ese elemento? Pero, vamos, si se humilló como un perrito rogando que lo dejaran en paz... Lloró y protestó pidiendo marcharse con su madre... ¡Ese, un corazón de león! ¿Ese escarabajo?

—Pues qué raro... —argumenté yo—, supuse que se habría presentado como voluntario, naturalmente... ¿es que no fue así?

—¡Ah, sí! Fue tan voluntario como el reo va hacia el verdugo... ¡Vamos!... pero si cuando vio que yo salía de Domrémy para alistarme, quiso venir conmigo, bajo mi protección, porque le gustaba ver a la multitud emocionada y gritando. Al ver desfilar a los soldados a la luz de las antorchas, fuimos todos muy emocionados a ver el espectáculo fuera del castillo del gobernador, y entonces, sus guardias lo agarraron a la fuerza. El pobre diablo

gritaba pidiendo que le dejaran marchar y, al ver cómo sufría, intercedí por él, rogando que me permitieran a mí ir en su lugar. El gobernador atendió mis súplicas, pero decidió no soltar a Noel, indignado por su cobardía, al verle llorar como un niño... Con esas trazas... mucho va a ayudar al servicio del Rey... ya lo comprobaréis pronto... comerá como seis y correrá hacia atrás como diez y seis... ¡Odio a los mequetrefes de medio corazón y nueve estómagos!

—Pero ¿cómo? —exclamé yo—, eso que me cuentas me extraña mucho y me llena de perplejidad. Siento pena al oírlo, tenía entendido que Noel era un joven valiente...

El Paladín me lanzó una mirada de ira, y contestó:

—No me explico de dónde habéis sacado esa opinión. No lo puedo entender. Y no es que yo le odie y hable movido por prejuicios... procuro no tenerlos contra nadie. En realidad le quiero y he sido compañero suyo, casi desde la cuna... pero no tengo más remedio que reconocer claramente sus defectos, y me parece muy bien que él exponga los míos, si es que los hay... Para ser sincero, alguno puede haber... pero será difícil encontrarlos, o al menos así lo creo... ¿Conque un joven valeroso...? ¡Si lo hubierais visto anoche gemir y protestar y maldecir porque le hacía daño la silla de montar!... Entonces, ¿por qué no me hacía daño a mí? ¡Bah! Yo me encontraba tan a gusto, en la silla como' si hubiese nacido encima de una igual. Y, sin embargo, era la primera vez que montaba a caballo. Todos aquellos veteranos que iban junto a nosotros admiraban mi modo de montar, decían no haber visto nunca nada parecido... Pero él... ¡vamos! Pero si tuvieron que sostenerlo durante todo el camino...

En eso, el olor del desayuno nos llegó a través de los árboles. El Paladín, de forma inconsciente, infló las ventanas de su nariz en perceptible respuesta, se levantó y se puso a andar cojeando sensiblemente, con la excusa de que tenía que cuidar de su caballo.

En el fondo era una buena persona, un gigante de buen corazón, sin maldad, pues no hay maldad cuando uno ladra, pero no muerde. No había malicia de fondo. Y, además, el defecto no podía atribuirse sólo a Paladín, sino que el propio Noel Rainguesson lo había alimentado y perfeccionado, debido a lo divertido que lo pasaba escuchando sus baladronadas. El espíritu guasón de Noel necesitaba alguien a quien excitar, de quien burlarse y con quien divertirse. Así que, se dedicó a espolear el ánimo del Paladín, en lugar

de dedicarse a otras cosas más útiles e importantes. Y la verdad es que la tarea de Noel logró un éxito considerable, puesto que disfrutaba con la presencia del Paladín más que con la de cualquier otra persona, mientras que el Paladín, al contrario, prefería estar con cualquiera de sus amigos antes que con el taimado Noel. Sin embargo, se veía a menudo al grandullón del Paladín con el minúsculo Noel, lo mismo que se puede contemplar juntos al toro y al mosquito.

En la primera oportunidad, me acerqué a Noel para conversar un rato. Para empezar, le dije:

—Fue muy bello y valeroso por vuestra parte alistaros como voluntario, Noel.

Me guiñó un ojo y contestó:

—Sí, la verdad es que fue bastante hermoso, creo. Pero, aun así, no puedo atribuirme todo el mérito: me ayudaron.

—¿Quién os ayudó?

—El gobernador.

—¿Cómo?

—Veréis. Será mejor que os cuente la historia completa. Vine desde Domrémy con el fin de contemplar la muchedumbre y el espectáculo de Vaucouleurs. Nunca había tenido ocasión de ver tales cosas y, naturalmente, quise aprovechar la oportunidad, pero sin la más mínima intención de alistarme. Por el camino, di alcance a Paladín y le forcé un poco a que me hiciera compañía hasta que llegáramos a nuestro destino. Me dijo que no estaba dispuesto a ir conmigo, pero entre discusiones y chanzas, nos encontramos ya en Vaucouleurs, dando de manos a boca, sin advertirlo, con los soldados del gobernador iluminados por las antorchas de los guardias. Inmediatamente nos capturaron junto a otros cuatro más y nos añadieron a la escolta. Así fue como me alisté. Pasado el primer momento, la verdad es que no lo siento; sobre todo, al pensar en lo aburrida que hubiera resultado mi vida en la aldea sin la compañía de Paladín.

—Y él, ¿cómo se ha tomado esto? ¿Estaba contento?

—Yo creo que se alegraba, en el fondo.

—¿Por qué pensáis así?

—Yo conozco bien al Paladín. Al principio afirmó que eso de

incorporarse al ejército no le gustaba nada. Pero yo sé que no es cierto. Él acostumbra a decir siempre lo contrario de lo que siente. Me parece que está contento, precisamente porque lo negó.

—Entonces... —continué yo— vos creéis que se encuentra satisfecho...

—Sí, estoy seguro de que lo estaba. Y eso que suplicaba servilmente y lanzaba gritos llamando a su madre. También aducía que estaba delicado de salud y que no podía montar a caballo y no sobreviviría a la primera caminata. Pero no aparentaba el miedo que, supuestamente, le embargaba. El gobernador se hartó y le pegó un grito que levantó polvo del suelo. Al lado había un tonel de vino tan grande que necesitaba cuatro hombres para cargarlo. El gobernador le ordenó levantarlo, bajo las amenazas de hacerlo pedazos, y el Paladín obedeció, agarrando fácilmente el tonel en sus manos. El gesto le valió su ascenso a soldado raso en nuestra escolta, sin más discusiones.

—Sí, puede que tengáis razón, si vuestros razonamientos son correctos... Y ¿cómo aguantó la marcha de la noche pasada?

—Pues, más o menos, lo mismo que yo. Cierto que él hizo más ruido, pero eso es porque es más grande y vigoroso. Logramos mantenernos sobre las sillas gracias a la ayuda de los veteranos. Y hoy cojeamos los dos del mismo modo... En fin, si él prefiere sentarse, allá con sus huesos. Para mí es mejor estar de pie.

13

Fuimos llamados a formar y quedamos pendientes de un pase de revista que efectuaría la misma Juana. Después nos dirigió unas palabras con el fin de que tuviéramos en cuenta sus instrucciones. Consideraba que, incluso una actividad tan cruel como la guerra, podía desarrollarse con más eficacia sin blasfemar y lanzar juramentos, por lo que nos advertía seriamente el deber de recordar sus deseos y ponerlos en práctica.

Ordenó que los novatos hicieran media hora de ejercicios a caballo, y eligió uno de los veteranos para que dirigiera los movimientos. La verdad es que la demostración resultó decepcionante, pero, en fin, algo aprendimos y, sobre todo, Juana se mostró satisfecha y nos felicitó por nuestro esfuerzo. Ella no recibió ningún entrenamiento, ni efectuó maniobras con su caballo, sino que, como una estatua, erguida y serena, contempló nuestras evoluciones. Con eso tuvo suficiente, ¿sabéis? Después no dejaría de realizar con acierto el más pequeño movimiento, sin olvidar detalle de la lección, sino que los conservó en sus ojos y en su mente, y los llevó a la práctica más tarde con la misma seguridad y confianza que si los hubiera hecho toda su vida.

Reemprendida la marcha, caminamos tres noches a razón de trece o catorce leguas cada una, cabalgando en paz y sin dificultades, quizá porque nos tomaban por una cuadrilla de forajidos a los que se conocían como los «Compañeros Libres». La gente de la región se alegraba de que tales individuos pasaran de largo sin detenerse. Pese a todo, las etapas resultaban agotadoras e incómodas. Apenas existían puentes útiles para vadear los abundantes ríos que era necesario atravesar. Las aguas estaban heladas y luego teníamos que acostarnos con la ropa empapada, en un suelo cubierto de nieve y sin disponer del calor de las hogueras, que procurábamos no encender con el fin de no ser localizados.

Así, iban mermando nuestras energías con aquellas jornadas de una dureza mortal, salvo el caso de Juana, cuyo paso conservaba toda su

elasticidad y firmeza, lo mismo que sus ojos, animados por el vivo fulgor de siempre. Lo único que podíamos hacer era admirarnos por su resistencia, pero no le encontrábamos explicación.

Si aquellos días nos parecieron de gran dureza, no sé cómo describir las cinco noches siguientes. Las marchas se volvieron cada vez más fatigosas y las aguas de los ríos más heladas. Sufrimos siete emboscadas en las cuales perdimos dos soldados entre los novatos y tres veteranos. Mientras, la noticia de que Juana, la doncella de Vaucouleurs, se dirigía a presencia del Rey acompañada por una escolta se difundió por todas partes, hasta en el extranjero, de modo que los caminos se encontraban ya estrechamente vigilados.

Estas cinco noches desarticulaban seriamente nuestra columna. Las cosas se hicieron todavía más complicadas, debido a una conjura que, descubierta por Noel, puso en conocimiento de los jefes. Algunos hombres, extrañados por la resistencia de Juana y al comprobar cómo conservaba el vigor, la calma y la confianza en cualquier situación, murmuraban contra ella. En cierta ocasión discutieron en voz alta en presencia de Noel, afirmando que si Juana disponía de tales poderes, superiores a los de tantos hombres fornidos y valerosos, es que debía ser una bruja a la que Satanás proporcionaba su extraordinaria resolución y fortaleza. De modo que acordaron estar al acecho y encontrar así alguna oportunidad para matarla sin correr riesgos.

El que se produjeran entre nosotros conspiraciones secretas era un asunto muy grave, motivo por el cual los dos caballeros solicitaron de Juana autorización para colgar a los dos traidores, pero ella se negó sin vacilar.

—Ni esos hombres ni ningún otro podrá quitarme la vida antes de que haya cumplido mi misión. Así que ¿para qué manchar nuestras manos de sangre? Les comunicaré lo que sabemos y les llamaré al orden. Traedlos a mi presencia.

Cuando estuvieron ante ella les habló con precisión, explicándoles el caso y el nuevo enfoque dado por la iniciativa suya. Los dos soldados quedaron impresionados y se desconcertaron al escuchar las palabras de Juana. Pero su pasmo aumentó con la observación final que hizo al promotor de la conjura, demostrando, además, sincera condolencia:

—Es una lástima que hayáis conspirado deseando la muerte de una persona, cuando la vuestra está muy próxima.

En efecto, aquella misma noche, el caballo de este soldado, tropezó con

tan mala fortuna que cayó sobre el desdichado, en el momento de vadear un río, ahogándose antes de que nos diera tiempo a socorrerle. A partir de ese momento, se acabaron las conspiraciones.

Aquella noche se produjeron varias escaramuzas, aunque logramos salir bien librados, sin lamentar ninguna baja. Un día más y franquearíamos la frontera enemiga, si la suerte nos acompañaba. Al acercarse la última noche, nuestra ansiedad iba en aumento. Las anteriores jornadas, al emprender la marcha, de cara a las tinieblas y al sobrecogedor silencio, pensando en los ríos helados y persecuciones del enemigo, se nos veía más o menos reacios a caminar.

Pero esta vez mostrábamos impaciencia por iniciar la última etapa de nuestro viaje y acabar con aquello, aunque la noche prometía los mayores contratiempos y luchas conocidos hasta ese momento. Además, unas tres leguas ante nosotros, encontraríamos una profunda corriente de agua, salvada por un paso de madera en mal estado. Para agravar más las cosas, durante el día estuvo cayendo agua-nieve, de forma que ignorábamos si nos quedaríamos bloqueados o no. Si la crecida del agua se hubiera llevado el débil puente, podíamos considerarnos presos en una ratonera y sin posibilidad alguna de escape.

Cuando se hizo de noche, salimos de las profundidades del bosque en el que nos ocultábamos e iniciamos la marcha. Desde que empezaron las emboscadas y escaramuzas, Juana se había situado siempre al frente de la columna, y ahora una vez más ocupó su lugar en cabeza. Después de recorrer alrededor de una legua, el agua-nieve se convirtió en granizo y con el viento huracanado me golpeaba el rostro como si fueran latigazos. En ese momento envidié a Juana y a los dos caballeros, que podían bajar sus viseras y proteger sus cabezas con los yelmos, como en una caja. De pronto, en la más completa oscuridad, muy cerca de nosotros, casi al alcance de la mano, se oyó una orden tajante:

—¡Alto!

Obedecemos al punto.

Observé delante de nosotros una masa confusa de gente que bien podría haber sido un destacamento de jinetes, pero no estaba seguro. Un caballero se acercó a Juana y le habló en tono de reproche:

—Pero bueno, ¿cómo habéis tardado tanto? ¿Qué informes nos traéis? ¿Dónde se encuentra ella? ¿Detrás o delante de nosotros?

Juana, cubierta con la visera de su yelmo, respondió con voz firme:

—Todavía está detrás.

Al escuchar esto, la voz del recién llegado suavizó la brusquedad de su tono:

—Buena noticia. Si sabéis eso con certeza, entonces no importa la tardanza, capitán. Pero ¿podéis asegurarlo? ¿Cómo lo supisteis?

—Porque la he visto.

—¿Cómo! ¿La habéis visto? ¿A la propia Doncella?

—Sí, he estado en su campamento.

—¿Es posible!... Capitán Raymond, os ruego me disculpéis haberos hablado en mal tono hace un momento. El vuestro ha sido un valeroso y admirable servicio. ¿Y dónde se encuentra acampada?

—En el bosque, apenas a una legua de aquí.

—¿Bueno! Me temía que se nos hubiera adelantado y estuviéramos a sus espaldas, pero ahora que sabemos que ella se encuentra a las nuestras, todo se ha salvado. Ya puede considerarse prisionera. Ha caído en la trampa. La colgaremos... La colgaréis vos mismo. Nadie ha ganado con mayor derecho el privilegio de acabar con esa pestilente criatura de Satanás. No sé cómo daros las gracias debidamente. Si la atrapamos, yo la... ¡Sí!, me cuidaré de todo, no os preocupéis. Lo único que deseo es echarle la vista encima, para ver cómo es ese demonio que ha sido capaz de hacer tanto ruido. Luego... vos y el verdugo podéis encargáros de ella. ¿Cuántos hombres la acompañan?

—Solamente conté diez y ocho, pero puede que tuviera algunos más fuera de la columna.

—¿Nada más que eso? Serán apenas un bocado para mi tropa, ¿Es verdad que no es más que una niña?

—Sí, no tendrá más de diecisiete años.

—¿Eso parece increíble! ¿Es corpulenta o delgada?

—Delgada.

El caballero reflexionó por un momento, y preguntó:

—¿Se disponían a levantar el campo?

—Cuando los vi por última vez, creo que no.

—¿Qué hacía, pues?

—Estaba hablando tranquilamente con un oficial.

—Muy bien. No debería estar demasiado tranquila. Al contrario, es más lógico que se mostrara nerviosa y alborotada, como hacen las mujeres cuando adivinan peligro. Pero si no se preparaba a levantar el campo...

—Desde luego que no, al menos cuando la vi por última vez.

El oficial, continuó sus reflexiones:

—... y además, si charlaba tranquila y a gusto, eso indica que no tenía prisa, tal vez porque el tiempo es malo y no le apetece caminar. Las marchas nocturnas y con granizo y viento no se han hecho para las niñas de diecisiete años. No. Se quedará donde está. Y yo se lo agradezco. Así que, nosotros vamos a acampar. Este sitio puede ser tan bueno como cualquier otro. Nos instalaremos aquí.

—Si así lo ordenáis, bien está. Pero ella va acompañada por dos caballeros que podrían aconsejarle continuar el camino, sobre todo si el tiempo mejorase algo.

Mientras se desarrollaba la conversación, yo estaba asustado e impaciente por salir de aquel peligro, y me llenaba de angustia que la demora de Juana aumentara el riesgo de la expedición. Sin embargo, pensaba que ella sabía mejor que yo la conducta a seguir para bien de todos. En esto, el oficial prosiguió:

—Bueno. Si acaso inician la marcha, convendrá que permanezcamos en este lugar para interceptarles el paso.

—Eso estaría bien siempre que vinieran por este camino. Pero ¿y si adelantan exploradores y averiguan lo suficiente como para intentar el cruce del puente de madera? ¿Os parece dejarlo útil, como está?

Al oír las palabras de Juana, sentí escalofríos.

El oficial, lo pensó un momento, y contestó:

—No me parece mal enviar un pelotón para eliminar el puente. Había pensado tomarlo con todo mi escuadrón, pero ahora ya no es necesario.

Juana, con la mayor sangre fría, le sugirió:

—Si me concedéis vuestro permiso, yo mismo puedo ir a destruirlo.

En ese momento comprendí la maniobra y me alegré de su habilidad para inventar aquel ardid y mantener la cabeza fría en semejante encerrona. El oficial replicó:

—Hacedlo, capitán, y gracias. Si lo hacéis vos, quedará bien terminado el trabajo. Podría mandar a otro en vuestro lugar, pero no a otro que fuera mejor.

Luego saludó y nosotros continuamos hacia delante. Sólo entonces respiré a gusto. Varias veces me pareció escuchar el ruido de los caballos del verdadero capitán Raymond que nos perseguían, como consecuencia de la gran tensión soportada mientras duró la conversación anterior. Me fui tranquilizando, pero aún me temblaban las piernas, porque Juana se limitó a ordenar «Adelante», simplemente, lo cual indicaba que sólo podíamos cabalgar al paso. Al paso y peligrosamente, junto a una larga y borrosa columna de soldados enemigos que se encontraban a nuestro lado. El momento fue terrible, aunque, gracias a Dios, duró muy poco, pues cuando las trompetas enemigas dieron el toque de «¡Desmontar!» Juana ordenó marchar al trote, lo cual me supuso un gran alivio.

La Doncella lograba mantener siempre el dominio de sí misma, sin la menor vacilación. De haber emprendido el camino velozmente quizá hubiéramos despertado sospechas. A alguien se le pudo ocurrir pedirnos el santo y seña. Al ir despacio, en dirección al lugar asignado para nuestra acampada, nos dejaron paso libre, sin mayor inconveniente. Cuanto más avanzábamos, nos dábamos cuenta del poderío enemigo. Quizá no fueran más que un centenar o doscientos soldados, pero a mí me parecieron un millar. Una vez sobrepasamos al último de la columna, di gracias a Dios, y a medida que nos alejábamos de ellos y nos internábamos en la oscuridad protectora, mejor me sentía. Durante una hora me fui serenando cada vez más, hasta que alcanzamos el puente, aún intacto, momento en el que ya estaba completamente tranquilo. Lo cruzamos y después procedimos a destruirlo. Entonces experimenté... algo imposible de describir con palabras... Hay que sentirlo para darse cuenta de lo que supone un momento así.

Aterrorizados, esperábamos oír a nuestras espaldas el galope de las fuerzas perseguidoras, pues nos temíamos que el auténtico capitán Raymond llegaría a su campamento y confirmaría la sospecha de que, tal vez, la columna confundida con la suya, fuera la de la Doncella de Vaucouleurs. Pero conforme pasaba el tiempo, comprendimos que la tardanza resultaba ya excesiva y reconfortante, pues al reemprender la marcha una vez atravesado el río, al otro lado no se percibía otro ruido que el fragor de la tormenta.

Se me ocurrió decir que Juana había recibido un buen número de alabanzas destinadas al capitán Raymond, pero que, al contrario, el verdadero capitán no iba a recoger a cambio más que una rociada de insultos, que le arrojaría a la cara su comandante, fuera de sí al comprender lo que había sucedido.

Juana me dio la razón:

—Seguramente ocurrirá así, no hay duda. El comandante, al vernos, estaba seguro que éramos de los suyos, por eso nos dejó pasar y no solicitó la contraseña. Si no llego a sugerirle la necesidad de destruir el puente, no nos habría encargado esa tarea, sino que hubiera ordenado instalar el campamento sin más dilación. Ha cometido varios errores, y nadie está mejor dispuesto a reprochar culpas ajenas que el fracasado a causa de sus propias torpezas.

Al caballero Bertrand le divirtió mucho el desparpajo de Juana al tratar con el jefe enemigo, celebrando la facilidad con que engañó al comandante, a pesar de que no dijo nada falso. Al comprender esto, Juana quedó un poco avergonzada, por lo que hubo de explicar la situación:

—Me di cuenta de que él sólo se estaba engañando a sí mismo. Entonces, no quise mentirle, lo que hubiera sido una mala acción, pero utilizando la verdad, le confundí. Tal vez eso convierta la verdad en mentira, de modo que no he obrado bien, en todo caso. Ruego a Dios que me haga comprender si hice mal y le he ofendido.

Los demás la tranquilizaron, asegurándole que había obrado correctamente, ya que ante los riesgos que entraña la guerra, los recursos para burlar al adversario, ayudando la propia causa y perjudicando al enemigo, son admisibles. Sin embargo, Juana no se quedó tranquila y expresó la idea de que incluso cuando se lucha por una causa justa, se debía tomar la precaución de intentar primero, hasta el límite, los medios honrados.

Al oír esto, su hermano Juan hizo una observación:

—Recordarás, Juana, que saliste de casa con permiso para cuidar a la mujer de tío Laxart, pero nuestros padres ignoraban que irías a otro lugar mucho más lejano, llegando hasta Vaucouleurs, ¿ya ves!

—Sí, ahora me doy cuenta —respondió Juana pesarosa—, pero tampoco dije una mentira. Cierto que ya probé antes otros recursos sin éxito. No encontraba el medio de marcharme de casa, y ¡tenía que hacerlo! Mi misión lo exigía. Supongo que obré mal y se me puede echar en cara.

La sutilidad de matices de su argumento se nos escapaba. Si la hubiéramos conocido mejor entonces como unos meses después, habríamos comprendido el significado de sus palabras. Pero nunca alteraría la verdad para salvar su vida, ni en beneficio propio. Al contrario, siguiendo nuestra particular moral de guerra, nosotros no vacilaríamos en mentir o engañar siempre que fuera necesario para comprar la tranquilidad, la vida o conseguir ventaja en la lucha, por pequeña que resultara. Esa diferencia de motivación entre sus principios y los nuestros, no la valorábamos en aquel momento. Después, cuando todo pasó, nos dimos cuenta de que ella obedecía a algo superior, que la elevaba por encima de nuestros afanes humanos y la hacía más noble y más bella.

Más tarde, el viento se calmó, el granizo cesó y el frío fue suavizando su intensidad. Pero el camino se había convertido en un pantano y los caballos avanzaban muy despacio y con gran esfuerzo. Ya no podían más. Conforme pasaba el tiempo, la jornada se hacía más pesada, hasta el punto de que, agotados, acabamos por quedar dormidos en nuestra cabalgadura. Ni siquiera la presencia real del peligro a nuestro alrededor, en amenaza constante, logró mantenernos despiertos.

Aquella décima noche nos estaba resultando más larga que ninguna otra de las anteriores. Desde luego, sí era la de mayor dureza, puesto que acusábamos la acumulación de cansancio desde el principio y lo notábamos ahora como en ningún momento antes. Sin embargo, no tuvimos enemigos a la vista, ni nadie nos salió al paso. Al amanecer, delante de nosotros apareció un río que sabíamos era el Loira. Así, entramos en la ciudad de Gien, con la alegría de haber alcanzado tierra propia, dejando atrás la del enemigo. Aquella fue para nosotros una mañana alegre.

Por entonces, nos habíamos convertido en una tropa sucia, harapienta y desastrada. Pese a todo, como siempre, Juana era la más descansada de todos, en cuerpo y espíritu. Hicimos un promedio de treinta leguas cada noche, atravesando caminos angostos y peligrosos, lo cual suponía una marcha más que notable, mostrando lo que eran capaces de hacer unos hombres cuando están guiados por un jefe que sabe a dónde va y que está dotado de una resolución inquebrantable.

14

Durante una o dos horas descansamos en Gien, recuperando nuestras quebrantadas fuerzas. Para entonces, ya era conocida la noticia de que la Doncella enviada por Dios para liberar a Francia había llegado. La multitud se apiñaba junto a nuestro emplazamiento con el deseo de verla, así que decidimos acampar en algún lugar más tranquilo. Continuamos el camino hasta alcanzar una pequeña aldea llamada Fierbois.

Desde allí, nos encontrábamos a seis leguas de la Corte y del Rey, que estaba refugiado en el castillo de Chinon. Juana me dictó enseguida una carta destinada al Delfín. En ella explicaba que había recorrido ciento cincuenta leguas para comunicarle buenas noticias, por lo que solicitaba el honor de hacérselas llegar personalmente. Añadía que, si bien nunca tuvo la oportunidad de verle, podría reconocerle y descubrirle, aunque se ocultara bajo cualquier tipo de disfraz.

Los dos caballeros partieron inmediatamente, a caballo, para entregar la carta al Rey. El resto de la tropa tuvo la oportunidad de dormir toda la tarde, de modo que después de cenar nos sentíamos bastante más descansados, pero en especial el pequeño grupo de jóvenes de Domrémy. Nos alojábamos en la confortable taberna del pueblo y, por vez primera en diez días increíblemente largos, nos sentíamos libres de amenazas y temores, de penas y trabajos extenuantes.

El Paladín recobró de repente su pintoresca personalidad y andaba fanfarroneando de un lado para otro, convertido en un verdadero monumento a la autocomplacencia. Al oírlo, Noel Rainguesson, afirmó con énfasis:

—Me parece que ha sido extraordinaria la forma en que nos ha conducido hasta aquí.

—¿Quién? —preguntó Juan.

—¿Cómo que quién? ¿Es que puede ser otro que el Paladín?

El aludido se hizo el desentendido.

—¿Y qué ha tenido él que ver con esto? —preguntó Pedro de Arco.

—Pues todo. Sólo la gran confianza que puso Juana en su intuición le ha permitido a ella mantener el ánimo elevado. Podía confiar en nuestro valor y en el suyo propio, pero la intuición es el elemento decisivo en una guerra, al fin y al cabo. La intuición es la más escasa y sublime de las cualidades y el Paladín posee más que cualquier otro hombre de Francia... aun más, tal vez, que cualquier hombre que tenga de sesenta años para abajo en Francia.

Harto de oírlo, el Paladín intervino:

—Venga, Noel Rainguesson, ¿por qué no empiezas a burlarte de ti mismo? Y, además, podrías enrollarte la lengua al cuello y pegar la punta en la oreja. Así evitarías más de un tropiezo.

Pedro continuaba con sus razonamientos:

—Pues a mí no me parece que el Paladín haya mostrado más capacidad intuitiva que cualquiera de nosotros. La intuición exige inteligencia, y él no es más inteligente que los demás. Al menos eso me parece.

—No —intervino Noel—, en eso os equivocáis. La intuición nada tiene que ver con el cerebro. Al revés, el cerebro puede resultar un obstáculo para aquélla, que no razona, sino que siente. Hasta el punto de que la intuición perfecta supone carencia de cerebro. La intuición es una cualidad radicada en el corazón, solamente en el corazón, pero se manifiesta en nosotros a través del sentimiento. Y esto se comprende porque, si fuera una cualidad de la inteligencia, tan sólo serviría para percibir el peligro cuando se acerca, mientras que...

—Escuchadle, ¡no para de decir insensateces este condenado idiota! —rezongó el Paladín.

—... mientras que, siendo como es una cualidad del corazón y puesto que procede del sentimiento y no de la inteligencia, su alcance resulta, proporcionalmente, más amplio y sublime, al permitirle adivinar y evitar peligros antes de que sucedan. Por ejemplo, seguramente recordaréis aquella noche de la niebla, cuando el Paladín confundió las orejas de su caballo por lanzas enemigas, intuyendo un ataque de modo que echó pie a tierra y se encaramó a un árbol...

—¡Eso es mentira! Una mentira sin pizca de fundamento, y os advierto a

todos que os libréis de dar crédito a las maliciosas invenciones de este achacoso fabricante de mentiras, empeñado desde hace años en destruir mi buena fama y que no dudaría en arruinar las vuestras después. Descabalgué para ajustar la cincha de la silla de montar. ¡Que me muera aquí mismo si no es verdad! El que quiera, puede creerlo y el que no, allá él.

—Vamos, ya veis su carácter —continuó Noel—, no sabe discutir de ningún tema con serenidad, enseguida se pica y se pone desagradable. Daos cuenta de la mala memoria que tiene. Reconoce haber desmontado de su caballo, pero olvida todo lo demás, hasta el episodio del árbol. Pero, en fin, es natural. Recuerda que echó pie a tierra porque lo hace con tanta frecuencia... Es lo mismo que ha hecho siempre al oír alarma o escuchar el ruido de armas delante de él.

—¿Y por qué elegía esos momentos? —preguntó Juan.

—Pues no lo sé. Para apretar la cincha de su montura, según dice él. Para trepar a un árbol, según yo. Creo haberle visto escalar nueve árboles en una sola noche.

—¡No has visto nada de eso! Pero... una persona capaz de mentir de ese modo, no merece el menor respeto de nadie. Contestadme, por favor. ¿Es que vais a creer las falsedades de esta serpiente?

Los presentes parecían desconcertados, y solamente Pedro respondió con aire vacilante:

—Yo... bueno... la verdad es que no sé qué decir. Es una cuestión delicada. Resulta difícil negarse a creer a una persona que afirma algo tan directamente y, sin embargo, aun a riesgo de ser maleducado, pienso que no puedo crérmelo todo... No, no me puedo creer que Paladín escalara nueve árboles.

—¡Lo ves! —exclamó el Paladín—. Y ahora, ¿qué piensas de tus mentiras, Noel Rainguesson? ¿Cuántos árboles crees que escalé, Pedro?

—... Pues... tal vez que serían sólo ocho.

Las carcajadas que siguieron, provocaron la ira del Paladín, quien amenazó:

—Ya me llegará a mí el turno... ya me llegará... ¡Os aguardo, entonces, a todos, os lo aseguro!

—Por favor, no le provoquéis. Es un verdadero león cuando se

desencadena. He visto lo suficiente como para saberlo, después de la tercera escaramuza. En cuanto se acabó el ataque, le vi salir de donde estaba escondido, tras los arbustos y atacar a un enemigo muerto con una sola mano.

—Eso es otra mentira. Y te advierto como amigo, que estás abusando demasiado. Como sigas así, verás cómo ataco a un vivo, si no andas con cuidado.

Noel Rainguesson no se arredró por eso:

—Te refieres a mí, claro. Pues eso me ofende mucho más que mil injurias o maledicencias. La ingratitud hacia tu benefactor...

—¿Tú mi benefactor? ¿Qué te debo yo a ti? Me gustaría saberlo.

—Me debes la vida. Aguanté entre los árboles y el enemigo, y mantuve a raya centenares y millares de soldados que deseaban tu sangre. Y no lo hice como demostración de mi valor, sino porque te quiero y no podría vivir sin tu compañía.

—Bueno, ¡ya has hablado suficiente! No voy a estarme aquí escuchando infamias. Soy capaz de aguantar tus mentiras, pero no tu afecto. Guárdate ese truco para alguien que tenga el estómago menos delicado que el mío. Pero antes de irme, quisiera aclarar algo: Quizá vuestras pequeñas aportaciones os parecerán grandes gestas merecedoras de gloria. Yo, en cambio, he silenciado mis hechos en el transcurso de la marcha. Siempre me situé en cabeza, donde la lucha era más encarnizada, para alejarme de vosotros con el fin de que no pudierais verme y así no os desmoralizaría el contemplar el ímpetu con que atacaba al enemigo. Pensaba ocultar estas cosas, pero me obligáis a descubrirlas. Si queréis testigos de mis hazañas... lo siento, yacen muertos allá, en el camino que hemos recorrido. Las sendas tenían demasiado barro y quise pavimentarlas con cadáveres. El campo me parecía estéril, y lo fertilicé con sangre. Una y otra vez, se me ordenaba retroceder a retaguardia, pues la columna no podría continuar si yo moría. ¡Y todavía vosotros, incrédulos, me acusáis de trepar a los árboles! ¡Qué vergüenza!

Y dicho esto, salió a grandes zancadas con aire orgulloso, puesto que el relato de sus imaginarias hazañas le había reconfortado, haciéndole sentirse más animado.

Al día siguiente, partimos en dirección a Chinon. Orleáns quedaba situado a nuestra espalda, muy cerca y ya bajo la garra del inglés. Pronto, con la ayuda de Dios, nos dirigiríamos hacia allí y la rescataríamos. Desde Gien

había llegado hasta Orleáns la noticia de que la campesina, llamada Doncella de Vaucouleurs, se encontraba en camino, siguiendo la misión encomendada por Dios, para conseguir levantar el asedio de los ingleses. Estas nuevas despertaron gran excitación e hicieron renacer las esperanzas, el primer atisbo de ilusión que aquellas pobres gentes vislumbraban en los últimos cinco meses. Rápidamente, hicieron llegar mensajeros al Rey para rogarle que favoreciera el proyecto y no desperdiciase irresponsablemente la ayuda que se le brindaba. Los emisarios ya estaban en aquellos momentos en la Corte de Chinon.

Cuando nos encontrábamos a mitad de camino hacia ese lugar, nos salió al paso un escuadrón de tropas enemigas. Surgieron repentinamente de la espesura en número considerable. Pero se enfrentaron con algo que no esperaban. Ya no éramos los novatos de diez días antes. La marcha nos había acostumbrado a este tipo de escaramuzas. No sentimos miedo ni temblaron las espadas en nuestras manos. Habíamos aprendido a mantenernos en orden de combate, siempre alerta y en posición, dispuestos a afrontar cualquier eventualidad que pudiera surgir. Tampoco nos asustábamos al ver el ejemplo de nuestro jefe, que se encaró al enemigo. Antes de que ellos reaccionaran y tomaran medidas para el ataque, Juana había dado la orden de ¡Adelante! y así nos lanzamos sobre ellos en poderosa embestida. No quisieron correr riesgos. Volvieron grupas y se dispersaron, cargando nosotros contra los fugitivos como si fueran espantapájaros. Esa fue nuestra última acción de guerra en la marcha hacia el encuentro con el Rey. Quizá pudo haber sido tramada por el redomado traidor, ministro del Rey y su favorito, De la Tremouille.

Al llegar a nuestro destino, estuvimos alojados en una posada, que no tardó en llenarse con la multitud venida de la ciudad para ver a la Doncella. Comenzamos a sufrir las molestias de esperar al Rey y aguantar la insistencia de las gentes. Más tarde, llegaron nuestros dos buenos caballeros, cansados y con la paciencia agotada, y nos dieron su informe de la situación en la corte. Tanto los caballeros como nosotros, permanecimos respetuosamente en pie ante Juana, tal como debe hacerse con personas de autoridad delegada por el Rey. Ella, incómoda por esta muestra de sumisión, nos rogó tomar asiento. El caballero de Metz habló:

—El Rey ha recibido nuestra carta, pero no nos ha permitido hablar con él.

—¿Quién os lo ha prohibido? —preguntó Juana.

—Nadie lo prohíbe, pero sabemos que alrededor del Rey se mueven tres o cuatro personajes, los más próximos a él —todos conspiradores y traidores—, que pusieron obstáculos, intentando por diversos medios, mentiras y engaños, aplazar el encuentro. El peor de ellos es George de la Tremouille y el hábil conspirador, el Arzobispo de Reims. Mientras mantienen al Rey sin hacer nada, dedicado a sus deportes y manías, se sienten importantes y poderosos. Pero, al contrario, si el Rey hiciera valer sus derechos, mostrándose dispuesto a luchar en defensa de su corona y de su país como un hombre, entonces el dominio de tales individuos se acabaría. De modo que estos sujetos sólo se preocupan de prosperar ellos y nos les importa nada si el trono y el Rey caminan hacia su ruina total.

—¿Habéis hablado con otras personas, aparte de ellos? —quiso saber Juana.

—No. Dentro de la corte, no. Es una corte esclava humilde de esos indeseables. Todos observan lo que dicen y hacen, para secundarles servilmente. De modo que se mostraron fríos con nosotros, y procuraron rehuirnos en cuanto aparecimos. Sólo hemos hablado con los delegados de Orleáns. Afirman con alarma y extrañeza: «Es increíble ver a alguien acosado y en apuros, que ante una situación tan desesperada como la del Rey, pueda dedicarse a holgazanear despreocupadamente, y contemplar cómo su reino se reduce a escombros sin levantar un dedo para impedir el desastre. ¡Qué lamentable espectáculo! Y así vive el Rey, encerrado en este minúsculo rincón de su país como una rata en su ratonera. Todo un monarca de Francia se esconde en la enorme y sombría tumba de este castillo de tapicerías rotas y apolilladas y muebles carcomidos. Es la viva imagen de la desolación, con cuarenta francos en su tesorería, ni un ochavo más... ¡Dios es testigo!

»Ni un ejército, ni la menor sombra de él. Y en contraste con esta miserable pobreza, se puede ver a ese débil sin corona y a su corte de necios y favoritos, ataviados con las sedas y terciopelos más ostentosos que existen en cualquiera otra corte de la Cristiandad. Y, además, él es consciente de que cuando Orleáns caiga —como caerá seguramente, como no lleguen socorros urgentemente— toda Francia caerá también. Sabe que, llegado ese día, se convertirá en forajido y fugitivo, y que detrás de él ondeará la bandera de Inglaterra sin que nadie la desafíe, sobre cada legua en toda la nación. Él sabe estas cosas. Y también sabe que nuestra leal ciudad de Orleáns pelea sola y abandonada en su desgracia y debilidad, que no tiene más que su espada como única arma capaz de impedir la consumación de la tragedia. Bien, pues

a pesar de todo, no hará ni un sólo gesto para salvar a Francia, no escuchará nuestros ruegos, ni siquiera nos mirará a la cara». Esto es lo que dicen los emisarios de Orleáns, verdaderamente desesperados.

Juana, respondió con voz emocionada:

—Desde luego, comparto su pena, pero no deben desesperar en sus esfuerzos. El Delfín los escuchará por fin. Decídselo así.

Casi siempre llamaba Delfín al Rey, puesto que, para ella, al no haber sido coronado, todavía no era el Rey.

—Así lo diremos. Les alegrará, porque ellos están convencidos de que os envía Dios. Sin embargo, el Arzobispo y sus asociados han dado su apoyo a un veterano guerrero, Raúl de Gaucourt, Gran Maestre de Palacio, un soldado valiente, pero sin inteligencia suficiente ni capacidad para una acción de cierta envergadura. Este hombre no admite que una muchacha campesina, sostenga una espada en su pequeña mano, y consiga victorias allí donde los más experimentados generales de Francia sólo han cosechado derrotas en los últimos cincuenta años. Así que, endereza sus encanecidos mostachos y se burla.

Al oír esto, Juana contestó:

—Cuando es Dios el que lucha, importa poco si la mano que empuña la espada es grande o pequeña. Ya se dará cuenta de esto a su debido tiempo. ¿Y no hay nadie en ese Castillo de Chinon que esté de nuestra parte?

—Sí. La suegra del Rey, Yolanda, Reina de Sicilia, que es una mujer razonable y buena. Ella es la que habló con el caballero Bertrand.

Al oír su nombre, el buen caballero intervino:

—Nos ayuda mucho, y detesta el grupo de los que tienen sorbido el seso al Rey. Se interesó por nosotros y me hizo mil preguntas, a las que respondí como pude. Luego estuvo reflexionando sobre mis palabras, hasta un punto que me pareció perdida en un sueño del que no despertaría pronto. Pero no fue así.

Al cabo de un rato, dijo lentamente, como hablando consigo misma: «Una niña de 17 años... una chiquilla educada en el campo, sin cultura... ignorante en las cosas de la guerra, ajena al uso de las armas, que no sabe dirigir batallas, humilde, amable, tímida... y que, pese a todo, arroja su cayado de pastora, se reviste de armadura, lucha sin cesar atravesando ciento cincuenta

leguas de territorio enemigo, sin perder nunca el ánimo y la esperanza, sin demostrar miedo en ningún momento... pues esa chica —para la que un Rey debe ser algo terrible y tremendo— se pone en pie ante el nuestro, y le dice: “¡No temáis, Dios me ha enviado para salvaros!”. Pero ¿de dónde puede venir semejante valor y una fe tan sublime como ésta, sino del mismo Dios?». Quedó un momento en silencio, como reflexionando, y después continuó: «Y la envíe Dios o no, lleva en su corazón una fuerza que la eleva por encima de todos los demás hombres de Francia, tiene dentro de sí ese misterioso impulso que infunde ánimos a los soldados y convierte manadas de cobardes en ejércitos valerosos que olvidan el miedo cuando la persona está presente. Bravos luchadores que van a la batalla con alegría en los ojos y canciones en sus labios y arrasan al enemigo como una tempestad. ¡Ese es el espíritu capaz de salvar a Francia! ¡Ese y nada más que ése! ¡Venga de donde venga! Y tal espíritu se encuentra en el interior de esa niña, lo creo con toda certeza. Si no, ¿qué otra cosa podría haber impulsado a una muchachita a emprender esa durísima y larga marcha, haciéndole superar tantos peligros y fatigas? El Rey debería verla cara a cara... ¡y lo hará!».

Me despidió con estas palabras alentadoras y estoy seguro de que cumplirá su promesa. Es seguro que los conspiradores pondrán cuantos obstáculos puedan, pero, al fin, aceptará recibirlos.

—¡Ojalá fuera Juana nuestro Rey! —exclamó el otro caballero con entusiasmo—. Hay pocas esperanzas de que éste permita que le arranquen de su letargo. Ha perdido por completo la ilusión y sólo desea arrojar por la borda sus responsabilidades y escapar a algún país extranjero. Los emisarios de Orleáns hablan de un maleficio que pesa sobre él y le convierte en un sentenciado... Sí, al parecer, existe algún misterio que no logran descubrir...

—Yo conozco ese misterio —afirmó Juana con serenidad—. Yo lo conozco y él también, pero nadie más, sino sólo Dios. Cuando lo vea le contaré un secreto que alejará de su espíritu los temores y entonces renacerá la esperanza y de nuevo mantendrá erguida su cabeza.

Me sentía impaciente por la curiosidad de conocer el secreto, pero Juana guardó silencio y perdí la esperanza en que lo revelase. Es cierto que no era más que una niña, pero nunca fue indiscreta ni hablaba de cosas importantes a personas vulgares. No, se mostraba reservada y guardaba sus ideas en el interior, como suelen hacer siempre los personajes de auténtico valor.

Al día siguiente, la Reina Yolanda consiguió derrotar a los acaparadores

de la voluntad real, puesto que a pesar de sus protestas e impedimentos, logró la audiencia solicitada por los dos caballeros, que, como es de suponer la aprovecharon al máximo en favor de su misión. Le contaron al Rey cómo se comportaba Juana, refiriéndose a la dulzura de su carácter, a su conducta intachable, a lo grande y noble que era su espíritu, y le rogaron con ardor que confiara en ella y tuviera fe en que había sido enviada para salvar a Francia. Luego, le suplicaron que consintiera en verla.

El Rey se mostró partidario de acceder a su petición, y les prometió que no olvidaría el caso, pero que debía consultarlo con su Consejo, antes de tomar una decisión. Estas palabras les resultaron alentadoras, y en el grupo de Juana se recibieron con júbilo.

Dos horas más tarde, se produjo gran movimiento en el piso de abajo de la hostería donde se alojaban los viajeros. El posadero llegó a toda prisa, informando que una comisión de ilustres eclesiásticos venían de parte del Rey para hablar con la Doncella de Vaucouleurs. El hombre apareció excitado por aquel honor que se la hacía a su humilde posada... aquellos personajes... ¡y nada menos que en nombre del Rey...! Después, voló escaleras abajo y entró en la habitación, caminando de espaldas, inclinándose hasta el suelo a cada paso, frente a cuatro imponentes y austeros obispos acompañados por su séquito de servidores.

Juana se levantó, y todos nosotros la imitamos. Los obispos tomaron asiento y, por unos momentos, nadie pronunció palabra, ya que les correspondía a ellos hablar primero, y se quedaron como mudos al ver lo joven que era la persona que estaba despertando semejante revolución. Luego, al reaccionar, uno de ellos informó a Juana que estaban enterados de que era portadora de un mensaje destinado al Rey, de modo que le ordenaban ahora que se lo trasmitiese de palabra, brevemente y sin pérdida de tiempo ni confusiones de lenguaje.

Al oír aquello, apenas pude disimular mi alegría: ¡nuestro mensaje iba a llegar al Rey, por fin! La misma actitud de orgullo y de júbilo podía leerse en el rostro de los caballeros y de los hermanos de Juana. Además, yo estaba casi seguro de que todos estaban rezando —como yo— para que Juana no se dejara impresionar por la presencia de tan altos dignatarios, y su lengua no quedara trabada, al contrario, que expresara bien su mensaje, sin titubeos ni vacilaciones, de modo que produjese en ellos una favorable impresión, detalle fundamental para el éxito de la empresa.

Pero ¡oh, Dios mío! ¡Cómo íbamos a suponer lo que sucedió entonces! Quedamos aterrados al escuchar sus palabras. Situada de pie, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas delante, en la actitud de respeto que siempre adoptaba hacia los representantes consagrados a Dios, cuando el obispo terminó de hablar, ella levantó la cabeza y dirigió la vista con serenidad a los dignatarios, sin mostrar mayor cortedad que si hubiera sido una princesa y, después, con sencillez en los gestos y suavidad en la voz, dijo:

—Ruego me perdonéis, reverendos señores, pero el mensaje que traigo es sólo para ser oído por el Rey en persona.

Aquellos hombres, sorprendidos, por un momento no supieron qué contestar, y sus caras enrojecieron intensamente. Pero, enseguida, el orador anterior, habló:

—¿Pero, cómo? ¿Arrojas a la cara del Rey su propia orden, y te niegas a revelar tu mensaje a las personas designadas por el propio Rey para recibirlo?

—Dios es quien ha elegido la única persona que podrá recibirlo, y ese mandato es más importante que ningún otro. Os ruego que me permitáis confiárselo a su Gracia, el Delfín.

—¡Olvida tus locuras y dinos cuál es tu mensaje! Hazlo rápido y no perdamos más tiempo.

—Os equivocáis, en verdad, reverendísimos padres en Dios, y eso no está bien. He venido aquí, más que para hablar, dispuesta a liberar a Orleáns y conducir al Rey a su leal ciudad de Reims, donde recibirá la corona sobre sus sienes.

—Entonces, ¿éste es el mensaje que envías al Rey?

Juana, con su acostumbrada sencillez, se limitó a decir:

—Disculpadme por recordaros otra vez que no tengo ningún mensaje para enviar al Rey.

Al oír esto, los comisionados reales se levantaron profundamente irritados y abandonaron el lugar sin mediar palabra, mientras Juana y todos nosotros nos arrodillábamos a su paso.

Con el rostro sin expresión y el espíritu dominado por la sensación de desastre, pensábamos que una oportunidad tan extraordinaria como aquélla había sido desperdiciada. No podíamos comprender el comportamiento de Juana, que tan juiciosa se mostró hasta ese momento fatídico. Al cabo de un

rato, el caballero Bertrand reunió el valor suficiente para preguntarle a Juana el motivo por el que había dejado escapar tan magnífica ocasión para transmitir al Rey su mensaje.

Juana contestó, a su vez, con una pregunta:

—¿Quién envió aquí a esos delegados?

—El Rey —respondió el caballero.

—¿Y quién sugirió al Rey que los enviara?

Juana aguardó nuestra respuesta, pero no la obtuvo. Ya empezábamos a comprender lo que tenía en la mente. En vista del silencio, ella misma habló:

—El Consejo del Delfín se lo sugirió. ¿Y son éstos enemigos míos y de los intereses del Delfín, o son amigos?

—Son enemigos —contestó el caballero Bertrand.

—Y si uno pretende que un mensaje llegue a su destino entero y sin deformar, ¿elegirá traidores y tramposos para comunicarlo?

En ese instante comprendí que nosotros nos portamos como ingenuos, y ella como sabia y prudente. Los demás también llegaron a la misma conclusión, de modo que nadie se atrevió a hablar. En vista de ello, Juana continuó:

—Como no tienen mucho ingenio, idearon esa trampa. Intentaron sonsacarme el mensaje con el pretexto de transmitirlo directamente, aunque hábilmente alterado en su contenido y fines. Ya sabéis que parte del mensaje sólo consiste en convencer al Delfín, con argumentos y razones, para que me conceda hombres armados y me permita levantar el sitio de Orleáns. Si alguien poco favorable a nuestra causa quisiera comunicar estas palabras, exactamente éstas, sin omitir ninguna, pero no utilizase los recursos del gesto y el tono de voz adecuado, así como la mirada para reforzar las palabras y darles vida, ¿cuál sería el valor de tales argumentos? ¿A quién podrían convencer? Tened paciencia, el Delfín me escuchará más adelante. No temáis.

El caballero de Metz asintió con la cabeza varias veces, y murmuró para sus adentros:

—Tenía razón y su juicio era acertado. Nos hemos portado como necios y torpes. Ahora lo veo claro, una vez descubierta la maniobra.

Eso era exactamente lo que yo pensaba, y el caballero habló lo mismo que

lo hubiéramos hecho cualquiera de los presentes. Después nos sentimos sobrecogidos al considerar que esta jovencita, tomada por sorpresa y sin experiencia previa, fue capaz de comprender los astutos propósitos de los hábiles consejeros del Rey y hacerlos batirse en retirada, derrotados. Perplejos y asombrados, quedamos en silencio, sin atrevernos a hablar de nuevo. Habíamos comprobado ya su temple, su fortaleza en las dificultades, su capacidad de resistencia, su fe y la fidelidad a todas sus obligaciones... En fin, las cualidades que justifican la confianza en un jefe militar y le hacen merecedor de su puesto. Pero en aquellos momentos aprendimos a sentir que, seguramente, ciertas dotes de su inteligencia eran todavía más destacables que el valor en el combate. El incidente nos dio mucho que pensar.

La decidida actitud de Juana en aquel episodio produjo su efecto al día siguiente. El Rey no tuvo otro remedio que admirar el vigoroso espíritu de una muchachita capaz de valerse por sí misma y mantener sus posiciones con tal firmeza. Aún le quedaba la suficiente dignidad para respetar la conducta de Juana y concederle mayor importancia que si hubiera respondido con palabras aduladoras y vacías de sentido. Ordenó a Juana abandonar aquella modesta posada y la hospedó, junto a todos nosotros, sus acompañantes y servidores, en el castillo de Coudray, confiándola especialmente al cuidados de *Madame* de Bellier, la mujer de un antiguo Maestre de Palacio, Raúl de Gaucourt.

Como era de esperar, la deferencia del Rey trajo como consecuencia un efecto inmediato: los grandes señores y damas de la Corte acudieron en nutridos grupos al lugar, con el fin de tener ocasión de ver y escuchar a la sorprendente muchacha-soldado, que andaba de boca en boca y que se había permitido contestar a la orden del Rey con una clara negativa a obedecerle. Juana los dejó a todos prendados con su dulzura y sencillez, además de su natural elocuencia, de modo que los más sinceros y nobles de entre ellos reconocían que la joven traslucía un algo indefinible, como si estuviera hecha de alguna sustancia distinta al resto de los seres humanos que le permitiera moverse como en un plano más elevado. Los comentarios de los cortesanos difundieron su fama. Por todas partes se granjeaba amigos y defensores de su causa. Ni los nobles ni los plebeyos podían escuchar el acento de su voz y contemplar su rostro con indiferencia.

Bueno, cualquier pretexto servía con tal de hacernos perder el tiempo. Los Consejeros del Rey le recomendaron que no se precipitara a la hora de tomar una decisión sobre el asunto que nos traía. ¡Cómo iba él, todo un Rey, a tomar cualquier decisión precipitada! De modo que, así las cosas, lograron que se enviara una comisión de sacerdotes —siempre lo mismo— a Lorena con el fin de informarse acerca de los antecedentes de Juana y la verdad de su historia, tarea que necesitaría varias semanas para concluirse. Os podéis figurar lo molestos que resultaban tales consejeros.

De este modo pasaban los días tediosamente para nosotros, los jóvenes, que acabábamos invadidos por la tristeza. Al menos en algunos momentos, pero no en todos. Ante nuestros ojos se alzaba una perspectiva halagüeña. La verdad es que nunca tuvimos la oportunidad de ver a un rey, y ahora, en cualquier momento, podríamos contemplar aquel portentoso espectáculo que grabaríamos en nuestras mentes como un tesoro para toda la vida. Así que nos manteníamos en ilusionada espera, siempre ansiosos de que, por fin, llegara la ocasión.

Un día se recibieron noticias sensacionales. Los comisionados de la ciudad de Orleáns, ayudados por Yolanda y nuestros caballeros, habían logrado vencer la oposición del Consejo y convencido al Rey para que concediera a Juana la audiencia solicitada.

La joven se alegró al tener conocimiento de la noticia, pero sin llegar a perder la calma. Al contrario que el resto de los que la acompañábamos, incapaces de comer, dormir ni razonar, debido a la excitación por el honor que nos fue concedido. Durante esos días nuestros dos caballeros se mostraban angustiados ante la posible reacción de Juana, ya que la audiencia, al ser fijada por la noche, se llevaría a cabo con gran pompa y brillo de luces, emitidas por cientos de antorchas que iluminarían los rutilantes vestidos y los objetos esplendorosos de la Corte. Su temor era que la doncella, una pobre

chica de pueblo, se dejara ganar por el miedo ante semejante espectáculo, y fracasara rotundamente en su misión.

Seguramente que yo hubiera podido tranquilizarlos, buen conocedor de la transformación operada en Juana, pero me pareció más prudente callar. ¿Es que podría Juana perder la serenidad ante aquel cuadro de oropeles, presidido por un Rey débil, rodeado de presumidos duquesitos?... ¿Ella, que había hablado de frente con los príncipes del cielo, los que se encuentran cerca de Dios, miríadas de ángeles como un abanico de luz gloriosa, semejante a la del sol, que llenaba la inmensidad del espacio con su cegadora luminosidad? No. Juana mantendría su calma en aquella ocasión.

También la Reina Yolanda estaba interesada en que la doncella causara la mejor impresión posible, tanto al Rey como a su Corte. De modo que se dispuso a vestirla con las más lujosas ropas, cortadas por los sastres de los Reyes y adornadas con joyas. Pero sus afanes fueron desechados por Juana, que no permitió la vistieran con esos ropajes, sino que pidió un sencillo atuendo propio de una servidora de Dios, enviada para cumplir una misión de tan alta y grave trascendencia política.

Así que la complaciente Reina diseñó y preparó ese vestido sencillo y encantador que tantas veces os he descrito y en el que ni siquiera ahora, ya anciano, puedo pensar sin sentirme embargado por una música exquisita. Y es que, en realidad, esa era la impresión emanada de aquel traje. Sí, eso era... una música percibida por los ojos y sentida con el corazón. La joven se transformaba en un poema, un sueño, un espíritu inmaterial, cuando iba vestida con él.

Conservó siempre esta ropa y lo utilizó varias veces, con ocasión de algunas ceremonias. Todavía hoy se guarda en la tesorería de Orleáns, junto a dos de sus espadas y su bandera, además de otros objetos que, al haberle pertenecido a ella, se han convertido en reliquias.

En el momento convenido, el conde de Vendôme, un gran señor de la Corte, se presentó vestido con traje de ceremonia y acompañado por asistentes y servidores, dispuesto a conducir a Juana a la presencia del Rey. Los dos caballeros y yo fuimos autorizados a formar parte de la comitiva en atención al grado de confianza que nos unía a la Doncella. Al acceder al gran salón de audiencias, encontramos que todo se había dispuesto tal como lo imaginábamos. A un lado, filas de guardias con relucientes armaduras y bruñidas alabardas. A otro lado, los nobles de la corte, damas y caballeros,

formaban con lo abigarrado y colorido de sus trajes lo que parecía un jardín de flores. La luz procedente de unas doscientas cincuenta antorchas se proyectaba sobre los asistentes, haciendo brillar sus vestidos y joyas. Hacia el centro del salón quedaba un amplio espacio libre, en cuyo extremo se levantaba el trono —rematado por un dosel— ocupado por una figura coronada, con el cetro real en la mano y ataviado lujosamente.

Es cierto que Juana hubo de soportar todo tipo de impedimentos y obstáculos, pero ahora, cuando ya se la recibía en audiencia real, le dedicaban los honores reservados solamente a los más altos personajes. Junto a la puerta de entrada se situaban cuatro heraldos alineados en fila, vestidos con espléndidas libreas, provistos de largas y finas trompetas de las que colgaban banderas cuadradas de seda con las armas de Francia. Al pasar Juana y el conde de Vendôme, las trompetas entonaban, con maravillosa sintonía, un sonido largo y profundo, que se repetía cada vez que la comitiva avanzaba cincuenta pasos hacia el espacio donde se encontraba el trono. Las notas musicales se repitieron seis veces en total. Su vibración hizo que nuestros dos caballeros se sintieran contentos y orgullosos, manteniéndose erguidos y con paso marcial, cobrando su porte un aire noble y sereno. La verdad es que no esperaban los honores que se le dispensaban a nuestra Doncella, tan frágil y de origen humilde.

Juana caminaba un paso detrás del conde, y nosotros un poco más distanciados de Juana. Nuestra solemne marcha terminó cuando llegamos a unos ocho o diez pasos del trono. En ese momento, el conde hizo una profunda reverencia, pronunció el nombre de Juana y tras inclinarse de nuevo fue a ocupar su sitio junto a un grupo de oficiales, cerca del trono. Yo sólo tenía ojos para mirar al personaje coronado, hasta el punto de quedar suspendido de admiración. En cambio, el interés de todos los demás permaneció fijo en la figura de la Doncella que despertaba un asombro próximo a la adoración. El gesto de sus caras parecía decir: ¡Qué dulce, sencilla y amable, qué finura de espíritu...! Los labios entreabiertos y sin habla, revelaron que todas esas ilustres damas y nobles caballeros sólo se mostraban preocupados por la imagen de Juana, perdiendo la noción de lo que les rodeaba. Tenían el aspecto de seres que se hallan sometidos al influjo de una visión.

Al cabo de algún tiempo fueron volviendo a la realidad, pasado el asombro inicial, de la misma manera que se sale de un sueño. Inmediatamente después, renovaron su atención a Juana, pero esta vez movidos por un interés

distinto. La miraban con curiosidad, como aguardando su reacción ante algo que estaba a punto de ocurrir y cuyo desenlace ellos no conocían. Centrarón sus ojos en Juana y observaron los gestos de la muchacha.

Por el momento, ella no hizo ninguna reverencia, ni la más leve inclinación de cabeza ante la persona que ocupaba el trono. Permaneció de pie, mirando en esa dirección, sin decir palabra. Eso era todo lo que se veía allí, nada más. Miré de reojo hacia el caballero de Metz y me sorprendió la palidez de su rostro. En un leve susurro, le dije:

—¿Qué ocurre? Amigo, decidme, os lo ruego...

El tono de su respuesta fue tan débil que apenas logré comprenderla.

—¡Han aprovechado lo que escribió Juana en su carta (cuando decía que estaba dispuesta a conocer al Rey entre los personajes de la Corte) para hacerle esta jugarreta! Ahora, la pobre se confundirá y todos se burlarán de ella: No es el Rey quien está sentado en el trono.

Al oír esto, observé a Juana. Continuaba mirando con seguridad y fijeza hacia el trono. Me dio la impresión de que todo en ella desde los hombros hasta la cabeza, expresaba desconcierto ante lo que veía. Volvió los ojos lentamente en dirección a las filas de cortesanos que se encontraban de pie, hasta que se detuvo en un joven, vestido con sencillez, sin ningún signo distintivo. En ese instante, su rostro se iluminó de alegría. Corrió hacia donde estaba el joven y, echándose a sus pies, exclamó con esa voz suave tan propia de ella, ahora llena de ternura:

—¡Que Dios, con su gracia, os dé larga vida, oh querido y noble Delfín!

Entre el asombro y la exaltación, el caballero de Metz explotó:

—¡Por Dios, que esto es increíble!

Luego, de la emoción, casi me tritura los huesos de la mano al apretármela entre las suyas, mientras añadía, sacudiendo con orgullo su cabellera:

—¡Venga!, ¿qué diablos tienen ahora que decir esos malditos incrédulos?

Mientras tanto, el joven de los vestidos sencillos cumplimentado por Juana, habló con decisión:

—¡Ah!, os equivocáis, hijita, yo no soy el Rey. Miradlo, ahí está —y señalaba hacia el trono.

El caballero de Metz se indignó.

—¡Es una vergüenza que le hagan estas cosas! De no ser por una mentira tan descarada como ésta, Juana habría salido airosa. Pues ahora voy a decirles a todos unas cuantas verdades, ya verán...

Como un solo hombre, el caballero Bertrand y yo lo detuvimos con firmeza:

—¡No os mováis, conservad la calma, por favor!...

Juana continuó de rodillas y, levantando su rostro hacia el Rey, le dijo:

—No, mi noble Soberano. Vos sois el Rey, y ningún otro.

De Metz calmó su ira al instante, y murmuró:

—Es increíble. No es que ella vacilara, sino que estaba completamente segura: lo sabía. Pero ¿cómo es posible que lo supiera? Esto es un milagro. En fin, ahora me siento feliz, y no volveré a interferir en sus cosas. Comprendo que es ella la única que sabe hacer lo debido. En verdad, su extraordinaria inteligencia poco provecho puede sacar de mi cabeza hueca.

Las palabras de De Metz me impidieron escuchar algunas frases de la otra conversación, entre Juana y el Rey. Sin embargo, logré oír una pregunta hecha por el Delfín:

—Pero, decidme, ¿quién sois y qué deseáis?

—Me llaman Juana, la Doncella, y he sido enviada a anunciar que el Rey de los Cielos desea que vos seáis coronado y consagrado en la leed ciudad de Reims. A partir de ese momento, seréis Lugarteniente del Señor de los Cielos, que es el Rey de Francia. Dios quiere, también, que me permitáis dedicarme a la tarea que me ha sido asignada. Para llevarla a término, necesito soldados. Entonces, levantaré el asedio de Orleáns y quebrantaré el poderío inglés.

El rostro sorprendido del monarca se volvió algo más serio, al flotar este mensaje guerrero dentro de la atmósfera blanda y conformista de la Corte. Las palabras de la joven hicieron el efecto de un viento procedente de los campamentos y muros de las trincheras defensivas, que barría la comodidad y el lujo. La sonrisa despreocupada de poco antes, desapareció por completo de la boca del Rey. Ahora se mostraba grave, serio y pensativo.

Al cabo de un momento, hizo un gesto con la mano, y la gente se retiró hacia atrás, dejando espacio suficiente para los dos. Los caballeros y yo nos desplazamos hacia el lado opuesto de la sala y allí permanecimos de pie. Vimos cómo Juana se levantaba, obedeciendo la indicación del Rey, y

después hablaba con él sin que nadie los oyera.

Todos los asistentes, que aguardaban la reacción de Juana ante la maniobra de ocultar la personalidad del Rey, se quedaron asombrados al comprobar que la joven había cumplido lo que prometió en su carta. Admirados por el milagro, también se impresionaron al ver que no se sintió cohibida por el esplendor del Palacio, sino que parecía completamente serena y a gusto conversando con el monarca, con mayor naturalidad que la de cualquiera de ellos, con toda su experiencia y años al servicio del Rey.

Nuestros dos caballeros estallaban de orgullo al ver el comportamiento de Juana, aunque las palabras no les salían de los labios, incapaces de explicar cómo la muchacha se las había arreglado para superar aquella tremenda prueba sin cometer el más pequeño error o torpeza que empañara la gloria de su gran hazaña. La conversación entre Juana y el Rey fue bastante larga, y desarrollada con seriedad y en voz baja, que nadie pudo oír. Aunque sin escuchar las palabras, sí percibimos el efecto de las mismas, ya que súbitamente, todos vimos al Rey abandonar su actitud indolente, erguirse como un hombre y mostrar cara de inmenso asombro. Pareció como si Juana le hubiera comunicado una noticia demasiado buena para creerla y, no obstante, de tal importancia que exaltó el ánimo decaído del Rey.

Durante muchos años, el contenido de esa conversación se mantuvo en secreto. Hoy ya es del dominio público y por eso voy a referirme a ella. La entrevista fue así —como cualquiera puede comprobar leyendo la historia del hecho—: El Rey, sorprendido por la capacidad de Juana para reconocerle, pidió una prueba de sus poderes. Él deseaba creerla y admitir la necesidad de cumplir su misión, encomendada por sus Voces sobrenaturales, dotadas de una fuerza desconocida para los mortales. Pero ¿cómo podía él creer todo aquello, sin que las Voces acreditaran su veracidad de un modo indudable? Rápidamente, Juana le contestó:

—Voy a ofreceros una demostración de modo que ya no dudéis en absoluto. Vos tenéis una preocupación secreta en vuestro corazón de la que no habéis hablado a nadie. Es una duda que socava vuestro ánimo y os aconseja abandonarlo todo y huir lejos. Hace un momento habéis rogado a Dios, desde el interior del alma, que os diera su gracia para resolver esta duda, aunque de ello resultara la conclusión de que no tenéis el menor derecho a la corona.

Fueron estas palabras las que desconcertaron al Rey, puesto que, en efecto, ese ruego era secreto y sólo Dios lo conocía. Así pues, dijo:

—Vuestra demostración ha sido suficiente. Ahora estoy seguro de que esas Voces proceden de Dios. Es cierto lo que os han revelado acerca de mis dudas. Por favor, si sabéis algo más, decídmelo, lo creeré.

—Pue bien, mis Voces han resuelto esa duda. Os voy a trasmitir sus propias palabras. Son éstas: Vos sois el verdadero heredero del trono de Francia. Dios lo ha dicho. Ahora levantad la cabeza, no dudéis más, entregadme hombres de armas y permitidme llevar a término mi cometido.

El oír la seguridad de que él era heredero de derecho a la corona, fue lo que le hizo erguirse y recobrar el sentimiento de dignidad, desechando las dudas de su mente, seguro de su realeza. En aquellos momentos, si el Rey hubiera podido prescindir del Consejo, habría atendido de inmediato la propuesta de Juana y entregado el ejército que solicitaba para encaminarse al campo de batalla. Pero no. A los intrigantes consejeros, la actitud de Juana les había dado sólo «jaque», no «jaque mate». Seguro que estaban en condiciones de inventar algunas trabas y dilaciones más.

Si nos sentimos orgullosos al ver los honores rendidos a Juana al entrar en el salón, mucho más satisfechos nos encontramos con el trato otorgado al abandonar aquel lugar. Entonces se le concedió un ceremonial reservado sólo a la realeza. El propio Rey llevó a la joven de la mano en dirección a la puerta, mientras la nobleza, de pie, se inclinaba a su paso y las trompetas de plata sonaban sus preciosas notas. Luego, el Rey despidió a Juana con palabras amables y, con exquisita reverencia, le besó la mano. Habíamos comprobado que otra vez, según costumbre, era despedida con más cariño y admiración al terminar un acto que al empezarlo.

Pero, además, el Rey tuvo con Juana un detalle de máxima delicadeza, al ordenar que nos acompañaran hasta el castillo de Coudray iluminados con antorchas y escoltados por su guardia personal. El valor del gesto fue mucho mayor, teniendo en cuenta que aquéllos eran sus únicos soldados disponibles y que estaban perfectamente armados y vestidos con ropas de calidad, aunque hacía muchos años que no recibían sus sueldos.

La extraordinaria acogida otorgada a Juana en la Corte, y su éxito con el Rey, fueron noticias rápidamente difundidas por los alrededores, de modo que los caminos se encontraban abarrotados de gente, ansiosa de verla de cerca. Resultaba muy difícil avanzar entre aquella aglomeración, y casi imposible conversar, pues cualquier intento de hacerlo, se perdía en la tempestad de gritos de júbilo y vítores que surgían a lo largo del trayecto mientras

proseguíamos la marcha, y que nos inundaban como una ola mientras nos acercábamos al castillo.

16

Parecíamos condenados a soportar fastidiosas esperas y aplazamientos, de modo que decidimos aceptar nuestra suerte, aguantando el aburrimiento con santa paciencia, contando las horas y los días grises y monótonos, sin perder la confianza en la posibilidad de un cambio, cuando Dios quisiera enviarlo.

La única excepción la ofrecía el caso de El Paladín. Se encontraba siempre feliz y el tiempo se le hacía breve. Su buen talante podía deberse, en parte, a lo satisfecho que estaba con su nuevo traje. Lo compró al poco de nuestra llegada al castillo de Coudray, de segunda mano, puesto que perteneció a un caballero español. Estaba formado por un sombrero muy elegante, rematado con vistosas plumas que flotaban al viento, cuello de encaje con puños a juego. Justillo y jubón de terciopelo color pálido, capa corta colgando del hombro, calzas ajustadas, muy altas, larga espada y otros adornos menores. El vestido resultaba elegante y con la elevada estatura de El Paladín, el efecto era aún más favorable. Lo utilizaba cuando estaba fuera de servicio, procurando llamar la atención, con su mano en el puño de la espada y retorciendo sus mostachos ante los campesinos que se paraban a admirar su porte. Lo cierto es que su apostura y lo llamativo del traje, lo distinguían de los menudos caballeros franceses de aquellos años.

Era el genio dorado de aquel pueblecito que se refugiaba al amparo de las murallas del castillo de Coudray y se le reconocía como dueño y señor de la taberna de la posada. Cada vez que alzaba la voz, atraía de inmediato a un fiel auditorio. Aquellos humildes campesinos y artesanos le escuchaban maravillados de sus hazañas. Al fin y al cabo, había viajado mucho, conocía el mundo —al menos el comprendido entre Chinon y Domrémy— y esto era mucho más de lo que ellos tendrían ocasión de ver en toda su vida. Pero, además, El Paladín, guerrero en mil batallas, había logrado desarrollar el arte de narrar los combates, escaramuzas y peligros inesperados, con un estilo absolutamente original, inventado por él.

Se mostraba como el gallo en aquel bullicioso corral de la taberna, el héroe de la hostería, capaz de atraer clientela igual que la miel a las moscas. Pronto fue el cliente mimado por el posadero, su esposa e hija, convertidos en sus más agradecidos y complacientes siervos.

La mayor parte de las personas dotadas con el don de la narración —ese don extraordinario y valioso— incurren en el defecto de la monotonía, ya que terminan por repetir siempre las mismas escenas. No era éste el caso de El Paladín, que había desarrollado notable maestría, puesto que resultaba más apasionante oírle contar una batalla la décima vez que la primera. Nunca describía la acción de la misma manera, sino que cada vez variaba los hechos, de modo que aumentaban las bajas causadas al enemigo, y el número de huérfanos y viudas alcanzaban cifras dignas de lástima. Ensanchaba de tal modo el campo de acción de sus batallas que, al cabo del tiempo, parecían no caber en toda la extensión de Francia. En tal caso, no tenía más remedio que empezar con otra nueva, pero el auditorio, enardecido, no se lo permitía, conscientes de que cuanto más antigua era la historia, tanto más emocionante les resultaba. Y en lugar de rogarle que les sorprendiera con algo nuevo, por estar cansados siempre de la misma antigualla, le gritaban a coro: «Contadnos otra vez la estratagema de Beaulieu». «Repetídnosla tres o cuatro veces»... Las peticiones eran, en realidad, la mejor alabanza a las cualidades de El Paladín, que superaba a los más conocidos expertos en el género narrativo, a los cuales pocas veces se les hace un ruego semejante.

Al principio, cuando el Paladín nos oyó hablar de las maravillas y atenciones cortesas a que asistimos en la audiencia real, se mostró desolado por no haber tenido ocasión de presenciar todo aquello en nuestra compañía. Después, sus conversaciones giraban en torno a lo que él hubiera dicho y hecho de haber estado presente en el Palacio en aquella ocasión. Dos días más tarde, ya explicaba con detalle lo que HABÍA HECHO CUANDO ESTUVO ALLÍ. La rueda de su molino productor se encontraba en plena marcha y demostró que sabía cumplir bien su oficio. Tres noches más tarde, el relato de sus batallas pasó a la reserva, pues su público de admiradores de la taberna había tomado tal gusto por el episodio glorioso de la audiencia real, que ya no querían escuchar nada más, y tan sugestionados estaban con el hecho, que habrían derramado amargas lágrimas, de no oírlo una y otra vez según el florido estilo de el Paladín.

El propio Noel Rainuesson, que oyó el relato a escondidas, me lo dijo, y decidimos después ir juntos a escucharle, previa propina a la dueña de la

taberna, que nos prestó una sala contigua, vacía, desde donde pudimos acomodarnos a presenciar el espectáculo. Desde los disimulados postigos de la puerta, vimos la taberna, que ocupaba en un ancho espacio, de aspecto confortable y abrigado, con sus mesitas acogedoras y sillas distribuidas irregularmente sobre el suelo de ladrillo rojo, en torno al cálido fuego que chisporroteaba en la amplia chimenea.

Era un lugar muy agradable para refugiarse en él durante aquellas noches de marzo tan frías y tormentosas, cosa que entendía bien la respetable cantidad de parroquianos degustando sus vasos de vino con espíritu alegre y parlanchín, cambiando impresiones entre ellos, a la espera de la llegada del historiador. El posadero, su mujer y su hermosa hija, se afanaban de un sitio a otro por entre las mesas, haciendo lo posible por atender los deseos de los clientes. La sala tenía unos cuarenta pies cuadrados, dejando un espacio en la parte inferior, al centro, para que el Paladín hiciera uso del terreno que necesitaba para ambientar sus actuaciones. Al final de esta zona se elevaba una plataforma de unos diez o doce pies de anchura, provista de una silla de grandes dimensiones y de una mesita, a la que se accedía a través de tres escalones.

Entre los presentes, se distinguían varios rostros conocidos: el zapatero remendón, el físico o curandero, el herrero, el carretero, el armero, el cervecero, el tejedor, el panadero, el molinero y otros. Lugar destacado entre la concurrencia ocupaba el barbero cirujano, según costumbre generalizada en las aldeas de la época. Sus continuos servicios, tanto en arreglar barbas, como en sacar muelas y hacer sangrías, les granjeaban amistades en todas las capas sociales y hacían de ellos personas de cierta cultura, ampulosos modales y grandes conversadores.

Cuando, al fin, apareció el Paladín, caminando con aire indolente, fue recibido con vítores, al mismo tiempo que el barbero se precipitó hacia él, y tras varias reverencias principescas, le tomó la mano y la besó. Luego, sin alzar la voz, pidió una jarra de vino para El Paladín, y cuando la hija del posadero lo trajo, con una inclinación, ordenó que el importe lo cargaran a su cuenta. Su gesto le valió voces de aprobación, que le llenaron de satisfacción, haciendo brillar sus ojillos de rata. Después, el barbero propuso un brindis a la salud de el Paladín, cosa que hicieron todos con gusto y afectuosa cordialidad, chocando sus vasos de metal con un golpe simultáneo, resaltando el efecto con un resonante ¡Viva!

Era divertido contemplar cómo aquel joven algo fanfarrón, se había hecho

tan popular en una tierra extraña y en tan corto espacio de tiempo, sin otra ayuda que su lengua y el talento que Dios le había dado para sacarle partido.

La gente se acomodó en los asientos y comenzaron a golpear con sus jarras en las mesas, gritando al unísono: «¡LA AUDIENCIA DEL REY! ¡LA AUDIENCIA DEL REY!», mientras, el Paladín se mantenía de pie, con estudiado gesto de superioridad, el sombrero de plumas desviado hacia la izquierda, los pliegues de su capa corta cayendo desde el hombro, una mano sobre la empuñadura de la espada y la otra sosteniendo la jarra de vino.

Cuando se acallaron las voces, hizo una ceremoniosa inclinación, aprendida quién sabe dónde y, alzando la jarra con brío, la llevó a los labios, echó la cabeza hacia atrás y la apuró hasta el fondo. El barbero se la retiró de la mano, depositándola sobre la mesita, mientras el Paladín paseaba a un lado y otro de la plataforma con dignidad y soltura, cambiando impresiones con los parroquianos. Aquello se repitió tres noches seguidas. Estaba claro que el Paladín disfrutaba contando todas aquellas mentiras, aunque no lo hacía de modo consciente. Las invenciones de su mente se convertían para él en hechos reales, que se ampliaban a medida que la narración cobraba intensidad y extensión. Ponía el corazón en sus palabras, lo mismo que el poeta se identifica con la ficción heroica. El aire de seriedad que adoptaba desarmaba a los incrédulos, de modo que nadie creía su relato, pero todos estaban seguros de que él sí lo consideraba cierto.

Efectuaba sus ampliaciones narrativas sin mayores alardes ni florituras y con tanta naturalidad, que no era fácil darse cuenta cuándo introducía las modificaciones. La primera noche, se refirió al gobernador de Vaucouleurs, sin más. La segunda noche ya hablaba de él como «su tío, el gobernador de Vaucouleurs». La tercera noche era ya su padre.

Parecía no darse cuenta de cambios tan extraordinarios, de modo que las palabras le salían con toda normalidad, sin aparente esfuerzo. Según el relato de la primera noche, el gobernador de Vaucouleurs le había designado para la escolta militar de la Doncella, así, en general, sin destino determinado. La segunda noche, su tío el gobernador lo nombró teniente de retaguardia en la columna de la Doncella y la tercera noche, su padre el gobernador, la confió el mando del grupo, incluida la Doncella, con el fin de protegerla.

El relato de la audiencia real también fue creciendo de la misma forma. En los comienzos, las trompetas de plata eran doce. Luego, treinta y cinco, y al final, noventa y seis. Para entonces, había ya situado tantos címbalos y

tambores, que fue necesario ampliar el salón real de quinientos pies a novecientos, para que pudieran caber todos. Bajo su influencia, los invitados se multiplicaron con la misma generosidad.

Las dos primeras noches, se limitó a exagerar el incidente del engaño de que le quiso hacer objeto a Juana, con la substitución del Rey por un impostor con el propósito de confundirla. Pero la tercera noche, introdujo variantes escenificadas. Encomendó al barbero el papel de falso rey. Luego describió la malsana curiosidad de la Corte, ansiosa de poner en ridículo a la Doncella haciéndola caer en la trampa, y así desacreditarla para siempre, con la tormenta de risas despreciativas que habían de seguir. Manejó la escena hasta que tuvo a los asistentes ardiendo en la fiebre de la impaciencia y la excitación. Y, más tarde, desencadenó la apoteosis final. Dirigiéndose al barbero, le dijo:

—Pero, observada lo que hizo Juana. Miró con fijeza al rostro del villano impostor, como yo os miro ahora a vos, con actitud noble y sencilla, como la mía. Ella, entonces, se giró hacia mí y, apuntando con su dedo, me ordenó con la voz firme y tranquila con que dirige una batalla: «¡Derriba del trono a ese falsario bribón!». Y entonces, yo, avanzando así —como lo hago—, le agarré del cuello, lo levanté en el aire —así— como si fuese un niño.

El público saltó de sus asientos, gritando y lanzando sus jarros, enloquecidos con aquella extraordinaria demostración de fuerza, sin que se percibiera ni una sola sonrisa de incredulidad, a pesar de que la escena del barbero, colgando en el aire asido por las fuertes manos de El Paladín, no resultaba solemne precisamente... El narrador, continuó su relato:

—Luego lo deposité en el suelo dejándolo de pie —de este modo— con la intención de agarrarlo bien y lanzarlo por la ventana, pero, en ese momento, ella me lo impidió. Así que, gracias a ese gesto, logró salvar la vida. A continuación, Juana se volvió sobre la multitud de nobles y los miró a todos con esos ojos suyos, que son como las ventanas de luz a las que se asoma para ver el mundo, descubriendo sus mentiras y descubriendo hasta el fondo la verdad oculta, y, finalmente, los fijó sobre un joven vestido humildemente, y lo reconoció como lo que, ciertamente, era, diciendo: «¡Soy vuestra sierva! ¡Vos sois el Rey!». En ese momento, todos quedaron admirados, y una enorme gritería en la que participaban los seis mil asistentes hizo que temblaran las paredes del salón.

Describió con brillantez y gran aparato la despedida de la audiencia,

exagerando los honores del Rey hasta límites increíbles, y luego se sacó del dedo un anillo de latón y dijo:

—Para terminar, el Rey despidió a la Doncella con toda pompa —como ella se merecía, por cierto—, y dirigiéndose a mí, habló: «Tomad este anillo del sello, hijo de los Paladines, y si algo necesitáis algún día, pedídmelo a través de él. Mirad —continuó hablando al mismo tiempo que tocaba mi sien—, proteged bien este cerebro. Francia lo necesita. Cuidad también toda la cabeza, pues presiento que algún día será ceñida por corona ducal». Entonces yo, tomé el anillo, me arrodillé y besé su mano, diciendo: «Señor, donde la gloria me llame, allí acudiré. Donde la muerte y el peligro sean mayores, ésa habrá de ser mi tierra natal. Cuando Francia y el trono necesiten ayuda... bueno... no digo nada, pues no soy de los que gustan de hablar. Dejad que mis hechos hablen por mí. Es todo lo que pido». Y así terminó aquel episodio afortunado y memorable, decisivo para el bien de la corona y de la nación. ¡Gracias sean dadas a Dios! ¡Levantaos! ¡Llenad vuestras jarras! Ahora... por Francia y el Rey... ¡BEBED!

Apuraron el vino hasta la última gota y después rompieron en vítores y aplausos, que se prolongaron varios minutos, mientras el Paladín se erguía, ceremonioso y desenvuelto en todo momento, sin dejar de sonreír con aire condescendiente desde lo alto de la plataforma.

Cuando el Rey escuchó de Juana la revelación del secreto que amargaba su ánimo, las dudas se le aclararon y creyó que la Doncella era en verdad enviada por Dios. Si le hubieran dejado libre de intromisiones, habría ordenado lo necesario para que pudiera llevar a cabo su misión inmediatamente. Pero no se lo permitieron. Tremouille y el zorro sagrado de Reims conocían a su pupilo. Les fue suficiente con decir:

—Vuestra Alteza nos dice que las Voces de Juana os han declarado a través de ella un secreto que sólo era conocido por Vos mismo y por Dios. Bien. Pero ¿cómo podéis estar seguro de que esas Voces no son las de Satanás, que la utiliza a ella como instrumento? Pues ¿no conoce Satanás los secretos de los hombres? Es un asunto peligroso, y Vuestra Alteza hará bien en no tomar ninguna decisión antes de comprobar los hechos hasta el fondo.

Las palabras surtieron el efecto deseado. Encogieron el espíritu del Rey como si fuera una pasa, despertando temores y aprensiones, de modo que, al momento, y en secreto, nombró una comisión de obispos con el fin de que vigilaran e interrogaran a Juana continuamente hasta averiguar si las intervenciones sobrenaturales procedían del cielo o del infierno.

Por entonces, el duque de Alençon, pariente del Rey, prisionero de guerra de los ingleses durante tres años, fue puesto en libertad, previo pago de un fuerte rescate. Como tuviera noticia del nombre y la fama de la Doncella —extendida ya por todas partes—, llegó a Chinon para conocerla y verla con sus propios ojos. El Rey mandó venir a Juana y se la presentó al duque. Ella le dijo, con su habitual sencillez:

—Sed bienvenido. Cuanto más sangre de Francia se una a nuestra causa, mejor será para conseguir su salvación.

El duque y Juana conversaron un rato y, cuando se separaron, volvió a ocurrir lo mismo de siempre: el duque se convirtió en amigo y defensor de Juana.

La joven acompañó al Rey durante la misa del día siguiente y después comió con el Rey y el duque. El Rey se iba acostumbrando a valorar su compañía y apreciar su consejo, lo cual podía resultar beneficioso para todos. Como ocurre con todos los reyes, el Delfín sólo obtenía de sus contactos con los que le rodeaban opiniones cautelosas, sin relieve ni autenticidad, dispuestos a plegarse a lo que el Rey dijera. Esta clase de conversaciones le irritaba hasta aburrirle, pero cuando hablaba con Juana la entrevista resulta sincera y libre, honrada y directa, desprovista de la menor reserva y coacción. Expresaba su pensamiento, y lo hacía lisa y llanamente. No es difícil suponer que para el Rey las charlas con Juana debieron ser como el agua fresca de las montañas para los labios resecaos, acostumbrados al agua cenagosa y cálida por el sol de los páramos.

Después de comer, Juana realizó ante el Rey y el duque unos ejercicios a caballo y de manejo de lanza en los prados cercanos al castillo de Chinon. El duque, encantado con la gracia y habilidad de la joven, le hizo el presente de un hermoso corcel de guerra, negro. Todos los días la comisión de los obispos acudía a interrogar a Juana y después entregaban su informe al Rey. Los careos servían de poco. Ella les decía lo que le interesaba y callaba el resto. Ninguna amenaza o truco lograba variar su conducta. Sabía que a los obispos, delegados por el Rey, era necesario decirles la verdad, porque, según ley, las preguntas hechas en nombre del Rey debían responderse. Sin embargo, ella misma le confesó al Rey, comiendo con él, que en los interrogatorios sólo respondía las preguntas que a ella le convenían.

Los obispos llegaron a la conclusión de que no estaban en condiciones de asegurar si Juana era una enviada de Dios o no. Se decidieron por la cautela. Había en la corte dos grupos enfrentados y poderosos. Cualquier decisión, en uno u otro sentido, despertaría enemistades en el sector perjudicado. Así que prefirieron esconder la cabeza bajo el ala y echar la carga sobre otros hombros. Así lo hicieron.

En su informe, hicieron constar que el caso de Juana excedía a sus conocimientos, por lo que recomendaban que se pusiera en manos de los cultos e ilustres doctores de la Universidad de Poitiers. A continuación, dejaron el campo libre, facilitando, como último testimonio de sus trabajos, una recomendación final verdaderamente sabia: Juana era, según ellos, una «gentil y sencilla pastorcita, muy cándida, pero poco amiga de hablar». La opinión era cierta, al menos, por lo que a los sabios teólogos se refería. Pero si hubieran podido conocer a la joven, como nosotros en los felices prados de

Domrémy, tan sólo hacía unos años, ya sabrían que Juana tenía una lengua ágil y veloz, capaz de ir lo suficientemente rápida, siempre que sus palabras no resultaran perjudiciales.

De modo que nos trasladamos a Poitiers y tuvimos que aguantar tres días de aburrida espera, mientras la pobre muchacha soportaba interrogatorios continuos y molestas comparecencias ante un tribunal de... ¿sabéis de qué? ¿Eran militares experimentados? —que hubiera sido lógico, ya que Juana solicitaba un ejército para conducirlo a combatir a los enemigos de Francia—. ¡Pues no! Aquello era un alto tribunal formado por sacerdotes y monjes, hábiles casuistas bien preparados, famosos profesores de teología. En lugar de elegir una comisión militar que dictaminara sobre las posibilidades de victoria de los planes de aquel valeroso soldadito, se buscaron un grupo de malhumorados clérigos para averiguar si el soldado era piadoso de verdad y no presentaba fallos doctrinales. Los roedores asolaban la casa, pero en lugar de pasar revista por si las garras y dientes del gato resultaban fuertes, sólo se preocupaban en saber si aquel era un gato sagrado. Si el gato se mostraba piadoso y doctrinalmente recto, la cosa iría bien. Sus restantes cualidades no importaban nada.

Por lo demás, Juana se mantenía tan dulce, serena y dueña de sí misma ante el tribunal solemne e imponente, como si no estuviera sometida a juicio. Allí sentada en el banquillo, solitaria, desconcertaba la ciencia de los sabios con una ignorancia sublime que le servía de protección como una fortaleza.

Las más astutas fintas, la cultura libresca y los acerados dardos dialécticos, se estrellaban contra su inconsciente sencillez y caían al suelo sin hacer blanco. Les resultaba imposible asaltar la guarnición refugiada en el interior de la joven, custodiada por los soldados de su corazón y su espíritu sereno, que se convirtieron en centinelas y guardianes de su misión.

Respondía con franqueza a todas las preguntas y narraba toda la historia de sus visiones y experiencias con ángeles, así como las palabras que le transmitían. El modo de contar resultaba tan serio, natural y sincero, con tal aire de autenticidad y realismo, que incluso aquel tribunal endurecido y experto olvidó sus escépticas preguntas y se quedó inmóvil y mudo, escuchando hasta el final con un interés entre la maravilla y el asombro. Y si alguien no cree mi testimonio, leed la historia y encontraréis cómo un testigo presencial, al prestar declaración jurada durante el Proceso de Rehabilitación, afirma que Juana hizo su descripción: «con una noble dignidad y sencillez», y que los efectos de sus palabras fueron de la misma intensidad que la

expresada por mí. Diecisiete años. Tenía diecisiete años y resistió sola en el banquillo. No se sintió atemorizada, sino que se enfrentó con aquel ejército de doctores en leyes y en teología sin necesidad de ninguna arte retórica aprendida en las escuelas. Le bastó con su encanto innato, su juventud, el aire de sinceridad, su voz suave y melodiosa y una elocuencia surgida del corazón, no de la cabeza, que los dejó fascinados por completo. Con todo esto, ¿comprendéis qué hermoso espectáculo fue aquel? Me gustaría poder enseñároslo tal como fue y estoy seguro de que me daríais la razón.

Ya he dicho que no sabía leer. Un día la molestaron y atormentaron con tal cantidad de razones, argumentos, objeciones y mil enredosas palabras, tomadas de varias obras escritas por grandes teólogos, que se agotó su paciencia y se dirigió a ellos con voz firme y serena, diciendo:

—No sé distinguir la A de la B, pero sí entiendo esto: He venido siguiendo un mandato de Dios para liberar Orleáns del poderío inglés, y coronar al Rey en Reims, de modo que todas esas cuestiones con las que me atosigáis carecen de importancia.

Como no podía ser menos, aquellos días fueron una dura prueba para ella y muy cansados para todos los participantes en las sesiones. Sin embargo, la parte más fatigosa fue la de Juana, a la que no se concedía ni una hora ni un día de descanso, dispuesta siempre a comparecer en cualquier momento, mientras los inquisidores se relevaban unos a otros cuando se encontraban agotados. No obstante, nunca acusó el cansancio, ningún cansancio, y muy rara vez dio muestras de impaciencia. Normalmente, acababa las jornadas muy tranquila, con viveza de gestos y serena compostura, en abierta lucha con aquellos veteranos maestros expertos en el manejo de la espada dialéctica, saliendo de los combates sin el más leve rasguño.

En cierta ocasión, uno de los teólogos le lanzó una pregunta que hizo a todos los presentes aguzar sus oídos con gran interés. Yo temblé y me dije: «Esta vez la han pillado, pobre Juana. No hay forma de responder bien a eso». El sagaz teólogo inició su pregunta con tono indolente, como si sus palabras carecieran de importancia:

—¿Vos aseguráis que Dios desea librar a Francia de las ataduras inglesas?

—Sí —respondió Juana—, Dios lo desea así.

—¿Y vos solicitáis hombres de armas para acudir a rescatar Orleáns, según creo?

—Sí. Y cuanto más pronto, mejor.

—Pero, Dios es todopoderoso y capaz de cualquier cosa que se proponga hacer, ¿no es así?

—Ciertamente, nadie lo duda.

El teólogo levantó la cabeza y le hizo la pregunta a la que me referí antes, con un tono de triunfo:

—Entonces, contestadme a esto: si Él quiere liberar a Francia, y siendo que todo lo puede, ¿qué necesidad tenemos de hombres de armas?

Se produjo una gran agitación al oír la pregunta y las cabezas se movieron hacia adelante, mientras las manos reforzaban los oídos para no perderse la respuesta. El teólogo se rebulló con satisfacción y observó a los asistentes, como esperando un aplauso, al comprobar el buen efecto de su pregunta que se reflejaba en todas las caras. Sin embargo, Juana no se desconcertó en absoluto. Contestó sin ningún matiz de inquietud en su voz:

—Dios ayuda a los que se ayudan. ¡Los hijos de Francia deben combatir en las batallas, pero Él nos dará la victoria!

Un brillo de asombro recorrió toda la sala, de rostro en rostro como un rayo de sol. Hasta al mismo teólogo pareció gustarle ver su golpe maestro rechazado con tanta limpieza. Yo escuché a un venerable obispo murmurar con el estilo propio de aquella época algo ruda: «Por Dios que esta niña ha dicho la verdad. ¡Él quiso que Goliat fuese vencido, y para eso mandó a un joven de la edad de ésta para hacerlo!».

Otro día, cuando los inquisidores la acosaron hasta el punto de que ya nadie aguantaba más, salvo Juana misma, el hermano Séguin, profesor de teología de la Universidad de Poitiers, hombre sarcástico e irritable, continuó importunándola con farragosas preguntas hechas en el francés defectuoso de su región de Limoges. Finalmente inquirió:

—¿Y cómo es posible que entendierais a esos ángeles? ¿En qué lengua hablaban?

—En francés.

—Pues muy bien. Es agradable saber que nuestro idioma se vea tan honrado. ¿Y era buen francés?

—Sí. Era un francés perfecto —aclaró Juana.

—Así que era perfecto ¿eh? Bien. Vos debéis saberlo. Sería aún mejor que el vuestro, ¿eh?

—En cuanto a eso... no puedo afirmarlo —respondió la joven. Iba a continuar, pero se detuvo. Luego añadió, como hablando consigo misma: ¡De todas formas, era mejor que el vuestro!

Percibí un atisbo de risa en el fondo de sus ojos, a pesar de su aire ingenuo. La gente se alborozó. El hermano Séguin se mostró irritado, preguntando con brusquedad:

—¿Creéis en Dios?

Juana respondió con enervante parsimonia:

—¿Creer en Dios?... tal vez mejor que vos...

El hermano Séguin perdió la paciencia y siguió con una serie de preguntas irónicas, hasta que, muy enfadado, estalló:

—Muy bien. Pues yo os digo ahora a vos, cuya fe en Dios es tan grande: El no pretende que nadie crea en vuestras palabras sin ofrecemos una prueba de su certeza. ¿Dónde está esa prueba? ¡Mostradla!

Estas frases molestaron a Juana, que se puso de pie y replicó acaloradamente:

—No he venido a Poitiers a traer pruebas ni a hacer milagros. Enviadme a Orleáns y allí os daré pruebas suficientes ¡Confiadme soldados, pocos o muchos, y dejadme ir!

Brotaba fuego de sus ojos al hablar. ¡Qué imagen tan valerosa ofrecía! ¿Podéis imaginarla? Lo cierto es que se produjo una salva de aplausos y gritos de júbilo, que ella recibió enrojeciendo, ya que su talante humilde rechazaba cualquier atisbo de celebridad.

El intercambio de palabras y el asunto de la lengua francesa hizo perder puntos al hermano Séguin, mientras que el prestigio de Juana no se alteró. A pesar de su acritud, era aquel hombre recio y honrado, como puede comprobarse por la historia posterior. Al declarar en la Causa de Rehabilitación de Juana podía haber ocultado estos episodios en los que su actuación fue negativa, pero no lo hizo. Al contrario, se refirió a ellos con toda nobleza en sus manifestaciones al tribunal.

Al final del proceso —que duró tres semanas— los teólogos y doctores desencadenaron un ataque en toda línea, abrumando a Juana con argumentos

extraídos de antiguos documentos eclesiásticos. La joven se encontraba a punto de caer, arrollada, hasta que reaccionó con singular energía:

—¡Escuchad! El Libro de Dios tiene más fuerza que todas esas opiniones antiguas. Y os diré además, que en ese Libro hay cosas que ninguno de vosotros, con toda vuestra ciencia, puede leer.

Desde el principio, Juana se hospedó en la casa de la señora de Rabuteau, invitada por ella, esposa de un consejero del Parlamento de Poitiers. Las damas de la buena sociedad visitaban de noche a Juana, por el gusto de verla y hablar con ella. La misma práctica fue seguida por los abogados, representantes y letrados del Parlamento y de la Universidad. Aquellos hombres doctos y serios, acostumbrados a las reflexiones filosóficas, a darles vuelta a los argumentos y a dudar de todo, fueron cayendo poco a poco en el encanto de Juana movidos por su capacidad de convencer y su ingenuidad, que eran las grandes virtudes de la joven. Al cabo del tiempo, nadie, ni alto ni bajo, ni culto o inculto, dejaba de reconocer: «Esta niña ha sido enviada por Dios».

Durante el día en el rígido ambiente del tribunal, Juana se encontraba en desventaja. Los jueces, de acuerdo con las normas del procedimiento, llevaban los asuntos a su modo, pero, al llegar la noche y retirarse la Doncella al lugar donde se alojaba, rodeada de amigos y seguidores, los papeles se cambiaban. Se convertía entonces en el centro de las reuniones, en las que intervenía libremente, incluso en presencia de algunos de sus jueces del tribunal. Todas las asechanzas y objeciones contrarias expuestas en el tribunal a lo largo de la jornada desaparecían por la noche, gracias a su magnetismo personal. Al terminar las sesiones, logró llevar a sus jueces a una misa a la que asistieron todos juntos, y consiguió un veredicto final favorable, sin ningún voto en contra.

La sesión del tribunal fue digna de verse, especialmente cuando el presidente leyó la sentencia desde el estrado, con asistencia de los grandes personajes de la ciudad que pudieron acomodarse en el recinto. Con el ceremonial propio de la época, se dio lectura al resto del informe con la debida solemnidad, con el fin de que las palabras pudieran oírse hasta en el último rincón del edificio:

—Se ha determinado y así se hace constar por la presente, que Juana de Arco, llamada La Doncella, es una buena cristiana y buena católica. Que no se advierte nada contrario a la fe, ni en su persona ni en sus palabras, y que el

Rey puede y debe aceptar el ofrecimiento que se le hace, pues rechazarlo sería ofender al Espíritu Santo y haría al Rey indigno de esta ayuda de Dios.

Cuando el tribunal levantó la sesión, estalló una tempestad de aplausos con fuerza irreprimible, que se reprodujo una y otra vez. Asediada por la multitud que corrió a felicitarla, por un momento perdí de vista a Juana. La gente, emocionada, ofrendaba bendiciones sobre ella y sobre la causa de Francia, entregada desde aquel momento, solemne e irrevocablemente, en sus pequeñas manos.

18

Aquel fue, en verdad, un gran día y un espectáculo impresionante. ¡Juana había ganado! Tremouille y su grupo de enemigos cometieron un error al permitir aquellas sesiones vespertinas en casa de sus protectores, los Rabouteau. Además, la comisión enviada a Lorena para informar sobre el carácter y comportamiento de Juana, regresó con el resultado de sus averiguaciones: sus antecedentes eran perfectos, intachables. Así, pues, nuestra empresa marchaba ahora sin dificultades, ya lo veis.

Las noticias favorables despertaron extraordinario entusiasmo. Francia, que estaba muerta, resucitó súbitamente a la vida. Mientras poco antes la gente andaba acobardada y sin valor, huyendo en cuanto oían hablar de guerra, ahora acudían rogando les permitieran alistarse bajo las banderas de la Doncella de Vaucouleurs. Se escuchaba el rugir de las canciones bélicas y el redoble de tambores que atronaban las calles. Recordé entonces las palabras que me dirigió ella hacía algún tiempo, en la aldea, al indicarle yo con hechos reales que Francia estaba perdida y nada despertaría al pueblo de su letargo:

—¡Oirán los tambores, responderán... y marcharán al combate!

Se dice que las desgracias nunca vienen solas. En nuestro caso, ocurrió lo mismo con la oleada de buena suerte. Después de la primera, siguieron viniendo, una tras otra, olas favorables. La última llegó así: Entre los teólogos, se anduvo discutiendo si la Iglesia debería permitir que una persona del género femenino pudiera vestir el traje de soldado. Por fin se produjo el veredicto, elaborado por dos famosos teólogos —uno había sido Canciller de la Universidad de París—. Ambos decidieron que si «Juana debía cumplir el trabajo de un hombre y de un soldado, parecía justo y legítimo que su atavío estuviera de acuerdo con la misión».

Con ello ganamos un punto importante: que la Iglesia la autorizase a vestir como un hombre. Como he dicho, una oleada de suerte detrás de otra nos anegaba. Pero dejemos las olas menores, para hacer referencia a las más

grandes: una ola que nos hizo perder el pie y casi nos ahoga de alegría.

El día que se pronunció el veredicto, fueron despachados correos con el fin de llevar la noticia al Rey. A la mañana siguiente se escucharon en el pueblo, brillantes y limpias, las notas de un clarín. Al oírlo, comenzamos a contar el número de acordes: Uno, dos, tres, pausa. Uno, dos, pausa. Uno, dos, tres, pausa de nuevo. Entonces salimos todos corriendo, alarmados. Aquella señal era utilizada solamente cuando el heraldo de armas del Rey debía dar su proclama al pueblo. A nuestro lado se juntaban, por callejas laterales, cientos de personas a medio vestir que se acomodaban las ropas sin dejar de correr. Otra vez se oyó el mismo toque y con él se multiplicaba el número de gente presurosa en dirección a la plaza, a donde llegamos finalmente. El lugar estaba abarrotado de ciudadanos. Allí en lo alto del pedestal de la gran cruz, podía verse al heraldo con su lujoso vestido y a los servidores que le acompañaban. Pronto inició su mensaje con la poderosa y bien timbrada voz propia del oficio:

—¡Sabed todos, y tenedlo en cuenta, que el más alto, el más ilustre Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Francia, se ha dignado otorgar a su bienamada servidora Juana de Arco, llamada la Doncella, el título, sueldos, autoridad y categoría de General en Jefe de los ejércitos de Francia...!

Un millar de gorras volaron al aire y la multitud atronó el espacio con su vendaval de ¡Vivas!, dando la impresión de que nunca habría de acabar. Por fin se calmaron las voces y el heraldo pudo continuar:

—¡... y ha nombrado teniente suyo y Jefe del Estado Mayor, a un príncipe de su real Casa, a su gracia el duque de Alençon!

Así finalizó la proclama y de nuevo de desató el entusiasmo, pronto difundido por todas las calles y plazas de la ciudad.

¡General de los Ejércitos de Francia, y con un príncipe de sangre real a sus órdenes! Ayer no era nadie, hoy lo es todo. No era ni sargento, ni cabo, ni soldado raso. Y de repente, de un salto, se encarama a la cumbre. Ayer no significaba nada para el último recluta, y hoy sus órdenes son leyes para La Hire, Saintrilles, el Bastardo de Orleáns, y demás soldados veteranos de viejo renombre, famosos maestros en el arte de la guerra. Estos pensamientos embargaron mi mente. Me costaba comprender lo que estaba sucediendo.

Mis recuerdos me trasladaron al pasado. Se iluminaban con un episodio todavía reciente que estaba fresco en la memoria. La fecha se remontaba sólo al último mes de enero. El cuadro era así: una muchacha campesina, con

apenas 17 años, desconocida, en un pueblo también desconocido, como si estuviera perdido en los confines del mundo. Ella había recogido, quién sabe dónde, a un amigo vagabundo y lo llevó a su casa. Era un gatito gris abandonado y hambriento, al que alimentó y cuidó hasta ganar su confianza. Ahora se encuentra enroscado en su regazo, dormido, mientras ella tejía y soñaba... ¿en qué? Nunca lo sabremos.

Y luego, sin dar tiempo a que el gatito se convirtiera en un gato grande, esa misma muchacha fue nombrada General de los ejércitos de Francia, con un príncipe real a quien dar órdenes... De repente, desde la oscuridad de su pueblo, el nombre de Juana se había elevado hasta el sol y ya era visible desde cualquier rincón de la Tierra. Me producía un cierto vértigo reflexionar sobre estas cosas, tan lejos de lo corriente y que tan imposibles me parecían.

19

La primera decisión oficial que tomó Juana, fue dictar una carta destinada a los mandos ingleses destacados en Orléans, conminándoles a devolver los lugares que usurpaban y a abandonar suelo de Francia. Debió tenerlo decidido desde tiempo antes, a juzgar por lo fácilmente que salían de sus labios las palabras, expresadas con lenguaje vivo y enérgico. Aunque, tal vez, no fuera esto así, ya que ella siempre disfrutó de una mente ágil y lengua bien dotada. Sin olvidar que durante las últimas semanas sus facultades se desarrollaron de forma sorprendente. La carta sería remitida desde Blois, lugar en el que se estableció el cuartel de reclutamiento, depósito de víveres, provisiones y dinero, todo ello a las órdenes de La Hire, a quien Juana ordenó venir del frente en el que se encontraba.

El llamado «Bastardo de Orléans», había insistido durante semanas enteras en que le enviaran pronto a la Doncella. En aquellos momentos llegó también un nuevo enviado, el veterano D'Aulon, hombre de confianza, bueno y honrado. El Rey lo había mantenido a su lado, y ahora se lo cedió a Juana en calidad de Jefe de su escolta y le permitió a ella que designara al resto de sus oficiales, siempre que por su calidad, rango y número, estuvieran de acuerdo con la importancia de su cargo. Al mismo tiempo, el Rey dio las instrucciones precisas para que todos quedaran debidamente equipados con armas, vestidos y cabalgaduras.

Mientras tanto, el Rey había ordenado que le prepararan en Tours una armadura especial para Juana, realizada con el más fino acero, chapada en plata y artísticamente adornada con dibujos, grabados y bruñida como un espejo.

Las Voces de Juana le habían indicado que en Fierbois, oculta detrás del altar de Santa Catalina, encontraría una espada. Ella envió a De Metz a buscarla. Los sacerdotes del templo nada sabían de dicha espada, pero, tras un registro, apareció enterrada en el suelo, a poca profundidad. No tenía vaina, y

estaba cubierta de moho, pero los mismos sacerdotes la pulieron, enviándola después a Tours, donde iríamos después. También encargaron una funda de terciopelo carmesí, mientras que el pueblo de Tours confeccionó otra de tisú de oro.

Como Juana pensaba llevar siempre esta espada en las batallas, prefirió hacer una sufrida funda de cuero, dejando de lado las otras, mucho más lujosas. Se decía que esa espada perteneció a Carlomagno, pero era sólo una opinión. Yo intenté afilar la hoja, algo roma, pero Juana me dijo que, como no pensaba herir a nadie con ella, sería mejor dejarla como estaba. La llevaría sólo como símbolo de su autoridad. En Tours ella diseñó su estandarte, que fue realizado por el artesano y pintor escocés James Power. Era de hilo grueso, de color blanco y con franjas de seda. Como símbolo llevaba la imagen de Dios Padre sobre un trono de nubes, con el mundo en sus manos. A sus pies, con una ofrenda de lirios, estaban dos ángeles. La inscripción mostraba dos nombres: Jesús, María. En el reverso, podía verse la corona de Francia sostenida por dos ángeles. También encargó le hicieran un estandarte más pequeño, en el que aparecía un ángel ofreciendo un lirio a la Santísima Virgen. En Tours, el ambiente hervía de actividad. Unas veces, se escuchaba el vibrante son de marchas militares, otras veces, el paso rítmico de los hombres que marchaban, las escuadras de reclusos que practicaban, canciones, gritos y vítores de entusiasmo llenaban el aire de día y de noche. La ciudad estaba llena de forasteros, las calles y posadas abarrotadas, y por todas partes el bullicio de los preparativos, mientras los rostros reflejaban alegría y esperanza. Alrededor del Cuartel General de Juana se apiñaba la multitud con la esperanza de verla. Cuando lo conseguían estallaban de júbilo, aunque esto era bastante difícil, porque la Doncella estaba absorbida en los planes de sus próximas campañas, recibiendo informes y despachando correos, rodeada de sus oficiales. Nosotros, los más jóvenes, apenas la veíamos, de tan atareada como se encontraba.

Nuestros sentimientos eran muy confusos. Unas veces nos sentíamos esperanzados y otras no. Todavía quedaban por elegir los soldados de su escolta, y esto nos preocupaba. Sabíamos que sobre ella caerían cientos de peticiones para lograr una plaza, avaladas por nobles poderosos e influyentes, mientras que a nosotros nadie nos recomendaría. En estas condiciones, ¿resultaría prudente que prefiera a sus modestos amigos de Domrémy? Al pensar en esto nos sentíamos deprimidos y tristes. Cuando discutíamos nuestras posibilidades, las encontrábamos tan escasas que nos invadía la angustia. Especialmente en el caso de El Paladín. Pues mientras nosotros aún

teníamos alguna posibilidad, a él no le quedaba ninguna. Hasta Noel Rainguesson prefería no abordar tan conflictivo tema, salvo cuando nos reuníamos con el Paladín. Una de esas veces, le dijo:

—Animo, Paladín. Anoche tuve un sueño y tú eras el único de nosotros que lograba un puesto en la escolta de Juana. No era gran cosa, pero algo es algo. Una especie de lacayo o criado, o algo así.

Paladín se irguió, con gesto alegre. Él creía en sueños y esas supersticiones. Esperanzado, dijo:

—Ojalá fuera eso cierto. ¿Creéis que lo será?

—Desde luego —confirmó Noel— estoy por asegurarlo, mis sueños rara vez fallan.

—Si esta vez fuera verdad, Noel, te daría un abrazo tan fuerte... ¡De veras que lo haría! ¡Ser criado del primer General de Francia! ¡Me haría famoso en todo el mundo! La noticia llegaría hasta nuestra aldea y todos esos palurdos quedarían pasmados, ellos que siempre me dijeron que no serviría nunca para nada. ¡Oh, qué hermoso! ¿Crees que ocurrirá esto, Noel?

—Sí. Y aquí está mi mano, como prueba de ello.

—Noel, si esto se cumple, jamás lo olvidaré. ¡Venga esa mano! Me vestiría con traje de noble, ¡se iban a enterar en el pueblo! Aquellos brutos iban a decir: «Pero cómo, el criado del General de Francia, con todo el mundo admirándole, vaya, pues sí que ha apuntado alto ahora, ¿no?».

Daba grandes zancadas por la habitación, construyendo castillos en el aire con tanta rapidez que apenas podíamos seguirle. Pero, de repente, se detenía, con el rostro afligido:

—¡Ay, Dios mío! Pero si todo es mentira. Nunca será verdad. Me olvidaba del incidente de Toul. Todas estas semanas me he mantenido fuera de su vista lo más posible, confiando que se le olvide aquello y me perdone... pero no lo hará. No puede, desde luego. Y, sin embargo, no tuve la culpa. Dije que prometió casarse conmigo porque los demás lo metieron en mi cabeza, y me convencieron. ¡Juro que fue así! —el hombretón casi lloraba. Por fin, logró dominarse y habló con remordimiento—: Es la única mentira que he dicho en mi vida, y...

Su voz se ahogó entre gemidos y excusas, y antes de que volviera a recobrar el habla, apareció uno de los criados de D'Aulon y nos rogó que le

acompañáramos al Cuartel General. Nos levantamos, y Noel añadió:

—Ahí lo tienes, ¿qué te dije? Cuando yo tengo un presentimiento... El espíritu de profecía está conmigo. Van a otorgarle un puesto, y nosotros iremos con él para rendirle homenaje. ¡Vamos!

Pero el pobre Paladín no quiso acompañarnos, así que nos fuimos.

Cuando estuvimos en presencia de Juana, rodeada de flamantes oficiales del ejército, ella nos saludó con atrayente sonrisa y nos anunció que nos reservaba un lugar a cada uno de nosotros en su escolta, puesto que deseaba tener a su lado a sus antiguos amigos. Al oírla, quedamos encantados y no encontrábamos palabras para agradecerle su detalle. Uno a uno, nos adelantábamos para recibir el nombramiento de manos de nuestro Jefe, D'Aulon. Se nos concedieron puestos muy destacados, los mejores para los dos caballeros. A continuación los hermanos de Juana. Yo fui nombrado como su primer paje y secretario. Un joven noble llamado Raimundo fue su segundo paje. Noel era su emisario. También se designaron dos heraldos, un capellán cuyo nombre era Juan Pasquerel, un mayordomo y varios servidores.

—Pero ¿dónde está el Paladín?

El caballero Bertrand respondió:

—Creyó que no se le convocaba, Excelencia.

—Pues nada de eso. Llamadle.

Al poco, Paladín entró con aire asustado. No se atrevía a acercarse al grupo. Se paró junto a la puerta, turbado y temeroso. Entonces, Juana le habló con simpatía:

—Os estuve observando durante la marcha. Comenzasteis mal, pero luego todo fue mejor. Desde siempre fuisteis un orador fantástico, pero hay en vos un hombre cabal y yo lo haré salir —era conmovedor observar cómo se iluminaba el rostro de El Paladín al oír estas palabras—, Juana continuó: ¿Me seguiréis a donde yo os conduzca?

—¡Hasta a las llamas! —contestó él.

Yo me dije: Tal como van las cosas, creo que ella ha convertido a este fanfarrón en un héroe. Es otro de sus milagros. Sin duda.

—Yo os creo —continuó Juana—. Tomad. Aquí está mi bandera. Cabalgaréis a mi lado en todas las campañas y cuando Francia haya sido liberada, me la devolveréis.

Tomó la bandera, que es ahora una de las más valiosas reliquias de Juana de Arco y con voz temblorosa de emoción, dijo:

—Si alguna vez traiciono esta confianza, mis camaradas aquí presentes sabrán pedirme cuentas y hacer justicia. Así se lo encargo, sabiendo que no dejarán de cumplirlo.

20

Noel y yo regresamos juntos y en silencio, impresionados. Finalmente, dijo:

—Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos. Hemos visto la sorpresa. Pero ¿no ha sido esto un sublime ascenso para nuestro gran hombre?

—Desde luego que sí. No salgo de mi asombro. Ha salido mejor parado que cualquiera de nosotros.

—Así es. Hay muchos generales, y ella puede nombrar todavía más. Pero abanderado sólo hay uno.

—Cierto. Es el puesto más distinguido del ejército, después del de ella.

—Y también el más codiciado y honroso. Los hijos de dos duques han pretendido alcanzarlo. Y entre todos, lo consigue ese presumido molino de viento. Vamos ¿no ha sido un increíble ascenso? No lo entiendo. ¿Y vos? —preguntó Noel.

—Bueno... pues yo sí... es decir, imagino que sí.

Noel quedó sorprendido con mi afirmación y me miró para asegurarse de que estaba hablando en serio. Me dijo:

—Creí que estabais de broma, pero veo que no. En fin, si podéis aclararme este lío, hacedlo. Explicadme vuestra idea.

—Lo intentaré. Habéis observado que el caballero de Metz es una persona sensata. Un día, durante una marcha nos referíamos a los dones de Juana y él me dijo: «Su cualidad más señalada es tener unos ojos que ven». Yo, sin advertir el sentido de sus palabras, contesté: «¿Ojos que ven? Eso no es gran cosa. Supongo que es lo corriente». «No —repuso él— muy pocos tienen esa virtud». Luego me explicó el significado de lo que decía. Según él, los ojos corrientes sólo son capaces de ver la superficie de las cosas y de juzgar a

través de ellas. Pero los ojos que de verdad VEN, son los que profundizan y leen en el corazón y en el alma, descubriendo en ellos capacidades ocultas, que los ojos vulgares no logran descubrir. Continuó afirmando que el mayor genio militar fracasa cuando carece de ojos que ven. Es decir, si no logra descubrir el interior de los hombres y seleccionar a unos colaboradores con juicio infalible, VE, por intuición, que tal oficial está dotado para la estrategia, el otro servirá para incursiones y asaltos que exigen osadía y rapidez, aquel valdría para resistir un ataque con tenacidad incansable... Así, es posible asignarle a cada uno el puesto adecuado y obtener la victoria final. Tenía razón el caballero: Juana VE, y sabe descubrir el interior de cada uno. Ahora comprendo lo que decía con eso de los «ojos que ven».

Cuando era niña y apareció un vagabundo harapiento, su padre y todos los demás pensamos que era un pillo. Juana vio al hombre honrado bajo los harapos. El día que comimos en la mesa del gobernador de Vaucouleurs, junto a los dos caballeros Bertrand y de Metz, yo no observé nada de particular en ellos, aunque hablé dos horas con ambos. Juana en sólo cinco minutos y sin cambiar palabra, ya los consideró valiosos y fieles, tal como después han demostrado cumplidamente...

Y ahora, ¿a quién ha ordenado ocuparse de esa agitada turba de reclutas de Blois, viejos delincuentes, armagacs desertores, y hombres sin principios?, ¿a cualquiera? No, ha elegido al propio Satanás... es decir a La Hire, ese vendaval militar, fanfarrón sin Dios, increíble conjunto de irreverencias, crueldad y muerte. Pero también, ¿quién mejor que él sabe entendérselas con toda esa canalla rugiente? Porque también él es la combinación de todos esos elementos, y probablemente podría ser considerado como el padre de ellos. Pues Juana lo coloca al frente de una tropa semejante, de modo provisional, mientras llega a Blois... ¡y entonces! Bueno, entonces asumirá el mando personalmente... o mucho me equivoco, que no creo, después de tantos años de ser amigo suyo. Será un espectáculo curioso ver al espíritu recto, inmaculado de Juana, enfundado en su blanca armadura imponiendo su voluntad ante esa muchedumbre de salvajes, esa masa de harapientos, multitud de marginados...

—¡Cómo! La Hire... —exclamó Noel— ¡Nuestro héroe de juventud! Me gustará ver a ese hombre...

—A mí también. Su nombre me impresiona igual que cuando era niño.

—Quiero oírle jurar.

—Por supuesto. Es tan franco y abierto como ingenuo, primitivo. Una vez le llamaron la atención por dedicarse al pillaje en una incursión y contestó que eso no tenía importancia. Le considero el hombre adecuado para ejercer el mando provisional en Blois. Juana ha demostrado al elegirlo que tiene esos ojos que ven. ¿Sabéis?

—Y esta conclusión nos devuelve al principio de nuestra charla. Tengo gran cariño a Paladín. Y no sólo porque es un buen chico, sino porque yo he contribuido a moldear su carácter. Le he hecho un tremendo fanfarrón y el cristiano más embustero del reino. Me alegra su suerte, pero no tengo ojos que ven. Nunca le habría elegido para el puesto más comprometido del ejército. Lo habría destinado a retaguardia, para rematar heridos y transportar a los muertos.

—Bien... ¡qué voy a decir! Ya veremos. Juana sabe mejor que nosotros cómo es Paladín. Y tened en cuenta una cosa. Cuando una persona en las circunstancias de Juana de Arco, le dice a un hombre que es valiente, este se lo cree y el creerlo es suficiente. Ocurre que si uno se cree valiente, acaba por serlo. Eso es lo único que importa.

—Ahora lo habéis dicho —exclamó Noel—. Ella tiene capacidad de crear con la palabra, lo mismo que sus ojos ven. ¡Sí!, ¡eso es! Francia estaba acobardada y era cobarde. Juana de Arco ha hablado, y Francia camina ahora con la cabeza alta.

Sin apenas quererlo, Noel y yo habíamos comprendido las claves del éxito de la misión de Juana.

Fui requerido luego para tomar nota de una carta que me dictaría Juana. Los días siguientes pasaron con muchos trabajos que debíamos ultimar. Los sastres preparaban nuestros vestidos y los herreros las armaduras. Teníamos buen aspecto con nuestros atavíos tanto de guerra como de paz. Con sus lujosas ropas, el Paladín aparecía como iluminado por las glorias de una puesta de sol. Emplumado, ceñido y armado para la guerra, resultaba aún más espectacular.

Se dictaron las órdenes para organizar la marcha hacia Blois. La mañana era clara, limpia y hermosa. Cuando nuestra compañía trotaba en columna de a dos, ofrecíamos un vistoso espectáculo, con Juana y el duque de Alençon en cabeza, seguidos por D'Aulon y el abanderado. Mientras nos abríamos paso entre la agitada multitud, con Juana saludando con su cabeza a izquierda y derecha, y el sol reflejado en su coraza de plata, el pueblo tenía conciencia de

que se levantaba ante sus ojos el telón del primer acto de un asombroso drama. Sus esperanzas iban en aumento cada día que pasaba, tal como era evidente, a juzgar por la intensidad creciente de los vítores.

En la calle se escuchaban los acordes musicales que acompañaban a la tropa de lanceros en marcha, reflejando sus armaduras el sol con luz suave, que brillaba con más fuerza en las aguzadas puntas de sus lanzas. Estos hombres formaban nuestra guardia de honor, y llegaron hasta el lugar donde nos encontrábamos hasta que la comitiva quedó completa. La primera acción de guerra capitaneada por Juana acababa de iniciar sus primeros pasos. Se levantaba el telón.

21

Permanecimos en Blois tres días. La estancia en aquel campamento es uno de los recuerdos imborrables que retengo en la memoria. ¿Hablamos de disciplina? Entre aquellos bandidos existía el mismo orden que pueda haber entre lobos y alimañas. Deambulaban sin sentido, rugiendo y sin dejar de beber, con alaridos y gritos, feroces juramentos que alternaban con desafíos a caballo y continuas pependencias. El lugar se encontraba atestado de mujeres de mala vida que no desmerecían de los hombres con sus juegos, escarceos y palabras soeces.

Rodeado de esta muchedumbre vimos Noel y yo por vez primera a La Hire. Su porte fue tal como lo habíamos imaginado en nuestros sueños infantiles. Era un hombre corpulento y de aire marcial, pertrechado con armadura de la cabeza a los pies, con un penacho de ondeantes plumas en el yelmo y enorme espada a la cintura.

Se encaminaba a rendir honores a Juana. Conforme avanzaba por el campamento imponía el orden, gritándoles que la Doncella había llegado y no estaba dispuesta a soportar un espectáculo semejante. Su estilo de mantener la disciplina era algo propio y peculiar de La Hire. Empleaba sus poderosos puños. Cabalgaba entre juramentos y amenazas, administrando golpes a diestra y siniestra, con la seguridad de que cada hombre alcanzado rodaba por el suelo.

—¡Que os lleve el diablo! —gritaba—. ¿Cómo os agitáis y os peleáis de este modo sabiendo que nuestro general en Jefe ha venido al campamento? ¡Tú, enderézate! ¡Salvajes!

Acompañamos al veterano guerrero hasta el cuartel general observando, admirados y emocionados, al héroe preferido de los niños franceses, al que teníamos el honor de conocer ahora. Me acordé del modo como Juana salió en su defensa, un día que el Paladín ofendió a aquellos soldados valerosos, como La Hire y el Bastardo de Orleáns. La joven, entonces una niña, dijo que eran

hombres dignos de respeto y que sólo el hecho de verlos era ya un privilegio honroso.

Pues bien: aquí teníamos, en persona, a uno de esos héroes. Y, además, ¡en qué circunstancias! Apenas podíamos creerlo, pero sin embargo, era cierto: el veterano inclinaría su cabeza ante Juana y se pondría a sus órdenes...

Mientras calmaba con su método particular a los alborotadores, llegando al Cuartel de Juana nos adelantamos a él y pudimos contemplar' al Estado Mayor, donde se veía a los grandes capitanes del ejército que acababan de llegar. Oficiales famosos, hombres distinguidos y apuestos con sus flamantes armaduras entre los cuales destacaba el nuevo general de Francia, Juana, como el caballero más elegante y gallardo.

Al aparecer La Hire, quedó sorprendido visiblemente por la belleza y la juventud de Juana. Al mismo tiempo, la sonrisa alegre de la joven demostraba que estaba feliz al tener la ocasión de conocer al héroe de su infancia. La Hire se inclinó profundamente, con su yelmo en la enguantada mano, y pronunció unas palabras algo rudas, pero sinceras, sin apenas juramentos intercalados. Desde el primer momento quedó claro que los dos congeniaron inmediatamente.

La visita protocolaria finalizó pronto y los oficiales se retiraron. La Hire se quedó charlando amistosamente con Juana, riendo juntos, como dos buenos amigos. Después, ella le dio las primeras instrucciones militares sobre el campamento, dejando en suspenso el ánimo del viejo soldado. Nada menos que, para empezar, ella le ordenó que todas aquellas mujeres licenciosas deberían abandonar el lugar rápidamente, y que no permitiría a ninguna permanecer allí. Luego indicó la necesidad de acabar con las incesantes juergas, restablecer la disciplina desterrando el desorden, y restringir la bebida al mínimo indispensable. Y, para terminar, culminó la lista de novedades con la última, que casi proyecta a La Hire fuera de su armadura:

—Todos los soldados que luchen bajo mi bandera, deberán confesarse con el sacerdote y ser absueltos de sus pecados, y todos los reclutas que admitamos se comprometerán a asistir dos veces diarias al rezo del oficio divino.

La Hire se quedó sin habla por un momento y luego exclamó, profundamente abatido:

—Por favor, mi Doncella... esos pobres muchachos míos han estado

siempre enfangados en el infierno, ¿asistir a misa? ¡Vamos, hijita, antes nos matarían a los dos!

Se retiró malhumorado, lanzando maldiciones que hicieron reír a Juana tan alegremente como cuando jugábamos en los prados de Domrémy. Sin embargo, ratificó estas órdenes, ante las cuales el veterano soldado hubo de ceder y llevarlas a la práctica del mejor modo posible. Arengó a sus hombres con una sarta de juramentos aterradora, anunciando que si alguien se negaba a renunciar al pecado y llevar una vida piadosa, le arrancaría la cabeza a trompazos. Al escucharla, Juana se echó a reír otra vez. La verdad es que se divertía con el carácter de La Hire, pero no permitió este modo de lograr conversiones. Anunció que el cambio personal debía ser algo voluntario. La Hire replicó que le parecía bien esa noble actitud, pero que no mataría a golpes a los voluntarios, sino a los recalcitrantes. Pero tampoco, Juana se negó a maltratar a nadie: las conversiones se realizarían en completa libertad.

La Hire suspiró, aceptando las órdenes. Así, pues, anunciaría la necesidad de asistir a misa, pero dudaba de que, libremente, hubiera un solo hombre en el campamento con más probabilidades de acudir al acto que las de él mismo: es decir, ningunas.

—¡Pero, amigo mío —añadió Juana— es que VOS IRÉIS A MISA!

—¿Yo? ¡Vamos... imposible, eso es una locura!

—Nada de eso. No lo es. Vos asistiréis al oficio dos veces al día.

—Sin duda debo estar soñando, o borracho, o me engañan mis oídos... pero yo antes iría a...

—No importa dónde iríais. Empezaremos por la mañana, y luego todo saldrá a pedir de boca. Vamos, no pongáis cara desolada. Dentro de poco no os importará.

La Hire trató de sobreponerse, pero no le fue posible. Suspiró como un ciclón y dijo:

—Bueno, lo haré por vos. Pero antes de hacerlo por otra persona, juro que...

—Pues no juréis. Olvidad esa mala costumbre.

—¿Dejar de jurar? Eso es imposible. Os ruego que... que... Vamos, mi general, ¡si es mi lengua materna!

La Hire le rogó con tal fuerza, que Juana le dio licencia para jurar por su

bastón de mando, el símbolo del grado de general. Él prometió hacerlo así en presencia de Juana, y que lejos de ella procuraría no hacerlo nunca, aunque dudaba de conseguirlo, ya que se trataba de un hábito arraigado en su carácter, que le servía como desahogo y esparcimiento en sus años de madurez.

El rudo y valeroso león marchó de allí bastante calmado y civilizado. Sin embargo, Noel y yo pensamos que fuera de la presencia de Juana, sus vicios volverían a dominarle, y acabaría por no ir a misa. Pero esa mañana nos levantamos temprano para comprobarlo.

Bueno, pues asistió, de verdad. No podíamos creerlo, pero allí estaba, caminando de un lado a otro a grandes zancadas, cumpliendo su palabra, y mostrándose lo más piadoso que le era posible, aunque se le oía gruñir por lo bajo y maldecir muy enfadado. Era un nuevo ejemplo de algo que se repetía en todas partes: los que escuchaban la voz de Juana y contemplaban su mirada, quedaban tan encantados que cambiaban su modo de actuar y de pensar.

El mismo Demonio se había convertido. Ya lo veis. El resto de su tropa, le siguió. Juana recorrió a caballo el campamento, y donde ella aparecía, con su rostro dulce y sereno, aquellos rudos soldados creían contemplar un ángel bajado del cielo, se maravillaban, primero, y después lo veneraban. Desde aquel momento, la Doncella contaba incondicionalmente con ellos.

Tres días más tarde, el campamento se había convertido en un lugar limpio y ordenado. Los salvajes de antes se agrupaban para asistir al oficio divino dos veces diarias como si fueran chicos piadosos. Las mujeres se fueron. La Hire estaba impresionado por los cambios y no acertaba a comprenderlos. Cuando deseaba jurar, se salía fuera del campamento. Hombre duro y violento, respetaba lo que él consideraba era ya un lugar sagrado.

El entusiasmo de este ejército recién transformado por Juana, desbordaba todo lo que La Hire había visto en su vida. Mostraban los soldados, además, un vivo deseo de salir cuanto antes al encuentro del enemigo. No tenía palabras para expresar lo que sentía. Poco antes despreciaba aquel simulacro de ejército, pero ahora depositaba en él confianza ilimitada.

—Hace dos o tres días —afirmaba— se asustaban de una gallina, pero ahora podríamos derribar las mismas puertas del infierno con ellos.

Juana y él se convirtieron en amigos inseparables, formando una curiosa

pareja. Él era muy alto y ella grácil y menuda. Él encanecido y ella tan joven. El rostro del soldado se mostraba curtido por el sol y el aire y cubierto de cicatrices, mientras el de Juana era blanco y sonrosado. Ella era tan graciosa y él brusco de movimientos; ella tan pura y él una verdadera enciclopedia de vicios y brutalidades. En los ojos de ella se vislumbraba el afecto y la compasión, los de él parecían rayos en acción.

Cabalgaban por el campamento varias veces al día, visitando los rincones, revisando y corrigiendo defectos. Por donde ellos se presentaban reinaba el entusiasmo. Marchaban el uno al lado del otro, acentuando sus diferencias morales y físicas, captadas por los soldados que, al verlos llegar, exclamaban:

—¡Mirad, ahí vienen!... Satanás, junto al paje de Cristo.

Durante los tres días que permanecimos en Blois, Juana se dedicó seriamente y sin desesperarse a inclinar hacia Dios el ánimo de La Hire, con el fin de alejarlo del pecado y sembrar en su tumultuoso corazón la serenidad y la paz de la religión.

Ella le animaba, con ruegos insistentes, a que rezara. Él se obstinaba en no hacerlo, rogándole a Juana, que por favor no le pidiese semejante imposible. Prefería cualquier otra cosa: obedecería siempre, atravesaría el fuego por ella, pero debía dispensarle de rezar, pues nunca lo había hecho, ignoraba cómo se pronunciaba una oración, no encontraba palabras para hacerlo...

A pesar de todo —¿puede creerse?— ella lo convenció, tuvo una victoria increíble. Consiguió que La Hire rezara. Sí. Él se colocó en pie ante ella, y elevando sus manos envueltas en el guante de la armadura, pronunció una plegaria. No se la enseñó nadie, sino que la inventó él mismo. Fue la siguiente:

—Justo Señor Dios. Os ruego que hagáis por La Hire, lo mismo que él haría por Vos, si Vos fuerais La Hire y él fuese Dios.

A continuación, se ajustó el yelmo en la cabeza y salió de la tienda de Juana, con el gesto satisfecho del que ha logrado resolver algo muy difícil, a gusto de todas las partes interesadas en la cuestión. De haber conocido lo que pasó hubiera encontrado natural su aire de superioridad, pero no podía saberlo.

Yo iba a entrar en la tienda cuando le vi salir y después caminar con grandes zancadas que impresionaban por su brío. Cuando llegué a la puerta, me detuve y retrocedí impresionado, pues me pareció que Juana estaba

llorando, acongojada, como si no pudiese contener la angustia que la embargaba. Pero me equivocaba. No era eso. Al contrario, reía, o mejor, contenía la risa provocada por la oración de La Hire. Hasta treinta y seis años más tarde no me di cuenta de mi error, y entonces fui yo el que lloré de verdad, al recordar la risa joven y desbordada de Juana, que se alzó de nuevo frente a mí, surgiendo de la oscuridad del tiempo pasado. Y es que llegó el día en que ese regalo de Dios que es la risa se alejó de mi espíritu para no volver nunca más en la vida.

Nos pusimos en marcha con gran entusiasmo, de forma espectacular, y tomamos el camino de Orleáns. Los primeros compases del sueño de Juana se estaban desarrollando, por fin. Hasta ese momento, ninguno de nosotros, los jóvenes, había contemplado un verdadero ejército y aquello era para nosotros un acontecimiento fabuloso e imponente. Observar la interminable columna, que se alargaba hacia adelante y se perdía en la distancia, era una visión que exaltaba el ánimo. Los caballeros formaban una especie de enorme serpiente, que se enroscaba a un lado y otro siguiendo las curvas del camino. Juana cabalgaba a la cabeza, acompañada por su escolta personal. A continuación marchaba un grupo de sacerdotes que, en esos momentos al iniciarse la acción, entonaban el «Veni Creator», solicitando la ayuda del Espíritu Santo para su empresa. La bandera de la cruz destacaba en el aire, viniendo poco después el bosque de lanzas de los guerreros. Cada una de las divisiones quedaba al mando de los grandes generales del partido Armagnac, y que eran: La Hire, el Mariscal de Boussac, el señor de Retz, Florent d'Illiers y Poton de Saintrilles. En mayor o menor grado, todos eran hombres duros, aunque con diversos matices: duros, más duros y durísimos. La Hire era de estos últimos, sólo por un delgado hilo de diferencia. Además de veteranos oficiales, tenían algo de delincuentes, ya que, acostumbrados a la ilegalidad desde hacía varios años, habían perdido la más mínima noción de obediencia, si es que alguna vez la tuvieron.

Sin embargo, el Rey les dio órdenes estrictas: «Obedeced en todo al General en Jefe, no emprendáis nada sin que ella lo sepa y no hagáis nada sin que ella lo mande». Pero ¿de qué servía decir todo eso? Aquellos pájaros libertarios no acataban ninguna ley. Rara vez obedecían al Rey y nunca si consideraban que no les convenía hacerlo. ¿Por qué iban a obedecer a la Doncella? Para empezar, no sabían cómo obedecerle, ni a ella ni a nadie, y en segundo lugar no llegaban a tomar en serio la capacidad militar de Juana. Aquella chica de pueblo, con 17 años, ¿cómo había sido adiestrada en el

terrible oficio de la guerra? ¿Cómo? ¿Queréis saberlo?... Pues cuidando ovejas...

Por otra parte, no tenían intención de obedecerle, salvo cuando las órdenes recibidas se ajustaran a lo que ellos entendían que debería hacerse, de acuerdo con su experiencia y con las normas de la guerra, que tan bien conocían. ¿Se les podría censurar por mantener semejante actitud? Creo que no. Todos ellos eran viejos capitanes fogueados en la lucha, de cabeza dura y con gran experiencia práctica. No podían creer fácilmente en la capacidad de una niña ignorante ni en sus habilidades para proyectar una guerra y dirigir ejércitos. Ningún general de esa época, ni de cualquier otra, habría tomado en serio a Juana antes de su éxito al levantar el asedio de Orleáns, seguido de la brillante campaña del Loira.

¿Despreciaban el valor de Juana? Nada de eso. La necesitaban como la tierra fértil necesita el sol. Creían que ella sería capaz de producir una buena cosecha, pero les correspondía a los guerreros expertos la recolección. Sentían hacia Juana un profundo y supersticioso respeto, al considerarla dotada con poderes misteriosos y sobrenaturales, que la capacitaban para lograr algo que nadie más podía hacer: infundir el hálito de vida y de valor en ejércitos cadavéricos y transformarlos en hombres heroicos.

Reconocían que con Juana lo eran todo, pero nada sin ella. La Doncella era insustituible para animar a los soldados y lanzarlos al combate, pero ¿pelear ella misma? Imposible. Eso no era de su incumbencia. Los generales conducirían las batallas y Juana conseguiría la victoria.

De modo que desde el principio comenzaron a engañarla. Juana les explicó el plan operativo. Pensaba marchar audazmente sobre Orleáns siguiendo la orilla izquierda del Loira, y así lo ordenó a sus generales. Pero ellos se dijeron: esa idea es un disparate. Es un despropósito mayúsculo. Un plan como podía esperarse de una niña que lo ignora todo sobre la guerra. En secreto, le enviaron recado al Bastardo de Orleáns. Estuvo de acuerdo en la insensatez de aquella orden. Por el mismo conducto advirtió a los generales que incumplieran la orden como pudieran. Y así lo hicieron. La joven, sin embargo, confiaba plenamente en ellos. No se esperaba semejante actitud y por eso la tomaron desprevenida esa vez. Fue una dura lección. Tuvo buen cuidado de que no le volvieran a repetir la misma jugada.

¿Por qué le pareció a los generales irresponsables el proyecto de Juana? Porque ella quería levantar el asedio inmediatamente, luchando de frente,

mientras los veteranos pensaban rodear a los sitiadores y rendirlos por hambre, cortando las comunicaciones de socorro. Este plan exigía meses para llevarlo a término. 1

Los ingleses habían levantado alrededor de Orleáns una muralla de sólidas fortalezas llamadas «bastillas», y que cerraban todas las puertas de la ciudad, menos una. Para los generales franceses, el propósito de abrirse paso combatiendo y atravesar aquel cinturón de piedra era descabellado. Pensaban que el resultado sería la derrota y el exterminio del ejército. Sin duda, este criterio, desde el punto de vista militar era el correcto. Pero se olvidaban de un factor decisivo: los soldados ingleses se encontraban profundamente desmoralizados y en manos de un terror supersticioso. Estaban convencidos de que la Doncella tenía pacto con el Diablo. Así que gran parte de su valor se había ido desvaneciendo poco a poco. En el terreno contrario, los soldados de Juana estaban llenos de coraje, entusiasmo y espíritu de lucha.

Juana habría logrado marchar atravesando los fuertes ingleses. Sin embargo, no pudo conseguirlo. Los planes fueron burlados en la primera oportunidad de asestar un golpe decisivo en favor de la causa francesa. Aquella noche, en el campamento, la Doncella durmió con la armadura puesta, en el suelo. La noche fue muy fría y se levantó casi tan rígida como su propia armadura, pues el hierro no es una confortable manta. Pese a todo, su alegría al acercarse al enemigo consiguió calentar su sangre y espíritu. El entusiasmo de Juana aumentaba a cada milla que avanzábamos. Cuando, al fin, llegamos a Olivet, su gozo se cambió por la indignación. Comprendió la treta que le habían gastado: el río se interponía entre nuestro ejército y Orleáns.

Pretendió, pese a todo, atacar uno de los tres fuertes situados en nuestra orilla y forzar después el acceso al puente. Era una maniobra arriesgada que, caso de tener éxito, habría obligado a levantar el asedio al instante. Pero sus generales, temerosos de los ingleses, le rogaron que abandonara su intento. Los soldados se mostraban ansiosos de atacar, pero no se les permitió. En vista de lo ocurrido, avanzamos, llegando hasta una cota elevada en un punto opuesto de Chécý, seis millas más arriba de Orleáns. Dunois, «El Bastardo de Orleáns» acudió a dar la bienvenida a la Doncella, con escolta de caballeros y ciudadanos. Todavía estaba enfadada por el engaño de que la hicieron objeto, y no tenía humor para discursos protocolarios, ni siquiera cambió en presencia de uno de los ídolos militares de su infancia:

—¿Sois vos el Bastardo de Orleáns?

—Sí. Yo soy. Y estoy muy contento con vuestra llegada.

—¿Y aconsejasteis vos que me condujeran por esta orilla del río, en lugar de caer directamente sobre lord Talbot y sus ingleses?

Su tono airado consiguió acobardar al Bastardo, incapaz de responder algo sensato, sino que, entre balbuceos y excusas reconoció que la decisión tomada por él y refrendada por su Consejo tuvo en cuenta razones de estrategia militar.

—En nombre de mi Dios —contestó Juana—, el Consejo de mi Señor es más seguro y prudente que el vuestro. Quisisteis engañarme y os habéis engañado a vosotros mismos, pues yo os traigo la mejor ayuda que ninguna ciudad ni caballero han tenido jamás: la ayuda de Dios. No os la envía por amor a mí, sino que es por Voluntad de Dios. Ante los ruegos de San Luis y de Carlomagno, ha tenido piedad de Orleáns y no permitirá que el enemigo se apodere del duque de Orleáns y de su ciudad. Aquí disponemos de las provisiones que salvarán a la gente que se muere de hambre. Pero los botes que las transportan, se han detenido antes de alcanzar la ciudad. Ahora el viento es contrario y no pueden remontar el río. Así que, decidme, vos que tan sagaz sois, ¿en qué estaba pensando ese Consejo vuestro para decidir una maniobra tan tonta?

Dunois y los demás caballeros se enredaron en el asunto por un momento. Luego lo dejaron y quisieron demostrar que no se habían equivocado. Juana les cortó:

—Sí, sí. Esto ha sido un tremendo error. Y como el mismo Dios no deshaga vuestra insensatez, cambie el viento y arregle las cosas, el asunto no tendrá remedio.

Algunos de entre aquellos soldados empezaron a darse cuenta de que Juana, a pesar de su ignorancia militar, estaba dotada de extraordinario sentido práctico, y que, pese a su encanto y dulzura de carácter, no era un tipo de persona con la que se pudiera andar jugando. Tal como ella dijo, Dios enmendó el fallo y, con su gracia, el viento cambió. La flota de barcos de auxilio, con provisiones y ganado, pudo llevar el socorro a la hambrienta ciudad y el problema quedó zanjado. Entonces, Juana continuó hablando con el Bastardo:

—¿Veis este ejército que nos acompaña?

—Sí.

—¿Y ha tomado posiciones en esta orilla del río siguiendo instrucciones de vuestro Consejo?

—Sí.

—Entonces, ¡por Dios!, podría aclaramos ese Consejo qué diferencia hay entre que estemos aquí o en el fondo del mar.

Dunois hizo vanos esfuerzos por explicar lo inexplicable y excusar lo inexcusable, pero Juana le cortó secamente, diciendo:

—Contestadme a esto, buen caballero: ¿nos sirve para algo nuestro ejército en este lado del río?

El Bastardo contestó que no... por lo menos a la vista del plan de campaña que ella había trazado y ordenado.

—Y, sin embargo —siguió Juana— os atrevisteis a desobedecer mis órdenes. Pues bien, como la posición del ejército está al otro lado del río, ¿queréis explicarme cómo lo vamos a trasladar hasta allí?

Rápidamente, comprendieron la magnitud de aquel error. Las excusas no servían para nada. De modo que Dunois reconoció que no había forma de corregir el desastre, como no fuera regresando con todo el ejército de nuevo hasta Blois y comenzar la marcha por la otra orilla del río, siguiendo el plan original de Juana.

Cualquier otra persona que no fuera ella, al lograr tal éxito frente a un soldado veterano, se habría manifestado orgullosa. Pero Juana se limitó a musitar algunas palabras lamentando el tiempo que habían perdido y comenzó a dar órdenes para dar la vuelta hacia atrás. Se la veía entristecida, al ver a los soldados con tal espíritu de lucha y entusiasmo que —según dijo— no temía, con estos hombres, enfrentarse al más poderoso ejército inglés.

Acabados los preparativos para el regreso, tomó al Bastardo, a La Hire y a mil hombres, dirigiéndose con ellos hacia Orleáns, donde la gente ardía en impaciencia por conocerla de cerca. A las ocho de la noche se detuvieron ante la puerta de Borgoña, con el Paladín en primer lugar, enarbolando al estandarte de la Doncella, que montaba un caballo blanco, y llevaba en la mano la espada santa de Fierbois. El cuadro era impresionante. El mar negro y encrespado de la multitud, estrellado por el firmamento de antorchas, se agitaba con las mareas rugientes de brazos y voces de bienvenida, flotando bajo el sonido de campanas al vuelo y el tronar de los cañones. Aquello parecía el fin del mundo. La luz de las antorchas mostraban miles de rostros

blanquecinos y bocas gritando, con lágrimas incontenibles. La figura de Juana se abría paso con dificultad a través de sólidas masas humanas, elevándose por encima del mar de cabezas como una estatua de plata. Las gentes pugnaban por acercarse a ella, contemplándola entre lágrimas como si vieran un ser sobrenatural, intentando, los más próximos, besar sus pies.

Ni un solo gesto de Juana pasaba inadvertido. Todo lo que hacía era celebrado y comentado.

—¡Mirad, ahora sonríe! Se ha quitado su sombrero emplumado para saludar a alguien... ¡Qué graciosa y delicada es! ¡Ahora está acariciando a aquella mujer! ¡Fijaos qué bien monta a caballo! ¡Está besando al niño que le presenta la madre! ¡Es hermosa! ¡Qué figura tan elegante y que rostro tan lindo!...

La airosa y alargada bandera de Juana que flotaba hacia atrás sufrió un percance, al prenderse la orla con una antorcha. Ella se inclinó y apagó el fuego con la mano.

—Mirad, ¡no le da miedo el fuego ni nada! —gritaron, entre una tempestad de aplausos entusiastas que lo conmovieron todo.

Cabalgó hasta la catedral, donde dio gracias a Dios, mientras la gente, desde la plaza, se unía a la oración. Luego, reemprendieron la marcha caminando entre el bosque de antorchas hasta la casa de Santiago Boucher, tesorero del Duque de Orleáns, cuya esposa atendería a Juana durante su estancia en la ciudad, ayudada por su hija, que sería compañera ideal por su juventud y bondad. El delirio del pueblo se prolongó toda la noche, como también el sonido de campanas y las salvas de cañón, que daban la bienvenida. Juana de Arco había subido al escenario y, por fin, se disponía a actuar.

Estaba dispuesta, en verdad, pero antes debía tener paciencia hasta disponer de un ejército preparado para intervenir. A la mañana siguiente, sábado 30 de abril de 1429, solicitó informes sobre el paradero del mensaje a los ingleses que ella había dictado desde Poitiers. Vamos a transcribir una copia del mismo. Es un documento notable por varias razones: Desde su estilo, concreto y directo, hasta el espíritu elevado y vigoroso, revelaba gran confianza en su capacidad para conseguir el éxito de la misión que había tomado sobre sus hombros, o que le encomendaron, lo mismo da. En su proclama se percibía el espíritu bélico y el lejano redoblar de los tambores. También reflejaba el alma luchadora de Juana, quedando muy lejos la visión pacífica de la pastorcita de Domrémy. ¡Aquella inculta pueblerina, iletrada, sin formación de estadista ni capacidad de dar órdenes, y mucho menos, preparar documentos destinados a reyes y generales, fue capaz de dictar un discurso vigoroso y fluido!, ¡como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida! Estas fueron sus palabras:

«JESÚS Y MARÍA»

«Al Rey de Inglaterra, y a vos, duque de Bedford, que os llamáis vos mismo regente de Francia. A William de la Pole, conde de Suffolk y a vos, Thomas Lord Scales, que os tituláis tenientes del citado Bedford, os pido: haced justicia al Rey de los Cielos. Entregad a la Doncella enviada por Dios las llaves de las nobles ciudades que habéis tomado y usurpado en Francia. La Doncella ha sido enviada aquí por Dios para restaurar la verdadera sangre del Rey. Está dispuesta a firmar la paz, si aceptáis hacerle justicia devolviendo a Francia lo que habéis capturado y los réditos por lo que habéis retenido. Y vosotros, arqueros, compañeros de milicia, nobles y plebeyos, que rodeáis la noble ciudad de Orleáns, marchaos a vuestra propia tierra, en el nombre de Dios, o de lo contrario, estad seguros de que la Doncella, para desgracia vuestra, os saldrá al encuentro muy pronto. Rey de Inglaterra, si no hacéis lo que os pido, como Jefe del Ejército que soy, donde quiera que halle a vuestra

gente en Francia, la arrojaré de grado o por fuerza. Si no obedecen, todos serán exterminados, pero si obedecen, se les concederá el perdón. He venido aquí según la Voluntad de Dios, Rey de los Cielos, para echaros uno a uno de Francia, luchando contra los que traicionaron y arruinaron el reino. No penséis que vais a sustraer nuestro Reino al poder del Rey de los Cielos, el Hijo de Santa María. El Rey Carlos mandará en ella, pues Dios así lo quiere y así lo ha revelado a través de la Doncella. Si no creéis en las palabras de la Doncella, allá donde os encontréis, os atacaremos audazmente y levantaremos un clamor tan grande como nunca lo ha habido en Francia durante los últimos años. Estad seguros de que Dios concederá a la Doncella más fuerzas de las que vosotros podéis reunir en cualquier guerra contra ella y sus nobles soldados. Entonces se verá quién tiene el mejor derecho, si es el Rey de los Cielos o sois vos, Duque de Bedford. La Doncella os ruega que no atraigáis sobre vos vuestro propio exterminio. Si le hacéis justicia, aún tendréis ocasión de acompañarla al lugar donde los franceses realizarán la mayor hazaña que jamás se haya hecho en la Cristiandad, pero si no, seréis recordado muy pronto por vuestros graves errores».

Con esta última frase, Juana invitaba a los ingleses a participar en la Cruzada, junto a ella, para rescatar el Santo Sepulcro. En todo caso, no hubo contestación a la proclama, e incluso, el mensajero aún no había regresado. De modo que ella envió dos heraldos con una nueva carta, conminando a los ingleses a que levantaran el asedio y exigiendo la devolución del primer mensajero. Los heraldos volvieron sin él y con la única respuesta de los ingleses para Juana: pensaban capturarla y condenarla a la hoguera si no abandonaba la zona cuando aún tenía oportunidad de hacerlo, regresando «a su adecuado trabajo de cuidar vacas».

Conservó la serenidad, afirmando que era una lástima que los ingleses insistieran en caminar hacia el desastre y a su propia destrucción desoyendo los esfuerzos que ella estaba «haciendo para que pudieran salir del país con sus vidas aún dentro de sus cuerpos». Luego, ideó una solución aceptable para las dos partes, y ordenó a los heraldos: «Id de nuevo y decid esto de mi parte a Lord Talbot: Salid de las fortalezas con vuestras huestes mientras yo conduciré a las mías. Si venzo, os iréis en paz fuera de Francia, si me vencéis vos, quemadme según vuestra voluntad». Yo no pude oír esto, pero Dunois sí, y lo contó. El desafío fue rechazado. El domingo por la mañana, sus Voces o un instinto especial, la advirtieron sobre algún peligro que amenazaba, de modo que envió a Dunois a Blois con la orden de que tomase el mando del ejército y lo condujese rápidamente a Orleáns. Fue una medida muy prudente,

ya que encontró allí a Régnault de Chartres y a otros conspiradores de la Corte, favoritos del Rey, procurando por todos los medios dispersar el ejército y desbaratando los esfuerzos de los generales de Juana para trasladar las tropas a Orleáns. Intentaron convencer a Dunois, pero éste, que ya engañó una vez a Juana con tan malos resultados para él, no quiso participar en semejante conjura. Así que en poco tiempo dispuso al ejército para la marcha.

Mientras, los que formábamos parte de la escolta personal de Juana estábamos encantados en Orleáns, aguardando la llegada del ejército. Hacíamos intensa vida social. Para nuestros dos caballeros esto no era ninguna novedad, pero los jóvenes aldeanos, como nosotros, disfrutábamos de aquella maravillosa situación. Cualquier puesto, de la clase que fuere, próximo a la Doncella, otorgaba gran categoría a la persona y le granjeaba amistades que buscaban su compañía. Así, los hermanos de Arco, Noel y el Paladín, humildes campesinos en su pueblo, se convirtieron allí en caballeros influyentes. Resultaba curioso cómo perdían sus costumbres toscas, en contacto con aquel nuevo ambiente. El Paladín era el hombre más feliz de la tierra. Su lengua no paraba y cada día le gustaba más escucharse a sí mismo. El número de sus ascendientes aumentaba y sobre ellos distribuía, a derecha e izquierda, títulos de nobleza, hasta que casi todos ellos terminaron en duques. Adornó de nuevo sus batallas y las rodeó de esplendores, añadiendo peligros al entrar en funciones de artillería. Y eso que fue en Blois cuando vimos por vez primera un cañón. Aquí en Orleáns había muchos y de vez en cuando los veíamos en acción, cuando desde alguna fortaleza inglesa disparaban con gran estruendo y lanzando llamaradas de fuego rojo entre el humo negro. Al presenciar estas escenas, la imaginación del Paladín se desbocaba y le inspiraba aquellos relatos de emboscadas y escaramuzas que ninguno de los testigos de ellas hubiéramos logrado reconocer. Aunque tal vez existía otro motivo de inspiración para los relatos de El Paladín. Era la hija de la señora donde se hospedaba Juana, Catalina Boucher, que, a sus 18 años, era una joven hermosa, amable y delicada. Quizá habría podido resultar tan bella como la misma Juana si hubiera tenido unos ojos comparables a los de ella. Pero nunca habría nada semejante a los ojos de Juana. Eran profundos y serenos, maravillosos, que hablaban todos los idiomas, no hacían falta las palabras. Bastaba con una ojeada para que el embustero confesara su mentira, el orgulloso reconociera su actitud y se volviera humilde, el cobarde se hiciera valiente, las pasiones y odios se apagaran, los desesperados recobraran la esperanza, las mentes impuras, la limpieza, una mirada capaz de persuadir... ¡Ah! Esa es la palabra. ¿A quién no podrían convencer los ojos de Juana? ¿Al

reverendo Fronte, el día que expulsó a las hadas del Árbol? ¿Al pobre loco de Domrémy? ¿A los teólogos del tribunal de Toul? ¿Al dubitativo y desconfiado tío Laxart? ¿Al obstinado gobernador de Vaucouleurs? ¿Al abúlico heredero de Francia? ¿A los sabios de la Universidad de Poitiers? ¿Al violento La Hire? ¿Al indómito Bastardo de Orleáns?... Estos eran algunos de los éxitos alcanzados por el maravilloso don de convicción que emanaban los ojos de la Doncella, y la convertían en la sugestiva y extraordinaria persona que era.

Nos hicimos amigos de los nobles que acudían a visitar a Juana y a conocerla. Nos daban muestras de aprecio y nos hacían sentirnos como en otro mundo. Pero lo que más nos gustaba era participar en las reuniones íntimas que se organizaban espontáneamente cuando se retiraban las visitas. A ellas asistía la familia de los dueños y también nosotros, los más jóvenes que formábamos la escolta de Juana. Para Catalina, la bella hija de la casa, eran las mejores atenciones. Fue nuestro primer amor, ya que nunca habíamos tenido semejante experiencia. Ahora nos encontrábamos todos enamorados de la misma persona... y al mismo tiempo, es decir, desde el primer instante en que la vimos. Era una joven alegre y llena de vitalidad. Aún recuerdo con ternura las escasas veladas en que tuve la suerte de disfrutar un poco de su compañía y confianza.

El Paladín nos hizo sentirnos celosos desde el principio. No tardó en lanzarse a describir una de esas batallas suyas, acaparando a la joven completamente. Aquella gente vivía sumergida en el ambiente de guerra desde hacía siete meses, de modo que las imaginarias hazañas de aquel ruidoso gigante les divirtieron hasta límites insospechados. Catalina se mostraba entusiasmada. No reía ruidosamente, pero se estremecía, dominando la risa. Una vez el Paladín hubo terminado con su primera batalla, y teníamos esperanza de cambiar de tema, la joven con voz suave y persuasiva, pidió que le ampliara ciertos detalles que, al parecer, le interesaron especialmente. De nuevo nos vimos envueltos en el fragor de la batalla, escuchando un centenar más de mentiras que había omitido en la anterior. No puedo describir la indignación que me embargaba. Nunca me sentí tan celoso, y me resultaba intolerable que Paladín tuviera tanta suerte, mereciéndola tan poco. Mientras, yo me encontraba solo, suspirando por un gesto amable de los muchos que la joven le dedicaba al parlanchín. Como estaba junto a ella, intenté varias veces contar lo que yo hice, de verdad, en aquellos combates, pero mis palabras parecían interesarle mucho menos que las de Paladín: no lograba hacer que me escuchara. Luego, me di cuenta de que, debido a mis interrupciones, la joven debió perderse algún episodio y le rogó que lo repitiese, con lo cual

asistí consternado a nuevas matanzas falsas, que me humillaron hasta hacerme desistir de mis intentos.

Mis compañeros estaban tan enfadados como yo, al ver el comportamiento egoísta de Paladín, deplorando su buena suerte, lo cual nos irritaba todavía más. Nos comunicamos unos a otros nuestro disgusto, hermanados por la desgracia común y unidos frente al enemigo victorioso. Cada uno de nosotros hubiera querido llamar la atención de su amada, a no ser por aquel individuo que la entretenía todo el tiempo sin dejar nada a los demás. Yo había escrito un poema durante toda la noche anterior, en el que ensalzaba con delicados tonos los encantos de aquella dulce criatura, sin mencionar su nombre, pero de modo que pudiera ser fácilmente identificada. Sólo el título del poema, «La Rosa de Orleáns», ya lo descubría, a mi parecer. Describía a aquella rosa blanca, brotando del rudo suelo de la guerra, para luego, al contemplar con sus tiernos ojos la horrenda maquinaria de la guerra, ruborizada ante la pecadora naturaleza del hombre, la misma rosa que fue blanca, se tornó en roja. Ya veis. Se me había ocurrido a mí esa idea, completamente original. Pues entonces, la rosa exhalaba su dulce perfume sobre la ciudad amurallada, y cuando las tropas enemigas lo aspiraban, abandonaban sus armas a un lado y se dormían. También esto lo inventé yo. Así terminaba esa parte del poema. Después, la comparaba con el firmamento. Ella era la luna, y todas las constelaciones la seguían, con los corazones inflamados de amor, pero no les prestaba atención, pues «se creía que amaba a otro». Amaba a un pobre habitante de la tierra, que luchaba ardorosamente contra un cruel enemigo, para salvarla a ella de una muerte prematura y a su ciudad de la destrucción. Y cuando las constelaciones, desoladas por el dolor de ver a su amada enamorada de un hombre, sentían cómo se rompían sus corazones y sus lágrimas se derramaban, llenando la bóveda celeste con su brillo esplendoroso, pues las lágrimas eran estrellas que caían. La imagen resultaba atrevida, pero hermosa. Bella y patética, tal como la desarrollé hilvanada con la rima que la realzaba.

Al final de cada verso se incluía un estribillo de dos líneas en el que se compadecía al pobre amante, alejado de la que tanto amaba, hasta el punto de volverse pálido y macilento, al borde de la tumba cruel. El poema completo estaba formado por ocho estrofas de cuatro líneas en la primera parte y ocho en la segunda, de tema astronómico. Dieciséis estrofas en total, que hubieran podido ser 150, pero me parecieron demasiadas para recitarlo en una reunión sin cansar al auditorio.

Mis compañeros estaban orgullosos de que yo fuera capaz de crear un poema como aquél. Yo también estaba satisfecho y sorprendido, pues desconocía mi habilidad. Si me hubieran preguntado un día antes si yo tenía este don para la poesía, mi respuesta habría sido negativa. Suele ocurrir, a menudo, eso de ignorar que poseemos alguna cualidad que para manifestarse espera la ocasión propicia. Me fue suficiente a mí cruzarme en el camino con aquella adorable criatura, para que el poema brotase y no me costara nada escribirlo, buscar la rima y darle forma, con el mismo esfuerzo que me supondría arrojar piedras a un perro. Nunca hubiera dicho que poseía el don de ser poeta, pero así era.

Los camaradas no tenían palabras para mostrar su admiración hacia mi poema. Lo que más les gustaba era que su lectura pública podía acabar con la supremacía de El Paladín. Se cegaron ante el deseo de apabullarle y hacerle callar. Noel Rainguesson quedó entusiasmado con el poema y lamentaba no poder escribirlo él, pero excedía a sus posibilidades. Sin embargo, en media hora se lo aprendió de memoria y nunca vi nada más dramático ni bello que el modo como lo recitaba. Este era su don, además de su capacidad para la mímica. Recitaba cualquier tema mejor que ninguna persona en el mundo, y era insuperable haciendo imitaciones de La Hire, o de cualquier otro, por supuesto.

En cambio, yo no servía para recitar nada que valiera un ochavo. Cuando intenté hacerlo con aquel poema, los muchachos no me dejaron terminar, no querían que lo hiciese otro que no fuera Noel. Y como me interesaba que el poema causara la mayor impresión sobre Catalina y el resto del auditorio, autoricé a Noel a que lo recitase él. Se volvió loco de felicidad. No se lo podía ni creer. Dije que a mí me bastaba con que explicara al público que yo era el autor. Los muchachos estaban muy emocionados. Noel afirmaba que se conformaba con que le dieran la oportunidad de declamar ante aquella gente. Les haría comprender que existen cosas más elevadas y hermosas para ser expresadas, en lugar de escuchar toda aquella sarta de mentiras.

Pero ¿cómo lograr disponer de esa oportunidad? Ahí estaba lo difícil. Ideamos varios planes, hasta que encontramos uno seguro. Consistía en dejar a Paladín contar una buena parte de cualquiera de sus batallas inventadas, y luego simular que alguien lo reclamaba fuera. Tan pronto saliera de la sala, Noel ocuparía su puesto, ofreciendo una imitación burlona de las actuaciones de Paladín, que sería premiada con grandes aplausos, ganando así el favor de las gentes que aceptarían escuchar el poema. Estos dos triunfos acabarían con

la superioridad del abanderado y darían oportunidad de destacar a cualquiera de nosotros. De modo que, a la noche siguiente, estuve apartado hasta que el Paladín inició su historia, barriendo al enemigo como un torbellino, a la cabeza de su cuerpo de ejército. Entonces me adelanté hasta el umbral de la puerta con mi uniforme de oficial y anuncié que un emisario del General La Hire deseaba hablar con el abanderado. El Paladín abandonó la habitación al mismo tiempo que Noel ocupaba su puesto frente al público. Empezó por lamentar la interrupción, pero que como él, por suerte, estaba familiarizado con los detalles de la batalla, solicitaba permiso para continuar la descripción. Luego, sin aguardar el permiso, se transformó en el mismísimo Paladín —un Paladín enano, por supuesto—, imitando sus gestos, actitudes y tono de voz, todo exactamente, con tal perfección minuciosa y burlesca, que el público parecía a punto de morirse de la risa, hasta llorar. Cuanto más reían, más inspirado se notaba Noel con su actuación y mejor se comportaba, hasta que la risa dejó de serlo, para convertirse en alaridos. La que más se estaba divirtiendo era la propia Catalina Boucher, que entraba en éxtasis, entre suspiros y sofocos. ¿Victoria? Aquello fue un Agincourt perfecto.

El Paladín se ausentó sólo unos instantes. No tardó en descubrir que le habían gastado una broma, de modo que regresó. Al acercarse a la puerta, oyó a Noel con su divertida imitación y se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que prefirió mantenerse oculto, a la espera de acontecimientos. Al finalizar su actuación, Noel consiguió un aplauso atronador, que se prolongaba entre el entusiasmo de los presentes, rogándole que repitiera otra vez el número.

Pero Noel mostraba gran habilidad. Sabía que el mejor momento para apreciar el valor de un poema sentimental y melancólico, era cuando el público se encuentra alegre y satisfecho, con el ánimo dispuesto al rápido contraste. Se mantuvo callado hasta que los asistentes se calmaron. Entonces, su cara adoptó un gesto de gravedad y concentración profunda, que se contagió inmediatamente a los espectadores, asombrados y llenos de interés ante lo que vendría a continuación. Entonces, Noel comenzó a recitar los primeros versos del poema «La Rosa» con voz suave, pero audible. Al pronunciar las palabras con cadencia rítmica, una estrofa después de la otra, se escuchaban exclamaciones a media voz, que mostraban admiración: «¡Qué hermoso! ¡Qué delicado! ¡Qué emocionante!». Mientras tanto, el Paladín, que salió un momento al comenzar el poema, se volvió a situar junto a la puerta. Permaneció allí, con su corpachón descansando en el muro, observando al declamador como si hubiera entrado en trance. Cuando Noel inició la segunda parte, repitiendo el estribillo, los espectadores aparecían ya conmovidos

visiblemente. Paladín comenzó a enjugar sus lágrimas con el dorso de la mano. La segunda vez que se oyó el estribillo, empezó a emitir resoplidos y sollozos, limpiándose ahora las lágrimas, con la manga de su casaca, de modo ruidoso. Tanto, que fue percibido por Noel y la concurrencia. A la tercera repetición del estribillo, empezó a llorar como un becerro, lo cual hizo un efecto demoledor y no tardó en despertar algunas risas. Las cosas fueron de mal en peor, hasta que sucedió algo inconcebible: Paladín extrajo un enorme paño blanco de su camisa y procedió a secarse los ojos con él, al mismo tiempo que emitía infernales resuellos, mezclados con sollozos, gemidos, angustias, ladridos y toses que acabaron en aullidos lastimeros. Su cuerpo se estremecía entre contorsiones a un lado y otro, sin parar de agitar el paño y de secarse con él. Noel quedó completamente anulado, ante las risas de aquellas gentes que reían hasta caer extenuados. Fue el espectáculo más bochornoso que nunca vi. De repente, se escuchó el resonar metálico de una armadura en movimiento y después una explosión de risa atronadora, que jamás ha conocido oído humano. Miré hacia allá, y comprobé que salía de la garganta de La Hire. Llegó hasta nosotros y se colocó en medio, erguido, con los guanteletes en la cadera, echando la cabeza para atrás y las mandíbulas abiertas, hasta tal punto que cabrían huracanes y truenos por ellas. Ya sólo podía ocurrir otra cosa peor que aquella: y sucedió. Junto a la otra puerta, observé los típicos nervios y reverencias de oficiales y servidores cuando aparece un gran personaje... Luego... ¡Apareció Juana de Arco y todo el mundo se puso en pie! Precipitadamente, intentaron calmar sus risas y aderezar sus figuras, pero cuando vieron reír a la propia Doncella, dieron gracias al Cielo y, así, continuó el estruendo.

Son cosas que pueden amargar la existencia de cualquiera, así que es mejor olvidarlas. Ni que decir tiene que el efecto del poema se echó a perder.

Aquel episodio me sentó muy mal, de modo que, al día siguiente, me levanté mucho más tarde que de costumbre. A mis compañeros les ocurrió lo mismo, decidiendo calmar los ánimos con el sueño. A no ser por esto, cualquiera de nosotros hubiera podido tener la misma suerte que el Paladín, pero, a veces, Dios compasivo concede sus dones a los peor dotados, como compensación de sus defectos y permite que los más afortunados logren, con trabajo y esfuerzo, lo mismo que los torpes obtienen por casualidad. Esta es una idea de Noel y creo que lleva razón.

El Paladín paseaba por la ciudad todo el día, siendo admirado por la gente que susurraba admirada: «¡Sssh! ¡Mirad!, es el abanderado de Juana de Arco»... Hablaba con los transeúntes de cualquier clase y condición y se enteró, a través de unos barqueros, que en las fortificaciones del otro lado del río se percibían muestras de actividad desusada. Así que al anochecer hizo pesquisas y encontró a un desertor de la fortaleza llamada «Los Agustinos», el cual le informó que los ingleses, al amparo de la noche, iban a enviar soldados para reforzar las guarniciones de nuestro lado del río y estaban alborozados con el plan, consistente en atacar por sorpresa al ejército de Dunois, destruyéndolo en el momento en que cruzara delante de las fortalezas. La cosa era —según los ingleses— fácil de hacer, ya que «La Bruja» no estaría presente y sabían que, sin ella, el ejército se comportaría como todos los soldados franceses: arrojarían sus armas al suelo al vislumbrar el primer rostro inglés.

Eran las diez de la noche cuando el Paladín, portador de estas noticias, solicitó permiso para hablar con Juana. Lo vi todo, pues me encontraba de guardia en esos momentos. Fue muy triste para mí comprobar la gran oportunidad desperdiciada. Juana mandó comprobar la veracidad de las noticias y al ver que eran ciertas hizo a Paladín una alabanza molesta para mí:

—Os habéis portado bien y os doy las gracias. Es posible que hayáis

evitado un desastre. Vuestro nombre y el servicio que habéis prestado recibirán mención oficial.

El Paladín se inclinó profundamente, y al levantarse había aumentado su estatura. Al pasar junto a mí, se llevó la mano al extremo del ojo y murmuró: «¡Oh lágrimas! ¡Oh tristes lágrimas! ¡Citado en la orden del día! ¡Mención personal al Rey, ya veis!».

Me habría gustado que Juana comprobara su villanía, pero estaba ocupada planeando la operación. Me envió a buscar al caballero de Metz, y poco después éste salía hacia los cuarteles de La Hire con órdenes destinadas a él y a el caballero de Villars y Florent d'Illiers, rogando se presentaran ante la Doncella a las cinco de la madrugada siguiente, acompañados por cien hombres con picas y buenas cabalgaduras. La historia dice que fueron convocados a las 4,30, pero no es cierto: yo oí pronunciar la orden.

Nos pusimos en marcha a las cinco en punto y, entre seis y siete, nos encontramos con el ejército de Dunois cuando se acercaba a unas cuantas leguas de la ciudad. Dunois se alegró al vernos, pues los soldados empezaron a flojear al saber que se acercaban a las temidas fortalezas inglesas. Pero el miedo se esfumó al correr la voz de que la Doncella estaba junto a ellos. Dunois le rogó que pasara revista a las tropas, con el fin de que los hombres comprobaran por sí mismos que la noticia era cierta y no un truco para elevar su ánimo. Así que se situó a un lado del camino con su escolta y los batallones pasaron desfilando, aclamándola entre vítores. Juana llevaba su armadura, excepto el casco, substituido por el sombrero de terciopelo, adornado graciosamente con plumas blancas, el mismo regalado por la ciudad de Orleáns y con el que está retratada en el cuadro existente en el «Hôtel de Ville» de Rouen. Aparentaba unos 15 años. Al contemplar a los soldados, se emocionaba y el color subía a sus mejillas, aumentando su belleza que no parecía de este mundo. En todo caso, había algo en Juana que la elevaba por encima de los seres humanos que la rodeaban.

En uno de los carros que formaban el convoy de abastecimientos, vio a un hombre acostado sobre la espalda y atado de pies y manos. Juana hizo una seña al oficial que mandaba la división, le rogó que se acercara y después le preguntó:

—¿Quién es ése al que lleváis atado?

—Un prisionero, mi general.

—¿De qué se le acusa?

—Es un desertor.

—¿Qué vais a hacer con él?

—Será colgado, pero no es prudente hacerlo durante la marcha. No hay prisa.

—Contadme lo que ha hecho.

—Es un buen soldado, pero solicitó permiso para acudir a ver a su esposa, que se estaba muriendo, según dijo. No se lo concedieron. La marcha comenzó y hasta ayer noche no volvió a unirse a la columna.

—¿Se reunió con vosotros? ¿Vino por su propia voluntad?

—Sí, vino voluntariamente.

—Entonces no es un desertor. ¡Válgame Dios! Traédmelo.

El oficial cabalgó hacia adelante, desató los pies del preso y lo condujo con las manos atadas. Era un gran tipo, de siete pies y robusta complexión. La expresión de su rostro era dura, con abundante pelo negro que se vio cuando el oficial le quitó el gorro. Llevaba una afilada hacha de gran tamaño en su correa de cuero. Colocado de pie ante el caballo de Juana, la hacía parecer a ella todavía más menuda. Con su gesto melancólico, parecía haber perdido todo interés por la vida. Juana le dijo:

—Levanta las manos.

El hombre tenía la cabeza inclinada. La levantó al oír aquella voz dulce y amistosa y en su cara brilló un poco de esperanza, como si hubiera oído música y deseara escucharla de nuevo. Al elevar sus manos, Juana puso la espada en sus ligaduras, pero el oficial le advirtió:

—¡Cuidado, señora, digo, mi general!

—¿Qué ocurre?

—¡Es un sentenciado!

—Ya lo sé. Respondo por él —y cortó las ligaduras. Tenía lastimadas las muñecas, que sangraban—. ¡Cuidado!... esa sangre... no me gusta —se estremeció al verla—. Dadme algo para vendar sus muñecas.

El oficial observó:

—¡No, mi general! ¡Eso no os corresponde! Ordenaré a otro que lo haga.

—¿A otro? ¡Por Dios! Tendríais que ir muy lejos para encontrar alguien

que lo hiciera mejor que yo. Lo aprendí hace mucho tiempo curando animales y personas. También sé atar mejor de lo que han atado a éste. Si lo hubiera hecho yo, las cuerdas no habrían cortado sus muñecas.

El hombre miraba el rostro de Juana mientras le vendaba, lanzando ojeadas furtivas, tal como lo hace el animal acorralado al recibir una caricia inesperada. Los oficiales habían olvidado la ceremonia de pasar revista, mientras alargaban el cuello y contemplaban la operación del vendaje como si fuera una novedad nunca vista.

—Así —concluyó Juana complacida por su éxito— no ha quedado mal, ¿no? Nadie lo habría hecho mejor... ni siquiera tan bien, creo. Pero, decidme, ¿qué ha ocurrido? Contádmelo todo.

El gigante empezó a hablar.

—Todo ocurrió así, mi valedora. Mi madre murió, y tras ella, en dos años, mis tres hijitos. Fue a causa del hambre. En cambio, otros comían hasta hartarse... pero esa fue la voluntad de Dios. Yo los vi morir, al menos tuve esa suerte. Luego los enterré. Cuando le llegó, hace unos días, a mi pobre esposa, solicité permiso para acudir a su lado. La quería mucho... y era lo único que me quedaba... Se lo pedí de rodillas, pero no me lo concedieron. Entonces, ¿iba yo a dejarla morir sola y sin amigos? ¿Podía dejarla morir, creyendo que no iría nadie junto a ella? ¿Me hubiera abandonado ella a mí en el mismo caso? Estoy seguro de que vendría a consolarme, vendría aunque fuera necesario traspasar el fuego... Así que yo fui. La vi. La tuve en mis brazos y la enterré. Cuando quise regresar, el ejército se había marchado. Me costó alcanzarle, pero mis piernas son largas y el día tiene muchas horas. Por fin lo alcancé anoche.

Juana murmuró, como pensando en voz alta:

Suena a verdad. Si lo es, no haríamos ningún mal anulando la ley por esta vez. Cualquiera lo entendería. También puede que no sea cierto, pero si lo es... se volvió de repente al hombre y le dijo:

—Quiero ver vuestros ojos. ¡Miradme!

Los ojos de ambos se cruzaron, y Juana le habló al oficial:

—El hombre está perdonado. Os deseo un buen día. Podéis iros.

Luego, se dirigió al recién liberado:

—¿Sabíais que al regresar os condenarían a muerte?

—Sí —respondió él—, lo sabía.

—Entonces, ¿por qué lo hicisteis?

—No me importaba morir. Ella era lo único que tenía en el mundo. Ya no me queda nadie a quien querer.

—¡Eso sí que no! ¡Os queda... Francia!... Los hijos de Francia siempre tienen a su madre. Ellos no pueden quedarse sin nadie a quien amar. ¡Viviréis... y serviréis a Francia!

—¡Os serviré a vos!

—¡Lucharéis por Francia!...

—¡Seré vuestro soldado!

—¡Daréis a Francia todo vuestro corazón!...

—¡Os daré a vos todo mi corazón... toda mi alma... suponiendo que la tenga... os dedicaré toda mi fuerza, que es mucha! Yo estaba muerto y ahora vivo. No tenía ilusión por nada y ahora la tengo. ¡Vos sois Francia para mí! ¡Vos sois mi Francia y ya no tendré ninguna otra!

Juana sonrió, conmovida y satisfecha ante el entusiasmo de aquel hombre, que lo expresaba con rostro de hondo sentimiento.

—Bien, sea como queréis. ¿Cómo os llamáis?

El hombre respondió con sencillez:

—Me llaman «el Enano», pero creo que es más por broma que otra cosa.

Aquello hizo reír a Juana.

—Sí, tiene todo el aspecto de una broma. ¿Para qué lleváis esa enorme hacha?

El soldado respondió con seriedad:

—Es para convencer a las gentes de que respeten a Francia.

Juana rio de nuevo y preguntó:

—¿Habéis dado muchas lecciones?

—Desde luego que sí. Muchas.

—¿Y los alumnos estaban de acuerdo con vos?

—Claro que sí. Quedaban muy tranquilos y silenciosos.

—Bien, me lo imagino. Y, decidme, ¿os agradaría entrar a mi servicio como soldado? ¿Os gustaría ser mi ordenanza, centinela o algo así?

—¡Si fuera posible!

—Entonces, de acuerdo. Os entregarán una armadura a medida. Tomad uno de esos caballos ensillados y seguid a mi escolta cuando avancemos.

Así fue como encontramos al «Enano». Un buen hombre al que Juana escogió por su aspecto de bondad. No se equivocó. Nadie hubo más fiel que él. Se convertía en un demonio cuando le dejaban suelto en el combate con su hacha. Era tan corpulento, que dejaba chico al Paladín. Le gustaba la gente, por lo que él también les gustaba a los demás. Tanto nosotros, los muchachos, como los caballeros, le fuimos simpáticos desde un principio. Pero estimaba más un recorte de la uña de Juana, que a todo el resto del mundo junto.

Sí. Así fue como lo encontramos. Tendido sobre un carro y en camino hacia la muerte. Pobre diablo, sin que nadie dijera una sola palabra en su favor. Fue un buen hallazgo. Con el tiempo, le llamaban, a veces, «la Bastilla», la fortaleza, otras «Fuego del infierno», por su espíritu fogoso en la batalla. Estos moteles mostraban el cariño que los demás le profesaban.

Para «el Enano», Juana era Francia, el espíritu de Francia hecho persona. La idea, que se apoderó de él desde el principio, nunca le abandonó. Y, además, tenía razón. Sus ojos humildes comprendieron algo que otros no vieron. Cuando los demás veían a Juana, él estaba seguro de contemplar el espíritu de Francia bajo su graciosa forma juvenil.

Una vez recobrada la normalidad, Juana se colocó a la cabeza de la columna. Al cabo del tiempo, nuestro ejército se acercó a los fortines o «Bastillas» levantadas por el enemigo. Al pasar ante ellas, pudimos contemplar a los soldados en armas, junto a sus cañones, dispuestos a sembrar de muerte nuestras filas. Me sentí desfallecer con tal intensidad que los objetos se borraban de mi vista. Lo mismo les sucedía a mis camaradas más jóvenes, incluido el Paladín. Pero Juana estaba a sus anchas... Casi en el Paraíso, diría yo. Se levantó en la silla y comprobé que estaba entusiasmada. El silencio era imponente. El único ruido era el crujido de los estribos y de las sillas de montar, los pasos lentos y el resoplido de los caballos, molestos ante las nubes de polvo que levantaban con sus cascos.

Me entraron ganas de estornudar, pero debía controlar el impulso, si no quería llamar la atención y atraerme las iras de mis compañeros. Si hubiera tenido categoría para hacer alguna indicación, mi criterio habría sugerido la

posibilidad de caminar más rápido, con el fin de acabar antes nuestro cometido. Me parecía una pérdida de tiempo lamentable marchar al paso.

Sin embargo, los ingleses no lanzaron ninguna amenaza ni dispararon contra nosotros. Se dijo, después, que fue al ver a la Doncella cabalgar con gallardía, erguida bajo su armadura, cuando decidieron no entrar en combate. Creyeron que la Doncella no era de este mundo, sino la misma hija de satanás. Así que los oficiales, en un rasgo de prudencia, prefirieron evitar la lucha. Sea como fuere, lo cierto es que cabalgamos a oscuras y en paz ante las sólidas fortalezas. Yo aproveché el momento para rezar mis devociones, algo atrasadas, con lo cual no perdí el tiempo, incluso en aquellos momentos de tensión.

Como estaba cerca de Juana, le escuché unas palabras que no mencionan los cronistas. Decía que si los ingleses habían reforzado sus defensas de nuestro lado y debilitado las de la orilla opuesta, convenía invertir el orden de ataque, de modo que lo más ventajoso ahora consistía en cruzar al otro lado del río y asaltar los fuertes que protegían el final del puente, abriendo así las comunicaciones con nuestro territorio una vez levantado el cerco de Orleáns. Los generales, al conocer el plan, inmediatamente empezaron a conspirar para desbaratarlo, con dilaciones e impedimentos, pero sólo lograron engañarla y retrasar la operación cuatro días.

Todo Orleáns salió a recibir al ejército a las puertas de la ciudad, recorriendo las engalanadas calles entre vítores, hasta llegar a sus cuarteles. No fue necesario insistir mucho para que se durmieran, puesto que estaban tan cansados tras la veloz carrera a la que les sometió Dunois, que durante las 24 horas siguientes el silencio sólo quedó alterado por los ronquidos.

Cuando llegamos a la casa donde nos hospedábamos, nos habían preparado un sustancioso desayuno en el comedor, y la familia tuvo la deferencia de acompañarnos. Tanto los padres de Catalina como ella misma, se mostraron satisfechos al vernos de nuevo y oír nuestras aventuras. Aunque nadie le pidió a Paladín que comenzase a contarlas, él lo hizo, porque su elevado rango de abanderado le colocaba —en su opinión— por encima de cualquier achaque de nobleza. No hacía caso de ninguna, incluida la mía, sino que tomaba la palabra cuando le parecía oportuno —que era siempre— porque tal era su carácter. Así que, sin esperar mucho, habló:

—Gracias a Dios, encontramos al ejército en excelentes condiciones. Creo que nunca vi una columna con animales tan hermosos.

—¿Animales? —preguntó extrañada Catalina.

—Os explicaré lo que quiere decir —interrumpió Noel—. Él...

—Te agradecería que no te molestes en explicar las cosas por mí —intervino altivamente el Paladín—. Tengo razones para pensar...

—Siempre le pasa lo mismo —añadió Noel—. Cuando él cree que tiene razones para pensar, se cree que piensa, pero está en un error. No vio al ejército. Lo miré con atención y puedo decir que no lo vio en absoluto. Estaba demasiado preocupado con su habitual actitud.

—¿Y cuál es esa actitud habitual?

—La prudencia —confirmé yo, viendo mi oportunidad de intervenir.

No debí decirlo. Fue un triunfo ofrecido en bandeja al Paladín. La razón es muy sencilla. Esa misma noche, al pasar junto a las fortalezas enemigas con paso lento y sigiloso, observados por los soldados ingleses, bruscamente restalló el rebuzno de un borrico en el silencio de la madrugada. En ese momento, pasaba yo ante la boca de un cañón gigantesco, apuntado hacia mí.

Mi caballo dio un respingo y caí de la silla. El caballero Bertrand me detuvo casi en el aire, lo que fue gran suerte, pues si llego a caer al suelo, con armadura como iba, no habría conseguido montar de nuevo yo solo. Los soldados ingleses de las almenas se rieron estruendosamente al ver mis apuros, olvidando que a cualquiera puede ocurrirle una desgracia como ésta.

El episodio estaba demasiado reciente como para que lo desaprovechara el Paladín en mi contra. Y así lo hizo, al contestar a mi inoportuno sarcasmo sobre su «prudencia»:

—Probablemente no sois vos el más autorizado a criticar la prudencia de los demás, vos que os caéis del caballo cuando rebuzna un asno.

Todos rieron la observación y yo me arrepentí de mi anterior agudeza. No obstante, contesté:

—No es cierto que me cayera por el rebuzno de un burro. Fue la emoción, nada más que la emoción del momento.

—Está bien —continuó el Paladín, implacable—. Si vos lo queréis llamar así, no me voy a oponer. Pero ¿cómo lo consideráis vos, *sir* Bertrand?

—Bien... pues sea como fuere, lo ocurrido es comprensible... creo. Todos vosotros ya habéis aprendido cómo luchar en combates cuerpo a cuerpo, y lo hacéis muy valerosamente. Pero caminar al paso ante la muerte, con las manos desarmadas y sin ruido, sin la música y sin pelear, es una situación muy difícil y penosa. Si yo estuviera en vuestro caso, De Conte, llamaría a esa emoción por su verdadero nombre. No tenéis por qué avergonzaros.

Fue el razonamiento más honesto y sensato que nunca oí. Me sentí tan agradecido ante aquella salida, que la aproveché sin dudarlo. Así que reconocí:

—Seguramente era miedo. Os agradezco vuestra sugerencia. Es cierta.

El señor De Boucher, en su papel de anfitrión, intervino:

—Creo que ha sido el camino más recto y adecuado. Habéis hecho bien, muchacho.

Sus palabras me consolaron. Pero más todavía cuando la gentil Catalina añadió: «Así pienso yo también». En ese momento me consideré afortunado con aquel incidente.

El señor de Metz continuó:

—Cuando el borrico rebuznó, al pasar todo el ejército en masa, lo raro hubiera sido que ningún joven soldado provocara alguna situación emocional de este tipo. Todos teníamos el mismo sentimiento...

El caballero giró la vista a su alrededor, con amable expresión interrogativa en su rostro, de modo que cada par de ojos, al encontrarse con los suyos, se movían afirmativamente, en muda confesión. Hasta el mismo Paladín asintió. El gesto sorprendió a los presentes y dejó a salvo el crédito del abanderado. Fue hábil de su parte. Nadie confiaba en que sería capaz de reconocer una verdad como aquélla, así, sin previo aviso. Yo supongo que lo hizo para no quedar mal ante la familia Boucher. Tras una pausa, el viejo tesorero del Duque de Orleáns dijo:

—La verdad es que, atravesar ante las fortalezas inglesas en aquellas circunstancias, exige el mismo temple necesario a la persona que se enfrenta a los fantasmas en la oscuridad. ¿Qué decís a esto, Abanderado?

—Pues no sé mucho sobre eso —respondió Paladín—. Siempre he pensado que me gustaría ver un fantasma, si...

—¡Ah! ¿Os gustaría? —exclamó Catalina—. ¡Pues en esta casa tenemos uno! ¿Os interesaría verle?

Se la veía tan agitada y hermosa, que Paladín afirmó rotundamente que sí. Y después, como tampoco los demás nos atreveríamos a reconocer que nos daban miedo los fantasmas, con el corazón encogido nos unimos a la aventura fantasmal. La joven y sus padres mostraron gran contento, explicando que en su casa los fantasmas sembraban el terror desde hacía varias generaciones, sin encontrar a nadie dispuesto a descubrir la causa que impulsaba a tales espíritus, ni a darles satisfacción y convencerles para que se apaciguaran.

26

A media mañana, mientras conversaba con *Madame Boucher* sin mayores preocupaciones, Catalina irrumpió muy excitada, gritando:

—¡Rápido! ¡Volad, señor, volad! La Doncella estaba durmiendo un rato en una butaca de mi habitación, cuando se levantó de súbito y exclamó: «¡Se está derramando sangre francesa! ¡Mis armas... dadme mis armas!». Su guardián gigante y yo hemos avisado a su escolta personal, mientras D'Aulon ayuda a vestirle su coraza. ¡Corred... quedaos junto a ella... y si entráis en combate, mantenedla alejada de la lucha!, ¡no la dejéis arriesgarse! No hará falta. Cuando los soldados saben que está cerca y que ella los ve pelear, no necesitan otra cosa. ¡Apartadla del combate! ¡Por favor, hacedlo así!

Salí corriendo, mientras exclamaba con mi habitual sarcasmo:

—¡Ah, sí! Nada hay más fácil que eso... ¡Dejadlo de mi mano!

Al llegar junto a la puerta, Juana, provista de su armadura, caminaba a paso rápido:

—¡Se estaba derramando sangre francesa y no me habíais dicho nada!

—No pude hacerlo, excelencia, porque no lo sabía —me excusé—. Todo parecía tranquilo.

—Pues bien. ¡Pronto escucharéis los ruidos de la guerra! —dijo saliendo como un rayo.

Como siempre, tenía razón. Antes de que pudiéramos contar hasta cinco, el silencio se quebró, a causa de la multitud de hombres a pie y a caballo que se acercaban, fieles a las roncadas voces de mando. Enseguida, a lo lejos, se oyó amortiguado y profundo el fatídico retumbar de los cañones, mientras la tropa en masa, entre gritos de guerra, rodeaban nuestro edificio como un huracán. Los caballeros y guardia de escolta, llegaban corriendo, armados, pero sin los caballos dispuestos, a pesar de lo cual nos lanzamos como un solo hombre

detrás de Juana, con el Paladín en primer lugar, enarbolando su bandera. Aquella marea humana estaba formada, a partes iguales, por ciudadanos voluntarios y soldados, sin ningún oficial que les mandara ordenadamente. Cuando vieron a Juana, se multiplicaron las voces de júbilo, mientras ella gritaba:

—¡Un caballo! ¡Un caballo!...

Una docena de monturas quedaron inmediatamente a su disposición. Subió a una, entre aclamaciones de gentes que pedían:

—«¡Paso! ¡Abrid paso a la Doncella de Orleáns!».

Esta fue la primera vez que el nombre inmortal para la historia fue coreado por el pueblo. ¡Y yo, por gracia de Dios, me encontraba allí para escucharlo! La muchedumbre se dividió en dos, como las aguas del Mar Rojo, abriendo el paso por el que caminaba Juana veloz como un pájaro, entre voces de ánimo:

—¡Adelante, corazones franceses! ¡Seguidme!

Sin dudarle, corrimos tras ella, gracias a caballos que nos prestaron y, guiados por el estandarte sagrado, veíamos cómo la marea de gente volvía a cerrarse después de nosotros. Aquello fue distinto de la fantástica marcha a través de las imponentes «Bastillas». Ahora nos parecía estar envueltos en un torbellino de entusiasmo. Luego supimos la causa del repentino combate. Los ciudadanos y los soldados de la guarnición de Orleáns, desmoralizados y temerosos durante muchos años, se entusiasmaron tanto con la llegada de Juana que, impacientes, y ardiendo en deseos de atacar al enemigo, se arrojaron sin órdenes de nadie, cerca de la puerta de Borgoña, contra la fortaleza de Lord Talbot, la de St. Loup. A pesar de su valor, no tardaron en llevar la peor parte en la lucha. La noticia corrió pronto por la ciudad, provocando la nueva avalancha en la cual nos encontrábamos.

A la altura de la puerta de Borgoña, nuestras fuerzas, en retroceso, evacuaban los primeros heridos del frente. El horrible espectáculo conmovió a Juana, que exclamó:

—¡Veo sangre francesa, y no puedo soportarlo!

No tardamos en salir fuera de la ciudad y pronto alcanzamos el centro del combate. Tanto Juana como nosotros íbamos a contemplar nuestro primer combate real. Aquello era una auténtica batalla campal. La guarnición de St. Loup salió confiadamente al encuentro de los atacantes, acostumbrados a

conseguir fáciles victorias, siempre que no hubiera «Brujas» cerca. La salida se reforzó con tropas de la bastilla «París», de modo que al aproximarnos, los franceses ya se batían en retirada. Pero cuando llegó Juana, cargando a través de aquel inmenso desorden, con la bandera al viento y gritando: «¡Adelante, soldados! ¡Seguidme!», cambiaron las tornas. Los franceses dieron la vuelta y se arrojaron hacia adelante como una sólida ola marina, arrasando a los ingleses, entre mandobles, hachazos y cuchilladas, que producían en los dos bandos una horrible mortandad. En la batalla, el «Enano» funcionaba por su cuenta. El mismo, sin recibir órdenes de nadie, elegía su lugar, se colocaba delante de Juana y le abría paso. Era tremendo ver cómo destrozaba los yelmos de hierro con su hacha mortífera. Llamaba a eso «cascar nueces» y, en verdad, lo parecía. Despejó el camino, dejándolo pavimentado con sangre y con hierro. La Doncella, y todos nosotros, le seguíamos a tal velocidad que nos adelantábamos a nuestros soldados, y tan pronto encontrábamos a los ingleses delante como detrás de nosotros. Para evitar la confusión, los oficiales ordenaron que nos colocáramos siempre dando la cara al enemigo y alrededor de Juana, cosa que hicimos en una maniobra digna de admiración. No tenía uno más remedio que respetar al Paladín ahora. Al situarse directamente bajo la mirada enaltecida y prodigiosa de Juana, olvidando su antigua «prudencia», su recelo ante el peligro, y sin pensar lo que significa miedo, se adentró en el combate con increíble fuerza, superando en la realidad todas sus fantasías: allí donde golpeaba, había un enemigo menos.

Permanecimos quietos en aquel sitio unos momentos, puesto que muy pronto las tropas de refresco aparecieron, incontenibles y, a su vista, los ingleses se batieron en retirada, lentamente, con orden y luchando con valor. Paso a paso, los arrollamos hacia su fortaleza, mientras les cubrían sus fuerzas disparando flechas, dardos y cañonazos contra nosotros. El enemigo alcanzó el fuerte y se puso a salvo, dejando el campo sembrado de muertos y heridos de los dos bandos. El espectáculo resultaba espeluznante, sobre todo para nosotros, los más jóvenes. Hasta ahora, nuestra marcha de emboscadas y escaramuzas tuvo lugar siempre de noche, por lo que nunca vimos la sangre y las mutilaciones a la luz del día. Quedamos impresionados. No tardó en llegar Dunois desde la ciudad y arrojarle en el medio de la lucha, dirigiéndose a Juana con palabras de admiración y bellos cumplidos. Saludó al pueblo de Orleáns, jubiloso, desde las almenas de la muralla, al presenciar la derrota de los ingleses. Advirtió a Juana que se preparara a recibir el entusiasta homenaje de los ciudadanos. La Doncella respondió con firmeza:

—¿Homenaje ahora? Me parece algo difícil, Bastardo. Todavía no.

—¿Por qué aún no? ¿Es que falta algo por hacer?

—¿Cómo algo, Bastardo? ¡Acabamos de empezar! Ahora mismo vamos a tomar aquella fortaleza.

—Supongo que no lo diréis en serio. No podemos ni intentarlo. Permitid que os recomiende no hacerlo. Es una acción desesperada. Ordenad el regreso de las tropas.

El espíritu de Juana, desbordado por la alegría y el entusiasmo por la victoria, se alteró al escuchar las palabras de Dunois.

—Bastardo, Bastardo, ¿es que os vais a pasar la vida jugando con los ingleses? Pues os informo que no vamos a movernos hasta conquistar esa plaza. La ganaremos al asalto. ¡Tocad la orden de carga!

—Pero ¡mi general!

—No perdamos el tiempo, caballero. Dejad que los clarines den la señal de iniciar el asalto.

Sus ojos transmitieron esa extraña y profunda claridad que nosotros llamábamos «la luz de la batalla» y que tan bien aprendimos a distinguir después en otras campañas. Las marciales notas del toque de asalto se oyeron con nitidez, y las tropas respondieron con un rugido, abalanzándose contra la imponente muralla, cuyos perfiles se difuminaron con el humo de su propio cañón, que escupía rayos y truenos. Nuestro empuje fue rechazado una y otra vez. Pero Juana se multiplicaba en todas partes, animando a los soldados a no dejar su empeño. Por espacio de tres horas, la marea avanzó y retrocedió, hasta que, finalmente, La Hire, que acudió con sus hombres, desencadenó una carga imposible de resistir, y la bastilla de St. Loup cayó en nuestras manos. Entramos en ella, requisamos armas, municiones y artillería, y después la destruimos.

Cuando nuestro ejército, entusiasmado con la victoria, gritaba hasta enronquecer, una voz solicitó la presencia del General para aclamarlo como se merecía. No hubo forma de encontrarla. Al cabo de algún tiempo, la vimos triste, concentrada, sentada junto a los cadáveres de los muertos, con la cara entre las manos y llorando. Con eso demostraba que seguía siendo una muchachita, con los sentimientos de ternura y piedad propios de su edad y condición. Su pena la causaba el pensar en el dolor de las madres de aquellos hombres muertos, enemigos o compatriotas.

Entre los prisioneros encontraron algunos sacerdotes. Juana los tomó bajo

su protección, con lo cual salvó sus vidas. Se le advirtió que, probablemente, fueran soldados disfrazados, pero ella respondió:

—Es posible. Pero no podemos saberlo con seguridad. Visten el uniforme de Dios, y con solo uno que lo lleve con justicia, antes valdría la pena perdonar varios culpables, que matar a un inocente. Los acogeré en mi propia casa, les daremos alimentos y los dejaremos marchar a salvo.

Regresamos a la ciudad cargados con el cañón y los prisioneros, felices y a banderas desplegadas. Era la primera acción de guerra que contemplaban los sitiados desde hacía siete meses que duraba el asedio, y también la primera vez que se pudieron enorgullecer de un hecho glorioso realizado por franceses. Ya supondréis que el pueblo no desaprovechó la ocasión. Tanto las gentes, como las campanas, parecieron volverse locas. Juana se había convertido para entonces en su heroína, hasta el punto de que la presión de la masa era de tal naturaleza, que apenas lográbamos avanzar por las calles, a pesar de nuestros grandes esfuerzos. Su nuevo título se hizo popular en todas partes, y estaba en boca de los ciudadanos. La «Sagrada Doncella de Vaucouleurs» quedó ya olvidado, siendo substituido por el de la Doncella de Orleáns.

La familia Boucher le dio una bienvenida como si fuera su propia hija, salvada de la muerte contra toda esperanza o posibilidad. Le regañaron por haber acudido a la batalla y exponerse al peligro de que la mataran durante todo aquel tiempo. No podían comprender cómo se había metido en el fragor del combate. Le preguntaron si lo hizo de intento, o si se vio arrastrada por la confusión de la lucha... En todo caso, le rogaron que tuviera más cuidado la próxima vez. El consejo era bienintencionado, sin duda, pero caía en terreno estéril.

Agotados por la fatiga de la prolongada batalla, dormimos el resto de la tarde y dos o tres horas por la noche. Después, nos levantamos ya más descansados y cenamos. Por lo que a mí respecta, hubiera preferido olvidar el asunto del fantasma de los Boucher. Creo que los demás participaban de la misma opinión, sin duda, pues se apresuraron a comentar los lances de la lucha, procurando evitar cualquier alusión a seres fantasmales. Ahora resultaba hasta conmovedor oír al Paladín contar sus hazañas y amontonar a sus muertos: 15 aquí, 18 allá y 35 en aquel lugar. Nuestros intentos sólo consiguieron aplazar el problema, pero no evitarlo. No era posible prolongar el relato de la guerra. Cuando Paladín conquistó la bastilla al asalto y se comió a la guarnición, no había nada más que añadir, a menos que Catalina Boucher solicitara la ampliación de detalles y el Paladín aprovechara para empezar otra versión del mismo hecho. Esta vez no tuvimos suerte. Se ve que la intención de la hermosa Catalina fue otra. En cuanto se le presentó una ocasión, resucitó el desgraciado asunto y nos enfrentamos a él lo mejor que pudimos.

A eso de las once de la noche, les acompañamos a sus padres y a ella hasta la habitación hechizada, llevando candiles y antorchas para situarlas en los soportes de las paredes. La casa era grande, con muros muy gruesos, y la habitación fantasmal estaba en un extremo, desocupada desde hacía muchos años debido al temor que inspiraba. Se trataba de una sala amplia, provista de una mesa de gran tamaño, de roble viejo y bien conservada. Las sillas, en cambio, parecían apolilladas y los tapices de las paredes carcomidos y descoloridos por los años. Las telarañas del techo, por su tamaño y polvo acumulado, aparentaban por lo menos un siglo de antigüedad.

Catalina explicó:

—La tradición familiar confirmaba que estos fantasmas nunca fueron vistos, sólo se les ha oído. Creemos que esta habitación había sido más

grande, y hace algún tiempo se levantó una pared, que podría ser ésa del extremo, con el fin de habilitar una salita más pequeña. Pero si existiera —lo cual puede ser cierto casi con toda seguridad—, no tendría ni puerta, ni luz ni aire, sino que sería un calabozo sin comunicación exterior. Así que aguardad aquí y observad lo que vaya a ocurrir.

Y eso fue todo. A continuación, los Boucher nos dejaron a solas. Cuando sus pasos se perdieron entre las sombras de los corredores, un silencio misterioso y solemne, más terrible que la marcha nocturna ante las bastillas inglesas, se apoderó de aquel tétrico lugar. Nos quedamos sentados, mirándonos unos a otros como tontos, comprobando que nadie se sentía tranquilo. A medida que pasaba el tiempo, más insoportable se nos hacía la atmósfera. De repente, empezamos a oír el aullido del viento alrededor de la casa, y yo me estaba poniendo enfermo por momentos. Lamenté no haberme mostrado cobarde por esta vez, puesto que no hay nada vergonzoso en reconocer el miedo a los fantasmas, teniendo en cuenta la debilidad de los vivos frente a ellos, dotados de fuerzas superiores. Y, para aumentar el peligro, aquellos fantasmas eran invisibles y hasta podría ocurrir que en esos momentos estuvieran allí mismo, junto a nosotros... ¿quién sabe? Por un instante creí percibir suaves roces en la cabeza y hombros, lo cual provocó en mí manifiestas expresiones de pavor, que no me avergonzaron, toda vez que los demás daban al aire las mismas sacudidas nerviosas, aterrados ante los misteriosos contactos. Como los roces continuaban —mientras el tiempo transcurría con espantosa lentitud—, nuestras caras —sin excepción— mostraban color cera, con lo cual me pareció asistir a un concilio de muertos. En esos momentos, se oyeron, lejanas y con exasperante lentitud, las campanadas de las doce de la noche. Al morir la última, el silencio se hizo de nuevo más opresivo, y las caras de los presentes aumentaron la intensidad cerúlea del color amarillento. Los contactos aéreos continuaban sobre la cabeza y los hombros... Así estuvimos unos interminables minutos, hasta que escuchamos un prolongado y sordo lamento, que nos hizo dar un salto y ponemos de pie, sintiendo temblar las rodillas. Los ruidos surgían del lugar donde, supuestamente, se construyó el calabozo incomunicado. Tras una pausa, oímos sollozos entrecortados con gemidos lastimeros. Luego se distinguió una voz incomprensible y ronca, que parecía consolar a la anterior, y así continuaron las dos voces, entre gemidos y suaves lamentos. Y... ¡horror!, sus tonos aparecían impregnados de compasión, pena y desesperación... Nuestros corazones se llenaban de congoja al oír aquello... Sin embargo, todos los sonidos nos parecieron tan reales que no creímos en su

origen fantasmal. El caballero Juan de Metz tomó una decisión:

—¡Vamos a derribar esa pared y a liberar a esos cautivos! ¡Enano, golpead aquí con vuestra hacha!

El aludido se lanzó hacia delante, enarbolando su enorme hacha con las dos manos, mientras le iluminábamos con las antorchas, y con tremendos mandobles, los viejos ladrillos se vinieron abajo, abriendo un boquete de buen tamaño. Pasamos a través de él y levantamos las antorchas. ¡Allí no había nada! ¡Sólo el vacío! En el suelo se veía una herrumbrosa espada y un trapo apolillado. Y eso fue todo. Ahora ya sabéis tanto como yo. Tomad estos datos y componed con ellos el romance de los huéspedes largo ha desaparecidos en aquel calabozo.

Al día siguiente, Juana pensaba ordenar un nuevo ataque contra el enemigo, pero con motivo de la festividad de la Ascensión, el consejo de los generales, tan poco dados a la piedad, fue respetar el carácter religioso de la señalada fecha, evitando en ella el derramamiento de sangre. Sin embargo, a escondidas de Juana, no tuvieron empacho de profanar la fiesta, organizando una de sus conspiraciones para bloquear los planes de la Doncella. Reunidos sin asistencia de Juana idearon un proyecto que, según ellos, respondiera a las circunstancias del momento. Ahora, los ingleses habían reforzado las defensas de las bastillas en la orilla del río opuesta a la de Orleáns. En lugar de atacarlas, como era propósito de Juana, sus generales pretendían engañarla con una maniobra distinta. Fingir un ataque a una de las bastillas situadas en el lado de Orleáns, intentando que los ingleses acudieran a reforzarla, desguarneciendo las fortalezas de la margen opuesta. En esos momentos, ellos cruzarían el río en masa con el fin de conquistar estas fortalezas y establecer comunicaciones con la región de Sologne, que era territorio francés. Este plan, sin quebrantar decisivamente el poderío inglés, prolongaría la guerra, dejando a Orleáns con el dogal de las bastillas próximas a la orilla del río ceñido a sus puertas.

Juana apareció por sorpresa en el Consejo de los generales.

Les preguntó sobre lo que estaban hablando y las decisiones que habían tomado. Le explicaron su proyecto de atacar a la mañana siguiente una de las bastillas inglesas del lado de Orleáns... y aquí se detuvo el que hablaba, indeciso de continuar. Juana le indicó:

—Os ruego que continuéis.

—No hay nada más. Eso es todo.

—¿De verdad? Entonces, ¿creeré que habéis perdido la razón?

Se dirigió a Dunois, decidida:

—Bastardo, vos que tenéis más sentido, contestadme: si efectuamos el ataque y tomamos la bastilla, ¿qué ventajas tendríamos respecto a la situación actual?

El Bastardo, dudó, y luego se perdió en una charla discursiva que no tenía nada que ver con lo preguntado. Juana le interrumpió:

—Es suficiente, mi buen Bastardo, ya habéis respondido. Si ni el Bastardo acierta a explicar las ventajas del plan, los demás tampoco lo haríais mejor. Me parece que se os va el tiempo tramando planes inútiles y retrasando —con graves daños— las operaciones. O, ¿es que me ocultáis algo? Porque, Bastardo, decidme, este Consejo ha preparado un plan general, según deduzco. Bien, sin entrar en detalles, ¿cuál es ese plan?

—Pues el mismo del principio, de hace siete meses: abastecer la ciudad de víveres y luego esperar a que los ingleses se rindan por cansancio.

—¡En nombre de Dios! No contentos con siete meses, queréis perder un año. ¡Abandonad esos planes tan cortos! ¡Los ingleses se rendirán en tres días!

Varias voces le advirtieron:

—¡Por favor, general! ¡Sed prudente!

—¡Eso está muy bien! ¡Ser prudentes y morir de hambre! ¿Y a esto le llamáis guerra? Pues os digo, por si no lo sabéis, que la nueva situación altera sustancialmente el rumbo de los planes. Nuestro objetivo vital ha variado: ahora se encuentra al otro lado del río. Hay que tomar las fortificaciones que son la llave del puente. Los ingleses saben que, si no somos tontos y cobardes, lo intentaremos. Ya agradecen a vuestra alma piadosa el día desperdiciado. Ya están reforzando los fuertes que guardan el puente utilizando tropas de este lado del río, adelantándose al ataque de mañana. Habéis conseguido perder un día y dificultar más la tarea, puesto que VAMOS A CRUZAR EL RÍO Y TOMAREMOS LOS FUERTES que cierran el puente. Bastardo, respondedme. ¿Sabe este Consejo que sólo existe la solución que yo propongo?

Dunois aceptó que el Consejo sí consideraba el proyecto como el ideal, pero impracticable. Aunque defendió su postura, afirmando que, si la táctica fijada por ellos era aguantar el asedio y rendir a los ingleses por hambre, los planes impetuosos de Juana les llenaban de temor. Por último, añadió:

—Así que ya veis. Estamos seguros que la táctica de la paciencia es la

más ventajosa, mientras que vos todo pretendéis solucionarlo con asaltos suicidas.

—No es que lo pretenda, es que lo voy a hacer. Apuntad mis órdenes inmediatamente. Nos dirigiremos sobre las fortificaciones de la orilla sur mañana al amanecer. ¡Y las tomaremos al asalto!

La Hire exclamó con su potente vozarrón:

—¡Voto por mi bastón! Esa es la música que a mí me gusta oír. Sí, esa es la melodía justa y el ritmo adecuado, mi general. ¡Las conquistaremos al asalto!

Hizo un saludo aparatoso, se acercó y chocó la mano de Juana.

Algún miembro del Consejo intervino:

—Entonces... deduzco que empezaremos por la bastilla de St. John, y que daremos tiempo a los ingleses para...

Juana se volvió hacia él y aclaró:

—No os preocupéis por la bastilla de St. John. Los ingleses serán lo suficientemente avisados como para retirarse desde ella hacia las fortalezas del puente en cuanto nos vean llegar. Y —añadió con ironía— hasta un Consejo de Guerra entendería lo suficiente para hacerlo así.

Dichas estas palabras, se retiró. La Hire, con aire de gravedad, les hizo esta advertencia:

—Es una niña. Eso es todo lo que veis. Quedaos con ese prejuicio si queréis. Pero daos cuenta de que esa niña ha comprendido el difícil juego de la guerra tan bien como cualquiera de vosotros. Y si he de daros mi opinión pura y simple, creo que es capaz de enseñar al mejor de vosotros cómo se desarrolla ese juego.

Juana acertó plenamente. Los astutos ingleses se dieron cuenta enseguida de que la táctica de los franceses había cambiado sustancialmente. Que en lugar de recibir golpes, los daban. Que el sistema de jugar y perder el tiempo, se acabó. Así que se adaptaron a las circunstancias, y comenzaron a transportar refuerzos poderosos desde las bastillas del lado de Orleáns, al norte, a las de la orilla opuesta, al sur, custodiando el puente.

La ciudad se dio cuenta pronto de las novedades: Otra vez, en la historia de Francia, después de tantos años humillantes, iban a tomar la ofensiva. Supieron que Francia, acostumbrada a retirarse, se disponía a avanzar,

tomando la ofensiva. El pueblo parecía enloquecido. Las murallas de la ciudad estaban cubiertas de personas ansiosas de ver marchar a su ejército en la mañana milagrosa, dando la cara, y no la espalda, a los ingleses. Es fácil imaginar cómo aclamaban a Juana, cabalgando al frente de sus tropas con su bandera ondeando al viento.

Cruzamos el río todo el ejército en masa, lo que nos llevó tiempo y esfuerzos, ya que los botes eran pequeños y escasos. No encontramos enemigos al desembarcar en St. Aignan. Tendimos un puente de barcas a través del estrecho canal. Desde allí alcanzamos la orilla sur y emprendimos el camino en buen orden y sin ser hostigados, pues aunque allí estaba la bastilla de St. John, los ingleses la desalojaron, retirándose hacia los fortines del puente, en cuanto nos vieron cruzar el río. Ocurrió lo previsto por Juana en su intervención en el Consejo. Nos movimos siguiendo la orilla hacia abajo, hasta que Juana plantó su estandarte ante la bastilla de los Agustinos, la primera de las grandes fortificaciones que protegían un extremo del puente. Las trompetas llamaron al asalto y realizamos dos cargas con impecable técnica. Pero éramos todavía muy débiles, ya que el grueso del ejército estaba algo retrasado. Cuando reuníamos hombres para dar el tercer asalto, vimos a la guarnición de St. Privé salir en auxilio de los defensores de los Agustinos, en el momento en que también éstos efectuaban una salida contra nosotros. Ambas fuerzas reunidas se lanzaron con tal ímpetu, que provocaron el pánico en nuestro ejército, que huyó en desbandada, siendo perseguido a cuchilladas, gritos y burlas por el enemigo.

Juana hizo lo posible por reagrupar a los fugitivos, pero habían perdido la cabeza y estaban dominados por el antiguo terror hacia los ingleses. El genio de Juana se inflamó, se detuvo y mandó a las trompetas que tocaran orden de avanzar. Luego giró a su alrededor, gritando:

—Si hay por lo menos una docena de vosotros que no sean cobardes, tengo bastantes. ¡Seguidme!

Y se lanzó adelante, acompañada por varias docenas de soldados valientes, que oyeron sus palabras y se sintieron impulsados por ellas. Los ingleses quedaron atónitos al ver cómo se precipitaba contra ellos sólo con unos cuantos hombres, y ahora les tocó el turno a ellos de sentir un pánico espantoso. ¡Seguramente es una bruja, una hija de satanás!... tal eran sus pensamientos. Y sin razonar más, huyeron aterrorizados. Nuestros soldados en fuga oyeron el rumor y se volvieron a mirar. Cuando vieron la bandera de la Doncella avanzar a toda velocidad contra los enemigos, y a estos escapar

desesperados del ataque, su valor retomó y acudieron a ayudarnos con presteza. La Hire también se percató de la situación y apresuró el paso de sus fuerzas, uniéndose a nosotros en el momento en que, de nuevo, clavamos nuestra bandera ante las murallas de los Agustinos... Por entonces ya disponíamos de todo el ejército. Delante de nosotros se presentaba una pelea larga y difícil, pero debíamos llevarla a término antes del anochecer. Juana y La Hire nos animaban continuamente, diciendo que éramos capaces de tomar el fuerte y que lo haríamos. Los ingleses lucharon como... bueno, pues lucharon como ingleses, basta con eso. Nos lanzábamos una y otra vez al asalto, entre el humo y las llamas y los estampidos del cañón, hasta que, cuando el sol desaparecía en el horizonte, en un supremo esfuerzo, tomamos la plaza, clavando en sus almenas el estandarte de Juana.

Los Agustinos ya era nuestra. Las Tourelles le seguiría, una vez liberado el puente y levantado el asedio. Aquel día realizamos una gran hazaña, y Juana estaba dispuesta a llevar a término la otra. Lo más conveniente era mantener nuestras posiciones actuales, consolidar el terreno conquistado y prepararnos para continuar los ataques al día siguiente. De acuerdo con estos planes, Juana no estaba dispuesta a permitir que la disciplina se relajara, de modo que prohibió a los hombres entregarse al pillaje, las borracheras y pependencias propias de las celebraciones victoriosas. Ordenó incendiar la fortaleza de los Agustinos con todas sus pertenencias dentro, a excepción de las piezas de artillería y municiones, que engrosaron nuestro ejército.

Estábamos agotados por la violenta batalla, y Juana tanto como todos nosotros. Sin embargo, pretendía acampar con los soldados ante las murallas de Les Tourelles, dispuesta al asalto a primera hora de la mañana. Sus capitanes lograron convencerla para que se retirara a descansar a su casa de Orleáns, aprovechando la ocasión para que un médico le examinara la herida que había sufrido en un pie. Nosotros la acompañamos hasta su hospedaje.

Como era habitual, encontramos al pueblo congregado a nuestro paso, las campanas al viento y el delirio en las gargantas. Nunca partíamos hacia el combate o regresábamos de él sin quedar sumergidos en aquellas tempestades de júbilo. Y es que en los últimos siete meses, bajo el cerco inglés, no hubo nada que celebrar, y por eso ahora la gente vivía en continua exaltación.

29

Para alejarse del tumulto y conseguir descansar, Juana se retiró con Catalina a las habitaciones que compartían, donde cenaron primero y curaron la herida de la Doncella. Después, en vez de acostarse, envió a su fiel «Enano» a buscarme, a pesar de las protestas de Catalina, que le aconsejaba descanso. Juana deseaba enviar inmediatamente un correo a Domrémy con una carta que el P. Fronte habría de leer a sus padres. Así que me dispuse a escribir la carta que iba a dictarme. Después de saludos cariñosos, entró en materia: .

«Pero lo que me impulsa a escribiros ahora es informaros de que si os enteráis que me han herido, no os preocupéis lo más mínimo, ni deis crédito a los que intenten decir que es grave».

Juana se disponía a continuar dictando, cuando Catalina interrumpió:

—¡Tened cuidado con vuestras palabras! Es mejor que no les digáis nada, pues será suficiente con que aguardéis un día, dos a lo sumo, para que podáis escribir diciendo que vuestro pie... fue herido, pero que ya está curado. Creo que no hace falta asustarlos, Juana, hacedme caso.

—¿Mi pie? —contestó Juana—, ¿Y por qué les iba a hablar de algo tan leve? No estaba pensando en eso, Catalina.

—Pues entonces... ¿De qué se trata? ¿O es que ocultáis otra herida más grave?

Catalina se levantó de un salto, aterrada y dispuesta a llamar de nuevo al médico inmediatamente. Juana la calmó y poniendo su mano en el hombro la hizo sentarse mientras le decía:

—Tranquilizaos. No estoy herida ahora. Pero informo sobre algo que sí ocurrirá cuando asaltemos la bastilla mañana.

Catalina puso cara del que intenta comprender una noticia desconcertante,

pero no lo consigue. Así, dijo con cierto alivio:

—¡Ah! ¿Una herida que vais a tener? Pero... pero ¿qué falta hace apenar a vuestra madre con una cosa que puede no suceder?

—Puede que NO —añadió Juana—. Pero sucederá.

Catalina seguía sin entender. Con tono ausente, dijo:

—¿Cómo que sucederá?... Eso es mucho decir. La verdad es que no logro comprenderlo... ¡Pero Juana, ese presentimiento es algo espantoso! Os quitará la serenidad y el valor. ¡Desechadlo! ¡Arrojadlo! Os hará desgraciada toda la noche y no servirá de nada, hay que esperar...

—Pero si no es un presentimiento. Es una realidad. No me siento triste. Son las incertidumbres las que me hacen sentir desgraciada, pero esto no es ninguna incertidumbre...

—Juana, ¿es que estáis segura de que va a suceder?

—Sí. Lo sé. Me lo comunicaron mis Voces.

—¡Ah! —exclamó Catalina—, entonces... pero ¿estáis segura de que fueron ellas? ¿Completamente segura?

—Sí. Completamente. Sucederá así. No hay duda.

—¡Pero es horrible! ¿Y desde cuándo lo sabéis?

—Pues... desde hace varias semanas... —Juana se dirigió a mí—. Luis, vos debéis recordarlo. ¿Cuánto tiempo hace?

—Vuestra Excelencia habló de ello por vez primera ante el Rey en Chinon —respondí— y de eso hace ya siete semanas. Os referisteis también a ese hecho el 20 y el 22 de abril, según tengo anotado.

Aquellos datos afectaron profundamente a Catalina, que preguntó.

—¿Y habrá de ocurrir mañana, con toda seguridad? ¿Mañana, sin la menor vacilación?

—Así es —confirmó Juana— La fecha indicada será el 7 de mayo. No hay otra.

—Muy bien —afirmó Catalina—, pues entonces bastará con que no salgáis de casa hasta que pase el día 7. ¿No se os ocurrirá hacerlo? ¡Prometedme que permaneceréis con nosotros!

Pero Juana, sin dejarse convencer, aclaró:

—No serviría de nada, querida Catalina. El hecho se producirá mañana. Si rehúyo mi destino, me saldrá al paso. Mi deber es acudir a mi puesto de servicio mañana. Iría aunque me aguardase allí la muerte, conque ¿por una herida? De ninguna forma. Hemos de procurar portarnos lo mejor posible.

—Entonces, ¿estáis decidida a salir a pelear?

—Desde luego que sí. Lo mejor que puedo hacer por Francia es alentar a los soldados a combatir y alcanzar la victoria... Aunque tampoco intento ser una insensata y no lo seré. Os voy a hacer caso. Pero antes, respondedme, ¿amáis a Francia?

Me pregunté a dónde quería ir a parar, pero no hallé la respuesta. Catalina le contestó, como dolida:

—¡Ah!, ¿qué habré hecho yo para merecer esta pregunta?

—Entonces —continuó Juana— ya veo que amáis a Francia. No lo he puesto en duda, Catalina, no os ofendáis, pero decidme, ¿habéis hablado con mentira alguna vez?

—En toda mi vida no he dicho intencionadamente una mentira. He gastado bromas, pero ninguna mentira en serio.

—Con eso basta. Amáis a Francia y no mentís. Confío en vos. De modo que, según vuestra decisión, os dejaré elegir entre ir a combatir o quedarme en casa.

—¡Oh! ¡Gracias de todo corazón, Juana! ¡Qué buena sois conmigo! Así que ¡os quedaréis junto a mí y no iréis a luchar!

Llena de alegría, se abrazó a Juana, que le habló con voz serena:

—Entonces, ¿os encargaréis vos de anunciar a mi cuartel general la noticia de que yo no estaré con ellos combatiendo?

—¡Oh!, desde luego. Con mucho gusto. Dejadlo de mi cuenta.

—Gracias por vuestra amabilidad. Y ¿cómo dictaréis el mensaje? Ya sabéis que se ha de hacer de acuerdo con las ordenanzas. ¿Preferís que lo haga yo en vuestro lugar?

—¡Sí, por favor! Vos conocéis las fórmulas protocolarias y yo no.

—Entonces —añadió Juana—, tomad nota de las inducciones: «Se ordena al Jefe del Estado Mayor que haga saber a los ejércitos del Rey de la guarnición y de los campamentos, que el General en Jefe de los Ejércitos de

Francia no se enfrentará mañana a los ingleses por temor a resultar herida. Firmado: Juana de Arco, aconsejada por Catalina Boucher, que ama a Francia».

Tras estas palabras se produjo un silencio. El momento fue de éstos en que uno se siente necesitado de observar el panorama a su alrededor, cosa que yo hice. Descubrí una sonrisa afectuosa en el rostro de Juana, mientras oleadas de rubor escarlata cubrían el de Catalina. Con labios temblorosos y ojos llenos de lágrimas, murmuró:

—Estoy avergonzada. Mientras vos, Juana, sois tan leal, valiente y sabia, yo me comporto de un modo mezquino y estúpido...

La joven rompió a llorar y yo sentí impulsos de consolarla. Pero fue Juana quien lo hizo, sin que yo, naturalmente, dijera nada en contra. Juana la trató con cariño, dulzura y suavidad, cosa que también yo hubiera podido hacer, llevado por mi amor hacia Catalina. Dejé pasar la oportunidad que, tal vez, habría podido cambiar el curso de mi vida y haberla hecho más feliz de lo que fue. Por tal motivo, prefiero evitar el recuerdo de este episodio, que me produce añoranza y dolor.

La broma gastada por Juana a Catalina sirvió para demostrar lo imposible que era seguir sus consejos temerosos. La idea nos hizo gracia a todos cuando la pensamos con calma. Hasta Catalina secó sus lágrimas y se rio al imaginar lo que dirían los ingleses al conocer la razón que tenía el General en Jefe del Ejército Francés para no acudir a la batalla: el miedo a recibir alguna herida.

Pasado el incidente, continuó Juana dictando la carta a sus padres. Se mantuvo el párrafo en el que anunciaba su herida. Al llegar a los párrafos dedicados a los amigos de la infancia, los recuerdos afluyeron a su mente y la voz se le quebró. Los nombres familiares comenzaban a temblar en sus labios. Cuando llegó el turno a sus queridas Haumette y Pequeña Mengette, apenas podía continuar hablando. Esperó un momento para recuperar la calma y continuó:

—Decidles que les envío todo mi cariño... mi más caluroso afecto. Mi profundo amor, desde lo más hondo de mi corazón... Porque ya nunca volveré a ver mi hogar...

Luego apareció el sacerdote y confesor de Juana, Pasquerel, que presentó al gallardo caballero y señor de Reds, portador de un mensaje para el General en Jefe. Anunció que el Consejo le encargó nos comunicara su decisión: Consideraban que se había hecho bastante, por el momento. Que les parecía

lo más seguro y prudente contentarse con la Voluntad de Dios, expresada en los últimos éxitos. La ciudad se encontraba ya bien abastecida y dispuesta para resistir largo asedio. Pensaban como lo más conveniente retirar las tropas al otro lado del río, es decir junto a la orilla de Orleáns, y tomar posiciones defensivas. Esta era la decisión acordada por el Consejo.

—¡Esos cobardes incurables! —respondió Juana—. De modo que con la excusa de la necesidad de descansar, lo que pretendían era alejarme de mis soldados. Por favor, caballero, os ruego regreséis con este mensaje que comunicaréis, no al Consejo —no tengo nada que decir a esas damiselas disfrazadas— sino al Bastardo y a La Hire, que son hombres. Decidles de mi parte que el Ejército debe quedarse donde está y que les responsabilizo de que cumplan esta orden. Anunciadles que la ofensiva se reanudará por la mañana. Podéis marchar, señor.

Luego, dijo al sacerdote:

—Levantaos temprano y situaos a mi lado durante todo el día. He de realizar una dura tarea y sufriré una herida entre el cuello y el hombro.

30

Nos levantamos al amanecer y nos disponíamos a salir una vez terminada la misa. Cuando nos preparábamos, encontramos al dueño de la casa, entristecido al ver a Juana marchar sin haber desayunado siquiera. Le rogó que aguardara unos momentos y comiese algo, pero Juana ardía en impaciencia por llegar a la última bastilla que se oponía al logro de la misión de salvar a Francia. Boucher insistió en su ruego:

—Pero, pensándolo bien, nosotros, los pobres ciudadanos sitiados, a los que se nos había olvidado el sabor del pescado fresco, ya disponemos de él, gracias a vos. Aquí tenemos un magnífico sábalo para desayunar... esperad, dejaos convencer, por favor...

—¡Oh!, no os preocupéis por eso. Pronto habrá pescado en abundancia. Cuando terminemos la batalla de hoy, todo el río quedará a vuestra disposición para que hagáis lo que mejor os parezca.

—Estoy seguro de que podéis conseguirlo en tan poco tiempo, pero nos conformamos con menos. Os concedemos un mes de plazo en lugar de un día. Hacedme caso. Esperad y comed. Hay un refrán que dice: «El que cruce el río dos veces el mismo día en bote, será mejor que coma pescado para que le dé suerte y no sufra un accidente».

—Eso no va conmigo. Hoy sólo cruzaré el río en bote una sola vez.

—¡Por favor!, no digáis eso, ¿es que no regresaréis de nuevo con nosotros?

—Sí, pero no en bote.

—¿Cómo, entonces?

—Por el puente.

—¿Habéis oído eso?... ¡Dice que regresará por el puente! Vamos, dejaos de bromas, mi General, y hacedme caso. Comed nuestro excelente pescado.

—Entonces, tened la bondad de reservarme un poco para cenar. Y, además, traeré conmigo a uno de esos ingleses para que lo comparta conmigo.

—Está bien. Así lo haremos. Pero no olvidéis el dicho: «El que mucho corre pronto para». En fin, ¿cuándo estaréis de regreso?

—Cuando haya logrado levantar el cerco de Orleáns. —y elevando la voz, gritó— ¡Adelante!

Inmediatamente después, salimos, dispuestos a la lucha. Las calles estaban llenas de ciudadanos y escuadras de soldados. Pero esta vez mostraban expresiones sombrías, como si hubieran perdido toda esperanza y alegría. Como no estábamos acostumbrados a esto, nos quedamos sorprendidos. Sin embargo, al ver con nosotros a Juana, se animaron instantáneamente y preguntaron:

—Es la Doncella. ¿Adónde va? ¿Adónde se dirige?

Juana los oyó y les contestó elevando la voz:

—¿Adónde suponéis? ¡Voy a tomar Las Tourelles!

Sería casi imposible describir el impacto de estas palabras en la multitud. Súbitamente, cambió la aflicción en alegría, exaltación, frenesí. Los gritos de júbilo corrieron en todas direcciones, despertando aquellos rostros cadavéricos a una actividad turbulenta, lanzada en ansias de triunfo. Los soldados se reunieron alrededor del estandarte de Juana y muchos ciudadanos corrieron a armarse de picas y alabardas para venir con nosotros. A medida que avanzábamos, el grupo aumentaba y los vítores atronaban el aire. Caminábamos a través de una sólida nube de ruidos que se hacía más densa con la ayuda de las gentes que, desde las ventanas, a derecha e izquierda, aclamaban nuestro paso.

Al llegar a la puerta de Borgoña comprendimos el desánimo de las gentes al salir de nuestra casa. Estaba custodiada por un sólido contingente de tropas al mando del Bailío de Orleáns, Raúl de Gaucourt, con órdenes del Consejo para no dejar pasar a Juana de Arco y a sus soldados, e impedirle reanudar el ataque a Las Tourelles. Aquella vergonzosa decisión del Consejo había sumido a la ciudad en la tristeza y la desesperación. Pero, en unos momentos, las cosas cambiaron. Se dieron cuenta de que la Doncella se opondría al Consejo, y eso les llenó de alegría.

Ante la puerta, Juana pidió a Gaucourt que la abriese y les permitiera el paso. Él respondió que le era imposible hacerlo, pues las órdenes del Consejo

eran terminantes, y su autoridad, inapelable. Juana respondió serenamente:

—No hay otra autoridad superior a la mía, salvo la del Rey. Si tenéis un orden del Rey, mostradla.

—No puedo afirmar que dispongo de un mandato real, mi General.

—Pues entonces ¡abridnos paso, o ateneos a las consecuencias!

Nuevamente, el caballero procedió a explicar sus razones, siguiendo el estilo discursivo del Consejo, siempre dispuestos a luchar con las palabras, no con los hechos. Pero Juana interrumpió su charla con el grito de guerra:

—¡Cargad!

Así lo hicimos. Nos lanzamos al ataque y el asalto fue breve y de gran eficacia. Era divertido observar la sorpresa del Bailío. No estaba acostumbrado a unas reacciones tan rápidas y poco educadas. Después se excusó diciendo que le interrumpimos sus argumentos y le impedimos demostrarle a Juana por qué no podía traspasar la puerta. Él estaba seguro de que Juana no habría sido capaz de rebatir sus argumentos.

—Y, sin embargo, parece que sí los rebatió —decía la persona a quien yo le contaba el incidente.

Así que hicimos una salida triunfante, con alarde estruendoso, de risas, en su mayor parte, de modo que nuestro ejército se encontró muy pronto en la otra orilla del río, marchando rápido en dirección a Las Tourelles.

En primer lugar, procedimos a cercar un baluarte, que nos serviría como punto de apoyo en el asalto a la bastilla, comunicada con el mismo baluarte por un puente levadizo bajo el cual corría un turbulento y profundo brazo del río Loira. El puesto era muy fuerte y Dunois dudaba de que pudiéramos tomarlo. Al contrario, Juana no tenía la menor duda. Primero lo bombardeó durante algún tiempo con intenso fuego artillero. Luego, a eso de las doce, al frente de sus tropas, encabezó ella misma el asalto. Nos lanzamos contra el baluarte entre el humo y una tempestad de proyectiles, mientras Juana, con gritos de ánimo a los soldados, comenzó a trepar por una escala cuando sucedió lo que todos sabíamos que ocurriría. La punta de hierro de una ballesta se introdujo entre el cuello y el hombro, traspasando su armadura. Al notar el dolor agudo y ver cómo le brotaba la sangre, la pobre niña se sintió aterrorizada y cayó al suelo, llorando amargamente.

En esos momentos los ingleses gritaron de alegría y se lanzaron contra

nosotros con el propósito de apresarla. Durante unos instantes, el feroz choque de adversarios se centró en aquel punto. En torno a la Doncella herida, ingleses y franceses lucharon encarnizadamente. Unos y otros se disputaban la persona que representaba a Francia. Quien se apoderase de ella, conseguiría también dominar a Francia, y la conservaría en sus manos para siempre. Justamente allí, en aquel estrecho lugar y apenas en unos breves momentos, el destino de Francia iba a decidirse para siempre. Y se decidió.

Si los ingleses hubieran capturado entonces a Juana, el Rey Carlos VH habría huido del país, con el Tratado de Troyes vigente, que mantenía a Francia en propiedad de Inglaterra, convirtiéndola en una provincia de este reino hasta el fin de los tiempos. Se estaba jugando allí la suerte de una nación y de un reino y no había más tiempo para resolver la partida que el empleado en hervir un huevo. Fueron los momentos más trascendentales marcados nunca, antes y después, en la historia de Francia. Si alguna vez leéis en la historia algún hecho en que se diga que el destino de una nación estuvo en la balanza durante horas, semanas o meses, no dejéis de recordar aquella lucha. Que vuestros corazones franceses latan más deprisa al considerar los instantes en que Francia, o Juana de Arco, permaneció ensangrentada en el foso, con dos naciones sobre ella disputando por su vida.

Pero no os olvidéis tampoco del «Enano». No abandonó ni un momento a la Doncella y peleó con la fuerza de seis soldados. Blandía el hacha con las dos manos y la dejaba caer, gritando: «¡Por Francia!». Los yelmos enemigos se quebraban, como cáscaras de huevo, con la seguridad de que el soldado golpeado ya no volvería a maltratar franceses.

Fue dejando detrás a los soldados muertos, y cuando la victoria fue nuestra, le rodeamos, permitiéndole remontar la escala con el cuerpo herido de Juana, como se lleva un niño, y la puso a salvo del fragor de la batalla. Una multitud ansiosa nos seguía, al ver a Juana cubierta de sangre de pies a cabeza, parte suya y parte de sus enemigos, de modo que apenas se distinguía el color de la armadura.

El dardo de hierro continuaba en el hombro. Alguien dijo que la había atravesado y se veía por la otra parte. No lo sé, ni tampoco quise verlo. Al sacarle la punta, el dolor la hizo sufrir de nuevo. Hay quien dice que se lo arrancó ella misma, en vista de que nadie se atrevía a hacerlo, temiendo verla sufrir. No estoy seguro. Pero, al fin, extraído el dardo, le curaron la herida, le pusieron aceite, y se la vendaron cuidadosamente. Juana descansaba en el suelo, débil y enferma, una hora tras otra, animándonos a continuar la lucha.

Así lo hicimos, pero sin los resultados apetecidos, pues sólo en su presencia los soldados se convertían en héroes que no conocían el miedo. Les ocurría como al Paladín, capaz de asustarse hasta de su propia sombra, pero que se transformaba bajo la mirada de Juana en un valeroso guerrero.

Llegada la noche, Dunois decidió detener el combate. Juana oyó los clarines.

—¡Pero, cómo! —gritó—. ¡Tocan retirada!

Se olvidó de la herida. Dio orden de avanzar y mandó al oficial artillero disparar cinco cañonazos en rápida sucesión. Esta era la señal convenida para que las fuerzas de La Hire, situadas en la orilla de Orleáns, lanzaran un ataque sobre Las Tourelles, por el lado del puente. La orden debería producirse cuando Juana estuviera segura de que el baluarte se encontraba a punto de caer en sus manos.

Juana montó en su caballo y rodeada por su escolta se dirigió hacia la batalla. Cuando nuestros soldados la vieron llegar, lanzaron un grito ensordecedor y se mostraban ansiosos de asaltar nuevamente el baluarte. Juana cabalgó directamente hacia la muralla donde recibió la herida, y allí mismo, bajo una lluvia de dardos y flechas, ordenó al Paladín que enarbolara al viento su largo estandarte y que le avisara cuando sus flecos rozaran el muro de la fortaleza. Al poco rato, dijo:

—Ya tocan.

—Bueno, pues ahora —ordenó Juana a los batallones que aguardaban— el baluarte es vuestro... ¡Entrad! ¡Clarines, llamad al asalto! ¡Ahora!... ¡Todos a una!... ¡Atacad!

Y atacaron. Nunca se vio nada semejante. Trepamos por las escalas formando un enjambre y subimos hasta las almenas, y después alcanzamos los tejados, como en una ola incontenible... y la fortaleza cayó en nuestras manos. Podría uno vivir mil años y no presenciar un episodio tan impresionante como aquél. Allí, cuerpo a cuerpo, peleamos como bestias feroces. Los ingleses no se rendían. La única forma de inmovilizarlos era la muerte, y aun así... De este modo se luchaba entonces... cualquiera puede confirmarlo.

Estábamos tan enfebrecidos, que no escuchamos los cinco tiros del cañón, pero fueron disparados al mismo tiempo que Juana había dado la orden de asalto. Mientras golpeábamos a derecha e izquierda, cerca ya de los últimos

bastiones, nuestras reservas del lado de Orleáns surgieron atravesando el puente y atacaron Las Tourelles por la otra parte. Colocaron un bote bajo el puente levadizo de los ingleses y lo incendiaron, con el fin de cortar la comunicación entre el baluarte y Las Tourelles. Cuando nos lanzamos contra el enemigo y los pusimos en fuga, pretendieron escapar hacia Las Tourelles a través del puente levadizo. Las maderas ardientes cedieron, y los caballeros se precipitaron al río con sus armaduras. A pesar de que eran enemigos, fue un espectáculo penoso y dramático verles morir de aquella forma.

—¡Ah!, que Dios tenga piedad de ellos... —exclamó Juana al presenciar la tremenda escena.

Pronunció estas caritativas palabras y lloró con sentimiento, a pesar de que uno de aquellos hombres la había insultado con groseras expresiones sólo porque Juana les conminó a rendirse. Era el oficial inglés *Sir William Glasdale*, un caballero muy valeroso. Revestido de acero como iba, se hundió en el agua del río como una lanza y no volvió a salir nunca más.

No tardamos en restablecer este puente, ahora para utilizarlo nosotros en persecución de los huidos, dispuestos a conquistar la última plaza fuerte en poder de los ingleses, que aislaba la ciudad de Orleáns del territorio francés y le impedía recibir víveres y asistencias. Antes de que se ocultara el sol los planes de Juana se cumplieron: su estandarte flotaba en lo alto de la fortaleza de Las Tourelles: sus promesas se convirtieron en realidad: ¡Había levantado el asedio a Orleáns!

El sitio, que duró siete meses, había concluido. Lo que los más valientes capitanes de Francia consideraron imposible ya era un hecho. Pese a todos los esfuerzos de ministros y consejeros del Rey, dispuestos a cerrar el paso a Juana, la doncellita aldeana cumplió su misión. ¡Y lo hizo todo en cuatro días!

Las buenas noticias —como las malas— circulan muy deprisa. Cuando nos disponíamos a regresar a casa, observamos que la ciudad de Orleáns se había convertido en una llamarada de hogueras. Los cielos se teñían de rojo, y el ronquido de los cañones y el repicar de campanas formaban un estruendo hasta entonces desconocido por los ciudadanos de Orleáns.

Al entrar en la ciudad, nos encontramos sumergidos en un torbellino de emociones. Las gentes derramaban tal cantidad de lágrimas, que eran suficientes como para hacer desbordar el río. No se veía una sola cara, iluminada por las hogueras, que no estuviera surcada por lágrimas. Y si los pies de Juana no hubieran estado protegidos por la armadura, se los habrían

desgastado a besos entusiastas. ¡Bienvenida, bienvenida sea la Doncella de Orleáns! ¡Bienvenida sea Nuestra Doncella!...

Ninguna otra muchacha en la historia ha logrado alcanzar una gloria tan alta como la conseguida por Juana aquella noche. Pero ¿eso le hizo perder la cabeza, o se gozó con la dulce música del homenaje y el aplauso? No. Otra chica, en su lugar, tal vez. Pero ésta, no. Tenía el corazón más sencillo y grande que haya existido nunca. Se fue derecha a descansar, como cualquier mujer fatigada. Y cuando las buenas gentes descubrieron que estaba herida y necesitaba reposo, cerraron el paso en su calle y se turnaron haciendo guardia toda la noche para que nadie turbara su sueño. Decían: «Ella nos ha traído la paz, y por lo tanto tiene derecho a disfrutar también de paz».

Todos estaban seguros de que al día siguiente la región aparecería limpia de ingleses y se mostraban de acuerdo en que los ciudadanos de aquella época y de las futuras, dedicarían siempre esa jornada a la memoria de Juana de Arco. La promesa se hizo realidad durante más de sesenta años. Así continuará siempre. Orleáns no olvidará jamás el día 8 de mayo^[1] y nunca dejará de celebrarlo. Es el día de Juana de Arco... y es sagrado^[2].

31

Al amanecer, *sir* Talbot y sus tropas inglesas evacuaron los bastiones y abandonaron el campo, sin destruir ni llevarse abastecimientos y pertrechos militares, dejando las fortalezas tal como estaban, armadas y equipadas para el largo asedio previsto. Al pueblo le costaba admitir que todo aquello estuviera sucediendo. Que nuevamente eran libres y podían circular a través de las puertas de la ciudad sin que nadie les cortara el paso. Que el terrible *sir* Talbot, azote de los franceses, cuyo solo nombre ponía en fuga a poderosos ejércitos, se batía en retirada... expulsado por una niña...

La ciudad exultaba de alegría. Las multitudes atravesaron sus puertas y se aproximaron —como una invasión de hormigas— a las fortificaciones inglesas. Se apoderaron de las piezas artilleras y de los alimentos almacenados y después convirtieron aquella docena de fortalezas en sobrecogedoras hogueras, cuyas altivas columnas de humo denso parecían aguantar la bóveda celeste.

La diversión de los chicos tomó nuevos rumbos. Para los más pequeños, los siete meses de cerco, encerrados en sus casas, eran casi una vida. Olvidaron el color de la hierba, que ahora se les presentaba, abundante, en los verdes prados de las afueras de Orleáns. Era un goce para ellos disponer de campo abierto donde correr y danzar, retozar por el césped y jugar, después de tan aburrido y triste cautiverio. Ahora recorrían los extensos campos a los dos lados del río y regresaban a sus hogares por la tarde, cansados y con las manos llenas de flores silvestres, las mejillas coloreadas por el aire fresco y el vigoroso ejercicio.

Apagados los incendios, las personas mayores acompañaron a Juana en su recorrido de acción de gracias por las iglesias de la ciudad. Por la noche se celebraron grandes festejos dedicados a Juana, a sus generales y soldados, en los que el regocijo se hizo extensivo a todos, civiles y militares. Finalmente, mientras el pueblo descansaba de sus fatigas, al amanecer, partimos a caballo

en dirección a Tours para informar al Rey de las jubilosas novedades.

Aquella marcha triunfal hubiera hecho perder la cabeza a cualquier otra persona que no fuera Juana. El camino estaba cubierto por miles de campesinos agradecidos y emocionados. Se apretaban en torno a Juana para tocar sus pies, su caballo, su armadura, y hasta besaban el suelo marcado por las herraduras de su cabalgadura. Por todas partes se repetían alabanzas en favor de Juana. Las más ilustres jerarquías de la Iglesia escribían al Rey exaltando a la Doncella, a la que comparaban con los santos y héroes de la Sagrada Escritura, advirtiéndole que no permitiera a la «incredulidad, la ingratitud u otras asechanzas» cortar el paso a la ayuda de Dios enviada a través de la joven. Dejando a un lado el tono profético de estas palabras, pienso que estaban inspiradas en el profundo conocimiento que tenían aquellos grandes personajes sobre el carácter voluble y solapado del Rey.

Este acudió a Tours al encuentro con Juana. Por entonces, aquel pusilánime era llamado Carlos el Victorioso, gracias a los éxitos que los demás conquistaron para él. Pero circulaba por entonces otro calificativo más apropiado dados sus méritos personales: Carlos el Bajo.

Cuando nos llevaron ante su presencia, nos recibió en el trono, rodeado de sus favoritos y aduladores nobles vestidos de oropel. Semejaba una zanahoria ensartada en un trinchante, de tan ceñidas como llevaba las ropas desde el pecho hasta los pies. Los zapatos presentaban la punta enrollada en espiral, tan larga, que era preciso atarla a la rodilla para que no estorbara. Se cubría los hombros con una capa carmesí, que sólo llegaba a los codos, y en la cabeza mostraba un sombrero alto, de fieltro, parecido a un dedal, con una pluma adosada a la cinta enjoyada, sobresaliendo como la de un tintero. Bajo aquella especie de dedal, su cabello, áspero e hirsuto, le caía hasta los hombros, con las puntas rizadas hacia fuera, de modo que pelo y sombrero formaban un casquete. Los tejidos de sus vestiduras eran de excelente calidad y brillantes colores. En su regazo descansaba un lebel enano que enseñaba sus blancos dientes con irritación cada vez que algún movimiento le perturbaba.

Los acompañantes del Rey vestían de modo parecido a éste. Recordé entonces que Juana llamó «señoritas disfrazadas» a los miembros del Consejo real, y me vino a la cabeza esas gentes que gastan su dinero en frivolidades y en cambio escatiman lo importante. Pensé qué bien les acomodaba el calificativo de Juana a aquellos cortesanos.

Juana se postró de rodillas ante la majestad del Rey de Francia. La escena me resultó penosa. ¿Qué méritos acreditaba ese hombre y los que le rodeaban para que Juana se arrodillara ante él? En cambio ella... fue capaz de realizar la única hazaña llevada a cabo por la nación francesa en los últimos cincuenta años, derramando por el país la sangre de sus propias venas... Los puestos estaban cambiados...

Pese a todo, para ser justos, he de reconocer que Carlos cumplió muy bien sus deberes en aquella ocasión, mejor de lo que nos tenía acostumbrados. Entregó el perro a un cortesano, se despojó del sombrero, como ante una reina, bajó del trono y la hizo subir, mostrando viva alegría y gratitud por los grandes servicios prestados. Mis reservas contra el Rey surgieron posteriormente. De haber continuado en aquellos términos no hubiera llegado a pensar tan mal de él. Lo cierto es que se comportó noblemente. Dijo:

—No debéis arrodillaros ante mí, mi incomparable General. Os habéis mostrado como reina y por tanto os debemos cortesías reales —al darse cuenta de la palidez de Juana, añadió—. Pero no os quedéis de pie. Vuestra herida todavía está fresca. Venid: —la condujo a un asiento y se colocó a su lado. El rey, continuó:

—Y ahora, vamos, hablad con franqueza. Pedidle a alguien que os debe mucho y lo reconoce abiertamente y en público. ¿Qué recompensa deseáis? Decídmelo. Os lo ruego.

Conociendo el carácter de Juana, sentí vergüenza ante las palabras del Rey. Y, sin embargo, no era justo, puesto que él no la había tratado y no sabía hasta qué punto era generosa aquella maravillosa criatura. Todos tendemos a despreciar a los que ignoran algo que nosotros sabemos, y yo incurrí en esto mismo. También sentí vergüenza al ver cómo, todos aquellos nobles se mordían los codos de envidia ante la gran oportunidad que se le brindaba a la «campesina». Juana se ruborizó visiblemente al oír el propósito de pagar lo que había hecho por su patria. Bajó la cabeza y trató de ocultar la cara, como hacen las jovencitas cuando se sienten enrojecer. Y cuanto más se turban, más vergüenza les da y más trabajo les cuesta aguantar que la gente las vea. El Rey estropeó todavía más las cosas el gastarlas bromas relativas a su reacción, afirmando que el color le sentaba muy bien y no tenía por qué avergonzarse. Entonces, el rostro de Juana adquirió un tono de púrpura, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Ya imaginaba yo que ocurriría algo así. El Rey se quedó cortado al ver aquello y comprendió que la mejor salida era cambiar de tema, así que empezó a ensalzar las hazañas de Juana en su asalto

de Las Tourelles, y sólo después, cuando la joven se serenó un poco, volvió a referirse al asunto de la recompensa, y le rogó que solicitara cualquier cosa. Todos permanecieron atentos, ansiosos de escuchar la petición, pero al oírla quedaron extrañados, pues no era eso lo que ellos esperaban.

—¡Oh, mi querido y gentil Delfín!... no tengo más que un solo deseo, uno solo... Sí...

—No temáis, hija mía, decidlo.

—Pues que no perdamos ni un solo día en proseguir la campaña. Nuestro ejército es ahora fuerte y valeroso, y arde en deseos de terminar lo iniciado: os pido que marchéis conmigo a Reims, donde seréis coronado.

Pudimos ver cómo el Rey se encogía en sus lujosas ropas.

—A Reims... ¡Eso es imposible, mi General! ¡Adentrarnos a través del territorio dominado por los ingleses!

¿Es posible que aquellas gentes fueran verdaderos franceses? Ni uno solo de ellos mostró alegría ante la valiente proposición de Juana, sino que, al contrario, parecían muy satisfechos al oír las medrosas palabras del Rey. ¿Abandonar el regalo de la Corte a cambio de la incómoda guerra? Ninguna de aquellas mariposillas deseaba tal cosa. Revoloteaban muy agitados y mostraban su satisfacción por la prudencia y sentido práctico del jefe de las mariposas. Juana le insistió al Rey:

—Os suplico no despreciéis esta magnífica oportunidad. Todo nos favorece ahora... Todo. Es como si todo se hubiera puesto a nuestro servicio. El ánimo del ejército se encuentra exaltado por nuestra victoria, mientras los ingleses están deprimidos por la derrota. Si perdemos tiempo, quedaría alterado este orden de cosas. Si ven que vacilamos y no sabemos aprovechar la ventaja, nuestros soldados perderían su fe, se mostrarían dudosos, harían preguntas... Al contrario, los ingleses recuperarían la confianza y el valor, volviéndose nuevamente intrépidos. ¡Este es el momento de atacar! ¡Os ruego que iniciemos la marcha inmediatamente!

Pero el Rey movió la cabeza, dudando. Pidió el consejo de La Tremouille, quien lo dio rápidamente:

—Señor, la más elemental prudencia nos aconseja renunciar a la marcha. ¡Pensad en las fortalezas inglesas que vigilan a todo lo largo del Loira, recordad las que nos cierran el paso desde aquí hasta Reims!

Iba a continuar enumerando, pero Juana le cortó impulsivamente, y le dijo:

—Si les damos tiempo, todas ellas serán reforzadas más todavía. Entonces, decidme, ¿qué ganamos si nos detenemos ahora?, ¿qué ventaja sacaremos de ello?

—Sí... ninguna...

—Así pues, ¿cuál es vuestra opinión?, ¿qué proponéis que hagamos?

—Mi opinión es que debemos esperar.

—¿Esperar a qué?

El consejero vacilaba ostensiblemente, incapaz de ofrecer una alternativa defendible. Además, no estaba acostumbrado a sufrir interrogatorios ante la presencia de tanta gente curiosa. Comenzó a irritarse, y contestó:

—Los asuntos de Estado no son materia de discusión pública.

Juana respondió tranquilamente:

—Os pido excusas. Mi falta ha sido por ignorancia. No sabía que los asuntos de vuestra competencia fueran cuestiones de Estado.

El ministro levantó las cejas, entre sorprendido y divertido y habló con acento irónico en la voz:

—Bien. Soy el primer Ministro del Rey y a vos os parece que los problemas relacionados con mi departamento no son cuestiones de Estado. ¿Cómo puede interpretarse eso?

Juana contestó con serenidad:

—Porque no hay Estado.

—¡Cómo que no hay Estado!

—No, Señor. No lo hay. Y tampoco habría necesidad de un primer Ministro. Francia no abarca hoy ni dos acres de terreno. Con un magistrado o un condestable sería suficiente para gobernarla. Así que sus asuntos, no son asuntos de Estado. Es un término demasiado importante.

El Rey no pareció enfadarse, al contrario, se rio abiertamente y el resto de la corte rio también, aunque procurando disimular. La Tremouille, encolerizado, se disponía a hablar airadamente, pero el Rey hizo un gesto con la mano y le detuvo, diciendo:

—Vamos. Tomo a Juana bajo mi real protección. Además, ha dicho la verdad. La verdad pura y simple. ¡Qué pocas veces la oigo! Con todo este aparato cortesano, y resulta que soy poco más que un magistrado. Después de todo, un pobre y raído magistrado, que manda sobre dos acres de terreno. Y vos, sois un simple condestable —y volvió a reír cordialmente—. Juana, mi noble, mi honrado general, ¿queréis pedirme vuestra recompensa? Os daré títulos de grandeza. Tendréis como cuarteles en vuestro escudo de armas, la corona y los lirios de Francia, y con ellos, vuestra espada victoriosa para defenderlos. Basta con que me digáis una palabra.

Se produjo un rumor de sorpresa y envidia entre los concurrentes, pero Juana movió su cabeza negativamente, y dijo:

—Perdonadme, querido y noble Delfín, pero no puedo. El que me hayáis permitido luchar por Francia y dedicarme a su defensa, supone ya una recompensa tal, que nada mejor deseo en la vida. Nada. Concededme la única recompensa que os he pedido, la más querida por mí, el más elevado de vuestros dones: venid a Reims y recibid allí vuestra corona. Os lo pediré de rodillas.

El Rey puso la mano en el brazo de Juana y se percibió en su voz un latido de valentía y en sus ojos una mirada de fuego varonil que parecía apagado:

—No, no... Sentaos, doncella. Me habéis convencido. Será lo que vos...

Sin embargo, en ese momento, una señal de aviso hecha por el primer ministro cortó la frase del Rey, el cual, para gran alivio de la corte, añadió:

—Bueno, bueno, pensaré en vuestra petición y ya decidiremos... ¿Os satisface esto, mi impulsivo soldadito?

La primera parte de la frase real hizo brillar un destello de luz en el rostro de Juana, pero las palabras finales la dejó sumida en la tristeza y las lágrimas acudieron a sus ojos. Y, de repente, como impulsada por algún sentimiento de terror, exclamó:

—Hacedme caso. ¡Os lo suplico! ¡Tenemos muy poco tiempo!

—¿Muy poco tiempo? —preguntó el Rey.

—Solamente un año... no viviré más que un año.

—Vamos, chiquilla, en ese vigoroso cuerpecito quedan todavía unos buenos cincuenta años de vida.

—Os equivocáis, Majestad. Con toda seguridad, dentro de un año escaso,

mi vida llegará a su fin. El plazo es corto. ¡Es tan corto! El tiempo vuela, y ¡queda tanto por hacer! Atended mi ruego rápidamente. Es la vida o la muerte para Francia.

Hasta aquellos frívolos cortesanos quedaron afectados al oír las palabras de Juana. El Rey se mostró muy serio y grave, fuertemente impresionado. Sus ojos brillaron con resplandores de fuego. Se levantó, sacando su espada de la funda y luego la hizo descender sobre el hombro de Juana y dijo:

—Eres tan sencilla, tan sincera, tan grande y buena que con este espaldarazo te uno a la nobleza de Francia, justo el lugar que te corresponde. Y a través tuyo extiendo este privilegio a toda tu familia y a todo tu linaje, a todos tus descendientes nacidos en el matrimonio, y no sólo por vía varonil, sino también por la femenina. ¡Y todavía más! Para distinguir a tu casa y honrarla sobre todas las demás, añadimos otro privilegio, nunca concedido antes de ahora en la historia de nuestros dominios: que las mujeres de tu línea conserven la capacidad de ennoblecer a sus esposos cuando éstos fueran de rango inferior.

Envidia y asombro causaron las palabras del Rey en los asistentes al acto. El Rey dejó de hablar y observó los murmullos con evidente satisfacción, y continuó, diciendo:

—Levantaos, Juana de Arco. De ahora en adelante, vuestro apellido será «del Lis», en agradecimiento a la victoria que habéis conquistado en favor de los «lirios» de Francia. Ellos, junto a la real corona, y a vuestra propia espada vencedora, se unirán en vuestro escudo de armas, y serán para siempre el símbolo de vuestra elevada nobleza.

Mientras la Dama del Lis se levantaba, los elegantes «niños del privilegio», se adelantaron para darle la bienvenida a sus codiciadas filas, llamándola por su nuevo nombre. Juana quedó turbada otra vez, y aclaró que para ella esos honores no eran adecuados, debido a su humilde nacimiento. Solicitó la venia del Rey para seguir utilizando su anterior nombre y nada más. Con eso quedaría conforme.

¡Nada más! ¡Como si pudiera haber algo que fuera de mayor nobleza o valor! La Dama del Lis... Vamos, eso era un adorno despreciable perecedero e intranscendente... pero ¡Juana de Arco! ¡Sólo con el sonido de estas palabras se le aceleran a uno los latidos del corazón!

Los rumores que circulaban, no tardaron en difundirse por todo el país. ¡Juana de Arco había sido elevada a la nobleza por el mismo Rey! Las gentes quedaron asombradas y encantadas al conocer la noticia. La miraban embobadas, sin ocultar, a veces, alguna sombra de envidia. Cualquiera pensaría que algo muy grande y afortunado le había sucedido. A nosotros no se nos ocurrió que aquello fuera una cosa grandiosa. Según nuestra mentalidad, creíamos que ningún poder humano estaba en condiciones de añadir un ápice de gloria a nuestra Juana de Arco. Y es que, para nosotros, Juana era como el sol elevándose sobre los cielos y su nuevo rango de nobleza era un simple candil, comparado con su brillo natural. Sin embargo, Juana se mostró indiferente a tales honores, manteniendo su habitual sencillez.

En cuanto a sus hermanos, la cosa era diferente. Se les veía felices y orgullosos con la dignidad otorgada a su estirpe, lo cual era algo comprensible. Juana se alegraba al ver que ellos estaban muy contentos, cosa que el Rey debió calcular, como idea para atenuar sus escrúpulos y su rechazo de recompensas.

Juan y Pedro de Arco, encargaron pronto sus escudos de armas, y fueron rodeados de atenciones, que les dedicaban nobles y plebeyos para atraer su amistad. El Paladín se consolaba melancólicamente, diciendo:

—Al menos, irán situados detrás de mí en las ceremonias militares y reales, pero cuando les llegue el turno a los actos civiles y sociales, aunque se coloquen tras de vos, De Conte, y de los caballeros, nos pondrán a nosotros, a Noel y a mí a sus espaldas, ¿no?

—Sí —respondí yo—. Creo que estáis en lo cierto.

—Me lo temía —añadió El Paladín—. Sí que me lo temía. ¿Temerlo? Algo más que eso. Estoy diciendo tonterías. En realidad es que lo sabía, por supuesto. Sí. La verdad es que he hablado como un tonto.

Noel Rainguesson musitó:

—Ya me parecía a mí que notaba un aire de autenticidad en tus palabras.

Los demás nos reímos. Paladín se dio cuenta de la chanza.

—¡Ah sí! ¿Conque lo notaste, eh? ¿Te creerás muy listo, no? Pero un día de estos agarraré tu cuello y lo retorceré, Noel Rainguesson.

El caballero de Metz intervino:

—Paladín, vuestros temores se han quedado cortos. ¿No sabéis que en las ceremonias civiles y sociales los hermanos de Juana serán colocados por delante de todos? Fijaos que digo de *todos*, incluidos De Conte y nosotros.

—¿Es posible tal cosa? —inquirió Paladín.

—Vos mismo lo comprobaréis. Para empezar, observad sus escudos de armas. El signo que predomina es el de los lirios de Francia. Pues bien, eso es realeza, hombre, realeza... ¿No comprendéis su grandeza? Los lirios simbolizan la autoridad del Rey. ¿Os dais cuenta de la importancia que tiene esto? ¡Tienen las armas de Francia en sus escudos! ¡Pensad en eso! ¡Pensad en lo que significa! ¡Medid su magnitud! ¿Vamos a caminar nosotros delante de esos muchachos? Que Dios os bendiga, pero ya lo hemos hecho por última vez. Creo que en toda esta región no hay ni un solo caballero que pueda precederles, excepto el duque de Alençon, príncipe de la sangre real.

Paladín quedó anonadado. Se le podría haber tumbado con el suave golpe de una pluma. Estaba mortalmente pálido. Movi6 los labios sin articular sonido, y luego musitó:

—No tenía idea de que eso fuera así. Me he comportado como un idiota. Ahora lo veo claro. Esta mañana me crucé con ellos y les saludé con un simple «Hola», como si fueran unos cualquiera. No lo hice por mala educación, sino por ignorancia. He sido un asno. Eso es todo. He sido un asno.

Noel Rainguesson añadió con voz cansada:

—Seguro que tienes razón, pero no veo por qué te extrañas.

—¿No lo ves? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no me parece una novedad en ti eso de ser un asno.

—Noel Rainguesson, ya basta. No sigas por ese camino, si no quieres verte en dificultades. Y no me vuelvas a molestar durante el resto de la

semana, te lo ruego, pues no resisto la charlatanería.

—¡Hombre! Muy bien —respondió Noel—. Yo estaba callado y he procurado mantenerme fuera de la conversación. Si no te gusta mi charlatanería, ¿por qué me has hecho intervenir en tu conversación?

—¿Yo? Creo no haber hecho tal cosa.

—Pues sí lo hiciste. Y tengo motivos para enfadarme. Cuando una persona incita a otra y le obliga a conversar, no parece justo ni educado acusar de charlatanería a sus palabras...

—Está bien. Está bien —cortó el Paladín— Reconoce que estás hecho polvo y con el corazón destrozado por lo que pasa con los Arco. A ver, que alguien traiga una cucharadita de miel para esta pobre muñequita enferma. Decidnos, señor de Metz, ¿estáis seguro sobre eso de la nobleza de los Arco?

—Pero ¿a qué os referís?

—Pues a eso de que Juan y Pedro de Arco disfrutarán de prioridad sobre toda la aristocracia civil del país, excepto el duque de Alençon...

—Creo que no hay la menor duda de ello.

El Paladín estuvo unos momentos reflexionando, hasta que luego, con un suspiro, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! Vaya modo de ascender. Así se demuestra el valor de la suerte. Pues bien: no me importa. No me gustaría ser yo un simple accidente. No me valdría la pena. Prefiero haber llegado al lugar que ocupo gracias a mis méritos personales. Es mejor que subirse a caballo sobre el mismo sol en su cénit, pero tener que reconocer que yo fuera un mero accidente, con el riesgo de que algún otro pudiera arrojarme de allí por la fuerza... Para mí el valor personal lo es todo. Lo demás es basura.

En aquel momento, los clarines nos convocaron a asamblea y tuvimos que cortar la conversación.

Los días trascurrían veloces... y no se tomaba ninguna decisión, nada se aclaraba. El ejército mantenía su espíritu belicoso y su empuje, pero se encontraba inactivo y hambriento. Además, no recibían sus sueldos, por falta de efectivo en las arcas nacionales. Debido a las privaciones, la tropa comenzó a mostrar descontento y a dispersarse... hechos que resultaban del agrado de la relajada Corte. Mientras, la angustia de Juana nos resultaba un penoso espectáculo. La estaban obligando a permanecer de brazos cruzados, mientras su ejército se descomponía hasta quedar reducido al esqueleto.

En vista de las circunstancias, Juana se presentó en el Castillo de Loches, lugar donde holgaba el Rey acompañado por su Corte. En aquellos momentos, despachaba el monarca asuntos de Estado, con sus consejeros: Robert le Maçon, antiguo Canciller de Francia, Cristóbal D'Harcourt y Gerard Machet. El Bastardo de Orleáns también estaba presente y gracias a él nos enteramos de lo que ocurrió.

Juana se postró a los pies del Rey y le planteó rápidamente sus argumentos.

—Noble Delfín, me atrevo a rogaros que no perdáis más tiempo con tantas reuniones y consejos, sino que nos encaminemos a Reims, donde recibiréis vuestra corona.

Al oír estas palabras, Cristóbal D'Harcourt preguntó:

—¿Han sido vuestras Voces las que os han ordenado que expongáis ante el Rey este proyecto?

—Sí, y me insisten para que lo realicemos con toda urgencia.

El consejero pretendía que Juana incurriera en contradicciones y quedara desprestigiada ante el Rey. Pero la doncella —sin perder la calma— le aclaró que cuando encontraba personas que no creían en su misión, rezaba por ellas, compadecida de su incredulidad, y entonces, las Voces la consolaban,

diciéndole en voz suave y dulce: «Sigue adelante, Hija de Dios, que yo te ayudaré». Y, para terminar, la joven añadió:

—¡Cuando oigo esto mi corazón siente un gozo casi insoportable!

El bastardo nos contó que al pronunciar estas palabras, su rostro resplandecía como si estuviera en éxtasis.

Los argumentos y razones de Juana iban ganando terreno poco a poco en la voluntad del Rey. Pero también paso a paso, los miembros del Consejo le disputaban cada palmo de ese terreno. Y cuando ya no supieron contestarle, aceptaron que «quizá» fue un error permitir que el ejército se dispersara, pero ¿qué remedio había ya? y ¿cómo iniciar una marcha sin ejército?

—Pues formad uno —respondió Juana.

—Eso nos llevaría seis semanas.

—No importa —argumentó Juana—. ¡Empezad a hacerlo! ¡Empecemos!

—Ya es demasiado tarde. Sin duda el duque de Bedford ha congregado tropas de refuerzo para acudir en auxilio de las fortalezas a lo largo del Loira.

—Desde luego que sí. Mientras, nosotros nos dedicamos a dispersar nuestro ejército, por desgracia. Pero no debemos perder más tiempo: es urgente que nos movamos con toda rapidez.

El Rey consideró que no podía llegar hasta Reims mientras se levantaran aquellas plazas fuertes sobre el Loira cerrando el paso, pero Juana le tranquilizó:

—Las destruiremos todas. Entonces tendréis libre el camino.

Al escuchar esas palabras, el Rey se mostró favorable a dar su asentimiento. El permanecería a un lado, fuera de peligro, mientras la campaña se desarrollaba.

Juana volvió de su entrevista muy satisfecha y de buen humor. Inmediatamente la maquinaria comenzó a moverse. Se dictaron proclamas llamando a los hombres a filas y se organizó un campamento de alistamiento en Selles, en el Berry, donde acudieron en tropel nobles y plebeyos animados por un visible entusiasmo. Pese a que se había perdido la mayor parte del mes de mayo, hacia el 6 de junio ya se disponía de un nuevo ejército, y la Doncella se aprestaba a emprender la marcha. Disponía entonces de unos 8000 hombres. Es una cifra que merece atención. Sobre todo, pensando en que procedían de una región tan pequeña. Y eran soldados veteranos. Claro

que, debido a las continuas guerras y a su larga duración casi todos los hombres de Francia eran soldados, además de excelentes y rápidos corredores, pues casi no habían hecho otra cosa que correr ante el enemigo, durante un siglo. La culpa no era suya, pues nunca tuvieron mandos apropiados. Pero, además, en la retaguardia, el Rey y su Corte adoptaron la costumbre de traicionar a sus generales y, en justa correspondencia, éstos se habituaron a desobedecer al Rey y actuar a su capricho cada uno según sus intereses, ninguno en favor de la nación. Y así era imposible conseguir la victoria. Por eso, la capacidad de correr llegó a ser la mejor virtud de las tropas francesas. Pese a todo, lo que necesitaban aquellos soldados para convertirse en buenos luchadores era un Jefe dedicado plenamente a su tarea, un General con autoridad suprema en sus manos, secundado por otros generales también dotados de autoridad sobre todo el ejército. Ahora Francia sí tenía ese General revestido de poder, cuyo corazón y cabeza vivían exclusivamente para una guerra absorbente y seria y cuyas actuaciones iban a producir resultados positivos. Sobre eso no había dudas. Ahora tenían al frente del ejército a Juana de Arco, y con aquel mando, sus piernas pronto perderían la destreza adquirida en el arte de la carrera.

Sí, Juana se mostraba muy contenta. Recorría el campamento día y noche activando los preparativos. Allí donde se presentaba para animar a las gentes y supervisar las tropas, daba gusto ver cómo le dedicaban aplausos entusiastas, sin que nadie quedara indiferente a su paso. El aire juvenil, su belleza y gracia daban a su aspecto el matiz atractivo propio de una chica de 17 años que iba camino de convertirse en una mujer notable por su delicadeza y simpatía.

Un día se presentaron ante el campamento dos jóvenes aristócratas, los condes de Laval, emparentados con las más ilustres familias de Francia, que rogaron al Rey les presentase a Juana de Arco, pues venían ganados por su fama. Cuando la conocieron, no les defraudó, quedando impresionados por el cálido acento de su voz, el brillo de sus ojos profundos y el espíritu que reflejaba el semblante de la joven. Al verla sintieron un efecto semejante a la recitación de un poema sublime, o a la audición de una música marcial. Uno de ellos, en carta a su familia, explicaba: «Verla y escucharla parece algo divino». Era verdad. Nunca se dijo otra verdad más grande.

El mismo noble describió a Juana cuando, dispuesta a emprender la marcha, se puso al frente de las tropas:

—La Doncella estaba vestida con armadura blanca, salvo la cabeza, y

llevaba en la mano una pequeña hacha de combate. Se dispuso a montar en su gran caballo negro, pero éste, nervioso, brincaba sin permitirsele. Entonces, ella ordenó: «Conducidle hasta la cruz».

Se trataba de una cruz que estaba colocada frente a la Iglesia. En esa posición montó, sin que el caballo hiciera el más leve movimiento. Parecía atado. A continuación, Juana, mirando a la puerta de la Iglesia, rogó: «¡Vosotros, sacerdotes y hombres de Iglesia, haced rogativas a Dios por nosotros!». Luego, picó espuelas y cabalgando bajo su estandarte, enarboló su pequeña hacha y gritó: «¡Adelante! ¡Marchad!». Uno de sus hermanos, el que llegó hacía ocho días, la acompañaba. También iba cubierto con armadura blanca.

Yo, que estaba presente, doy fe de que todo aquello fue así, tal como él lo cuenta. Y aún me parece que lo estoy viendo: la pequeña hacha de combate, el sombrero con penacho de plumas, la plateada armadura, lo veo todo bajo la suave luz de aquella tarde de junio... la veo tan nítida como si todo hubiera ocurrido ayer... Me cabe el honor de figurar entre su escolta personal... ¡Yo estuve en la escolta de Juana de Arco!

Aquel joven conde habría dado su vida por venir con nosotros, pero el Rey no se lo permitió, de momento. Sin embargo, Juana le hizo una promesa que él anotó en su carta:

«La Doncella me prometió que cuando el Rey partiera para Reims, me llevaría en su comitiva... Pero ¡quiera Dios que no haya de aguardar hasta entonces, y así podría tomar parte en las batallas!».

Juana le hizo esta promesa al mismo tiempo que se despedía de la duquesa de Alençon, que también pretendía solicitarle otra para sí misma. La duquesa, angustiada por la marcha de su marido a la guerra, sabiendo los combates encarnizados en que tomaría parte, mientras abrazada a Juana, le pidió:

—Vigíladle, hija mía, tened cuidado con él y devolvédmelo salvo, os lo ruego. Y no permitiré que os vayáis hasta que logre vuestra promesa.

Juana contestó:

—Os lo prometo de todo corazón. Y no son sólo palabras. Es una verdadera promesa. Vuestro marido regresará a vos sin daño. ¿Lo creéis? ¿Es suficiente?

La duquesa no pudo articular palabra, pero besó a Juana en la frente, emocionada. Después, se separaron.

Salimos el día 6 de junio e hicimos un alto en Romorantín. Tres días más tarde, el 9, hicimos una entrada solemne en Orleáns, bajo arcos triunfales, acompañados por el estruendo de los cañonazos, y el agitado flamear de banderas. Al lado de Juana cabalgaba su Estado Mayor, vestido con esplendorosos trajes: el duque de Alençon, el Bastardo de Orleáns, el señor de Boussac, Mariscal de Francia, el Caballero de Granville, Maestro de Crossbowmen, el señor de Coulan, Almirante de Francia, Ambrosio de Loré, Esteban de Vignoles, más conocido por La Hire, Gautier de Brusac, y otros ilustres capitanes.

Fueron momentos de grandeza. Se reprodujeron los vítores de costumbre, y los empujones de la multitud en su deseo de ver y tocar la armadura de Juana. Por fin, nos abrimos paso hasta nuestro alojamiento y vimos al anciano señor Boucher, a su esposa y a la hermosa Catalina que esperaban nuestra llegada. Juana los estrechó a todos en un fuerte abrazo, mientras yo, pendiente de la belleza de Catalina percibí lo profundamente enamorado de ella que me encontraba. Me pareció tan preciosa y tan dulce desde el primer momento en que la vi, que su imagen ya no se ha borrado de mi mente con el paso de los años. La he llevado en el corazón durante 60 años, y nunca se separó de mi recuerdo. Ahora ya soy muy viejo, pero su figura permanece fresca, hechicera y encantadora con la misma fuerza que cuando se apoderó de mi cariño, llevando siempre alivio y paz a este humilde siervo que, gracias a ella, es como si no hubiera envejecido un solo día...

En esta campaña, igual que en la anterior, las instrucciones del Rey a los generales que acompañaban a Juana fueron estas: «Ved de no hacer nada sin la aprobación de la Doncella». Esta vez, la orden sí fue obedecida. Y lo siguió siendo en los días de la campaña del Loira. Aquello supuso un notable cambio respecto a los días de Orleáns. Al mismo tiempo que marcaba un cambio, mostraba la reputación de Jefe que se había ganado Juana después de verla en acción durante los diez días de batalla para liberar Orleáns. Cayeron por tierra dudas y prejuicios, mereciendo una confianza que ninguno de esos veteranos guerreros había logrado después de muchos años de incesantes combates.

Aunque los generales de Juana debían actuar siempre bajo la dirección de la Doncella, y ya se mostraban dispuestos a cumplir con la orden del Rey, sin embargo, algunos de ellos tenían miedo ante la nueva y arrolladora táctica militar desarrollada por Juana en la campaña de Orleáns, y se proponían decididamente cambiarla a toda costa. El día 10 de junio, mientras Juana se afanaba en perfilar sus planes de batalla y dictaba las órdenes oportunas, dentro de su Estado Mayor se reanudaban las antiguas consultas, deliberaciones y desconfianzas sobre el éxito de la misión.

En la tarde del mismo día 10 se estaba celebrando un Consejo decisivo para la marcha de la guerra. Mientras aguardaban la llegada de Juana, se entabló una áspera discusión entre los generales asistentes al acto. Su contenido no se recoge en las historias de la época, pero, aprovechando que yo estuve presente, voy a contarla fielmente, sabiendo que os fiáis de mí y que no os engaño con mentiras.

Gautier de Brusac era el portavoz del sector más temeroso. En cambio, la táctica de Juana era defendida por D'Alençon, el Bastardo, La Hire, el Almirante de Francia, el Mariscal de Boussac y la mayor parte de los generales más destacados.

De Brusac afirmaba que la situación era muy grave. En su opinión, la

plaza fuerte de Jargeau era inexpugnable. Estaba guardada por imponentes murallas, erizadas de troneras para cientos de piezas de artillería, y disponía de una guarnición de 7000 soldados veteranos, armados con picas, al mando del sagaz y cruel conde de Suffolk y de sus dos terribles hermanos, los De la Pole. A la vista de estos informes, el proyecto de Juana, consistente en atacar por asalto semejante fortaleza, le parecía a él una idea temeraria y peligrosa, por lo que consideraba necesario intentar convencerla para que lo abandonase. Era preferible, según él, el procedimiento, más realista y seguro, de formalizar un asedio en toda regla. Pensaba que esa nefasta moda de lanzarse a un ataque ciego y furioso, con masas de hombres contra murallas inexpugnables, era una locura que...

No pudo continuar. La Hire dio un puñetazo en la mesa y estalló:

—Por Dios que Juana conoce su oficio y nadie tiene nada que enseñarle.

Inmediatamente, D'Alençon y el Bastardo se pusieron en pie, seguidos por media docena más, que atronaban la sala con sus protestas.

Mostraban su repulsa hacia todos los que, secreta o públicamente, desconfiaran del acierto del Comandante en Jefe. Cuando se calmaron un poco los ánimos, La Hire remachó sus argumentos:

—Los hay que nunca saben cómo cambiar. La guerra varía y lo mismo ocurre con las tácticas, pero esas gentes no se dan cuenta de que también ellos deben hacerlo, si desean enfrentarse con las nuevas circunstancias. Lo único que saben es continuar con las mismas costumbres de sus padres y abuelos. Si, por un terremoto, los caminos de la tierra quedaran cortados por precipicios, esas personas no pensarían abrir otras carreteras, preferirían seguir los caminos de siempre aunque les llevaran a la perdición y a la muerte. Caballeros, nos enfrentamos ante un estado de cosas desconocido. Contamos con el genio militar que lo ha comprendido, lo ha visto con sus agudos ojos y nos está marcando la ruta a seguir. Os digo que ni existe ni existirá otro Jefe capaz de mejorar la táctica adecuada para vencer. El antiguo método nos conducía a la derrota, una tras otra, ¡recordadlo! Y, como resultado, nuestros soldados carecían de valor, desprovistos de coraje y sin esperanza.

Entonces, ¿asaltaríais fortalezas de piedra con semejantes hombres? Imposible. Sólo había un camino: sentarse delante de la plaza fuerte y esperar, esperar... Derrotarlos por hambre, si es que podíamos hacerlo. Pero ahora no. Las cosas han cambiado. Disponemos de soldados encendidos por el valor,

llenos de audacia y ansia de luchar, ¡un fuego arrollador! Y ¿qué haríais con ellos? ¿Contenerlos y aguardar hasta que se aburran y quieran marcharse a sus casas? Pero, bien, ¿qué haría con ellos Juana de Arco? Pues los dejaría seguir sus impulsos para que consumieran al enemigo en el torbellino de sus llamas. La prueba más evidente de su genio militar es lo rápido que se ha dado cuenta del cambio operado en sus hombres y de cómo sacar el máximo partido de este cambio. Ella rechaza la espera y el largo asedio por hambre. Nada de vacilaciones ni de tonterías por el estilo. Nada de holgazanear ni de entretenerse con dilaciones, no. Todo es ¡asalto, asalto, asalto! Perseguir al enemigo hasta su madriguera, luego soltar a sus huracanes para que derriben las murallas y tomen las fortalezas. ¡Y ése es también mi sistema! ¿Jargeau? ¿Qué ocurre con Jargeau, sus murallas y torres, su devastadora artillería, sus veteranos siete mil veces armados? Pues nada. Que Juana de Arco ya se acerca a ese bastión, y ¡por la gloria de Dios, que su suerte está echada!

Las palabras de La Hire fueron definitivas. Los arrolló a todos. Se acabaron las llamadas a la prudencia y los intentos de convencer a Juana de cambiar sus tácticas. Se pusieron a hablar amistosamente entre ellos. Cuando entró Juana, se levantaron y la saludaron con sus espadas y ella les preguntó por el motivo de sus discusiones. La Hire lo explicó:

—Ya está arreglado, mi general. Hablábamos de la fortaleza de Jargeau. Algunos pensaban que no estábamos en condiciones de rendir la plaza.

Juana rio con espontaneidad. Era una risa alegre y despreocupada que a los mayores les hacía sentirse jóvenes de nuevo. Después, dijo a la Asamblea:

—No tengáis miedo. Os aseguro que no hay ningún motivo para ello. Derrotaremos a los ingleses después de un poderoso asalto. Ya veréis.

A continuación, con voz velada por el recuerdo de su niñez, añadió:

—Si no estuviera segura de que Dios nos guía y nos llevará al triunfo, en vez de soportar todo esto me habría quedado en mi pueblo cuidando ovejas.

Aquella noche las personas más allegadas a Juana celebramos una cena íntima de despedida. Ella no pudo asistir, pues estaba invitada a una ceremonia pública y un banquete en su honor, a donde acudió rodeada de su Estado Mayor y del cortejo de antorchas y tañer de campanas habitual.

Cuando nosotros terminamos de cenar, acudieron un grupo de personas jóvenes y amigos, muchachas y muchachos ansiosos de diversión, con los que jugamos alborozadamente hasta muy tarde. Los gritos y risas disparatados,

propios de la edad, nos ofrecieron uno de los ratos más agradables que yo recuerdo. ¡Oh!, Dios mío, cuanto tiempo ha pasado desde entonces. ¡Qué joven era yo en esos días! Fuera, mientras tanto, se escuchaba, sobre el fondo de nuestra felicidad, el desfile acompasado de las tropas que marchaban a la batalla, últimos residuos del antiguo poderío francés, camino del hosco escenario de la guerra que protagonizarían al día siguiente un episodio dramático. En aquellos tiempos eran frecuentes tales contrastes entre vida y muerte, alegría y dolor.

Ofrecimos un hermoso espectáculo al desfilar, por la mañana del día siguiente, bajo las puertas de Orleáns con el ejército formado y nuestras banderas al viento. Juana y su Estado Mayor iban en la vanguardia de la nutrida columna. Los dos jóvenes condes De Laval se unieron a nosotros, incorporados al Estado Mayor, lugar adecuado a su rango, ya que eran nietos del ilustre guerrero y Condestable de Francia, Bertrand Du Guesclin.

Marchaban también a nuestro lado el caballero Luis de Borbón, el Mariscal de Rais y el señor de Chartres. A pesar del optimismo, se percibía en los rostros una cierta preocupación. Había circulado la noticia de que *sir* John Fastolfe acudía en auxilio de Jargeau con cinco mil hombres, destinados a reforzar la plaza. Pero su marcha era lenta, despectiva. Estaban perdiendo un tiempo precioso, al acampar cuatro días en Etampes y otros cuatro en Janville. Eso nos animó.

Llegados ante Jargeau, nos dispusimos al combate con toda rapidez. Juana envió una primera oleada, que se lanzó con vigoroso ímpetu contra las construcciones exteriores, logrando tomar algunas y defenderlas después de los contraataques enemigos. La reacción de los ingleses no se hizo esperar, realizando una salida furiosa para recuperar lo perdido. Los franceses retrocedieron hasta que Juana, pendiente de la batalla, lanzó su grito de guerra y dirigió personalmente un nuevo asalto entre intenso fuego defensivo de artillería. El Paladín cayó herido a su lado, pero Juana tomó con sus propias manos el estandarte y continuó hacia adelante, bajo una lluvia de proyectiles, al mismo tiempo que animaba a los soldados con sus gritos. En los momentos que siguieron, la batalla se convirtió en un infierno de crujidos metálicos, choques violentos, hombres que luchaban en terrible confusión junto al ronco bramido de los cañones. De repente, el horizonte se ocultó debido a las nubes de pólvora que apenas dejaban ninguna visibilidad. A veces, el viento abría desgarrones que dejaban ver escenas de dolor y sangre. Pero siempre, en todo momento, allí se alzaba la figura envuelta en la armadura de plata, colocada

en el centro de nuestra esperanza y fe en la victoria, como señal de que todo iba bien. Al cabo de un rato, un gozoso griterío de júbilo nos anunció que las primeras fortificaciones eran ya nuestras. El enemigo había sido arrojado al interior de sus murallas.

Como la noche se nos echaba encima, Juana dio órdenes de acampar sobre el mismo terreno recién conquistado, y envió emisarios con la misión de ofrecer a los ingleses la oportunidad de rendirse, a cambio de permitirles salir en paz y llevarse sus caballos. Nadie la creía capaz de conquistar la plaza, pero ella estaba segura de lograrlo. La propuesta de Juana no era frecuente en aquellos tiempos, en los que se pasaba a cuchillo a los habitantes de las plazas capturadas, fueran soldados o ciudadanos, mujeres y niños. Recordemos, como muestra, las atrocidades cometidas por Carlos el Temerario en hombres, mujeres y niños de la localidad de Dînant cuando se apoderó del lugar, unos años antes. Pero Juana, en todas sus campañas, procuró salvar la vida y el honor de los soldados, cuando ya había conseguido dominar una situación.

Los ingleses respondieron solicitando una tregua de quince días para examinar la propuesta. Pero, mientras, *sir John Fastolfe* no tardaría en llegar con su ejército de cinco mil hombres, por lo que era imposible aceptar la oferta. Juana les replicó negándose a considerarla, pero les concedió otra posibilidad: salir provistos de sus caballos y armas blancas, siempre que desalojaran la fortaleza en el plazo de una hora. Aquellos veteranos ingleses demostraron su tozudez, rechazando el ofrecimiento generoso de Juana. En vista de la última respuesta, ella dio las órdenes oportunas para que el ejército estuviera dispuesto para el asalto a las nueve de la mañana del día siguiente. Teniendo en cuenta las duras jornadas vividas, D'Alençon pensaba que era una hora muy temprana, pero Juana defendió su postura y hubo que obedecerla. Luego, llena de entusiasmo, les animó:

—¡Trabajemos! ¡Trabajemos! ¡Dios nos ayudará en nuestra tarea!

En verdad, podría decirse que su lema era siempre el mismo: ¡Trabajo, trabajo, trabajo!... ¡seguid trabajando! Tenía razón, puesto que si aceptamos el consejo y vivimos de acuerdo con él el éxito nos sonreirá. De las varias formas de lograr el triunfo en esta vida, ninguna vale nada si no viene respaldada en un trabajo duro y tenaz.

Creo que estuvimos a punto de perder a nuestro corpulento porta-estandarte aquel día, a no ser por la intervención del aún más corpulento «Enano», que lo libró del peligro cuando lo hirieron. Perdió el sentido y cayó

al suelo, de modo que nuestros propios caballos le habrían ocasionado la muerte, si el «Enano», rápidamente, no lo hubiera rescatado del tumulto, arrastrándolo lejos del peligro, hacia la retaguardia, donde lo dejó a salvo. Unas horas después ya estaba otra vez recuperado, volviendo a ser el mismo de siempre. Pronto le vimos feliz y orgulloso, alardeando de su herida entre fanfarronadas, como lo que era: un ingenuo niño grande. Nos aclaró que fue derribado por una piedra de catapulta del tamaño de la cabeza de un hombre. Por supuesto que la piedra fue creciendo de grosor. Al cabo de un rato, resultaba que le había caído encima todo un edificio.

—Dejadle —indicó su amigo Noel Rainguesson—. No interrumpáis sus progresos y veréis como mañana será una catedral.

Noel pronunció estas palabras en voz baja, para que no le oyera. Y, en efecto, sus previsiones se cumplieron: al día siguiente la causa de sus heridas fue una catedral.

Juana se encontraba en plena actividad desde el amanecer, estudiando minuciosamente las posiciones y señalando los mejores emplazamientos para situar la artillería. Colocó las piezas con una visión tan certera de la técnica militar, que causó la admiración del Teniente General, el cual lo hizo constar 25 años más tarde, en el Proceso de Rehabilitación de Juana de Arco. En su testimonio afirmó el duque D'Alençon que en la mañana del 12 de junio, frente a Jargeau, dispuso las piezas y ordenó el ejército, no como un principiante, sino «con el juicio claro y certero del más avezado general, como si tuviera veinte o treinta años de experiencia».

Los veteranos capitanes del ejército francés declaraban que, si era grande en la guerra y cubría genialmente las distintas armas, su talento resultaba inigualable al colocar y maniobrar con la artillería. Entonces, ¿quién enseñó a la campesina a realizar tales maravillas sin tener la más mínima instrucción y sin estudiar las complejas artes de la guerra? No hay modo de aclarar este misterio desconcertante, ya que no conozco nada igual en la historia del hombre. No ha existido ningún general, por grandes que fueran sus cualidades, que llegara a conseguir victorias como no fuera a base de estudios, trabajos muy duros y amplias dosis de experiencia. Por eso, el caso de Juana es un enigma incomprensible, y nunca se resolverá. Yo pienso que sus extraordinarios poderes y su inteligencia militar eran cualidades innatas y que los aplicaba utilizando una intuición que no le podía fallar.

A las ocho de la mañana cesó todo movimiento y el más profundo silencio

se apoderó del lugar. La quietud se hizo opresiva, espantosa... ¡significaba tanto para nosotros lo que ocurriría pronto!... No se movía ni una brizna de aire. Las banderas colgaban, inertes, como de piedra, mientras los soldados permanecían en actitud de tensa espera. Nosotros nos encontrábamos en el puesto de mando, muy próximos a Juana de Arco. Cerca de este lugar, se veían las callejas de los arrabales donde algunos ciudadanos también aguardaban acontecimientos. A la puerta de un comercio, un hombre, a punto de golpear un clavo con el martillo, se interrumpió, mirando hacia el ejército. Los niños cesaron en sus juegos, contagiados por el silencio general, y pude ver a una linda muchacha regando sus rojas flores en la ventana de su casa, que se detuvo en su acción. Era impresionante observar las figuras como petrificadas y comprobar que, por todas partes, el movimiento parecía haberse detenido.

En ese momento, Juana de Arco elevó su espada en el aire, y a esta señal, el silencio anterior cayó hecho trizas. Uno tras otro, los cañones se convirtieron en volcanes de fuego y humo, dejando oír su trepidante sonido. Como respuesta, aparecieron inmediatamente otras lenguas de fuego que surgían como dardos desde las almenas y troneras de las murallas de la ciudad. Al impacto de las balas, saltaban paredes y piedras a ambos lados. Por un momento miré en dirección a la muchacha que regaba las plantas. Aterrada, dejó caer la regadera y juntó sus manos, cuando una bala de piedra atravesó su juvenil cuerpo.

Se desencadenó el cruel duelo artillero, dando lugar a un espectáculo rodeado por el fuego y el humo, que exaltaba nuestro ánimo belicoso. La pobre ciudad que teníamos enfrente sufrió los devastadores efectos de la artillería. Las balas destrozaban sus edificios y los convertían en ruinas, como si fueran de papel. A cada instante una piedra de gran tamaño, describiendo una parábola en el aire, caía perforando tejados, provocando incendios que se elevaban hacia el cielo y oscurecían el panorama. De repente, una fuerte ráfaga de viento barrió el humo que ocultaba las murallas inglesas. El panorama nos impresionó: almenas y torres rematadas por llamativos estandartes, fogonazos y largos penachos de humo blanco, todo ello se recortaba con viveza sobre el fondo plomizo del horizonte. A nuestro alrededor comenzaron a oírse los silbidos de las balas, seguidos del impacto cercano y las nubes de polvo que se levantaban. Perdí interés en la contemplación estética. Un cañón inglés estaba afinando la puntería sobre nuestra posición y cada vez lo hacía con mayor precisión. Juana se dio cuenta de ello y ordenó a D'Alençon:

—Buen duque, apartaros de ahí, si no deseáis que ese cañón os mate.

El duque siguió el consejo inmediatamente. Pero el señor de Lude ocupó su lugar de modo imprudente y una bala le voló la cabeza en un instante.

Juana seguía las incidencias de la batalla, a la espera del momento oportuno para iniciar el asalto. Por fin, a eso de las nueve, lanzó su orden:

—¡Ahora, soldados, al asalto!

Y los clarines tocaron a la carga.

Al momento, vimos a los hombres avanzar hacia el punto señalado para el ataque, el mismo que había sido batido por el fuego concentrado de nuestros cañones, convirtiendo en ruinas el lienzo superior de las murallas enemigas. Nuestras fuerzas bajaron al foso y desde allí comenzaron a elevar sus escalas de asalto. No tardamos en reunirnos con ellos. D'Alençon consideraba prematuro el ataque, pero Juana lo tranquilizó:

—¿Acaso teméis algo? ¿Es que no sabéis que he prometido devolveros a vuestra esposa sano y salvo?

Mientras, en los fosos, las tareas se multiplicaban. Las almenas estaban cubiertas de soldados que arrojaban avalanchas de piedras enormes contra nosotros. Había un gigantesco inglés que nos estaba infringiendo él sólo más pérdidas que entre doce de los suyos. Cerraba los espacios más favorables para el asalto y lanzaba mortíferas piedras con tal pericia que cada impacto suyo aplastaba hombres y destruía escalas con irritante facilidad. Y lo peor de todo eran las risotadas que salían de su boca al comprobar los destrozos que causaba entre nuestros soldados. Pero el duque D'Alençon decidió acabar con el gigante. Fue en busca del famoso artillero Juan de Lorraine y le ordenó:

—Afinad vuestro cañón y eliminadme a ese demonio.

Lo consiguió del primer disparo. Hizo impacto en el pecho y lo derribó hacia atrás, dentro de la ciudad.

Pero la resistencia era tan ruda y tenaz, que empezó a cundir el desánimo entre los nuestros. Al darse cuenta, Juana, precedida por su grito de guerra, descendió al foso; ayudada por el Enano y seguida valerosamente por el Paladín con el estandarte, comenzó a ascender por una de las escaleras. Una gran piedra lanzada desde arriba, se estrelló contra su yelmo y la hizo caer de nuevo al foso, herida y sin conocimiento. Aquello sólo duró un momento. El Enano, la puso en pie y ella, inmediatamente, comenzó a subir hacia las

almenas, animando a los demás:

—¡Al asalto, amigos, al asalto! ¡Los ingleses ya son nuestros! ¡Esta es la hora señalada!

Al verla tan cerca, los hombres se movieron con gran ímpetu, y con un clamor de guerra nos arrojamos todos como un enjambre de hormigas contra la parte superior de las murallas. Aterrada, la guarnición se dio a la fuga y nosotros los perseguimos entre gritos de victoria. ¡Jargeau era nuestro!

El conde de Suffolk fue cercado y rodeado por los nuestros, hasta que el duque D'Alençon y el Bastardo de Orleáns le pidieron que se rindiese. Orgulloso aristócrata y de rancia familia, se negó a entregar su espada a unos subordinados y rugió:

—¡Antes moriré! Sólo me rendiré a la Doncella de Orleáns, a nadie más.

Y así lo hizo. A cambio, fue tratado por ella cortés y honorablemente.

Sus dos hermanos, los De la Pole, se fueron retirando en dura lucha palmo a palmo hacia el puente, para buscar escapatoria. Llegados al puente, la matanza continuaba. Alejandro De la Pole cayó al agua y se ahogó, pero su hermano John De la Pole decidió seguir peleando. Era casi tan orgulloso como su hermano el de Suffolk sobre la persona a la que habría de rendirse. El oficial francés que se encontraba más cerca de él era Guillaume Renault, que le acosaba ya muy cerca. *Sir John* le preguntó:

—¿Sois vos un caballero?

—Sí —respondió Guillaume Renault.

—Pero ¿habéis sido armado?

—No.

Entonces, el propio *sir John* le armó allí mismo, en el puente, otorgándole el espaldarazo con fría tranquilidad típicamente inglesa en medio de aquella tempestad de sangre y muerte. Después, inclinándose con gran cortesía, tomó su espada por la hoja y le ofreció la empuñadura al oponente en señal de rendición. ¡Eran de familia soberbia aquellos De la Pole!

Aquel resultó ser un gran día, una jornada memorable. La victoria más espléndida lograda hasta el momento. Hicimos miles de prisioneros aunque Juana no permitió que les hicieran el menor daño. Los llevamos con nosotros al día siguiente, cuando regresamos a Orleáns, donde nos recibieron con las habituales muestras de júbilo. Esta vez ocurrió un episodio desconocido. De

las atestadas calles surgieron los jóvenes reclutas que, luchando con la multitud, lograron llegar hasta Juana para tocar su espada y sentirse llenos de la misteriosa virtud que la hacía invencible.

36

Después de la gran victoria, era evidente que las tropas necesitaban descansar. Se concedieron dos días para que restauraran sus fuerzas. Yo me encontraba durante la mañana del día 14 escribiendo lo que me dictaba Juana, cuando entró Catalina Boucher. Estábamos en una habitación retirada, elegida por Juana cuando deseaba tranquilidad, impidiendo las interrupciones de sus oficiales. La llegada de Catalina nos obligó a hacer una pausa. La joven tomó asiento, y habló:

—Juana, si no os molesta, me gustaría deciros algo.

—No me molestáis nunca. Decidme, pues.

—La noche pasada apenas pude dormir, al pensar en los peligros que corréis. El Paladín me contó el modo como habéis salvado la vida del duque D'Alençon al advertirle que se apartara del lugar donde se encontraba, puesto que las balas de cañón volaban por todas partes.

—Bueno, eso os parecerá bien, ¿no?

—Desde luego. Pero no me gustó, en cambio, que vos permanecierais allí. Por favor, Juana, ¿cómo os comportáis de ese modo? Lo que hacéis es una temeridad inútil.

—¡De ningún modo! En realidad, yo no corría el menor riesgo.

—Pero ¿cómo podéis decir tales cosas, Juana, si a vuestro alrededor llovían mortíferas balas de cañón!

Juana lo tomó a broma e intentó cambiar de conversación, pero Catalina insistía:

—Aquello era enormemente peligroso y tal vez no hacía falta permanecer precisamente en ese lugar. Pero, además, es que os pusisteis al frente de los soldados que se lanzaron al asalto, y eso es tentar a la Providencia divina. Os ruego que me prometáis una cosa: que dejéis a otros dirigir los asaltos y os

pongáis a salvo mientras duran esas horribles batallas. ¿Lo haréis?

Juana se resistía a dar su palabra, de modo que Catalina permaneció triste y desolada. Un poco después, volvió a hablar:

—Juana, ¿siempre seréis un soldado? Estas guerras me resultan tan largas... Duran una eternidad...

Un chispazo de alegría brilló en los ojos de Juana, que dijo:

—Dentro de cuatro días, la parte más dura de esta campaña habrá terminado. El resto será mucho más fácil y menos sangriento. Sí, ¡al cabo de cuatro días caerá en manos de Francia un nuevo trofeo, tan maravilloso como la liberación de Orleáns! Este será el segundo paso decisivo en el camino de la libertad...

Al oír estas palabras, Catalina y yo quedamos impresionados. La joven musitó: «Cuatro días... cuatro días...», hablando consigo misma. Luego, preguntó con voz temerosa:

—Juana... pero vos, ¿cómo sabéis eso? Porque lo sabéis, creo.

—Sí —respondió Juana suavemente—. Golpearé... una y otra vez... Y antes de que transcurra el cuarto día, golpearé de nuevo...

Y permaneció silenciosa. Nosotros dos, también. Hasta que, al final, pudimos escuchar apenas estas palabras:

—Y, durante mil años, el poderío inglés en Francia, no se recobrará de este golpe.

Se me pusieron los pelos de punta. Aquello era un misterio. Me pareció verla otra vez en trance, como aquel día en los prados de Domrémy, cuando profetizó sobre el papel de nuestros compañeros de juego en la futura guerra de la que ella sería principal protagonista. Luego, cuando salió del arrebató, no recordaba su profecía, cosa que, tal vez, también le estaba ocurriendo ahora. Como Catalina ignoraba estos antecedentes, exclamó, feliz:

—¡Es magnífico! Lo creo, y además, ¡me alegro tanto!

Juana seguía como en trance y, así, susurró con la misma voz débil:

—Y antes de que pasen dos años, yo moriré de una forma horrible...

Al oír estas palabras, le hice a Catalina una señal de advertencia, logrando así, que no lanzara un grito aterrorizado. Luego, le rogué que saliera silenciosamente de la habitación y que no contara a nadie lo ocurrido. Le

aclaré que Juana estaba como dormida y que soñaba. Catalina murmuró, aliviada:

—¡Cómo me alegro de que esto sea sólo un sueño!... Me pareció una profecía... Y se alejó de allí.

Verdaderamente... parecía una profecía. Yo sabía que lo era. Tomé asiento de nuevo, sin poder contener las lágrimas, al tener la seguridad de que la perderíamos. Muy pronto, con un leve escalofrío, Juana recobró la consciencia y miró a su alrededor. Al verme llorar, se dirigió hacia mí, llena de ternura, y me puso la mano en la cabeza, diciendo:

—Amigo mío, ¿qué os ocurre? Decídmelo, por favor.

Inventé una mentira. No me gustó nada hacerlo, pero no me quedaba otra solución. Tomé de la mesa una vieja carta, no me acuerdo de quien era, ni cuando la recibí ni lo que decía. Le dije que era del P. Fronte y que me informaba que el Árbol de las Hadas había sido derribado por algún salvaje. Juana me arrancó la carta de las manos, la miró por todas partes, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y decía:

—¡Qué gente malvada y cruel! ¿Cómo puede haber alguien tan cobarde? ¡El pobre Árbol de las Hadas, desaparecido!... ¡Con lo que nosotros lo amábamos de niños! Decidme dónde lo dice...

Yo, siguiendo la farsa, le mostraba las supuestas palabras fatales, y ella las miró entre lágrimas, añadiendo que bien notaba que eran palabras odiosas y feas o, al menos, tenían todo el aspecto de serlo...

De pronto, escuchamos una potente voz en el pasillo, que anunciaba:

—¡Un mensajero de Su Majestad, con despachos para Su Excelencia el Comandante en Jefe de los Ejércitos de Francia!

Me di cuenta de que Juana «sabía» que iba a morir pronto. En realidad, ya se lo había anunciado al Rey cuando le rogaba urgencia en acabar con el poderío inglés. A ella no le preocupaba la idea, sabiendo que le aguardaba la gloria. Y los demás no hicieron caso de su profecía, o es que prefirieron olvidarla para estar más tranquilos. Pero yo no podía hacer lo mismo. Yo solo. Debía guardar mi terrible secreto sin el consuelo de nadie. Era una pesada carga, un dolor profundo que me apesadumbraba a todas horas y me hacía sentir el corazón destrozado.

Lo cierto es que Juana iba a morir pronto. Nunca imaginé semejante cosa. Era una idea incomprensible, al verla joven y fuerte, con derecho a una vejez tranquila y honrosa. Durante esa noche, estuve pensando en la tragedia de Juana, y así llegó la mañana. El son de los clarines y tambores se escuchó en el silencio de mi duermevela matutino, y las pesadillas desaparecieron. ¡Todos a montar y a cabalgar! Teníamos por delante una jornada que se preveía sangrienta.

Marchamos hasta Meung sin detenernos. Una vez allí, nos apoderamos del puente al asalto y dejamos una guarnición para custodiarlo, mientras el grueso del ejército continuaba el avance, a la mañana siguiente, hasta Beaugency. Allí, el «león» *sir* Talbot, el «terror de los franceses» ejercía el mando supremo. Cuando llegamos al pie de las murallas de la plaza, los ingleses se retiraron de los edificios y se hicieron fuertes en el castillo. Nosotros nos instalamos en la aldea abandonada. Nos enteramos de que *sir* Talbot no se encontraba entre los sitiados, pues había salido para reconocer el terreno y dar la bienvenida a Fastolfe, que se acercaba con los refuerzos de 5000 hombres en su ayuda.

Inmediatamente, Juana emplazó sus baterías y comenzó a bombardear el castillo hasta el anochecer. Durante la jornada nos llegaron noticias del territorio francés. El señor de Richemont, Condestable de Francia, se

aproximaba acompañado de un fuerte contingente de tropas, dispuesto a ofrecer sus servicios a Juana. El problema era que, por falsas maquinaciones de La Tremouille, había caído en desgracia con el Rey, y estaba mal visto en la Corte. Ya quiso unirse a nosotros en la campaña de Orleáns, pero aquel Rey insensato, en manos de viles consejeros, le ordenó que se mantuviera lejos, pues se negaba a reconciliarse con él.

Explico estos detalles porque me parecen importantes y demostraron una cualidad desconocida en Juana de Arco: la de avezado estadista. Parece raro encontrar una facultad semejante en una campesina ignorante de 17 años, pero ella acreditó que la poseía. Juana se mostró partidaria de recibir a Richemont amistosamente, y fue secundada por La Hire, los dos jóvenes Laval y otros mandos militares. Sólo se oponía D'Alençon y de modo terminante. Manifestó que tenía órdenes precisas del Rey de rechazar y desafiar a Richemont en cuanto le viera, y si estas órdenes no se atendían, él abandonaba el ejército. La amenaza, de haberse cumplido, significaba una pérdida irreparable para la campaña en marcha. Pero Juana se comprometió a convencerle de que la salvación de Francia era un valor superior a cualquier insignificante rencilla, y logró sus propósitos. Lo persuadió sobre la conveniencia de buscar ante todo el interés de la nación, dando la bienvenida a Richemont y reconciliándose con él. Este fue un rasgo de verdadero estadista y estrategia inteligente.

En la madrugada del 17 de junio, los exploradores de avanzadilla, nos informaron que *sir* Talbot y Fastolfe, unidos en un solo grupo, se acercaban a ellos. Los repiques de tambor nos llamaron a las armas y salimos al encuentro de los ingleses. Juana encomendó la vigilancia del castillo de Beaugency a Richemont y sus tropas, que ocuparon nuestra retaguardia, con la misión de impedir a la guarnición el menor movimiento o salida.

No tardamos en avistar al enemigo. Parece ser que Fastolfe intentó convencer a Talbot de que sería más prudente una retirada, sin aceptar batalla con Juana, con el fin de distribuir a sus hombres entre las plazas fuertes del Loira y aumentar su capacidad defensiva, evitando que fueran tomadas. Luego, se limitarían a esperar la llegada de refuerzos desde París, mientras Juana desgastaba su ejército en estériles escaramuzas diarias. Después, en el momento oportuno, caerían sobre ella en masa hasta aniquilarla para siempre. Con este plan demostraba Fastolfe ser un veterano general, experimentado y prudente. Pero el fiero Talbot no quiso escucharle. Estaba furioso por la derrota que le infligió la Doncella en Orleáns y había jurado saldar aquella

cuenta, aunque tuviera que luchar en solitario contra Juana. Así que Fastolfe cedió, aunque insistía en que se arriesgaban a perder de una vez todo lo conquistado con grandes esfuerzos por los ingleses.

El enemigo logró situarse en una excelente posición fortificada, y aguardaba a los franceses en perfecto orden de batalla, con sus famosos arqueros en vanguardia, protegidos por una sólida empalizada. La noche se acercaba. Los ingleses enviaron un mensajero desafiando a sus oponentes y ofreciendo presentar batalla de modo inmediato. Juana no se turbó y su serenidad no sufrió la menor alteración. Respondió al heraldo:

—Volved y decidles que ya es demasiado tarde para enfrentarnos esta noche, pero que mañana, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora, nos encontraremos.

Llegó una noche oscura y lluviosa, cayendo un agua ligera y continua que servía para apaciguar los espíritus. A eso de las diez, se presentaron el Bastardo de Orleáns, La Hire, Pothon de Saintrilles y algunos otros generales, para discutir con Juana sobre los planes a seguir. Se expusieron opiniones contrarias a la idea de aplazar el combate para el día siguiente. Saintrilles le preguntó por las razones que la llevaron a esta decisión y ella le contestó:

—Hay más de una razón. Tened en cuenta que estos ingleses ya pueden considerarse vencidos. Son nuestros y no pueden escapársenos. Así que no necesitamos correr riesgos, como en otras ocasiones. El día ya estaba acabando, y nos conviene la luz del día porque nuestro ejército se encuentra debilitado. Novecientos hombres los tenemos en Meung, vigilando el puente al mando del mariscal de Rais. Otros mil quinientos custodian el castillo de Beaugency a las órdenes de Richemont...

Dunois, intervino:

—Es una lástima haber dispersado las fuerzas, Excelencia, pero no hemos tenido más remedio. Y, además, el mismo problema lo tendremos también mañana, al fin y al cabo...

Juana caminaba de un lado a otro en ese momento. Rio abiertamente, se paró ante el viejo tigre de la guerra, y levantando su mano sobre la cabeza, rozó una de las plumas de su sombrero, diciendo:

—Decidme, hombre prudente, ¿qué pluma es la que estoy tocando?

—La verdad, Excelencia, no lo sé.

—Pues resulta curioso, Bastardo. ¡Conque no acertáis a señalarme una cosa tan pequeña como ésta, y en cambio, os atrevéis a profetizar sobre lo que ocurrirá el mañana que todavía no ha nacido, afirmando que no vamos a disponer de hombres suficientes! Pues, a pesar de todo, estoy segura que los tendremos con nosotros.

Sus palabras despertaron murmullos agitados entre los presentes, que deseaban saber las razones de su certeza. La Hire tomó la palabra y dijo:

—No le deis más vueltas, si ella lo cree así, es que así será.

En ese momento intervino Pothon de Saintrailles:

—Sin embargo, ¿existían otras razones para aplazar la batalla, según nos dijo vuestra Excelencia?

—Sí —respondió Juana—. Una de ellas era que, al ser nosotros más débiles y hacerse de noche, la batalla podía no resultar decisiva y completa. Pero cuando se produzca, habrá de serlo. Y lo será.

—Dios lo quiera. Así sea. ¿Habría más motivos?

—Otro, sí —dudó por un momento, y luego continuó—... no era hoy el día señalado. Mañana, sí. Así está ordenado.

Mil preguntas impacientes empezaron a salir de los generales, pero Juana levantó la mano, reclamando silencio.

—Será la victoria más honrosa y útil de las que Dios le haya concedido a Francia en toda su historia. Pero os ruego no me preguntéis desde cuándo y cómo lo he sabido. Basta con que os alegréis de que sea así.

Las caras de los presentes mostraron sin reservas su satisfacción y la gran confianza en las palabras de Juana. Las animadas conversaciones se interrumpieron con la llegada de los mensajeros procedentes de las líneas avanzadas que traían interesantes noticias. En la última hora, se habían percibido movimientos y ruidos en el campamento inglés, poco usuales en un ejército que descansa antes de la batalla. Al amparo de la oscuridad, los espías enviados habían descubierto columnas de soldados que se deslizaban silenciosamente en dirección hacia Meung.

Los generales quedaron sorprendidos, a juzgar por sus gestos y comentarios, aunque aguardaban el parecer de Juana, que habló:

—Es una retirada.

—Tal parece —añadió D'Alençon.

—En efecto, eso creemos —confirmaron el Bastardo y La Hire.

—Es extraño, pero está claro lo que persiguen —reflexionó Luis de Borbón.

—Sí —repuso Juana—. *Sir* Talbot se lo ha pensado mejor. Su espíritu fogoso parece haberse enfriado. Ahora se propone conquistar el puente de Meung y escapar cruzando a la otra orilla del río. Él sabe que con esto abandona a su suerte la guarnición de Beaugency, pero no le queda otra salida para rehuir esta batalla, y también esto lo sabe. Pero será burlado, porque no tomará el puente de Meung. Nos ocuparemos de ello.

—En efecto —aprobó D'Alençon—. Debemos impedirselo. Pero ¿qué ocurrirá con Beaugency?

—Dejad Beaugency de mi cuenta, duque. Lo tomaremos dentro de dos horas y sin derramamiento de sangre.

—¡Ahora os entiendo, Excelencia! —continuó D'Alençon—. Será suficiente con que hagáis llegar a los sitiados la noticia de que Talbot los abandona, para que se rindan inmediatamente.

—Así lo haremos. Yo me uniré a vosotros en Meung al amanecer, pero vendrán conmigo el Condestable seguido de sus mil doscientos hombres. Cuando Talbot se entere de la toma de Beaugency, la noticia le caerá como una bomba.

—¡Por Dios que sí! —bramó La Hire, entusiasmado—. Se batirá en retirada con su guarnición de Meung y el resto del ejército, en dirección hacia París. Mientras, nosotros nos habremos reforzado con otros dos mil cuatrocientos soldados más, para acabar la tarea de lo que será nuestro Gran Día, como nos ha prometido vuestra Excelencia antes. En verdad, que este inglés nos está resolviendo las dificultades y haciéndonos ahorrar mucha sangre y molestias. ¡Excelencia, ordenadnos lo que hemos de hacer! ¡Órdenes!

—Son muy sencillas. Dejad que los hombres descansen dos horas más. A la una, partirá la columna de avanzadilla bajo vuestro mando, La Hire, con Pothon de Saintrailles de segundo. Otro destacamento, a las dos de la madrugada, marchará al mando de D'Alençon. Procurad situaros a retaguardia del enemigo, evitando el combate. Mientras, yo me dirigiré hacia Beaugency con mi escolta, y una vez allí realizaré mi cometido tan aprisa que

me reuniré con el condestable y, reforzados con sus hombres, nos encontraremos con vos, La Hire, antes del amanecer.

Las órdenes se ejecutaron con celeridad. Juana cumplió su palabra, y junto a su guardia, cabalgamos bajo una lluvia lacerante, llevando a uno de los oficiales ingleses capturados, para que diera fe de las noticias que Juana quería transmitir a la guarnición de Beaugency sobre el abandono de Talbot. Pronto llegamos a las puertas del castillo. Richard Guétin, lugarteniente de Talbot, se convenció pronto de la inutilidad de hacer frente, con sus 500 hombres, al ejército de Juana y entabló negociaciones para rendir la plaza. No esperaba unas condiciones favorables, dadas las circunstancias, pero la Doncella se las concedió. Permitió a la guarnición conservar sus caballos y armas, y llevarse propiedades a razón de un marco de plata por cada soldado. Quedaban libres para marchar al lugar que quisieran, con la promesa de no pelear contra Francia hasta pasados diez días.

Antes del amanecer nos habíamos reunido nuevamente con nuestro ejército. Ahora contábamos con las fuerzas del Condestable, salvo la ausencia de un pequeño destacamento que se encerró en el castillo de Beaugency para cubrir cualquier eventualidad. De repente, escuchamos el estampido del cañón frente a nosotros, señal de que Talbot iniciaba su asalto al puente de Meung. Poco después, dejó de oírse definitivamente. Ocurrió que Richard Guetin había enviado un mensajero a través de nuestras líneas, con salvoconducto extendido por Juana, para comunicar a Talbot la rendición del castillo. El mensajero llegó antes que nosotros y Talbot, al conocer la noticia, decidió volverse en dirección hacia París. Al llegar el día, *sir* Talbot y la guarnición de Meung con su jefe, lord Scales, habían desaparecido de la vista.

Cuando, por fin, amaneció la jornada de aquel inolvidable 18 de junio, el enemigo no aparecía por ningún lado. A mí no me preocupó. Estaba seguro de que lo encontraríamos, descargando sobre ellos el golpe que —según lo adelantado por Juana— abatiría el poder inglés en Francia durante mil años.

El ejército inglés se adentró en las extensas planicies de la Beauce, formadas por terrenos baldíos, sin caminos, cubiertos por matorrales, salpicados con bosquecillos arbolados. Una zona poco adecuada para ocultar la presencia de un ejército. Así, encontramos el rastro de los ingleses sobre la tierra húmeda y blanda, de modo que pudimos seguirlos fácilmente. Por las trazas, marchaban con orden y tranquilidad, sin dejarse llevar por la prisa o el pánico.

Pero nosotros tomamos las máximas precauciones. En un terreno como aquél, nos arriesgábamos a caer en alguna emboscada, apenas sin darnos cuenta. Para evitarlo, Juana envió por delante un grupo de caballería al mando de La Hire, Saintrilles y otros oficiales, con instrucciones para reconocer el camino. Percibimos en algunos de nuestros mandos gestos de inquietud. Aquel juego del escondite les ponía nerviosos y les llevaba a desconfiar. Juana se dio cuenta de su estado de ánimo y decidió arengarlos con palabras vibrantes:

—En nombre de Dios, ¿qué esperabais, caballeros? Vamos a derrotar a los ingleses y lo haremos. No escaparán. ¡Aunque se colgaran de las nubes los alcanzaríamos!

Poco después llegamos a la vista de Patay, a una milla de distancia, aproximadamente. Entonces, nuestras avanzadas, escondidas entre la maleza, espantaron un ciervo, que saltó hacia adelante y escapó. Enseguida se oyó un gran alboroto en dirección a Patay. Eran los soldados ingleses, que hambrientos y cansados de la dieta escasa de los últimos días, se mostraron felices al vislumbrar la posibilidad de comer carne fresca, pero también

denunciaron su posición ante los franceses, que se apresuraron a enviar la noticia a Juana. En nuestro campamento la recibimos con gran alegría. D'Alençon dijo:

—¡Magnífico! ¡Ya los tenemos! ¿Nos lanzamos sobre ellos?

—¿Qué tal son vuestras espuelas, Duque? —preguntó Juana.

—¿Por qué lo preguntáis, Excelencia? ¿Es que los ingleses nos van a hacer correr?

—Nenni, en nom de Dieu^[3]. Los ingleses están perdidos. Huirán. Pero quien los alcance necesitará buenas espuelas. ¡Adelante! ¡Al ataque!

Cuando nos reunimos con las fuerzas de La Hire, los ingleses ya se habían percatado de nuestra presencia. Su ejército se encontraba dispuesto en tres cuerpos. En primer lugar, en vanguardia, se alineaba la infantería. Seguidamente, la artillería, y finalmente, los cuerpos de caballería, colocados algo más lejos, a retaguardia. En ese momento se hallaban fuera de los matorrales, en terreno despejado y abierto. Al vemos, con toda rapidez, la artillería se situó en orden de disparo, mientras los arqueros con sus picas cerraron formación defendidos por empalizadas móviles que impedirían el paso a los franceses. Confiaban en mantener sus posiciones para dar tiempo a la llegada de las fuerzas de reserva de caballería.

Sir Fastolfe les ordenó que galopasen a toda prisa en auxilio de la vanguardia. Juana, atenta, vio la gran oportunidad abierta. Indicó a las tropas de La Hire que avanzaran, cosa que hizo con presteza, desencadenando a sus violentos jinetes como una tempestad, según su costumbre. Impacientes, D'Alençon y el Bastardo quisieron seguirle, pero Juana los detuvo:

—Todavía no. Esperad a que yo os lo diga.

No les quedó más remedio que aguardar la señal, ansiosos por intervenir. Pero Juana se mantuvo firme, observando el terreno y valorando posiciones, distancias y fuerzas. Toda su capacidad de concentración estaba tensa, su cerebro, claro y su gesto, alerta. Pero tranquila y siempre dueña de sí misma, dominando la situación. A lo lejos, con las plumas de los yelmos al viento, continuaba su carga salvaje la cuadrilla de demonios de La Hire, con su figura grandiosa dominando a sus hombres y la poderosa espada extendida en el aire, como el asta de una bandera.

—¡Oh! Ved a esos diablos cómo se lanzan —murmuró uno de los presentes con admiración.

Y La Hire cargaba contra los impetuosos caballeros de Fastolfe. Por fin, entraron en contacto y rompieron el orden en las filas inglesas. El tremendo espectáculo hizo saltar en sus monturas al duque y al Bastardo. Se volvieron a Juana, excitados, para pedirle:

—¿Ahora?

Ella levantó la mano, sin dejar de mirar al campo de batalla, midiendo y calculando con asombrosa precisión los tiempos, y les calmó:

—Aguardad... todavía no...

Los caballeros de Fastolfe, acosados por los nuestros, se precipitaron en avalancha contra la vanguardia a la que debían auxiliar. Los arqueros y piqueros, al ver así a la caballería, creyeron que huían ante la presencia de la Doncella y, aterrorizados, rompieron la formación; presas del pánico, escaparon en desbandada, mientras *sir* Talbot los perseguía entre maldiciones y rugidos de ira.

Entonces llegó el ansiado momento. Juana picó espuelas y dio la orden de avance con un vivo movimiento de la espada.

—¡Seguidme todos! —gritó.

Agachó la cabeza sobre el cuello de su cabalgadura y se lanzó rauda como el viento sobre el enemigo. Trabamos cruento combate. Durante horas, cargamos, una y otra vez, contra las fuerzas inglesas, a las que infringimos sangriento castigo. Finalmente, los clarines tocaron la orden de ¡Alto!

Habíamos ganado la batalla de Patay.

Juana de Arco desmontó para contemplar aquel campo desolado, sumida en profundas meditaciones. Luego, habló con voz grave:

—Alabado sea Dios. Él ha golpeado con mano dura en el día de hoy.

Después, levantó la mirada hacia lo lejos y añadió, como pensando en alto:

—En un millar de años... mil años... El poderío inglés en Francia no se recuperará de esta derrota...

Permaneció un rato en pie, pensando, y luego se dirigió a sus generales que la aguardaban. Su cara mostraba la grandeza del momento y sus ojos mantenían la serenidad. Dijo:

—Amigos míos. ¿Comprendéis lo que ha ocurrido? ¡Francia ya está en el

camino de ser libre!

—¡Y nunca lo habría logrado, a no ser por Juana de Arco! —gritó La Hire, acercándose a ella ante la que se inclinó reverente. Los demás le imitaron, mientras se oía la voz de La Hire—: ¡Esto lo diré siempre, aunque me condenen por ello!

Luego, los batallones, uno tras otro, de nuestro victorioso ejército, pasaron ante Juana vitoreándola con brío:

—¡Larga vida, Doncella de Orleáns, larga vida!

Juana contestaba, sonriente, levantando su espada.

Pero no fue ésta la última vez que tuve ocasión de ver a Juana en el sangriento campo de batalla de Patay. Al atardecer, me la encontré junto a los muertos y moribundos que yacían desperdigados por el suelo. Nuestros soldados hirieron mortalmente a un prisionero, al darse cuenta de que era pobre y no podría pagar un buen rescate por su vida. Desde su puesto, Juana les vio cometer aquella acción cruel y acudió rápidamente al lugar, solicitando la presencia de un sacerdote. Cuando yo la vi, sostenía en sus brazos la cabeza del herido, mientras consolaba el momento de su muerte con palabras dulces y cariñosas, como las de una hermana. Sus lágrimas de dolor corrieron por sus mejillas mientras duró su caritativa acción^[4].

Juana había dicho la verdad: Francia estaba ya en el camino de ser libre. La llamada «Guerra de los cien años», llegaba a su fin. Se mostraba ahora adversa para los ingleses, por vez primera desde sus comienzos, hacía ya noventa años. ¿Debe juzgarse la importancia de una batalla por el número de muertos o los destrozos causados? ¿O bien hay que valorarla por los resultados que se derivan de ella? Yo pienso que una batalla será grande o pequeña, según sean las consecuencias que produzca. Sí, cualquiera estaría de acuerdo con esto, porque es, sencillamente, la verdad.

Así que, pensando en los resultados, la batalla de Patay es una de las pocas verdaderamente grandes, enormes, entre las que se han librado desde que los pueblos de la tierra acudieron a las armas para resolver sus contiendas. Desde este punto de vista, puede incluso que la batalla de Patay supere en importancia a cualquier otro de los conflictos decisivos de la historia. Hay que tener en cuenta que, al comenzar el combate, Francia estaba postrada, a punto de exhalar el último aliento de una vida casi muerta, y que, en opinión de todos los médicos políticos, su caso era algo completamente desesperado. Sin embargo, una vez finalizada la batalla, el moribundo había pasado a estar curado de su enfermedad, aunque todavía convaleciente. Convaleciente que apenas con unos cuidados medianos recobraría una salud de hierro. El más necio de los doctores lo hubiera considerado así y, desde luego, no hubo nadie que lo negara.

Algunas naciones moribundas superaron su enfermedad y alcanzaron la convalecencia después de un largo período de agotadores esfuerzos, sufrimientos, guerras y batallas, prolongado durante años. Pero sólo una nación entró en vías de curación en un solo día y en una sola batalla. Y esa nación es Francia, y esa batalla es Patay.

Podéis recordar esto y mostraros orgullosos de ello, puesto que sois franceses y es el acontecimiento más brillante en las crónicas de vuestro país,

a lo largo de su historia. Franceses, considerad el triunfo de Patay como un monumento que se eleva ante vosotros y toca las nubes con la cabeza. Franceses, recordad esto, y cuando seáis mayores id en peregrinación al campo de Patay y permaneced allí con la cabeza descubierta en recuerdo de la hazaña realizada.

Al considerar estos sucesos, parece conveniente examinar las circunstancias en las que se produjeron. La «Guerra de los cien años» comenzó en 1337 y se prolongó año tras año, hasta que Inglaterra dejó a Francia postrada con la tremenda derrota de Crécy. Pero la nación se recuperó y pudo continuar la lucha durante los años siguientes, hasta que volvió a ser abatida por otro golpe devastador: Poitiers. Reunió nuevas energías y así emprendió sucesivas campañas, década tras década. Nuevas generaciones se sucedían, infancia, matrimonio y muerte, y la guerra continuaba... Sus hijos, a su vez, crecían y se casaban, morían... y la guerra continuaba... Los hijos de éstos volvían a ver cómo Francia era una y otra vez derrotada... esta vez con el increíble desastre de Agincourt... Pero la guerra continuaba, año tras año... y nuevas generaciones se sucedían...

Francia era tanto como decir catástrofe, ruina, desolación. La mitad de su territorio pertenecía ya a Inglaterra, sin que nadie se atreviera a discutir esa verdad. Pero, además, la otra mitad no parecía tener dueño. Unos meses más y la bandera inglesa habría ondeado sobre *Toda Francia*. Porque el Rey francés estaba dispuesto a arrojar su corona y abandonar sus dominios.

En esos momentos, desde una aldea remota y perdida, llegó una ignorante campesina y se puso al frente de aquella guerra canallesca, con aquel incendio que todo lo consumía y asolaba el país desde hacía varias generaciones. Y tuvo lugar, entonces, la más breve y desconcertante de las campañas conocidas por la historia. Se terminó en siete semanas, quedando desmontada una guerra que contaba con noventa y un años de experiencia. Ya en Orleáns se le asestó un fuerte golpe, que la hizo tambalearse, pero en campo de Patay, se le quebró el espinazo.

Reflexionad en todo esto. Claro que es posible pensar en ello, pero ¿y comprenderlo? ¡Eso ya es otra cosa! Nadie será capaz de comprender aquella extraordinaria maravilla... Y se logró en siete semanas... desde luego, hubo derramamiento de sangre en unos lugares y otros. Quizá haya sido en Patay donde mayores fueron los desastres y muertes violentas. Los ingleses comenzaron la batalla con siete mil hombres y dejaron muertos en el campo dos mil soldados. Por comparación, se dice que en las tres batallas, de Crécy,

Poitiers y Agincourt, cayeron cerca de cien mil franceses, sin contar las mil escaramuzas y combates que se sucedieron en aquella guerra interminable. Los hombres muertos en los campos de batalla se cuentan por decenas de miles, y las mujeres y niños inocentes muertos, como consecuencia de las crueldades de la guerra y por hambre, deben contarse por millones.

Aquella guerra fue como un ogro carnívoro, devorador de hombres, cuyas garras chorreaban sangre durante años y años. Con su débil mano femenina, una niña de 17 años abatió al ogro y lo dejó tendido sobre los campos de Patay, y nunca más volverá a levantarse mientras dure este viejo mundo.

La gran victoria de Patay, según dicen algunos, corrió por toda Francia apenas en veinte horas. Yo no lo sé. Pero una cosa es cierta de todas formas. En cuanto una persona se enteraba de la noticia, corría, alabando a Dios y dando gritos, a contársela a su vecino. Y, claro, este vecino se apresuraba a contársela al compadre más próximo. De este modo, se formó una cadena que dio la vuelta a todo el país. Cuando alguien se enteraba por la noche, a cualquier hora, saltaba de la cama para comunicar a otros el bendito mensaje.

Las noticias persiguieron al enemigo puesto en fuga, hasta Yerville, de modo que la ciudad se amotinó contra sus señores ingleses y cerró sus puertas a los restos del ejército enemigo. Y las buenas nuevas rebasaron Mont Pipeau, Saint Simon y otras fortalezas inglesas. Un destacamento de nuestro ejército ocupó la plaza de Meung y la saqueó.

Como es de suponer, cuando regresamos a Orleáns, la ciudad se mostró cien veces más alborozada que las ocasiones anteriores. Se acababa de hacer de noche y las hogueras alcanzaron tal intensidad que nos daba la impresión de caminar entre un mar de fuego. Los vítores de la multitud, el estampido del cañón y el voltear de campanas, provocaban un estruendo difícil de imaginar. Las voces que atronaban el aire, ensalzaban a la Doncella con gran entusiasmo: «¡Bienvenida Juana de Arco! ¡Paso a la Salvadores de Francia!». O bien celebraban las victorias: «¡Crécy está vengado! ¡Poitiers está vengado! ¡Agincourt está vengado! ¡Patay permanecerá para siempre!».

Los prisioneros eran conducidos en el centro de la columna. Cuando la gente vio allí a su antiguo dominador y enemigo, *sir* Talbot, el que les hizo bailar tantos años al son de su trágica música guerrera, podéis imaginar el tumulto que se organizó, porque yo no soy capaz de describirlo. La exaltación llegó a tales extremos que intentaron apoderarse de él y colgarle. Para evitarlo, Juana lo tomó bajo su protección, cabalgando junto a él durante el trayecto. Ambos formaban una pareja pintoresca.

Sí. Orleáns estallaba de felicidad. El Rey fue invitado a las celebraciones y se hicieron grandes preparativos en su honor... pero él no vino. En aquellos momentos se había convertido en siervo del intrigante consejero La Tremouille. Los dos personajes prefirieron visitar juntos el castillo de Sully-sur-Loire.

Mientras, en Beaugency Juana estaba decidida a lograr la reconciliación entre el condestable Richemont y el Rey. Así, condujo al noble en desgracia hasta Sully y consiguió sus propósitos. Con ello daba fin a una serie de acontecimientos que señalan el espíritu de Juana de Arco. Resumiendo, creo que los hechos más significativos podrían ser recogidos en los términos siguientes:

1. Levantamiento del cerco de la ciudad de Orleáns.
2. La victoria de Patay.
3. La reconciliación entre el Rey y Richemont en Sully.
4. La coronación del Rey en Reims.
5. La marcha a Reims sin derramamiento de sangre.

Nos queda por describir la marcha en dirección a Reims y la coronación real. Recuerdo la impresionante marcha, larga y victoriosa, de Juana a través del territorio dominado por el enemigo, desde Gien a Reims, y de allí hasta las mismas puertas de París, tomando todas las plazas y fortalezas que le cerraban el paso, caminando sin cesar desde el amanecer a la noche. Las conquistas se hicieron sólo al conjuro de su nombre, sin violencia y sin derramar una gota de sangre. Creo que ha sido la campaña más extraordinaria de la historia y, sin duda, la más gloriosa de las hazañas militares.

La reconciliación entre Richemont y el Rey fue uno de los triunfos más significativos de Juana. Nadie como ella hubiera acertado a conseguirlo. En

verdad, que el condestable de Francia podía ser considerado como el militar, estratega, político y hombre inteligente más destacado de Francia. Su lealtad al Rey era sincera. Su honradez quedaba por encima de cualquier sospecha, lo cual no era bien apreciado en aquella corte frívola y sin conciencia.

Juana logró recuperar a Richemont para honra de Francia y aseguró la continuidad de la obra que ella había iniciado. Nunca había visto antes a Richemont, hasta que no apareció con su pequeño ejército, dispuesto a unirse a la Doncella sin pedir nada a cambio. ¿No es sorprendente que al primer vistazo ella se diera cuenta de que era el único personaje capacitado para terminar y perfeccionar su misión, y asegurar su continuidad para siempre? ¿Cómo explicar semejantes dotes en una chiquilla de 17 años de origen tan humilde? Juana tenía la cualidad de poseer «ojos que ven», como dijo una vez de ella uno de los caballeros que nos acompañaban. Es cierto que estaba dotada con este don, el máspreciado y escaso que jamás se haya concedido a ningún ser humano.

Era verdad que lo más importante ya estaba hecho. Pero la tarea que quedaba todavía no era algo que se pudiera encomendar a cualquiera de los ambiciosos e incapaces intrigantes que rodeaban al Rey. Era necesario ponerla en manos de un hábil estadista y avezado militar, que procediera a la destrucción lenta y constante del enemigo. Así, durante los 25 años siguientes, se produjeron luchas de menor importancia, que una persona inteligente podía llevar a buen término sin agitar excesivamente al resto del país. De modo que, poco a poco y sin aflojar el esfuerzo, con seguridad creciente, los ingleses serían expulsados del suelo francés.

Y todo esto ocurrió tal como estaba previsto. Bajo la influencia de Richemont, el Rey cambió radicalmente. Acabó por convertirse en un hombre, un soldado valiente, capaz y decidido. Seis años después de la batalla de Patay ya encabezaba a sus hombres y les dirigía en luchas encarnizadas. Asaltaba fortalezas situándose en los fosos, con el agua hasta la cintura, subiendo por las escaleras bajo los proyectiles que cedan furiosamente, y mostrando un valor que la misma Juana habría alabado. Con el tiempo, el Rey y Richemont despejaron el país de ingleses y los expulsaron hasta de aquellas regiones en las que habían dominado desde hacía trescientos años. En esas ciudades era necesaria una labor inteligente y cuidadosa, puesto que la permanencia inglesa había dejado hondas huellas y muchos de sus habitantes no sentían la necesidad de cambiar el dominio de sus anteriores dueños.

¿Cuál de los episodios protagonizados por Juana puede considerarse como

el más decisivo o importante? Mi opinión es que todos ellos lo fueron, en su momento. Es decir, que cada uno igualaba al otro, y ninguno resultaba superior a los demás, según las circunstancias de cada tiempo. ¿Me explico? Cada hecho fue necesario para que ocurriera el siguiente. De haber omitido cualquiera de ellos, los demás habrían fracasado.

Por ejemplo, observemos el episodio de la coronación, como una auténtica obra maestra de la diplomacia. ¿Dónde encontraríamos una que la supere? ¿Acaso percibió el Rey su enorme trascendencia? No. ¿La valoraron sus ministros? Tampoco. ¿La sospechó el astuto Bedford, representante de la corona inglesa? Ninguno de ellos podía calcular el alcance del acto que se desarrollaba ante sus ojos. Sólo había una persona que se dio cuenta de lo que allí se estaba jugando, y era la niña iletrada de 17 años, Juana de Arco. Lo comprendió desde un principio y se refirió a la coronación siempre como unos de los aspectos fundamentales para el éxito de su misión.

¿Que cómo pudo saberlo? Pues muy sencillo: Juana era una campesina, y para estas sencillas gentes, Carlos VII no sería Rey mientras no hubiera sido coronado. Por eso, Juana siempre le llamaba «El Delfín», es decir el heredero. Si alguna vez he puesto en labios de Juana la palabra Rey, ha sido un error mío. Le llamó simplemente «El Delfín», y nada más, hasta que fue coronado. Esto refleja, como si fuera un espejo, lo que pensaban las clases humildes de Francia, es decir, que para el pueblo no era «Rey», sino «Delfín» antes de la coronación, y sólo después de celebrada ésta, fue Rey de forma indiscutible e irrevocable.

Ahora ya podéis apreciar la jugada fundamental que suponía la coronación en el tablero de aquel ajedrez político. Bedford advirtió su error cuando ya era tarde, y trató de compensarlo coronando a su propio Rey, pero esta decisión no le proporcionó la menor ventaja.

Y hablando de ajedrez, pienso que las grandes hazañas de Juana me recuerdan las maniobras de este juego. Las piezas movidas por Juana respondían al orden perfecto debido a la concepción global de la estrategia. Los resultados eran eficaces, precisamente porque se hacían *así* y no de otro modo. Individualmente, cada movimiento daba la impresión de ser «La mejor jugada», pero de cara al objetivo final, todas ellas resultaban igualmente decisivas. Vamos a describir el desarrollo de la partida, tal como se produjo:

1. Juana mueve Orleáns y Patay: provoca el jaque.
2. Luego juega reconciliación entre el Rey y Richemont, pero no da jaque,

pues se trata sólo de un cambio de posición, que dará sus frutos más tarde.

3. El movimiento siguiente es la coronación: vuelve el jaque.

4. Marcha sin derramamiento de sangre: nuevo jaque.

5. Jugada final. El Condestable y el Rey se alían estrechamente: jaquemate.

La campaña del Loira suponía el abrimos camino hacia Reims. Nada se oponía ahora a que pudiera celebrarse la coronación. Quedaría así terminada la misión encomendada a Juana desde el cielo, de modo que la joven estaría en condiciones de regresar a su hogar, junto a la familia, y volver a cuidar ovejas en los prados de Domrémy. Esta era su gran ilusión y ansiaba que llegara el momento de cumplirla.

Al Rey no le agradaba mucho la idea de partir en dirección a Reims, pues temía atravesar la región, salpicada de fortalezas inglesas. Juana argumentaba que éstas eran dificultadas de menor importancia, y que no eran de temer, en las actuales circunstancias, con las tropas inglesas desmoralizadas. Y, una vez más, Juana tuvo razón. Como demostraron los hechos, la marcha a Reims fue casi como una excursión campestre. Juana prescindió de la infantería, pues estaba segura de que no iba a necesitarla. Salieron de Gien con un ejército de 12 000 hombres, el día 29 de junio. La Doncella cabalgaba junto al Rey, ocupando el otro lado el duque D'Alençon. Le seguían tres príncipes familiares del Rey. Detrás, marchaban el Bastardo de Orleáns, el Mariscal De Boussac y el Almirante de Francia. Después, iban La Hire, Saintrailles, Tremouille y una larga columna de caballeros y nobles.

Descansamos tres días en Auxerre. La ciudad se encargó de alimentar al ejército y una delegación de ciudadanos cumplimentó al Rey, pero no entramos en su recinto. Después la localidad de Saint-Florentin abrió sus puertas al Rey. El 4 de julio llegamos a Saint-Fal, y más lejos, apareció ante nosotros la ciudad de Troyes, lugar de tristes recuerdos para nosotros, que de niños conocimos el vergonzoso tratado que entregaba Francia en manos de Inglaterra y a una princesa de la rama legítima la destinaban al matrimonio con el Carnicero de Agincourt.

Desde luego, Troyes no tenía la culpa de todo aquello, pero en el fondo, deseábamos ardientemente que allí se provocara algún acto inamistoso, para

tener el pretexto de asediar la ciudad y quemarla.

Estaba bien guarnecida de aguerridas tropas inglesas y soldados borgoñones, a la espera de refuerzos que vendrían desde París. Al anochecer acampamos ante sus puertas, resistiendo con vigor una salida que lanzaron contra nosotros. Entonces, Juana pidió a Troyes la rendición. Su comandante, al comprobar que no llevábamos artillería, tomó a risa la propuesta y le respondió a Juana de forma grosera e insultante. Durante cinco días, se celebraron consultas y negociaciones con los sitiados. No dieron resultado. El Rey, impaciente, parecía dispuesto a retroceder, desistiendo de la marcha. Temía seguir adelante sin haber conquistado aquella poderosa fortaleza. Entonces, intervino La Hire:

—La Doncella de Orleáns inició esta marcha por iniciativa propia, así que considero que debemos seguir su criterio, y no el de otros (se refería a los consejeros del Rey), cualquiera que sea su estirpe y su posición en la corte.

Como las palabras de La Hire eran sensatas, el Rey envió a buscar a la Doncella, y le preguntó su opinión sobre la actitud a tomar. Juana respondió sin vacilar:

—Dentro de tres días la plaza será nuestra.

El remilgado Canciller intervino, con aire de superioridad:

—Si pudiéramos estar seguros de eso, no importaría esperar seis días.

—Así que, seis días... ¿no? ¡Por Dios, buen caballero, mañana atravesaremos esas puertas!

Dicho esto, Juana cabalgó a lo largo de sus líneas, ordenando a sus hombres:

—¡Rápido, cada uno a su trabajo, amigos! ¡Mañana al amanecer nos lanzaremos al asalto!

Se trabajó muy duramente aquella noche. La propia Doncella colaboró activamente con sus propias manos, junto a los simples peones y soldados. Mandó que cegaran los fosos con ramas y construyeran un puente para facilitar el acceso, y ella misma, igual que los hombres, colaboró en aquella ruda labor.

Al amanecer, se puso a la cabeza de las fuerzas asaltantes y enseguida los clarines tocaron la señal de asalto. En ese mismo instante, desde las murallas de Troyes izaron bandera pidiendo tregua, y la ciudad se rindió sin la más

leve escaramuza.

Al día siguiente, el séquito real, con el monarca, Juana y el abanderado Paladín a la cabeza, hicieron su entrada solemne en la plaza conquistada, rodeados por un ejército que resultaba ya impresionante, debido a los incrementos continuos de los últimos días. Sucedió más tarde un episodio curioso en verdad. De acuerdo con los términos acordados para la rendición y gracias a la generosidad de Juana, se permitió a los soldados ingleses y borgoñones que llevaran consigo las pertenencias que pudieran transportar, que les serían necesarias para subsistir. Aquellas gentes efectuarían la salida por la única puerta existente y en el momento que les fue fijado. Los más jóvenes, acompañados por el «Enano», quisimos presenciar el espectáculo y no tardamos en ver aparecer una interminable fila, con la infantería abriendo la marcha. Al acercarse, nos dimos cuenta que los hombres caminaban como abrumados por el peso de grandes bultos colocados en sus espaldas. Al verles, pensamos: «Desde luego, qué ricos eran estos hombres, para ser vulgares soldados». Pero cuando llegaron a nuestra altura, nos dimos cuenta de la trágica realidad. ¡Cada uno de esos bandidos llevaba a la espalda un prisionero francés! De modo que, haciendo uso del privilegio concedido, se llevaban su «pertenencia» humana, es decir un ser humano cautivo... Así entendieron ellos el trato hecho.

¿Quién podría negarles ese derecho? Los prisioneros eran de «su propiedad», y se limitaban a llevarla consigo como capital o botín de guerra. Al ver aquello, estábamos consternados. Pero ¿qué podíamos hacer? En primer lugar, enviamos un mensajero a Juana y después, ayudados por guardias franceses hicimos que la columna se detuviera, con el ánimo de parlamentar. En realidad, queríamos ganar tiempo hasta ver el modo de impedir el atropello. En esto, un corpulento borgoñón, lanzando una imprecación anunció que él se marcharía de todas formas y nadie podría detenerle. Pero le cerramos el paso y pronto comprobó que no le iba a resultar fácil hacerlo. Rompió en grandes maldiciones e injurias terribles y dejó al prisionero en el suelo, atado e inmóvil. Luego, amenazándolo con el cuchillo, gritó con aire triunfal:

—Vosotros no me dejáis llevarlo, pero el prisionero es mío y nadie puede discutírmelo. Pero si no puedo hacer esto, hay otra solución: matarle. Supongo que no me vais a negar este derecho... Ah, ¿conque no habíais pensado en tal cosa, eh? ¡Malditos gusanos!

El desgraciado prisionero nos pedía con mirada lastimera que le

salváramos y luego habló, explicando que tenía mujer e hijos pequeños en su hogar. Nos dejó muy conmovidos, pero ¿qué podíamos hacer nosotros? Al fin y al cabo, el borgoñón estaba en su derecho. No obstante, intercedimos por él con insistencia, pero el malvado «propietario» se burlaba de nuestras súplicas. Entonces, el «Enano» dijo:

—Por favor, mis jóvenes caballeros, permitidme que intente convencerle. Ya sabéis que tengo el don de la persuasión. Veo que os reís, y esto ofende mi vanidad, obligándome a demostraros mi capacidad... si pudiera probar mis dotes por un instante... me basta con un instante...

Diciendo esto, se plantó delante del borgoñón, y comenzó a hablar con voz muy suave, bondadosa y gentil, mencionando la bondad de la Doncella, y cómo su corazón quedaría satisfecho si él otorgaba la libertad a su prisionero. No pudo continuar su discurso. El borgoñón cortó su dulce tono con un grosero insulto dedicado a Juana de Arco. Todos nosotros nos abalanzamos contra él, pero el «Enano», con el rostro lívido, nos apartó a un lado y con voz grave nos pidió: —Os suplico un poco de paciencia. ¿O es que no soy yo el guardián de su honra? Este asunto me corresponde a mí.

Con asombrosa rapidez, agarró al enorme borgoñón por la garganta, lo elevó ligeramente del suelo y dijo:

—Habéis insultado a la Doncella, y la Doncella es Francia. La lengua que hace una cosa como esa, merece un largo descanso.

Se oyó un sordo crujido, y el soldado cayó al suelo como un guiñapo. Estaba muerto. Libramos al prisionero de sus ligaduras y le concedimos la libertad. En sus gestos se operó un cambio radical, pasando de la más profunda humildad a una furia ciega. Se abalanzó sobre el soldado muerto y se entregó con él a toda suerte de vejaciones, hasta dejamos asqueados. Mientras evolucionaba frenéticamente, dando saltos e insultando a su captor, otro borgoñón le asestó una cuchillada en la garganta, degollándolo allí mismo, con lo que terminó uno de los más desagradables incidentes de mi vida militar.

Poco después, llegó Juana muy preocupada ante el problema de los prisioneros. Estudió las distintas posturas y luego declaró:

—Ellos tienen razón desde su punto de vista. Eso está claro. Yo comprometí mi palabra sin darme cuenta de lo que podía ocurrir. Pero no es justo que os llevéis con vosotros a estos pobres hombres. Son franceses, y no voy a permitirlo. El Rey pagará el rescate por cada uno de ellos. Esperad aquí

y yo os traeré la respuesta de nuestro Rey. No les toquéis ni un pelo, porque os iba a costar muy caro.

Así terminó el asunto. Los prisioneros quedaron a salvo, al menos de momento. Juana elevó sus peticiones ante el Rey y no aceptó evasiones ni dilaciones. El Rey, al ver su decisión, le permitió obrar según su voluntad, y ella galopó de nuevo a comprar los cautivos en su nombre, dejándolos en libertad.

En aquella ocasión volvimos a encontrarnos con el Gran Maestre de la Casa del Rey, el que nos acogió en su castillo de Chinon antes de ser recibidos por el Rey. Juana le nombró Bailío de Troyes, previo el permiso del Rey.

No tardamos en continuar nuestra marcha. Chálons se nos rindió sin lucha. Fue allí donde alguien le preguntó a Juana sobre cuáles eran los temores que la embargaban de cara al futuro. Ella respondió que su único temor era la traición. ¿Quién podía suponer tal cosa? ¿Quién podía imaginar algo así? Y, sin embargo, aquello fue, en cierto modo, una profecía.

Continuamos nuestra marcha con ritmo incesante. Por fin, el 16 de julio contemplamos ante nosotros la ansiada meta: Las torres de la gran catedral de Reims se veían levantarse en la distancia. Los gritos de júbilo recorrieron las columnas del ejército, desde vanguardia a retaguardia. Juana de Arco, desde su cabalgadura, serena y envuelta en su armadura plateada, observaba el panorama. En su rostro se reflejaba una profunda alegría, una alegría que no era de este mundo y que la transformaba en algo espiritual. Y es que su misión extraordinaria tocaba a su fin con un resultado triunfal y sin la menor sombra. Muy pronto Juana podría pronunciar con plena justicia estas palabras: «Todo está terminado. Dejadme ir libremente en paz».

En cuanto acampamos, comenzaron las prisas y el ajetreo ruidoso de los preparativos solemnes. No tardaron en llegar hasta nosotros el arzobispo y los representantes de la ciudad. Detrás de ellos se concentraron multitudes de campesinos entusiasmados con sus banderas y músicas. Inundaron el campamento locos de alegría. Durante la noche, toda la ciudad trabajó febrilmente para engalanar las calles y construir arcos triunfales, adornando de flores la preciosa catedral por dentro y por fuera.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, ya que las ceremonias para la coronación daban comienzo a las nueve aproximadamente y se

prolongarían al menos durante cinco horas. Nos dimos cuenta de que los soldados ingleses y borgoñones habían renunciado a cualquier pretensión respecto a un enfrentamiento militar con el ejército de Juana, y esperábamos encontrar las puertas abiertas amistosamente y a todo el pueblo dispuesto a recibimos con entusiasmo. Aquella era una jornada gloriosa, con un tiempo espléndido, aunque algo frío, pero sano y estimulante. Nuestros soldados se encontraban con una moral muy alta, y fue magnífico espectáculo verlos maniobrar en su salida del campamento, por grupos, hasta la marcha final que terminaría con la solemne ceremonia de la coronación.

Juana cabalgaba en su caballo negro, con D'Alençon y su escolta personal agrupada en torno a ella, que se dirigió a su puesto para el desfile final y la despedida, puesto que ella no esperaba volver a ejercer el oficio de soldado jamás, ni volver a luchar junto a los soldados una vez terminada aquella jornada. Sus hombres lo sabían y eran conscientes de que estaban observando por última vez el aniñado rostro de su jefecito invencible, su orgullo, la mujer sublimada, su preferida, a la que dedicaban en su corazón nombres llenos de ternura, tales como «Hija de Dios», «Salvadora de Francia», «Novia de la victoria», «Paje de Cristo», y otros títulos por el estilo, impregnados de cariño, como los que los hombres suelen dedicar a sus hijos queridos. Las grandes emociones sentidas por los soldados quedaron reflejadas, no en el ruido de tambores y músicas, sino en un tremendo silencio que recordaba la paz de los muertos, sólo interrumpido con el sordo roce de las pisadas rítmicas de las huestes en marcha. Los soldados, al pasar al lado de Juana, giraban la cabeza para dar la despedida a su general y mantenían sus ojos en ella mientras les era posible. Cada vez que Juana, sin poder ocultar la emoción, se llevaba el pañuelo a los ojos, era perceptible el estremecimiento que corría por los rostros de los más veteranos. Un desfile victorioso suele ser un acontecimiento que exalta el ánimo y el corazón, pero aquél era de los que producen el efecto contrario.

Nos dirigimos después hacia los pabellones del Rey, en la residencia del palacio arzobispal de la región, y cuando lo instalamos en él, de nuevo volvimos a ocupar el puesto a la cabeza del ejército. De los más apartados rincones del país llegaban multitud de gentes, que se apretaban a los dos lados del camino para contemplar de cerca a la Doncella. La caravana discurría ahora por una llanura tapizada de hierba. Los campesinos se extendían a través del césped como un cinturón multicolor, pues las muchachas jóvenes iban ataviadas con camisas blancas y faldas rojas, formando un tapiz de amapolas y lirios en continuo movimiento a nuestro alrededor. Nos abrían una

estrecha calle, semejante a las que ya estábamos acostumbrados durante aquellos venturosos días. Las flores humanas que adornaban esa calle no se mantenían rígidas ni envaradas a nuestro paso, sino que se inclinaban, con las manos y las caras elevadas hacia Juana de Arco, entre lágrimas de agradecimiento. Los más próximos a ella abrazaban sus pies o acercaban sus húmedas mejillas para besarlos. No recuerdo ni una sola persona que permaneciera de pie mientras ella pasaba, ni un solo hombre con la cabeza cubierta en su cercanía. Más tarde, en el transcurso del Proceso contra Juana de Arco, estos conmovedores episodios fueron esgrimidos por sus enemigos para acusarla de haberse fomentado culto de adoración en el pueblo, incurriendo, por tanto, en herejía, tal como reclamaba el inicuo Tribunal.

Al aproximarnos a la ciudad, la prolongada extensión de murallas y torreones aparecía salpicada de banderas multicolores y gentío emocionado. El aire vibraba con el estampido de la artillería, oscurecido por el humo de la pólvora. Traspasamos las puertas y entramos en las calles principales acompañados por las corporaciones y gremios en trajes de gala, situados detrás de nosotros con sus estandartes y banderas. El camino estaba flanqueado por miles de personas que nos vitoreaban también desde ventanas y tejados. De los balcones colgaban preciosos tapices de colores abigarrados, mientras los blancos pañuelos al viento semejaban una tormenta de nieve, vistos desde lejos.

El nombre de Juana era incluido en las oraciones de la Iglesia, honor reservado siempre a la realeza. Pero recibió un homenaje que, por dedicárselo el pueblo humilde, todavía fue más apreciado por ella. Se habían acuñado medallas de plomo con la imagen de Juana y su escudo de armas, y la gente las llevaba consigo a todas partes.

Desde su alojamiento en el palacio arzobispal, el Rey envió a buscar el «óleo santo» que servía para ungir a todos los reyes de Francia desde el tiempo de Clodoveo, primer monarca bautizado cristiano. El óleo se hallaba contenido en la llamada «Sainte Ampoule», pequeña redoma que según la tradición fue bajada del cielo con el fin de consagrar al rey Clodoveo, y entregada bajo custodia a Saint-Rémy, en cuya abadía se conservaba desde entonces. Según creencia generad, una coronación sin el óleo santo de Saint-Rémy no era válida. La entrega del frasquito se realizaba de acuerdo con un antiguo ceremonial muy estricto. De no hacerse en la debida forma, el abate de Saint-Rémy, custodio hereditario del óleo, se habría negado a efectuar su entrega. De acuerdo con la costumbre, que databa de novecientos años, el Rey

designó a cinco miembros de alta nobleza para que fueran a la cercana abadía, cabalgando ataviados con ricas vestiduras y brillantes armas, como escolta de honor del arzobispo de Reims y de sus canónigos, portadores de la petición del óleo en nombre del Rey. Cuando los cinco nobles caballeros se disponían a partir en cumplimiento de su misión, arrodillados, levantaron sus manos, enguantadas de hierro, y prometieron por sus vidas traer el sagrado vaso y devolverlo sano y salvo, después de haber ungido al Rey. Por fin, el arzobispo y su séquito, escoltados por los nobles, se encaminaron hacia la abadía-iglesia de Saint-Rémy. El ilustre arzobispo, revestido con el traje de ceremonia, se cubría con la mitra y llevaba en sus manos la cruz.

Se detuvieron en la puerta de la abadía y se alinearon para recibir el sagrado pomo. Dentro se oyeron los sonos del órgano y voces de hombres que entonaban cánticos. Luego, se vislumbró a través de la oscura nave de la iglesia una larga hilera de luces que se acercaba a la puerta principal. Llegó el abate con el frasquito de óleo, bajo palio, y lo puso en manos del arzobispo, tras las formalidades de rigor. La comitiva dio la vuelta y emprendió viaje de regreso entre el clamor de las gentes que, postradas en el suelo, rezaban reverentes al paso de un óleo traído del cielo.

La majestuosa comitiva se aproximó a la catedral de Reims por su gran puerta Oeste y, al entrar el arzobispo, se entonó el canto de la antífona que resonó por todo el recinto. La catedral se encontraba atestada de gente. Sólo en el centro de la nave quedaba reservado un espacio amplio donde se celebraría la coronación. El arzobispo y sus canónigos se dirigieron hacia aquel lugar, seguidos por los cinco nobles que formaban un grupo vistoso, con sus banderas feudales desplegadas y montados en sus espléndidas cabalgaduras. El espectáculo resultaba impresionante. Los caballeros marchaban por el centro de la iglesia, bajo las preciosas luces filtradas a través de las maravillosas vidrieras de la catedral. ¡Nunca vi nada más hermoso!

Caminaron con solemnidad hasta alcanzar el coro, situado a unos cien pasos desde la puerta de entrada. Entonces, el arzobispo los despidió. Inclinaron sus cabezas con lentitud, rozando las plumas de los yelmos el cuello de sus cabalgaduras, y después maniobraron con tal habilidad, que obligaron a los caballos a regresar hasta la puerta, de espaldas. Luego, les hicieron levantarse de manos y, volviendo grupas, desaparecer a toda velocidad, fuera de la iglesia.

Por algunos momentos se hizo un silencio tan hondo como si los miles de

personas se hubieran sumido en profundo sueño. El más leve ruido se escuchaba fácilmente, como el zumbido de los insectos que revoloteaban. De repente, estallaron los sonos de cuatrocientas trompetas de plata, y luego, enmarcados por el arco de la puerta Oeste, aparecieron Juana de Arco y el Rey. Avanzaron lentamente entre aplausos y gritos, apenas suavizados por los acordes del órgano y el triunfal cántico de los coros. Detrás de los dos protagonistas, caminaba el Paladín con el estandarte levantado y expresión de felicidad en su cara, satisfecho al ver cómo la gente le señalaba y alababa el precioso traje que cubría su armadura. Junto a ellos iba el señor D'Albret, delegado del Condestable de Francia, portador de la «Espada de la Ceremonia». A continuación, por orden de rango, marchaba la corporación de la nobleza civil de Francia (Tremouille, tres príncipes de sangre real y los dos hermanos De Laval), y después los representantes de la nobleza eclesiástica (Arzobispo de Reims y los obispos de Laon, Chálons, Orleáns). Seguía el Estado Mayor del ejército, con nuestros grandes generales, despertando el entusiasmo de la multitud, que gritaba a su paso: ¡Viva el Bastardo de Orleáns! ¡Viva «el demonio» La Hire!

El cortejo llegó a la zona reservada para la ceremonia, y dieron comienzo los actos de la coronación. Las solemnidades fueron largas y pausadas. Se sucedían las oraciones, rezos litúrgicos y homilías, como es propio de tales ocasiones. Juana permaneció junto al Rey durante aquellas horas, llevando el estandarte en la mano. Finalmente, el gran momento se aproximaba. Primero, el Rey prestó juramento y fue ungido con el sagrado óleo. Un ujier, seguido por varios ayudantes, se acercó despacio, con la corona de Francia reposando sobre un almohadón y, arrodillándose, la ofreció al Rey, que adelantó sus manos para tomarla. Por un momento, pareció vacilar. De hecho, vaciló, puesto que detuvo sus manos en el camino, situándolas sobre la corona como si dudara en aceptarla. Sin embargo, aquello sólo duró un instante. Luego, sus ojos se cruzaron con los ojos de Juana y ésta le miró expresando la inmensa alegría de su alma delicada y grande. El Rey sonrió y tomando la corona de Francia en las manos, con ademán señorial, la levantó y la puso en su cabeza.

Se produjo entonces una gran ovación. Por todas partes gritos y aplausos dentro de la catedral, y fuera el clamor de las campanas alternaba con el tronar de los cañones. Las fantasías increíbles de la pequeña campesina se habían cumplido. El poderío inglés estaba ya quebrado y el heredero de la corona de Francia ya era, a los ojos de la nación, su verdadero Rey. Juana, arrodillada ante el Rey, lo miraba a través de las lágrimas que corrían por su rostro resplandeciente y transfigurado. Sus labios temblorosos pronunciaban

las palabras con voz suave, tono bajo y sentida emoción:

—Ahora, noble Rey, ya se ha cumplido la voluntad de Dios, tal como Él la quería: Vos debíais ser coronado en Reims, según el derecho que os pertenece a vos, y a ningún otro. La misión que se me encomendó ya está acabada. Concededme permiso para volver junto a mi madre, pobre y anciana, que me necesita.

El Rey la levantó, y allí mismo, ante aquella muchedumbre, ensalzó sus hazañas y le confirmó los títulos de nobleza concedidos, igualando su rango al de un conde, no escatimando ningún elogio hacia ella:

—Habéis salvado la corona. Pedidme, exigidme lo que deseéis, cualquiera que sea la gracia, os la concederé, aunque se haya de empobrecer el reino para satisfaceros.

Al oír tales palabras, Juana cayó nuevamente de rodillas y dijo:

—Entonces, ¡Oh noble y gentil Rey!, me permito solicitar de vos que mi aldea, pobre y duramente castigada por la guerra, vea reducidos sus impuestos.

—Eso ya está concedido. Pedidme otras cosas.

—No quiero nada más.

—Pero ¿cómo es posible?

—No tengo otro deseo —confirmó Juana.

—Eso... es tan poco... Es menos que nada. Pedidme sin miedo.

—No puedo, en verdad, mi gentil Rey. No insistáis, pues sólo me interesa lo que ya me habéis concedido.

El Rey, extrañado, permaneció en silencio un momento, como si intentara comprender la increíble generosidad de Juana. Levantó la cabeza y manifestó.

—Ha conquistado un reino y ha coronado a su Rey, y todo lo que pide y acepta es un favor tan insignificante... que, además, no es para ella sino para los demás... Bueno. Así está bien. Lo que ella ha realizado responde a la persona que en su interior dispone de unas riquezas muy superiores a las que puede otorgar cualquier rey de este mundo, aunque le entregara todo su reino. Será como vos queréis. Así pues, ordeno que, desde hoy en adelante, Domrémy, la aldea natal de Juana de Arco, la Liberadora de Francia, también llamada la Doncella de Orleáns, quedará libre de todo impuesto para siempre.

Al pronunciar el Rey estas palabras, los clarines dejaron oír sus tonos jubilosos.

Carlos VE suprimió aquellos impuestos «para siempre». Sin embargo, muchas veces la gratitud y los favores de los reyes se olvidan con el tiempo o se suprimen intencionadamente. Pero vosotros, hijos de Francia, podéis recordar con orgullo que la promesa ha perdurado a través de los años. Sesenta y tres han transcurrido desde aquella fecha. Los impuestos de la región donde se encuentra Domrémy se han cobrado sesenta y tres veces. Todas las aldeas los han pagado excepto una: Domrémy. El recaudador de impuestos nunca visita esta aldea. Sus habitantes ya han olvidado lo que supone la temida aparición del representante del Fisco. En todos los libros que registran el pago según el lugar, aparece el nombre del pueblo, y debajo la carga de impuestos que le corresponde abonar. En la página que corresponde a Domrémy, no figura ninguna cifra. En donde se deberían consignar las cantidades, hay escritas sólo tres palabras, repetidas todos estos años. Es una página en blanco donde sólo constan unas palabras que son recuerdo conmovedor. Dicen así:

DOMREMY

RIEN (Nada) — LA PUCELLE (LA DONCELLA)

Qué breve es la leyenda, pero qué sentido tan profundo expresa. Es la voz de un pueblo. La promesa de un Gobierno que ordena a sus agentes: «Salud y seguid. Es Francia quien lo manda». Sí. La promesa se ha cumplido y se cumplirá siempre. Esas fueron las palabras del Rey^[5].

A primeras horas de la tarde se dieron por terminadas las ceremonias de la coronación. De nuevo se formó la comitiva encabezada por Juana de Arco y el Rey, en dirección hacia la puerta de salida. A su alrededor crecían los murmullos de exaltado gozo y alegría, en los que participaban la nobleza y el pueblo, mientras la música resonaba como acompañamiento de fondo. De este modo finalizó el tercero de los grandes días vividos por la Doncella en el cumplimiento de su misión. Mirados a distancia, se ve la proximidad de todas estas fechas: 8 de mayo, 18 de junio, 17 de julio.

Montamos en nuestras cabalgaduras y partimos. Aquél fue un espectáculo inolvidable, que la multitud contemplaba con felicidad y entusiasmo. La gente se arrodillaba a nuestro paso, aclamando al Rey recién consagrado y a Juana «Liberadora de Francia». Después de haber recorrido las calles más importantes de la ciudad, cerca de una posada llamada «La Cebra», observamos la extraña conducta de dos hombres con ropas de campesinos, que, situados en primera fila, no se inclinaban ante los héroes de Francia. Indignados, los guardias alabarderos se abalanzaron contra aquellos zafios, con el propósito de enseñarles modales, pero cuando les ponían la mano encima, Juana les ordenó: «¡Deteneos! ¡No les hagáis daño!», y, acto seguido, descendió de su montura, y dirigiéndose a uno de los campesinos, lo abrazó cariñosamente, derramando abundantes lágrimas. Era su padre, que estaba acompañado de su tío Laxart.

La noticia corrió como la pólvora y en un momento aquellos dos pobres, desconocidos y despreciados, se convirtieron en personajes famosos y envidiados. La gente luchaba por acercarse a ellos, ansiosos de poder contar algún día que vieron al padre de Juana de Arco y al hermano de su madre.

Enterado del episodio, el Rey ordenó que los trajeran a su presencia. La misma Juana los acercó, radiante de satisfacción, aunque los dos pobres hombres daban vueltas a sus gorras con mimos temblorosas. Allí delante de todo el pueblo, el Rey les dio a besar su mano, ante la envidia y la admiración de muchos de los presentes. Después habló el Rey:

—Podéis dar gracias a Dios por ser el padre de esta niña, enviada por la Providencia. Vuestro apellido pervivirá en el recuerdo de los hombres cuando las dinastías reales se hayan borrado de la historia. Así que no debéis permanecer descubiertos ante una gloria pasajera, ¡Cubrid vuestra cabeza!

La voz del Rey adquirió un tono de majestad suprema al pronunciar estas palabras. Luego, mandó llamar al Bailío de Reims y, una vez en su presencia,

le encargó:

—Estos dos hombres son desde ahora huéspedes de Francia y deseo que reciban vuestra mejor hospitalidad.

El Bailío les ofreció suntuoso alojamiento, homenajes públicos y exquisito trato. Sin embargo, hombres sencillos como eran, pidieron por favor que los dejaran permanecer tranquilamente en su modesta posada. En vista de sus pretensiones, el Bailío ordenó al posadero que les reservase una planta entera para ellos solos y que les facilitase todo lo que desearan, cargando las cuentas al erario público. Asimismo, les regaló un caballo lujosamente enjaezado a cada uno, lo cual les llenó de tal gozo que no acertaban a decir ni una palabra.

La ciudad ofreció al Rey y a Juana un gran banquete a media tarde, al que asistieron la Corte y el Estado Mayor. Una vez comenzado, se envió a buscar al señor De Arco y a Laxart, los cuales se resistieron a asistir al acto, hasta que no se les aseguró la posibilidad de permanecer en una sala reservada desde la que podían observar el banquete sin ser vistos. De este modo tuvieron la suerte de presenciar el espectáculo, participar en la emoción de ver los increíbles honores que se le rendían a su querida pequeña y comprobar la desenvoltura y gracia con que ella se conducía en presencia de tanta gloria.

Pero, al terminar el acto, la serenidad de Juana se quebró. Se mostró tranquila durante el discurso del Rey y escuchó con toda paz las palabras laudatorias de D'Alençon y del Bastardo, e incluso los acostumbrados truenos de La Hire, que parecía dispuesto a asaltar una posición. Pero las fuerzas la abandonaron al ocurrir un episodio insospechado. Acabados los discursos, el Rey impuso silencio con la mano levantada, hasta que pudo oírse el vuelo de una mosca. Entonces, de un lugar ilocalizable, surgió una voz bien modulada que con acentos de ternura entonaba nuestra dulce, sencilla y vieja canción dedicada al «Árbol de las Hadas de Bourlemont». Fue en ese momento cuando Juana se derrumbó con el rostro entre las manos y sacudida por sollozos. En un instante, quedaron olvidadas las ceremonias de la Corte y la niña campesina volvió a ser la misma que reunía a sus ovejas en los hermosos prados de Domrémy. La guerra y la muerte, las heridas, la sangre y el loco frenesí de la batalla se convirtieron en un sueño. Se mostraba también así el poder evocador de la música, el mago de los magos, que alza su varita y transforma el panorama real en el mundo del recuerdo.

La sorpresa fue idea del Rey, capaz de bonitos detalles siempre que no se

dejara influir por algunos consejeros como Tremouille, siempre dispuestos a gobernar su débil y abúlica voluntad.

Esa misma noche, el núcleo de amigos de Domrémy que nos hallábamos en la escolta personal de Juana, acudimos a la posada donde se encontraba el señor De Arco y Laxart para disfrutar de una agradable velada en su salón privado, recordando los viejos tiempos en nuestra aldea. Preparábamos las bebidas con que animar la cena, cuando llegó un gran paquete enviado por Juana con instrucciones de que lo custodiáramos hasta que ella viniera a nuestro lado. No tardó mucho en aparecer, ordenando regresar a su guardia, ya que pensaba alojarse en las habitaciones reservadas para su padre y descansar bajo su mismo techo, como si estuviera ya en su propio hogar. Al entrar ella, los miembros de su escolta nos pusimos en pie, de acuerdo con las ordenanzas, pero nos mandó sentar. Se volvió hacia su padre y su tío, observando que también se habían puesto de pie, aunque en postura poco bizarra y nada militar. Le hizo gracia el detalle, pero aguantó la risa para no herirles y los atrajo consigo, acomodándose entre los dos tomando la mano de cada uno de ellos que colocó sobre sus rodillas y cubrió con la suya propia. Por fin, dijo:

—Y ahora, vamos a dejarnos de ceremonias y volvamos a portarnos como familia y compañeros de juegos, puesto que lo somos. Se han acabado las guerras —añadió mirando a su padre y a su tío— vosotros dos me llevaréis a casa, y veré a...

Se detuvo un momento y su rostro se ensombreció, embargado por algún mal presentimiento. Al poco, recobró la alegría y continuó con un suspiro emocionado:

—¡Ojalá hubiese llegado el día feliz en que pudiéramos marcharnos!

Al oírla, su padre quedó sorprendido, y preguntó:

—¿Habláis en serio, hija mía? ¿Abandonar unas acciones tan gloriosas por las que Francia os enaltece? ¿Dejar la compañía de reyes y generales para volver a ser una pobre aldeana olvidada y torpe? Eso no es razonable.

—Pues no —asintió tío Laxart—, extraña oírlo y desde luego es incomprensible. Resulta aún más desconcertante escucharla decir que abandonará el ejército, que cuando afirmaba la necesidad de dirigir las tropas del Rey. Y yo fui testigo de sus palabras, las más raras que escuché hasta ese momento de mi vida. Me gustaría que nos lo explicara Juana.

—Es muy sencillo. Nunca me ha gustado la violencia ni el sufrimiento. Las peleas siempre me han espantado, así como el tumulto y el escándalo, contrarios a mis aficiones por la calma, la paz y la amistad, y el amor hacia todo lo que vive sobre la tierra. Según esto, ¿cómo resistir mucho tiempo todo eso de la guerra, el dolor y la sangre, la pena y el luto que traen consigo? Ocurrió que Dios, a través de sus ángeles, me hizo saber cuáles eran los mandatos de su Voluntad. ¿Podía yo desobedecerle? Hice lo que se me ordenaba. ¿Me pidió el Señor que hiciera muchas cosas? No, solamente dos: Liberar Orleáns y coronar al Delfín en Reims. La misión ha sido cumplida y soy libre. ¿No os dais cuenta de que nunca ha muerto un pobre soldado, amigo o enemigo, ante mi vista, sin que yo sintiera su dolor en mi propio cuerpo y la pena de sus familiares en mi corazón? ¡Es tan consolador saber que he conseguido la paz y que no volveré a presenciar cosas tan horribles ni soportaré unos sufrimientos como éstos en mi espíritu! Entonces, ¿por qué no regresar a mi aldea y volver a ser la misma persona de antes? ¡Es una maravilla! Y a vosotros os extraña que piense así... Claro, sois hombres y nada más... sólo mi madre me comprendería...

No supieron qué responderle y quedaron en silencio, como ausentes y un tanto desconcertados. Luego, De Arco, reconoció:

—Sí, es cierto... vuestra madre... Nunca he conocido una mujer como ella. Sufre mucho, mucho. Se despierta por las noches y se pone a pensar... y es que se preocupa tanto por su hija... Cuando hay alguna tormenta, por las noches, clama: «¡Ay! Que Dios tenga compasión de ella... seguro que está sin cobijo, con sus pobres soldados bajo el agua y el viento...». Y otras veces, cuando truena y centellean los relámpagos, se retuerce las manos y tiembla, diciendo: «Ese ruido es como el terrible cañón, seguro que muy lejos por estos campos, mi hija cabalga bajo el fuego enemigo, y no estoy a su lado para cuidarla...».

—¡Mi querida madre, cómo la echo de menos!

—Sí, es una mujer extraordinaria, como siempre he dicho yo. Cuando nos llegan noticias de alguna victoria y el pueblo enloquece de orgullo y de felicidad, la pobre va de un sitio a otro, preguntando lo único que le importa: que su niña está sana. Entonces, se pone de rodillas en el suelo y alaba a Dios mientras le quedan fuerzas. Y todo se reduce a su hija, pues nunca menciona la batalla... Ella sólo repite: «Ahora ya se ha terminado... Ahora Francia ya se salvará. Ahora es cuando volverá a casa...». Y como sus deseos no se han cumplido, no para de lamentarse.

—Por favor, padre, no sigáis. Me hacéis sufrir mucho. Me portaré muy bien cuando regrese con vosotros. Haré todo el trabajo yo y la consolaré, y ya no la haré sufrir más.

Continuaron hablando en el mismo tono, hasta que tío Laxart, intervino:

—Habéis cumplido la Voluntad de Dios, Juana, y por tanto sois libre. Eso es cierto y nadie lo niega. Pero ¿y el Rey? Vos sois su mejor soldado. ¿Y si os ordena que os quedéis?

Aquella verdad aplastante dejó a la joven conmocionada. Le costó algo recobrase. Luego, serena, contestó:

—El Rey es mi señor y yo le debo servir —quedó un tanto pensativa, y después, con alegría, añadió:— Pero no pensemos tales ideas. No hay tiempo que perder. Contadme cosas de nuestro hogar.

Así que los viejos compadres parlotearon de todo y de todos los habitantes del pueblo y ella los escuchaba con deleite. Intentó que nosotros participáramos en la conversación, pero fue inútil, como es lógico. Juana era nuestro Comandante en Jefe y nosotros vulgares soldados. Su nombre, famoso en Francia, y el nuestro, desconocido. Ella alternaba con príncipes y héroes, mientras nuestros compañeros se repartían entre los pobres y los humildes. Su rango estaba por encima de cualquier personaje en la tierra, según el derecho atribuido por su misión divina... En una palabra, que ella era Juana de Arco, y basta. Para nosotros era un ser celestial y nos separaba un abismo insalvable.

Y, a pesar de todo, ¡era tan afectuosa y amable, tan alegre y encantadora, desprovista de la menor doblez y afectación! Es lo único que se me ocurre ahora, pero estos calificativos no sirven para definirla. Las palabras son demasiado pobres, escasas y mezquinas para expresar, no todo, sino la mitad de lo que fue Juana de Arco. Aquellos pobres campesinos apenas se daban cuenta de todo eso. Casi no podían. Para ellos, una vez superada la timidez inicial, Juana era simplemente una chica, su hija y sobrina. Y nada más. Nos resultaba desconcertante. Me entraban escalofríos al ver lo cómodos y a gusto que estaban en su presencia, hablando con ella como con cualquier otra muchacha francesa de 17 años.

Y allí seguía el viejo Laxart narrando con voz monótona el episodio más aburrido y carente de sentido que nunca he oído. Ni él ni papá De Arco sospechaban lo impropio de la situación, y ambos consideraban que su historia ofrecía aspectos ejemplares y dignos de ser admirados por Juana. A

mi parecer, el cuento carecía del más mínimo interés y resultaba completamente ridículo. Así lo consideré entonces y lo creo ahora. Estoy seguro de que lo era, puesto que hizo reír a Juana. Y cuanto más defraudado parecía tío Laxart, más ganas de reír le entraban a Juana. El Paladín reconoció que él también habría soltado la carcajada de no ser por la presencia de Juana, y lo mismo opinaba Noel Rainguesson.

La historia contada era, poco más o menos, como sigue:

Laxart presentaba por toda la cara unas señales enrojecidas, que Juana le curó compasivamente utilizando un ungüento especial. Al hacerlo, le preguntó a su tío la causa de tales hinchazones, y éste se lo explicó a su modo, con palabras torpes y saltos en la narración. Laxart debía asistir a un funeral en Domrémy, de esto hacía dos o tres semanas. De repente, él le preguntó si recordaba aquel novillo negro que ella conoció antes de marcharse del pueblo. Juana reconoció que sí, y le dedicó grandes alabanzas por su buena estampa y viveza de genio. Laxart le respondió diciendo que se había convertido ya en un toro joven y revoltoso, y siguió contando que debía representar un papel destacado en el funeral. Algo confundida, Juana le preguntó: ¿quién, el toro? Y él contestó, «no, yo». Continuó explicando que, inesperadamente, el toro sí que tuvo una actuación importante, aunque no fuera invitado al funeral. Pero, volviendo a su historia, prosiguió. Salió de camino, llegando hasta un frondoso árbol, donde se quedó dormido sobre la hierba, con su traje de domingo con el que asistiría al funeral. Al despertar, vio, según la posición del sol, que se le había hecho tarde y no iba a estar presente en la ceremonia. En esto, observó que el toro pastaba cerca de él y pensó ganar tiempo si lograba cabalgar a sus lomos y llegar así mucho antes a Domrémy. Se dedicó a preparar una cuerda alrededor del cuello del toro y una especie de ronzal para dirigirle. Saltando sobre el animal, le azuzó con los talones de modo que salió disparado, dando saltos y cabriolas entre bramidos furiosos. Tío Laxart se asustó, intentando apearse, pero no le fue posible, porque el toro se había hecho ingobernable y, despavorido, emprendió veloz carrera en dirección al pueblo. Cuando ya estaba cerca, desbarató algunas colmenas, de las que surgieron miles de abejas, lanzadas sobre el toro y el pobre Laxart, sobre los que proyectaron sus dolorosos aguijones. Hombre, toro y abejas, irrumpieron en el pueblo, arremetiendo contra los asistentes al funeral, que no tardó en disolverse rápidamente, con la sola presencia del féretro en el suelo. El toro se encaminó hacia el río, con el propósito de expulsar a las abejas, donde se zambulló ruidosamente.

Cuando tío Laxart fue rescatado, parecía casi ahogado, y su cara estaba amoratada por las picaduras. Al acabar su cuento, el torpe narrador miró a Juana con gesto de perplejidad, viendo que apretaba su cara contra un cojín para reprimir la risa. Así, le preguntó a su compadre:

—¿De qué se reirá ésta?

Y el viejo De Arco también se la quedó mirando muy extrañado, mientras se rascaba la cabeza. Confesó que no lo sabía, aunque, tal vez, podría tratarse de algo ocurrido cuando ellos dos estaban distraídos.

Pues sí. Los dos viejos consideraban que su relato era muy interesante, y yo sigo pensando que era ridículo y sin sentido. Por no servir, ni siquiera era válido para sacar de él alguna enseñanza provechosa, como no fuera la de que no se debe cabalgar sobre ningún toro para asistir a un funeral. Y ya os imaginaréis que ninguna persona razonable necesita aprender algo como eso.

Pues bien: ¡Aquellos campesinos habían alcanzado título de nobleza por orden del Rey! Ellos no percibían la importancia del hecho. Todo eso no era más que una fantasía insustancial. Sus mentes no podían concebir la idea. No les preocupaba todo eso de la nobleza. Vivían sólo pendientes de sus hermosos caballos que les regalaron en Reims.

Estos sí eran cosas reales y sólidas, animales visibles que despertarían la admiración de Domrémy.

Luego, se cambiaron impresiones sobre los solemnes actos de la coronación y el viejo De Arco dijo que todos se quedarían asombrados en la aldea, cuando él contara que estuvo en Reims en el momento en que el Rey fue ungido y coronado.

Juana, algo preocupada intervino:

—Por cierto, padre, que eso me hace recordar... ¿cómo estabais en la ciudad y no me lo hicisteis saber? Yo os habría situado junto a los demás nobles, presenciando la ceremonia dentro de la catedral, y podríais haberla descrito después a mi madre al regresar a casa. ¿Por qué no me avisasteis de vuestra presencia?

Su padre parecía violento y confundido, como si no acertara qué decir. Pero Juana le miraba a la cara, poniéndole sus manos en los hombros, esperando. El pobre anciano, agitado por intensa emoción, la abrazó y hablando con dificultad, dijo:

—Así, hija mía. Ven a mis brazos. Deja a tu padre que se humille y haga su confesión. Es que yo... yo... ¿No lo comprendes? No podía adivinar si todas estas glorias se habrían subido a tu joven cabecita... Cosa que hubiera sido muy natural... entonces... no quisimos avergonzarte delante de todos esos príncipes y nobles señores...

—Padre, ¿cómo podías pensar eso?

—Pero, además, sentía temor, al recordar aquellas palabras tan crueles que dije llevado por mi furia... ¡que te ahogaría con mis propias manos si vestís ropas contrarias a tu sexo y arrojabas la vergüenza sobre el nombre de nuestra familia...! ¿Cómo pude decir esto a una niña tan dulce e inocente, que fue elegida por Dios como su mejor soldado? Sentía temor porque era culpable. ¿Lo comprendes ahora, hija, y querrás perdonarme?

Juana le dedicó toda su ternura. Con sus caricias, le hizo olvidar los malos recuerdos del pasado. Los olvidó hasta la muerte de la joven, momento en que los volvió a revivir otra vez. ¡Señor! ¡Cómo duelen estas cosas cuando se las hicimos a inocentes que ya están muertos! Angustiados, decimos: ¡si pudiesen resucitar!

Pasado el episodio, De Arco deseaba que Juana le explicara lo que sentía en plena acción, con las centelleantes espadas cayendo sobre el enemigo, mientras los gritos y la sangre cubren el campo de batalla. Y también lo que ocurre en una desbandada, cuando los caballos en retroceso pisotean los cuerpos de los heridos, o las banderas caen de las manos de abanderados muertos y es preciso recuperarlas, y luego... ¡el pánico! ¡La huida veloz, y más tarde, el infierno y la muerte...!

Al preguntar estas cosas, el viejo se mostraba emocionado, recorriendo la habitación con grandes zancadas, hasta que, finalmente, tomó a Juana de las manos y, separándose un poco, la miró con atención y dijo:

—Y el caso es que no puedo comprenderlo. Pero si es tan menuda y tan fina. Con la armadura, todavía disimula, pero vestida ahora con esas elegantes ropas más bien parece un delicado pajecito, en vez de un feroz guerrero que galopa en la oscuridad y respira el humo de la pólvora. Me gustaría verte en la guerra, para contárselo a tu madre y que no pase miedo por ti. Eso la ayudaría a dormir tranquila a la pobre. Venga, hazme una demostración de las artes militares para que pueda luego explicárselas a tu madre.

Y Juana lo hizo así. Primero dio una pica a su padre, y le enseñó a manejarla. También quiso recibir una lección de esgrima, y también Juana se entretuvo un rato con él. Resultaba divertido verla mover su espada, marcando tiempos, fintas y tirando a fondo. A su padre le daba miedo sólo empuñarla, de modo que se le escurría. Si se hubiera entrenado frente a La Hire, la cosa habría cambiado mucho. Él y Juana solían librar algunos asaltos. Yo los vi muchas veces. Los dos componían una atractiva estampa. ¡Qué ágil era ella! Se colocaba en pie, erguida, con los tobillos juntos y la espada lista

frente al veterano general, dispuestos los dos a mostrar sus habilidades.

Las bebidas fueron desapareciendo al amor de la conversación, con alegría del posadero, ansioso de atender bien a sus importantes huéspedes. Laxart y De Arco llegaron a mostrarse muy alegres, aunque no llegaron a embriagarse. Enseñaron los regalos que habían comprado en la ciudad para llevarlos al pueblo. Eran objetos modestos, de escaso precio pero que gustarían a las sencillas gentes de la aldea. Entregaron a Juana dos regalos, uno del P. Fronte y otro de su madre. El del sacerdote era una virgencita de plomo y el de su madre, un metro de cinta de seda azul muy hermosa. Ella se puso tan contenta como una chiquilla, besó los regalos una y otra vez, se colocó la Virgen junto al corazón y anudó la cinta en su yelmo, buscando la forma en que resultaba mejor a la vista.

Afirmó que casi estaba deseando ir de nuevo a la guerra con la seguridad de pelear con mayor denuedo, llevando algo que su madre había bendecido con sus manos. El viejo Laxart dijo que él estaba seguro de que Juana participaría otra vez en combates, pero que antes acudiría a visitar su hogar, donde la aguardaba su pueblo, ansioso de verla.

—Están orgullosos de ti, niña —insistió Laxart—. Sí. Más orgullosos de lo que ninguna aldea del mundo haya estado nunca por nadie. Es un orgullo legítimo, puesto que nunca hemos tenido una persona como Juana a lo largo de la historia. A todos sus niños, procuran ponerles nombres que recuerden su memoria. Al principio utilizaban solo el nombre de Juana. Luego, fue Juana-Orleáns y más tarde, Juana-Orleáns, Beaugency-Patay. Los próximos llevarán incorporados más ciudades, eso sin contar lo de la coronación, claro...

De repente, se produjo una interrupción. Un mensajero del Rey era portador de una nota destinada a Juana que yo leí por orden suya. El informe anunciaba que el Rey, después de consultar con los generales del Estado Mayor, se veía obligado a rogarle que siguiera al frente del ejército y que retirase la dimisión de sus cargos. Además, solicitaba inmediatamente su presencia con el fin de asistir a un Consejo de Guerra. Fuera, el redoblar de tambores y las voces militares de mando rompieron el silencio de la noche y anunciaron la llegada de la escolta de Juana.

Un profundo desconcierto se apoderó de ella, pero sólo duró unos momentos. Todo cambió y la muchacha añorante de su hogar dejó paso al Comandante en Jefe Juana de Arco, dispuesto a cumplir con su deber.

En mi doble calidad de paje y secretario de Juana, la acompañé a la reunión del Consejo. Entró en la asamblea con la dignidad de un gran Jefe Militar. ¿Dónde estaba la juguetona chiquilla que un momento antes parecía encantada con la cinta azul de su yelmo, y disimulaba la risa al oír el relato de un torpe campesino que irrumpió en un funeral a lomos de un toro, amoratado por las abejas? Sencillamente, había desaparecido sin dejar rastro.

Se fue derecha a la mesa del Consejo y permaneció de pie. Su mirada observó los rostros de los asistentes y no tardó en comprobar la fidelidad de sus compañeros de armas. Así que identificó a su enemigo, al mismo tiempo que tranquilizaba a sus amigos:

—Con vosotros no van mis palabras. Ya sé que no habéis solicitado este Consejo de Guerra. —Se volvió hacia los consejeros privados del rey y dijo: — A vosotros hablo. Así que habéis pedido un consejo de guerra. Es sorprendente. Sólo queda una cosa que hacer y convocáis un consejo de guerra. Los consejos sirven para decidir entre varias posibilidades, pero aquí no hay más que una, y es indiscutible. ¿Deseáis un consejo de guerra? ¡Por Dios! ¿Para determinar, qué?

Juana se detuvo y miró directamente el rostro de Tremouille, se mantuvo en silencio mientras lo examinaba con absoluta serenidad. A continuación, siguió:

—Cualquier persona en su sano juicio —que sea verdaderamente leal a su rey, no con falsas palabras— sabe que sólo hay una decisión razonable: ¡La marcha sobre París!

La opinión de Juana fue reforzada por el puño de La Hire, quien lo abatió con violencia sobre la mesa. La Tremouille, blanco de ira, logró dominarse y conservar la serenidad. El aire desganado del Rey se animó, y sus ojos brillaron como inflamados por el espíritu belicoso escondido en su interior que había puesto en movimiento la actitud noble y valerosa de Juana. Ella

esperó a ver si el Primer Ministro La Tremuille deseaba responder, pero el astuto político sabía aguardar el momento oportuno y prefirió callar.

Tomó el relevo el untuoso Canciller de Francia, que se dirigió a Juana en tono persuasivo:

—¿Creéis que sería elegante, Excelencia, iniciar de repente nuestra marcha militar sin esperar la contestación del duque de Borgoña? Quizá ignoréis vos que hemos iniciado negociaciones con su Alteza el duque y que, probablemente, acordemos una tregua de 15 días entre los combatientes. Él se comprometerá a que París se entregue sin lucha en nuestras manos, evitando batallas y esfuerzos en desplazar un gran ejército hasta la capital.

Juana se volvió hacia él y le contestó con voz grave: —No estamos en el confesonario, caballero. No hacía falta exponer en público un acto tan vergonzoso como el que nos contáis.

El rostro del Canciller enrojeció y exclamó:

—¿Vergüenza? ¿Y qué hay de vergonzoso en lo que he dicho?

Juana habló con el mismo tono serio y desapasionado: —No hacen falta muchas palabras para calificar esa acción. Aunque se ha procurado ocultármela, yo la conocía bien. Hacer las cosas a escondidas define a los inventores de la farsa. Y los define con dos términos muy claros.

El Canciller acentuó su aire suave e irónico:

—¿Cómo? ¿Muy claros? ¿Sería Vuestra Excelencia tan amable de pronunciarlos?

—¡Cobardía y traición!

En ese momento, los recios puños de los generales cayeron todos a la vez sobre la mesa, y volvieron a brillar de gozo los ojos del Rey. El Canciller se puso en pie de un salto y se dirigió al monarca:

—Señor, solicito vuestra protección.

El Rey hizo un leve gesto con la mano, indicándole tomara asiento:

—Silencio. Ella tiene derecho a que se le consulte, puesto que el asunto se relaciona tanto con la guerra como con la política. Por tanto, es justo que le expliquemos la situación.

El Canciller tomó asiento presa de indignación y, mirando a Juana, le habló:

—Prefiero pensar, por caridad, que ignorabais de quién partió la idea del pacto, que vos condenáis con tan descarnado lenguaje.

—Guardad vuestra caridad para mejor ocasión, caballero —contestó Juana en el mismo tono de antes—; pero cuando se dañan los intereses y se degrada el honor de Francia, cualquiera sabe cómo nombrar a los cabecillas de la conspiración.

—¡Señor! ¡Señor... esa insinuación...!

—Eso no es una insinuación, caballero —aclaró Juana plácidamente—; eso es una acusación que hago contra el Primer Ministro y el Canciller.

Los citados se pusieron en pie de un salto, reclamándole al Rey que hiciera callar a Juana. Pero no se mostró dispuesto a ello. Sus habituales consejos privados le sabían a agua, mientras el de ahora le estaba resultando como excelente vino. Así que ordenó:

—Sentaos y tened paciencia. He de permitir igualdad de condiciones para todos. ¿Desde cuándo vosotros dos habéis hablado bien de la Doncella? ¿Cuántas graves acusaciones acostumbráis a dirigirle y de qué palabra ofensiva prescindís cuando de ella se trata? —luego, añadió con un pícaro gesto—: Si estas palabras las consideráis ofensivas, no veo en qué se diferencian de las vuestras, salvo que Juana os las dice a la cara y vosotros a sus espaldas.

Se le vio muy satisfecho del efecto de sus palabras, que hicieron saltar de sus asientos a los interpelados, soltar la carcajada a La Hire, y reprimir risitas al resto de los generales.

Juana continuó hablando:

—Desde el principio nos ha detenido esta política de dilaciones. La moda de reunir consejos, consejos y más consejos, que no hacen ninguna falta para lo único necesario: combatir. Conquistamos Orleáns el 8 de mayo. De haber continuado la campaña, en tres días nos habríamos hecho dueños de toda la región, haciendo innecesaria la mortandad de Patay. Hubiésemos entrado en Reims seis semanas después, y ahora ya estaríamos en París, viendo cómo el último inglés abandonaba Francia antes de medio año. Pero nos detuvimos después de Orleáns y nos fuimos todos a descansar al campo... ¿y eso para qué? Según nos dicen, para reunir consejos. En realidad, para darles tiempo a los ingleses a que se rehicieran y nosotros perdiéramos nuestro ejército. Así ocurrió y después tuvimos que combatir en Patay. Después, otra vez más

consejos y más pérdida de tiempo precioso. ¡Oh mi Rey, me gustaría que os convencierais de lo que digo! Otra vez tenemos una buena oportunidad. Permitidme que marche sobre París. Dentro de veinte días será vuestro y dentro de seis meses, toda Francia... Tenemos ante nosotros una tarea de veinte días. Si desperdiciamos la ocasión, entonces tardaríamos veinte años en concluirla. En vuestras manos está la decisión. ¡Oh noble Rey! Decid una sola palabra, y se hará.

—¡Eso es un disparate! —cortó el Canciller, asustado al ver brillar el entusiasmo en los ojos del Rey—. ¿Marchar sobre París ahora, con todo el camino erizado de fortalezas inglesas?

—¡No me sirven de nada las fortalezas inglesas! —argumentó Juana—. ¿Qué ha sucedido estos últimos días? ¿Hacia dónde caminábamos? ¿De qué estaba erizado el camino hasta Reims? Pues de fortalezas inglesas. Fortalezas que ahora ya son nuestras... y eso sin un solo ataque...

La interrumpió un cerrado aplauso de los generales, y tuvo que hacer una pausa hasta que se calmaron los entusiasmos. Juana prosiguió:

—Sí, las plazas fuertes inglesas se alzaban ante nosotros, y ahora también se alzan, pero ya están a nuestras espaldas y son francesas. ¿Cuál es la conclusión? Hasta un niño puede verla. Y ahora hay otras fortalezas enemigas camino de París. Pero serán defendidas por los mismos soldados ingleses atemorizados y débiles que han sentido ya la pesada mano de Dios caer sobre ellos. ¡No tenemos otra alternativa que ponernos en marcha al instante y todas esas plazas serán nuestras, París caerá en nuestro poder, y toda Francia! Me basta una palabra, Majestad, ordenadle a vuestra servidora que...

—¡Alto! —bramó el Canciller—. Sería una locura ofender de ese modo a su alteza el Duque de Borgoña, ya que, gracias al tratado que vamos a concertar con él...

—¡Conque un tratado que vais a concertar!... ¡Pero si os ha despreciado y desafiado durante años y años!... ¿Ha sido vuestra capacidad persuasiva la que ha convencido al Duque para suavizar sus modales? ¿Y cómo es que ahora escucha vuestras proposiciones? ¿Sabéis por qué? Han sido los tremendos golpes que les hemos propinado ¡Es la única lección que entiende ese testarudo! ¿Qué le importan a él los modales corteses? Hacer un tratado con nosotros... por favor, caballeros... Entregarnos París, ¡qué ocurrencia! La propuesta haría reír al gran Bedford. Qué jugaba tan torpe... Hasta un ciego vería que ese acuerdo, con los 15 días de tregua, sólo es una excusa para que

Bedford tenga el tiempo necesario para reunir sus tropas y lanzarlas contra nosotros. Y, así, continúan las traiciones... Convocamos Consejo de Guerra cuando no hay nada que aconsejar. Mientras tanto, Bedford no necesita Consejo alguno para saber lo que hará contra nuestro ejército. También sabría qué hacer si estuviera en nuestro lugar: ¡Colgar a los traidores y marchar contra París! Por favor, Majestad, el camino está abierto, París nos llama, Francia nos lo exige, una sola palabra vuestra y...

—¡Esperad! —volvió a insistir el Canciller—. Todo esto es una locura. Majestad, ni podemos ni debemos echarnos atrás en lo convenido. Hemos prometido llegar a un acuerdo y debemos tratar con el Duque de Borgoña.

—No os preocupéis, caballero, nos encontraremos con el Duque.

—¿Y cómo lo haremos?

—¡A punta de lanza!

Los presentes se levantaron como un solo hombre —al menos los buenos franceses— y rompieron en aplausos que nunca se acababan, y que al final, dejaron de oír la voz ruda de La Hire, diciendo:

—¡A punta de lanza! ¡Por Dios, ésa es la canción!

También el Rey se levantó, enarboló su espada y la tomó por la hoja situando la empuñadura en las manos de Juana: —Así es. El Rey se entrega a vos. Llevadlo a París. Y entonces estallaron nuevos aplausos y aquel histórico Consejo de guerra, que tantas leyendas haría surgir, quedó clausurado.

Era pasada la medianoche de aquella jornada tensa y agotadora, cuando Juana continuaba en plena actividad. Sus generales la acompañaron hasta el Cuartel de Estado Mayor, donde les dictó órdenes con toda la velocidad que pudo, enviándolos para que fueran a cumplir sus diferentes encargos. Varios mensajeros recorrieron la ciudad, despertando rumores que aumentaron con el rítmico sonar de los tambores y la música lejana de los clarines, iniciando los preparativos necesarios para que las tropas de vanguardia levantaran el campo al amanecer.

Ordenó salir a todos sus generales, pero no a mí, pues debíamos continuar trabajando. Me dictó una proclama al Duque de Borgoña, conminándole a abandonar las armas y firmar la paz, solicitando perdón al Rey. Añadía que si deseaba luchar, lo hiciera contra los sarracenos: «Pardonnez-vous l'un a l'autre de bon coeur, entièrement, ainsi que doivent faire loyaux chrétiens, et, s'il vous plait de guerroyer, allez contre les Sarrasins^[6]».

El escrito era largo, pero de profundo contenido, oro puro. En mi opinión fue el documento de Estado más hermoso y sencillo de todos los dictados por ella. Lo entregó a un mensajero que partió raudo a cumplir su encargo. Más tarde, Juana me dijo que me fuera a la posada y descansara allí hasta el amanecer. Por la mañana debía entregar a su padre el paquete con regalos para su familia y amigos de Domrémy que ella me había dejado esa noche, antes del episodio del Consejo.

Me indicó que iría a despedir a su padre y a su tío en el caso de que se marcharan y no permanecieran unos días más en la ciudad.

Yo me mostré de acuerdo, pero pensaba que ninguna fuerza humana sería capaz de retener a los dos hombres en Reims ni un momento más. ¿Cómo se iban ellos a perder la gloria de ser los primeros en llevar a Domrémy la gran noticia?: ¡Los impuestos suprimidos para siempre! ¿Y cómo renunciar al placer de ser aclamados, entre repicar de campanas y aplausos y gritos de

júbilo? Desde luego, no pensaban perderse ni un minuto de la gloria que les correspondía. Patay, Orleáns, Reims, eran hazañas colosales, casi mitos legendarios, fantasías imposibles, pero ellos eran portadores de noticias verdaderas, hechos reales y concretos.

Cuando llegué a la posada, ¿creéis que estaban en la cama, durmiendo? Nada de eso. Nuestro grupo de Domrémy se encontraban en plena euforia. El Paladín estaba a sus anchas, contando tremendas historias de guerra protagonizadas por él. En aquellos momentos, escenificaba cuadros de la batalla de Patay, marcaba las posiciones de los contendientes en el suelo, con la punta de su espada. Los dos campesinos las miraban excitados, con exclamaciones admirativas, mientras Paladín, seguía:

—Pues sí. Aquí nos colocamos a la espera, en perfecto orden. Los cabedlos se revolvían, nerviosos, queriendo galopar. Nosotros los aguantábamos de las bridas, hasta quedar oblicuos en la silla. Por fin nos dieron la orden: ¡Atacad!... ¡Y nos lanzamos! ¿Lanzarse? Jamás se vio nada parecido. Arrollamos a los ingleses. Sólo el viento que levantábamos al pasar los derribaba, aplastados a montones. Atravesamos como un huracán las tropas de Fastolfe, dejando a nuestro paso un camino de muertos a derecha e izquierda. Seguimos adelante, sin detenernos, hacia nuestra codiciada presa: *Sir Talbot* y sus huestes, que se nos aparecieron densos y negros como una nube de tormenta que amenazara sobre el mar. Y ya íbamos a caer sobre ellos para aplastarlos, cuando, sin poder evitarlo, por designio inescrutable de Dios, ¡me reconocieron! Talbot, muy pálido, gritó: ¡Sálvese quien pueda, ahí viene el abanderado de Juana de Arco!... Picó espuelas, hasta casi despanzurrar su caballo, con todos los hombres detrás. Comprendí que debía haberme disfrazado. Nuestro General me miró con reproche y me sentí avergonzado. Había provocado un desastre irreparable. Otro se habría quedado inmóvil, sin reaccionar, pero yo no soy de éstos. La dificultad me agudizó el ingenio. Vi la oportunidad, y atravesé el espeso bosque a toda velocidad, como si tuviese alas. Pasaron los minutos y seguía volando, hasta que, de repente, flameé mi bandera al viento y aparecí ante ese Talbot. Se produjo un caos de hombres enloquecidos huyendo sin cesar. ¡Pobres indefensas criaturas! Se hallaban cercados, sin poder escapar a la retaguardia —custodiada por nuestro ejército — ni tampoco de frente, pues allí estaba yo. Con el corazón encogido, sus manos cayeron inertes, quietos, sin luchar. Los matamos a capricho a todos, menos a Talbot y a Fastolfe a los que salvé, y me los traje a cada uno debajo de uno de mis brazos.

Evidentemente, el Paladín estaba en su gloria. ¡Qué estilo y qué gestos tan nobles, qué verbo fácil y seguro, qué hábil combinación de movimientos, ruidos de guerra y escenificación de su salto con el estandarte ante las mismas barbas del aterrorizado Talbot!

Los dos ingenuos campesinos disfrutaban del espectáculo, creyendo a pie juntillas el relato de Paladín. Participaban con su entusiasmo en la acción, que coreaban con gritos de ánimo y aplausos. Cuando se calmaron, el viejo Laxart reconoció:

—Según veo, vuestra sola persona hace tanto como todo un ejército.

—Pues sí, eso es verdad —confirmó Rainguesson—. Él es el terror. Y no sólo por estas tierras. Pronunciar su nombre provoca el pánico en países lejanos. Cuando frunce el entrecejo, su sombra llega hasta Roma. Es cierto. Algunos piensan...

—Noel Rainguesson, te vas a meter en apuros. Voy a decirte algo, y harás bien en...

Me di cuenta de que era lo mismo de siempre. Nadie podría saber cuándo terminarían de pelear. Así que transmití el mensaje de Juana destinado a su padre y me retiré a dormir.

A la mañana siguiente apareció Juana con el fin de despedirse de los dos viejos, a los que abrazó cariñosamente, mientras todos derramaban lágrimas en presencia de las tropas. Por fin, marcharon los dos personajes, montados en sus briosos corceles, dispuestos a llevar a Domrémy las gloriosas noticias. Aunque hacían grandes esfuerzos, no presentaban una estampa airosa precisamente, puesto que eso de cabalgar era para ellos una actividad poco habitual.

La vanguardia de nuestro ejército partió muy temprano, al son de la música militar y con las banderas al viento. El segundo destacamento salió algún tiempo después. Entonces, llegaron al campamento embajadores borgoñones dispuestos a establecer algún tipo de acuerdo, y nos hicieron perder el día y parte del siguiente. No tuvieron mucha suerte, ya que ante ellos encontraron a Juana, que les hizo frente con extraordinaria firmeza. Por fin, emprendimos el camino al amanecer el día 20 de Julio y recorrimos seis leguas. Mientras tanto, el maquinador Tremouille continuaba su labor de confundir al vacilante Rey. Con el pretexto de «orar y meditar» en St. Marcoul, detuvo la marcha tres días más. Perdimos un tiempo precioso, el mismo que nos ganó Bedford que bien sabía cómo aprovecharse de estas

ventajas. El problema es que nosotros no podíamos seguir la marcha sin la presencia del Rey, cosa que logró Juana, después de repetidas súplicas.

Las predicciones de Juana se cumplieron. Aquello no fue una campaña, sino un paseo militar. Las plazas fuertes inglesas que se alzaban frente a nosotros se rindieron sin una escaramuza. Las dejamos defendidas por soldados franceses y continuamos hacia delante. Para entonces, Bedford salía ya a nuestro encuentro con un poderoso ejército. El día 25 de julio nos encontramos cara al enemigo y nos preparamos a la batalla. Sin embargo, Bedford se lo debió pensar mejor y prefirió dar marcha atrás, hacia París. Inexplicablemente, los consejeros lograron que el Rey diera órdenes de retroceder otra vez en dirección a Gien, lugar de donde salimos con destino a Reims. Acababa de terminar la tregua de 15 días, pactada con el duque de Borgoña, y a nosotros nos tocaba dar marcha atrás y aguardar en Gien a la espera de que nos entregaran París sin lucha. Llegamos a Bray, donde el Rey volvió a cambiar de parecer, en perpetua duda, como era habitual en su carácter. Allí, Juana dictó una carta con el fin de levantar el ánimo a los ciudadanos de Reims, abatido por la incertidumbre. Se refirió a la tregua acordada, mostrando su disconformidad con ella, aunque la aceptaba por disciplina. Sus palabras textuales fueron: «De cette trêve qui a été faite, je ne suis pas contente, et je ne sais si je la tiendrais. Si je la tiens, se sera seulement pour garder l'honneur du roi^[7]».

También aclaraba que no estaba dispuesta a permitir abusos, de modo que conservaría el ejército bien preparado y dispuesto para continuar la lucha después de la tregua. Nos dimos cuenta de que la pobre Juana estaba en guerra contra Inglaterra, Borgoña y los conspiradores franceses al mismo tiempo, y eso era demasiado. Ella se mostraba triste por la marcha de los acontecimientos y, a veces, las lágrimas asomaban a sus ojos. En cierta ocasión se confió a su viejo y fiel amigo, el Bastardo de Orleáns:

—¡Por qué no permitirá Dios que pueda volver con mis padres y hermanos a cuidar de nuevo mis ovejas, donde sería tan feliz!

El 12 de agosto nos encontrábamos cerca de Dampmartin, donde mantuvimos una escaramuza con la retaguardia de Bedford, pero sus tropas, al amparo de la noche, huyeron hacia París. Nuestro Rey envió emisarios y recibió el vasallaje de Beauvais, a pesar de los esfuerzos en contra del obispo Pierre Cauchon, fiel amigo servil de los ingleses. Poco después, Compiègne se rindió a nuestras fuerzas y arrió la bandera inglesa. El día 14 acampamos cerca de Senlis. Bedford salió a nuestros encuentros y tomó buena posición

para el combate, largo tiempo demorado. Nos lanzamos contra él, sin lograr que saliera a campo abierto, como había prometido. Cayó la noche y se detuvo la lucha. A la mañana siguiente, otra vez emprendió huida hacia París. Entramos en Compiègne el 18 de agosto y desalojamos a la guarnición inglesa, sustituida por la francesa, que izó nuestra bandera. El 23 de agosto, Juana dio órdenes de seguir avanzando hasta París, cosa que disgustó al Consejo real, quienes, en compañía del monarca, se refugiaron en Senlis, que se acababa de rendir. En pocos días se tomaron las plazas fuertes de Creil, Pont-Saint-Maxence, Choisy, Gournay-sur-Aronde, Rémy, La Neuville-en-Hez, Moguay, Chantilly, Saintines. ¡El poder inglés se desmoronaba piedra a piedra! Y a pesar de esto, el Rey se mostraba malhumorado y temeroso de continuar el avance contra la capital. Finalmente, el 26 de agosto, Juana acampó en Saint-Denis, casi ante las murallas de París, sin que la Corte del Rey recobrara el valor y la confianza en nosotros. ¡Si el Rey nos hubiera respaldado con su presencia y autoridad!

Sin embargo, Bedford, perdido el buen ánimo, decidió renunciar a ofrecer resistencia y concentrar toda su fuerza en la región más leal del territorio francés que conservaba: Normandía.

Se enviaron numerosos emisarios a presencia del Rey rogándole se reuniera con nuestro ejército, pero, a pesar de prometer que llegaría, no lo hizo. El duque de Alençon decidió ir personalmente y también el Rey aseguró su presencia, pero tampoco esta vez cumplió su palabra. Mientras tanto, el enemigo se había recuperado, en vista de la cobarde y ambigua actitud del Rey. Aunque las defensas de París se habían reforzado y el ataque resultaba más difícil cada vez, el ejército francés confiaba en la victoria. Juana ordenó el asalto para la mañana del día 8 de septiembre.

La artillería comenzó a bombardear el bastión que defendía la puerta de St. Honoré. Después, las tropas se lanzaron contra ella al mediodía, tomándola de la primera embestida. Luego, continuamos el avance, con Juana a la cabeza, con el estandarte a su lado, mientras nos envolvía el humo y los proyectiles caían sobre nosotros como nubes de granizo. Cuando nos encontrábamos en pleno ataque, Juana fue herida por un dardo y nuestros soldados retrocedieron inmediatamente, presos de pánico. Sin ella no eran nada. Ella era el ejército en sí misma.

Aunque no podía continuar la lucha, no quiso retirarse y ordenó un nuevo asalto, segura de ganar la batalla. Con mirada luminosa, dijo: «¡Tomaré París ahora, o moriré!». A la fuerza, Gaucourt y el duque D'Alençon la alejaron del peligro. Su valor brillaba como nunca. Rogó que a la mañana siguiente la llevaran al mismo lugar, ya que media hora más tarde, París caería en nuestras manos. Estamos seguros de que habría cumplido su promesa. Pero olvidamos un factor: el Rey, movido por esa extraña fuerza llamada Tremouille... ¡Y el rey prohibió el ataque!

Y es que, lo que son las cosas, acababa de llegar otra nueva embajada del duque de Borgoña y estaba en marcha una confabulación secreta. Como consecuencia, el corazón de Juana quedó destrozado. Entre el dolor de la herida y el sufrimiento espiritual, no pudo descansar aquella noche. Los

guardias que custodiaban su habitación, la oyeron sollozar mientras decía: «Se podía haber tomado París, se podía haber tomado...».

Un día después, saltó del lecho, herida y fatigada, con una nueva esperanza. D'Alençon había logrado tender un puente sobre el Sena, con la intención de pasar sus tropas a la otra orilla y atacar París por una zona distinta. Los rumores de la maniobra llegaron hasta el Rey, el cual ¡mandó destruir el puente! Y no fue sólo eso. Se concertó una nueva tregua y se dio por terminada la campaña, prometiendo no molestar París y regresar al valle del Loira, por donde habíamos venido.

Juana, que nunca fue derrotada por el enemigo, cayó a manos de su propio Rey. Una vez afirmó que su único temor era la traición. Acababa de asestarle el primer golpe. La reacción de Juana no se hizo esperar: colgó su armadura en la real basílica de St. Denis y se presentó ante el Rey, pidiéndole que la dejara marchar a su casa. Hizo lo más prudente. Los grandes movimientos militares ya habían terminado, en el futuro la guerra sería a base de escaramuzas que estarían al mando de subalternos, sin que hiciera falta la asistencia de ningún genio militar.

Pero el Rey no quiso dejarla marchar. La tregua no abarcaba toda Francia. Era preciso defender algunas plazas fuertes francesas y Juana podría serle útil al Rey. Eso le dijeron. Lo más probable es que La Tremouille deseara conservarla cerca, para tener la alegría de burlarla una y otra vez. En esos momentos, las Voces le aconsejaron: «Permanece en St. Denis», sin darle más explicaciones. Para ella, tenían más fuerza que el mandato del Rey, puesto que venían de Dios. Juana resolvió quedarse en St. Denis, a las puertas de París. Enterado La Tremouille, convenció al Rey para que no la dejara allí, a sus espaldas y la obligara a abandonar la zona, acompañando a la Corte. Juana tuvo que rendirse, pues se encontraba todavía enferma e indefensa. Después, en el Gran Proceso, declaró que la habían hecho abandonar St. Denis contra su voluntad y la de sus Voces, y que, de no estar herida, no habrían logrado arrancarla de allí.

Tampoco sabemos la razón por la que las Voces le ordenaron permanecer en St. Denis, pero lo cierto es que si la hubieran dejado obedecer, la historia de Francia habría sido distinta a la que conocemos. Esa es la pura verdad.

El 13 de noviembre, un ejército triste y desmoralizado emprendió la marcha sin música ni ruido de tambores. Aquello parecía un cortejo fúnebre largo y desolador, contemplado con pena por los franceses y con regocijo por

los enemigos. Así hasta que llegamos a Gien. La misma plaza de la que salimos meses antes, jubilosos, camino de Reims. Entonces, con las banderas desplegadas y el acompañamiento de marchas vibrantes, resplandecientes por la victoria de Patay, recibíamos el público homenaje de las multitudes agradecidas. Ahora, caía una lluvia gris, el día estaba oscuro, los cielos enlutados y los espectadores, escasos. La única bienvenida era el silencio y las lágrimas.

El Rey no tardó en licenciar aquel ejército de héroes, que plegó sus banderas y abandonó las armas: la desgracia de Francia era, otra vez, completa. La Tremouille se ciñó la corona del' triunfo, Juana de Arco, la invencible Doncella, había sido derrotada.

Las cosas ocurrieron como he dicho. Juana tuvo en su mano la liberación de París y de toda Francia. Pudo decirse que tuvo a sus pies el final de la «Guerra de los Cien años». Pero el rey le obligó a abrir la mano y levantar el pie. Después de los hechos narrados vinieron ocho meses deambulando con la Corte, alegre y fastuosa, bailarina y picarona, dada a las partidas de caza y a las burlas, coplera y disipada. Iba de ciudad en ciudad, de castillo en castillo. Una vida placentera y agradable para los soldados de la escolta, entre los que nos contábamos, pero no para Juana. Sin embargo, ella no participaba en aquel ambiente, lo contemplaba como espectadora. El Rey hizo lo posible para que Juana se divirtiera y fuera feliz. Incluso la liberó de las ceremonias y normas cortesanas que debían seguir todos los demás. Su única obligación era la de cumplimentar al Rey una vez al día. Se pasaba todo el tiempo reclusa en el sector reservado a ella, entre pensamientos y devociones que alternaba con algunos ratos en los que imaginaba arriesgadas tácticas militares, que ya nunca podría dirigir. Con la imaginación organizaba grupos de ejército, marchas y puntos de encuentro con el enemigo y formaciones de batalla. Era la única distracción para su tristeza y forzada inactividad, en la que se refugiaba como descanso de la mente y alegría para su corazón. Nunca se quejaba. No fue su costumbre. Prefería sufrir en silencio, pero daba la impresión de ser un águila enjaulada que languidecía por falta de aire puro, lejos de las cumbres, perdida la inefable sensación de libertad.

Francia estaba infestada de bandas de ladrones y soldados desmandados dispuestos a cometer cualquier atropello. También subsistían fortalezas borgoñas rebeldes, que muchas veces era preciso reducir por las armas. En estas ocasiones, le autorizaban a Juana que asaltara dichas plazas, lo que suponía para ella una fuente de emociones para el cuerpo y espíritu que la llenaba de satisfacción. Aquello le recordaba los viejos tiempos. Impresionaba verla conducir un asalto detrás de otro, sin desanimarse bajo la tempestad de proyectiles lanzados por el enemigo. En una ocasión, en vista del peligro y

como estaba herido, el veterano D'Aulon tocó retirada, temiendo por la vida de Juana, que el Rey puso bajo su custodia. Juana y su escolta personal nos encontrábamos luchando y, movidos por su ejemplo, continuamos la pelea sin hacer caso. D'Aulon regresó y ordenó a Juana cesar el combate, añadiendo que debía de estar loca para seguir en aquel lugar con sólo una docena de hombres. Los ojos de la Doncella brillaron con extraño fuego y se volvió hacia él, gritando:

—¡Una docena de hombres! ¡Por Dios, si tengo cincuenta mil! ¡Y no me moveré de aquí hasta conquistar la plaza! ¡Tocad a carga!

Todos nosotros nos lanzamos sobre las murallas y la fortaleza cayó en nuestras manos. El viejo D'Aulon se quedó viendo visiones. Pero lo que Juana quiso decir fue que reunía en su corazón la fuerza de 50 000 hombres, expresión simbólica que resultaba la frase más cierta que nunca se pronunciara.

Poco después, participamos en otro asalto cerca de Lagny, donde cargamos cuatro veces en campo abierto contra fuerzas borgoñonas atrincheradas. Por fin las derrotamos, capturando al desalmado facineroso, azote de la región, Franquet D'Arras.

De vez en cuando surgían incidentes de parecida índole que animaban el ambiente, hasta que, al fin, a finales de mayo de 1430, llegados a las cercanías de Compiègne, Juana resolvió acudir en ayuda de la ciudad, cercada por tropas del duque de Borgoña. Yo, convaleciendo de una herida reciente, no podía montar a caballo sin ayuda, de modo que el bueno del «Enano» me llevó a la grupa, agarrándome en sus manos. Salimos a media noche, bajo un negro aguacero de lluvia tibia, cabalgando despacio y en silencio, con el fin de traspasar las líneas enemigas. Tan sólo una vez nos dieron el alto. No respondimos, sino que aguantamos la respiración y continuamos el camino, sin otro incidente. Hacia la hora de las primeras luces, alcanzamos Compiègne. Las operaciones comenzaron inmediatamente. El plan concertado entre Juana y el capitán que defendía la ciudad, Guillermo de Flavy, incluía una salida contra el enemigo, apostado en tres cuerpos, al otro lado del río Oise, en la planicie. Desde nuestra posición, un puente controlado por nosotros nos comunicaba con una de las puertas de la ciudad. Al final del puente, en la orilla opuesta, una «bastilla» cumplía la misión de defenderlo, cubriendo, además, un camino que se abría por la llanura y alcanzaba hasta la villa de Marguy, ocupada por los borgoñones. También contaban ellos con Clairoix, un par de millas más arriba, mientras el ejército inglés dominaba

Venette, una milla y media más abajo. Todas estas fuerzas estaban dispuestas en forma parecida a la de un arco provisto de su flecha. El camino real, extendido por la llanura, era la flecha. Nuestra bastilla, el extremo emplumado que da la dirección al asta. Marguy la punta de la flecha, y Venette y Clairoix, los dos extremos del arco.

El proyecto de Juana consistía en salir en derechura por el camino de Marguy, tomar la villa al asalto y luego volver rápidamente hacia Clairoix, subiendo por la derecha, capturando este campamento del mismo modo, para, después, enfrentarse a la retaguardia en duro combate, ya que el duque de Borgoña se encontraba detrás de Clairoix con fuerzas de reserva. El capitán Flavy, con artillería y arqueros, debería impedir a las tropas inglesas que ocuparan el camino, manteniéndolo despejado, por si Juana lo necesitaba en caso de emergencia. Además, una flota de barcas escondidas estaban situadas junto a la bastilla, como ayuda adicional, para el caso de que fuera necesaria la retirada.

Era el 24 de mayo. Juana partió a la cabeza de un cuerpo de caballería compuesto de 600 hombres... fue su última marcha en este mucho... Recordarlo me produce un gran dolor. Como estaba herido, me encaramé a las almenas de las murallas de Compiègne, a donde me condujeron para presenciar el combate. Desde allí pude ver gran parte de lo que sucedió. El resto me lo contaron testigos presenciales.

Juana cruzó el puente, hacia el lado opuesto, dejando a sus espaldas la bastilla y continuó avanzando por el camino de Marguy, con sus jinetes muy cerca. Sobre la armadura llevaba una preciosa capa de plata bordada con reflejos dorados. Yo la veía agitarse, subir y bajar como una pequeña lengua blanca, animada por la luz del día, claro y diáfano, que permitía una total visibilidad de la llanura. Las tropas inglesas comenzaron a moverse en perfecto orden, al mismo tiempo que Juana atacaba a los borgoñones de Marguy, siendo rechazada al primer envite. Después, pude observar al resto de los borgoñones de Clairoix salir a campo abierto. Juana reagrupó a sus hombres y volvió al ataque por segunda vez. En estos dos asaltos se perdió demasiado tiempo, un tiempo precioso... Los ingleses, desde Vanette, se aproximaban al camino de Marguy, defendido por nuestra bastilla, que abrió fuego contra ellos, frenando su avance. En vista de la situación, Juana animó a sus fuerzas, con inspiradas palabras, y dirigió una última carga, que incontenible, desarboló las defensas de Marguy, que fue nuestro. Giró inmediatamente a su derecha, no tardando en abordar a las tropas borgoñonas

de Clairoix que acababan de llegar. Los dos ejércitos se precipitaron el uno contra el otro, en un agrio combate de alternativas inciertas para los contendientes. De repente, se produjo el pánico en las filas francesas. Unos afirman que la causa fue la creencia de nuestra vanguardia en una maniobra inglesa impidiéndoles la retirada. Otros dicen que en retaguardia se corrió la voz de que Juana había sido muerta. Sea como fuere, los nuestros huyeron en desbandada en busca del camino de Marguy, mientras Juana intentaba detenerlos para continuar al ataque, gritando que tenían asegurada la victoria, pero todo en vano. Los franceses pasaron sobre ella como una marea incontenible. El veterano D'Aulon le rogó que se pusiera a salvo mientras era posible, pero ella se negó, de modo que el viejo soldado agarró su caballo por la brida y la obligó a retroceder, a su pesar. Así, llegaron en completo desorden al camino, próximos a la bastilla francesa, que detuvo su fuego de artillería contra los ingleses que la acosaban, por miedo a herir a los nuestros en retirada. Por consiguiente, las tropas borgoñonas e inglesas encerraron en maniobra envolvente a las fuerzas de Juana que, entre el camino y la bastilla, lucharon heroicamente contra los enemigos que les asediaban por los dos lados, atrapados, hasta que fueron cayendo uno a uno. El capitán Flavy, que vigilaba desde las murallas de la ciudad, ordenó retirar el puente levadizo, con lo cual, ni siquiera cabía la esperanza, a los supervivientes que aún rodeaban a Juana, de refugiarse tras los muros de Compiègne. Su reducida guardia personal menguaba a ojos vista. Los hermanos de Juana cayeron heridos, Noel Reinguesson recibió grave castigo al proteger con su cuerpo a Juana de los golpes que llovían sobre ella. Solamente quedaban El Enano y El Paladín, que siguieron luchando con valor escalofriante. Parecían dos torres de granito, salpicados de sangre, sin ceder ni un paso. Allí donde se abatían el hacha del uno y la espada del otro, los enemigos caían fulminados. Así encontraron su final, combatiendo, leales a su deber hasta el último momento, aquellas almas sencillas y buenas. ¡Que sus espíritus descansen en paz! Les tenía gran cariño.

Inmediatamente después se escuchó un alarido triunfal y un tropel de soldados acometieron a Juana que seguía defendiéndose con denuedo y habilidad, hasta que, agarrada por la capa, fue derribada del caballo y hecha prisionera. La condujeron al campamento del duque de Borgoña, seguida por el ejército victorioso, rugiendo de alegría.

La terrible noticia corrió como el rayo por todas partes, de boca en boca. La gente quedaba como fulminada. Murmuraban como en una pesadilla: «¡La Doncella de Orleáns, apresada!... ¡Juana de Arco, prisionera!... ¡Hemos perdido a la liberadora de Francia!». Parecía como si no pudieran comprender

que Dios hubiera permitido algo tan espantoso. En Tours y en otras muchas ciudades las colgaduras negras y crespones de luto cubrían los edificios desde el tejado al suelo. Pero esto no era nada comparado con el luto que inundó los corazones de los aldeanos franceses. La desolación general era imposible de explicar a un extraño ¡El espíritu de una nación entera estaba cubierto de negros crespones! Estamos en el 24 de mayo. Dejaremos que caiga el telón una vez terminado el más patético, asombroso y extraño drama militar nunca representado en ningún escenario humano. Juana de Arco no volvió a cabalgar jamás.

TERCERA PARTE

No puedo resistir que se hable con ligereza de la vergonzosa historia ocurrida durante el verano y el invierno que siguieron a la captura de Juana de Arco. Por lo que a mí se refiere, no me preocupé demasiado al principio del episodio, pues aguardaba oír, de un momento a otro, que solicitaban un rescate por Juana y que el Rey —o, mejor, toda Francia, agradecida— se iban a apresurar a pagarlo.

Según las normas de la guerra, a Juana no se le podía negar el derecho al rescate. Ella no era una rebelde, sino un soldado del ejército real, General en Jefe por orden del Rey, que no había faltado nunca a las leyes militares, de modo que nadie la podía retener a la fuerza si pagaban el rescate. Pero los días pasaban y no se mencionaba nada de rescates. Me resultaba increíble, pero ésa era la verdad. ¿Sería la influencia del malvado Tremouille sobre el Rey? Lo único seguro es que el monarca no hizo la menor oferta, ni gestión alguna, para salvar a la muchacha que tanto había hecho por él.

Por desgracia, los enemigos se estaban dando bastante prisa. La noticia de la captura de Juana llegó a París al día siguiente de ocurrir el hecho. Ingleses y borgoñones celebraron ruidosamente el episodio feliz, lanzando las campanas al vuelo en acción de gracias. Con toda rapidez, el Vicario General de la Inquisición envió un mensaje al duque de Borgoña, exigiendo la entrega de la prisionera a la jurisdicción eclesiástica, para ser juzgada como idólatra.

Los ingleses aprovecharon esta oportunidad, ya que fueron ellos los que urdieron la trama, y no la Iglesia, que fue utilizada como tapadera. La razón es simple: Inglaterra podía ejecutar físicamente a Juana, pero el tribunal de la Iglesia estaba en condiciones de eliminarla moralmente, y esto era lo que se pretendía. Matar a Juana de Arco la convertiría en heroína y mártir, mientras que declararla idólatra, bruja, hereje y enviada por Satanás acabaría con el «mito» de la «enviada del cielo» para siempre. De este modo, Juana, que era el verdadero enemigo a batir por los ingleses, iba a ser eliminada de la acción,

recobrando enseguida Inglaterra su perdida supremacía militar y política.

El duque de Borgoña escuchaba... a la espera de acontecimientos. No dudaba de que el Rey de Francia, o el pueblo unánime, aceptarían pagarle un precio más alto que los ingleses. Conservó a Juana incomunicada en una fortaleza segura y continuó aguardando semana tras semana. Como aristócrata francés, le avergonzaba un tanto venderla a los ingleses. A pesar de todo, no le llegó ninguna oferta del bando francés.

Juana mantenía vivo su carácter. Un día logró burlar a su carcelero, y no sólo se escurrió de la celda, sino que encerró dentro de ella al guardián. Quiso la mala fortuna que al escapar la viera un centinela y así, fue de nuevo apresada y conducida otra vez a la prisión. En vista del hecho, la condujeron al castillo de Beauvoir, todavía más seguro que el anterior. Los hechos ocurrieron en agosto, cuando Juana llevaba más de dos meses de cautiverio. Allí era celosamente custodiada, en un torreón de sesenta metros de altura. Durante unos tres meses, consumida por la impaciencia, alcanzó a comprender que los ingleses, amparados con el pretexto de la Iglesia, estaban comerciando con ella como si se tratara de un caballo o un esclavo. Se dio cuenta de que Francia guardaba silencio, que el Rey, guardaba silencio. Y también todos sus amigos. Sí, el espectáculo era lamentable.

A pesar de su desánimo, cuando se enteró de que Compiègne había sido cercada y que sería, probablemente, conquistada y sus habitantes, hasta las mujeres y niños, pasados por las armas, según promesa de los sitiadores, hirvió su sangre en las venas. No pudo resistir la prisión y con las ropas de su cama preparó una soga, con la cual, esa misma noche, pudo abandonar su celda. En plena acción, la cuerda se rompió, quedando malherida en el suelo. Estuvo tres días sin conocimiento y no toleraba alimento alguno.

En esos momentos, llegaron a Compiègne los refuerzos del Conde de Vendôme, salvando a la ciudad del asedio. Aquello supuso un desastre para el duque de Borgoña, necesitado entonces de fuertes sumas de dinero. Era el momento de aumentar el precio por Juana de Arco. Los ingleses enviaron a cerrar el trato a un obispo francés, el infame Pierre Cauchon, de Beauvais. Si lograba éxito en su misión, el Arzobispado de Rouen sería suyo. Reclamó el derecho a presidir el proceso eclesiástico de Juana, alegando que el lugar donde fue apresada caía dentro de su diócesis.

Siguiendo las costumbres de aquellos tiempos, el rescate de un príncipe real estaba fijado en la suma de 10 000 libras de oro, es decir, 61 125 francos.

Si alguien la ofrecía no era nunca rechazada. Cauchon fue portador del encargo en nombre de los ingleses: diez mil libras por la Doncella. ¡Un rescate de príncipe real a cambio de la pobre campesina de Domrémy! Revela, curiosamente, lo importante que era para los ingleses. La cantidad fue aceptada: Juana de Arco, la Libertadora de Francia... ¡Vendida a sus enemigos, a los enemigos de su país! Los mismos que habían golpeado, arrasado y maltratado a Francia durante un siglo, convirtiendo el asunto en una especie de juego para entretener el ocio. Juana fue vendida por un aristócrata francés a un obispo francés, con la ingrata complicidad de un rey francés y de la nación francesa, que permanecieron en silencio.

Y... ella. ¿Qué dijo ella? Nada. Ni un reproche salió de sus labios. Era demasiado noble para algo así. Era Juana de Arco. Con eso queda todo dicho. Como soldado, su trayectoria resultaba intachable. En ese aspecto, nadie podía pedirle cuentas. Hacía falta buscar un pretexto y, como ya aclaré antes, lo encontraron. Sería juzgada por clérigos, acusada de crímenes contra la religión. Y si no se descubría ninguno, pues lo inventarían. Allí estaba el infame Cauchon para hacerlo.

La ciudad de Rouen se eligió como lugar del proceso. Representaba el mismo centro del poderío inglés. Sus habitantes llevaban tantos años sometidos a los ingleses, que apenas podían ser considerados franceses, salvo por la lengua. La plaza fuerte se encontraba celosamente guarnecida. Juana fue llevada allí a finales de diciembre de 1430 y encerrada en un calabozo. ¡Cubrieron de cadenas aquel espíritu libre!

Y Francia continuaba insensible. ¿Cómo puede explicarse? No veo más que una forma: recordaréis que cuando Juana abandonaba el combate, los franceses huían y se acobardaban. Al contrario, si Juana los arengaba, al frente de ellos, arrollaban todo obstáculo, mientras veían su plateada armadura o su estandarte. Al ser herida o correrse la voz de que había muerto —como sucedió en la batalla de Compiègne—, cundía el pánico, huyendo todos como una manada de corderos. Todavía no se encontraban seguros de sí mismos. Conservaban el ánimo servil, después de muchos años y generaciones de fracasos, y la desconfianza en sus jefes, nacida de la amarga experiencia en la traición y la cobardía. Sus reyes fueron traidores a los nobles señores y a sus generales, mientras éstos eran también traidores al Rey y entre ellos mismos. Los soldados descubrieron que podían confiar sólo en Juana y en nadie más. Con su captura, todo estaba perdido. Ella era como el sol que derrite la nieve y la hace hervir. Apagado el sol, el agua volvía a

helarse. El ejército y toda Francia tomaban su forma anterior, convirtiéndose en cuerpos muertos... Incapaces de vida, de esperanzas, alegrías y ambiciones.

Mi herida me producía molestias que se alargaron hasta principios de octubre. Por entonces, el tiempo fresco me ayudó a recobrar mi vitalidad y fuerza. Durante esos días circularon rumores de que el Rey se disponía a rescatar a Juana. Me los creí. Yo era joven y aún no había descubierto las pequeñas mezquindades de la miserable raza humana, que tan pagada está de sí misma y tan superior se cree.

Pero en octubre ya me encontraba dispuesto a nuevas acciones de guerra, participando en dos escaramuzas. Muy pronto, el 23, fui nuevamente herido. Como veis, mi suerte había cambiado. En la noche del 25, los sitiadores de Compiègne levantaron el campo y escaparon. En la confusión, uno de sus prisioneros franceses huyó, refugiándose en la ciudad. Entró con paso vacilante en mi habitación. Un ser destruido, pálido y con el aire más patético que podáis imaginar.

—Pero... ¿cómo podía ser? ¡Era Noel Rainguesson, y estaba vivo!

Sí que era él. Nuestro encuentro fue alegre, como es de suponer, pero también triste. No nos atrevíamos a pronunciar el nombre de Juana. Hablábamos de «ella», pero su nombre no nos salía. Comentamos que el viejo D'Aulon, autorizado por el duque de Borgoña, continuaba a su servicio. Juana era tratada con el respeto debido a su rango y a su carácter de prisionera de guerra, capturada en una batalla honrosa. En el mismo plan siguió —como supimos después— hasta caer en las manos de aquel maldito Pierre Cauchon, obispo de Beauvais.

Noel dedicó palabras de alabanza y afecto a nuestro viejo y fanfarrón abanderado, reducido para siempre al silencio. Terminaron sus batallas, reales o imaginarias. Había acabado su tarea, cerrando su vida con honor.

—Y aún, al final, tuvo suerte —explicaba Noel con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Siempre la tuvo! ¡Ofrecía una imagen espléndida ante los ojos del público, admirado en todas partes! Se le presentaban ocasiones de realizar

hazañas vistosas, y las llevaba a cabo. Le pusimos el título de Paladín en broma, pero después lo mereció por justicia... Y, por fin, murió con la armadura puesta, fiel a su cometido, con el estandarte en la mano, ante la mirada aprobadora de Juana de Arco. Sorbió la copa de la gloria hasta la última gota. Se ha ido alegremente en busca de la paz eterna, sin contemplar todo el desastre que vino después. ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! Mientras nosotros... ¿Qué pecado hemos cometido para continuar aquí vivos...? ¿No merecemos el derecho a una muerte así de feliz?

Luego, continuó:

—Arrancaron de sus manos exangües el sagrado estandarte y se lo llevaron junto a su dueña, como preciados trofeos. Pero no lo conservan ya. Hace un mes, con riesgo de nuestras vidas, mis compañeros de prisión y yo conseguimos apoderarnos de él, haciéndolo llegar a escondidas a manos amigas, que ocultaron el estandarte y lo depositaron en la Tesorería de la ciudad de Orleáns, donde se encuentra, para siempre, a salvo.

Me alegró mucho aquella noticia. He tenido ocasión de contemplarlo muchas veces, aprovechando las invitaciones honoríficas de la ciudad Orleáns, como huésped predilecto en la conmemoración del 8 de mayo. Me dedicaron los homenajes una vez muertos los hermanos de Juana. El estandarte sigue allí, conservado por el amor y el respeto de los franceses, y permanecerá hasta dentro de mil años, es decir, mientras quede una brizna de su tejido^[8].

Dos o tres semanas más tarde de esta conversación, nos llegó como el estampido de un trueno la tremenda noticia: ¡Juana de Arco vendida a los ingleses!

Nunca hubiéramos creído semejante cosa. ¡Éramos tan jóvenes! Sabíamos poco de la condición humana, como dije antes. Nos sentíamos tan orgullosos de nuestro país, de la nobleza de sentimientos franceses, del espíritu agradecido y magnánimo del pueblo... No esperábamos demasiado del Rey... pero de Francia... Sí, ¡lo esperábamos todo! Sabíamos que en muchas ciudades leales, los sacerdotes se lanzaron a la calle en pública manifestación, solicitando donaciones para reunir fondos y comprar el rescate de la enviada del cielo y liberadora de Francia. Ni por un momento dudamos que se lograría allegar la cantidad precisa. Pero, ante la noticia, estuvimos seguros de que todo había terminado. Sin remisión. Fueron días amargos para nosotros. Hasta el cielo nos parecía de luto. La alegría desapareció de nuestros corazones.

Noel me cuidaba pacientemente, días y semanas que se nos hacían largas y tristes. A finales de enero me encontraba ya repuesto. Al verme restablecido, me preguntó:

—¿Nos iremos ahora?

—Sí.

No hacían falta más explicaciones. Nuestros sentimientos y nuestra razón estaban en Rouen, pero ahora se trataba de trasladar allí nuestras personas. Lo que más amábamos en el mundo se encontraba encerrado en aquella fortaleza. No podíamos ayudarla, pero nos consolaba tenerla cerca y observar los muros de piedra que la guardaban. El peligro era que nos hicieran prisioneros también a nosotros. Pero, en fin, nos pusimos en manos del destino, o mejor, de la Providencia.

De modo que partimos. No nos dábamos cuenta del cambio operado en el país. Caminábamos libremente y sin obstáculos por todas partes. Cuando Juana de Arco dirigía sus campañas, se percibía el terror de sus enemigos en pueblos y ciudades. Ahora que la tenían prisionera, el temor desaparecía. No tardamos en descubrir que podíamos navegar por el Sena sin necesidad de fatigarnos. Así, nos embarcamos en un bote, llegando a una legua de Rouen. Desembarcamos en la orilla opuesta a las colinas, llana como el suelo de una casa. El problema fue entrar en la ciudad, cuyas puertas estaban severamente vigiladas. Los guardias no dejaban entrar a nadie que no se identificara, con el fin de impedir cualquier intento de liberar a la Doncella.

Así, nos instalamos con una familia de campesinos a los que ayudábamos en las faenas de la tierra, a cambio de cobijo y comida. Pronto nos hicimos amigos de ellos y, una vez ganada su confianza, les confesamos quiénes éramos y lo que nos proponíamos realizar. Resultaron ser buenos franceses y prometieron ayudarnos. Enseguida trazamos el plan. Era sencillo. Les acompañaríamos a conducir el rebaño de ovejas al mercado de la ciudad, vestidos con las mismas ropas de campesinos que ellos. Una mañana muy temprano, bajo una llovizna lánguida, traspasamos las temibles puertas sin que nadie nos molestara.

Nuestros amigos conocían una familia de confianza que habitaba encima de una pobre taberna. Era un edificio alto y de forma extraña, situado en una de las callejas estrechas que descienden al río desde la catedral. Nos acogieron con afecto en casa de los Pierrons, gente que simpatizaba con nuestra causa y con la que no fue necesario guardar ningún secreto.

Tuvimos el problema de encontrar algún medio de ganar nuestro sustento. Cuando los Pierrons supieron que yo era capaz de leer y escribir, intercedieron por mí ante su confesor y éste me recomendó a un buen sacerdote, llamado Manchon, que ejercería después el cargo de secretario en el Gran Proceso contra Juana de Arco. Mi posición era comprometida... era empleado del secretario... Y peligrosa, en el caso de que alguien descubriera mis simpatías hacia la procesada y mi anterior papel a su servicio... Pero no existía problema serio.

Manchon, en su interior, albergaba sentimientos amistosos hacia Juana y nunca me traicionaría. Por otra parte, prescindí de mi apellido, utilizando sólo el nombre de pila, como era habitual entre la gente de clase baja. Trabajé para Manchon a sus órdenes directas. Durante los meses de enero y febrero le acompañé varias veces a la fortaleza donde se encontraba Juana, aunque no al calabozo en el que estaba recluida. De modo que no tuve ocasión de verla.

Manchon me informó sobre lo acaecido antes de mi llegada. Desde que logró comprar a Juana, Cauchon se dedicó ardientemente a prepararse un jurado dispuesto a secundarle en su propósito de destruir a la Doncella. Con estos afanes pasó varias semanas. De la Universidad de París le fueron enviados algunos eclesiásticos, letrados y de confianza, para lograr los fines perseguidos. Por su parte, después de insistente búsqueda, consiguió aumentar el número de miembros del jurado con personajes prestigiosos y dóciles, hasta reunir un impresionante Tribunal formado por más de cincuenta nombres distinguidos. Eran nombres franceses, pero con intereses y simpatías ingleses.

Llegó de París un alto representante de la Inquisición, ya que la acusada iba a ser juzgada según fórmulas de este Tribunal. Pero el enviado resultó hombre honrado y recto, puesto que declaró abiertamente que aquel Tribunal no le parecía competente para actuar en aquel caso y se negó a formar parte de él. En el mismo sentido de honestidad personal se pronunciaron otros dos o

tres miembros del jurado.

El Inquisidor estaba en lo cierto. El caso suscitado allí contra Juana ya tuvo lugar tiempo atrás en Poitiers, y el veredicto le fue favorable a la Doncella. Y aquel era un tribunal de mayor rango que el de ahora, puesto que el presidente fue el arzobispo de Reims, cuya jurisdicción comprendía bajo su mandato al obispo Cauchon. Por varias razones, éste no tenía autoridad para presidir aquel tribunal. La ciudad de Rouen no pertenecía a su diócesis. Juana no había sido apresada en su domicilio, que era Domrémy, y, además, el juez principal se mostraba notoriamente enemigo de ella, por lo que resultaba invalidado por la falta de imparcialidad. Pese a todo, los inconvenientes se fueron resolviendo. El Consejo eclesiástico de Rouen, después de dura lucha y cediendo a mil presiones, concedió, al fin, licencias territoriales en favor de Cauchon. El mismo recurso a la violencia se utilizó con el Inquisidor, que se vio obligado a someterse.

Así pues, Su Majestad el Rey de Inglaterra, a través de su representante, entregó formalmente a Juana en manos del tribunal, con la advertencia siguiente: «si el tribunal no la condenaba, debería devolvérsela nuevamente al Rey de Inglaterra».

¿Os imagináis lo que fue aquello? ¿Había salvación para una pobre niña sola y sin amigos? Sin amigos. Ese era el término exacto. La arrojaron a oscuro calabozo, custodiada por media docena de guardias brutales que la vigilaban día y noche sin perderla de vista en su jaula de hierros, encadenada por el cuello, manos y pies al catre que le servía de cama. A su lado, ni una sola persona amiga.

El que tomó prisionera a Juana fue un vasallo de Juan de Luxemburgo, el cual se la vendió al duque de Borgoña. A pesar de esta notable hazaña, tuvo la desvergüenza de ir a visitar a Juana en su jaula, acompañado por dos condes ingleses, Warwick y Stafford. Le ofrecieron la libertad si prometía no volver a combatir a los ingleses. Aunque Juana llevaba mucho tiempo en aquella jaula, conservaba íntegro su genio. Replicó a la oferta, con voz digna:

—En nombre de Dios, os burláis de mí. Sé que no tenéis ni autoridad ni deseos de hacer tal cosa.

Como le insistieran, Juana, impulsada por su espíritu noble, levantó las manos encadenadas y dejándolas caer con un chasquido, habló:

—Mirad estas argollas. Muestran que los ingleses van a matarme. Ellos piensan que al morir yo, lograrán dominar todo el reino de Francia. No será

así. Aunque enviaran cientos de miles de ingleses, jamás lo podrían conseguir.

El desafío enfureció a Stafford. Podéis imaginar la escena. Él, un hombre libre y en plenitud de fuerzas. Ella, una muchacha encadenada e indefensa. Pues bien. Él empuñó su daga y se lanzó contra ella con ánimo de apuñalarla. Warwick lo sujetó a tiempo, demostrando sensatez. ¿Matarla de aquel modo? ¿Enviarla al otro mundo sin antes deshonorarla? Quedaría convertida en la heroína de Francia. La nación se levantaría a pelear movida por el espíritu de ella. Era mejor reservarla para un destino diferente...

Se acercaba el momento del Gran Proceso. Durante más de dos meses, Cauchon anduvo rastreando en busca de pruebas, sospechas o testimonios contra Juana, al mismo tiempo que ocultaba cualquier evidencia a su favor. Los medios que tenía para cumplir sus propósitos eran muchos y poderosos: no desperdició ninguno.

Juana, al contrario, no contaba con nadie que le preparase la defensa de su caso. Permanecía encerrada entre gruesos muros y no disponía de amigos a quienes pedir ayuda. Tampoco le era posible contar con testigos a su favor. Todos estaban lejos, en el campo francés, mientras a ella la juzgaba un tribunal dominado por ingleses... Si alguno se hubiera atrevido a venir a declarar, no habrían tardado en ajusticiarlos. La prisionera debía ser su único testigo, tanto para el fiscal como para la defensa. En realidad, antes de que se iniciara la primera sesión del tribunal, ya estaba dictada la sentencia de muerte.

Cuando Juana se enteró de que el Tribunal estaba compuesto por miembros al servicio de Inglaterra, solicitó que se nombraran otros tantos sacerdotes de la parte francesa. Cauchon se rio del mensaje y ni tan siquiera se dignó contestar. Según las leyes de la Iglesia, al ser Juana menor de 21 años tenía derecho a estar asesorada por un consejo que le indicara el mejor modo de responder a las preguntas y protegerla contra los recursos y encerronas tendidas gracias a la habilidad del fiscal. Juana solicitó esta ayuda, pero Cauchon se la negó rotundamente. Ella insistió encarecidamente, alegando su juventud e ignorancia frente a la sabiduría del tribunal, pero Cauchon no cedió y Juana hubo de conformarse con salir adelante en el proceso por sí misma. El corazón del obispo era de piedra.

Cauchon preparó el «Procès verbal» (el atestado). Se trataba de una detallada lista de «sospechas y rumores públicos». Se empleaban estas palabras. En el documento se hacía constar la sospecha de que se consideraba

a Juana culpable de herejía, prácticas de hechicería y otras ofensas semejantes contra la religión. El problema era que, según las disposiciones eclesiásticas, un proceso de estas características no podía iniciarse sin una amplia investigación sobre el comportamiento, modo de ser y antecedentes de la acusada. Esta información debía añadirse al «procès verbal», formando por parte de éste.

Como recordaréis, fue lo primero que se hizo durante el proceso de Poitiers. Volvieron a repetirlo ahora. Se envió un eclesiástico a Domrémy, con el encargo de que recabara todo tipo de testimonios sobre los primeros años de Juana, infancia y juventud, y regresara después con su veredicto. El escrito fue muy claro. Decía que había encontrado la conducta de Juana tal y como «él desearía que fuese su propia hermana». Un informe muy parecido al que resultó en Poitiers, ya veis. El pasado de la Doncella era de tal blancura, que resistía el más detallado examen.

Este documento —me diréis— representaría un factor decisivo en favor de Juana. Pues sí. Lo hubiera sido de haberse hecho público. Pero Cauchon no se descuidaba un momento, y lo hizo desaparecer del «procès verbal» antes de que comenzara el proceso. Los demás actuaron con la prudencia necesaria para no preguntar sobre lo ocurrido.

Todo parecía indicar que Cauchon ya estaba preparado para iniciar el proceso. Pues no. Tramaba una nueva maniobra —que sería decisiva— en su ánimo de aniquilar a Juana. Se valió de un famoso eclesiástico de los seleccionados por la Universidad de París, Nicolás Loyseleur. Era alto, de buena presencia, aire grave, hablar pausado, ademanes educados y atrayentes. No parecía capaz de cometer traición ni de ser hipócrita, pero rebosaba ambas cosas. Una noche se presentó en la cárcel, disfrazado de zapatero remendón, solicitando visitar a Juana con la excusa de que era paisano de ella. Cuando estuvo a solas con la joven, le aseguró sus sentimientos favorables al Rey de Francia y le confió el secreto de su ministerio sacerdotal. Juana se mostró llena de alegría al poder hablar con una persona de su región, próximo a las colinas y valles que le eran tan queridas. Además, el hecho de que fuera sacerdote le permitiría acudir al consuelo del sacramento de la confesión. Los sacramentos eran para ella el pan de vida, como el aire que respiraba, pero no los había podido recibir en los últimos meses.

Abrió en confesión por entero su alma pura, y el indigno sacerdote le aconsejó actitudes respecto al proceso que, de haberlas seguido le habrían acarreado la ruina. Su intuición e innata sabiduría la pusieron en guardia para

no seguir sus indicaciones.

Pero, entonces, preguntaréis, ¿de qué sirvió la estratagema, dado que los secretos de confesión no pueden revelarse? Cierto. ¿Y si alguna otra persona lo escuchaba a escondidas? Entonces, esa persona... no está obligada a guardar el secreto... Bien. Pues eso es lo que sucedió. Cauchon ordenó practicar una abertura en la pared, pegó el oído al agujero y escuchó por entero la confesión de Juana.

El martes 20 de febrero, trabajaba yo en unos escritos de mi señor clérigo, cuando entró en la habitación con aire triste y me informó que habían fijado el comienzo del proceso para la mañana del día siguiente, por lo que debía prepararme para asistir en su compañía. Desde luego, me esperaba la noticia, pero la impresión que me llevé al recibirla me cortó el aliento y me hizo temblar. Tal vez, de modo inconsciente, me había hecho a la idea de que ocurriría algo que iba a suponer el fin de la pesadilla, deteniendo aquel proceso fatídico. Quizá, el propio La Hire seguido por sus «diablos» se lanzaría contra los muros de la cárcel... O que Dios, apiadado, extendería su poderosa mano para hacer justicia... Pero ahora, ya no había ninguna esperanza.

El proceso daría comienzo en la misma capilla de la fortaleza, y quedaría abierto al público. Corrí angustiado a comunicárselo a Noel, con el fin de que madrugara para conseguir un sitio en el interior del recinto. Así tendría ocasión de volver a ver a nuestra querida Juana. Por la calle, la multitud de ciudadanos franceses partidarios de Inglaterra, y los soldados ingleses dominadores, charlaban y reían de viva voz, comentando el próximo acontecimiento:

—Dicen que el gordo del obispo ha preparado las cosas a su gusto por fin, y afirma que llevará a esa mala bruja a bailar una danza alegre y breve.

Otras veces, las opiniones mostraban compasión y tristeza, y no siempre eran franceses. Los soldados ingleses temían a Juana, pero la admiraban también por sus grandes hazañas y su espíritu indomable.

A la mañana siguiente, Manchon y yo salimos muy temprano. A pesar de eso, cuando nos acercamos a la imponente fortaleza, se agolpaba la muchedumbre, creciente por momentos. La capilla estaba llena, salvo los espacios reservados a las autoridades o empleados y auxiliares del Proceso. Nos acomodamos en los lugares que estaban ya preparados. En un plano

elevado se encontraba el obispo Cauchon, con vestiduras de gran gala. Junto a él, colocados en hileras, se situaban los jueces, ataviados con los mismos trajes que el Presidente del tribunal: cincuenta eminentes eclesiásticos, caras con aspecto inteligente, sabios, veteranos de la estrategia y de la casuística. Trampas mortales para ignorantes o tímidos. Al ver aquellos maestros de la esgrima verbal reunidos para dictar sentencia, y recordar que Juana se enfrentaría a ellos, en defensa de su honra y de su vida, sola y sin ayuda, me pregunté sobre el papel que jugaría allí la pobre aldeana de 19 años.

Un profundo desánimo embargó mi espíritu.

Cuando miré la figura obesa del presidente, jadeando, con su enorme barriga agitada por la respiración, su papada, la tez púrpura, los ojos fríos y malignos, su repulsiva nariz de repollo y el rostro brutal, quedé totalmente anonadado. Y, después, al percibir el temor que infundía a los demás sólo con la mirada, desaparecieron mis últimos restos de esperanza.

El único lugar desocupado en toda la sala era el banquillo de madera sin respaldo, situado junto al muro, a la vista de todos, en una especie de estrado. Unos guardias de considerable tamaño, con celada, armadura y guanteletes, rígidos como postes, se colocaron a los dos lados del banquillo, que me pareció algo patético, pues sabía a quien se le reservaba. Me recordó el Alto Tribunal de Poitiers, donde Juana combatiera serenamente con los asombrados doctores de la Iglesia y del Estado hasta quedar victoriosa, recibiendo el aplauso de la gente, dispuesta a liberar a su país en los campos de batalla.

¡Qué imagen tan delicada, noble, inocente, atractiva y encantadora ofrecía entonces a sus 17 años! Sólo habían pasado dos años, pero ¡cuántas cosas sucedieron y qué jornadas tan gloriosas vivimos!

Las coséis eran distintas ahora. Sin luz, ni aire, ni alegría, encerrada en lóbregos calabozos, debía estar agotada y sus fuerzas gastadas. También se encontraría desalentada, al saber que no tenía esperanza. Sí, todo había cambiado.

En la sala se escuchaba el sordo rumor de voces, hasta que, de repente, una voz ordenó:

—¡Traed a la acusada!

Me quedé sin aliento. Mi corazón me saltaba del pecho. Se hizo un silencio absoluto. Cesaron los ruidos. La quietud degeneró en algo opresivo.

Los semblantes se volvieron hacia la puerta, a la espera de ver en carne y hueso a la persona considerada hasta entonces como el prodigio en forma humana, el mito que circulaba de boca en boca. La quietud y el silencio continuaron. A lo lejos, por los corredores de piedra se oyó el sonido de pisadas... clac... clic... clac... Y apareció ¡Juana de Arco, liberadora de Francia, encadenada! Todo me dio vueltas, como un torbellino. Me di cuenta de lo que iba a suceder.

Prometo por mi honor que no voy a falsear ni a empañar los hechos presenciados en aquel trágico proceso. Contaré honradamente detalle tras detalle, tal como los consignábamos entre Manchon y yo en el registro diario oficial del tribunal, y tal como puede leerse hoy en los modernos libros impresos. La única diferencia será que al hablar con vosotros en plan amistoso, me permitiré comentar los acontecimientos para que sean mejor comprendidos. También aludiré a pequeños detalles que pueden tener algún interés humano para nosotros, pero que no son relevantes para los documentos oficiales^[9].

Vuelvo a tomar mi relato donde lo dejé antes.

Así pues, oímos el ruido de pasos, con el traqueteo de las cadenas de Juana sobre las piedras del suelo. Seguidamente apareció. La asamblea sufrió una conmoción y se oyeron respiraciones entrecortadas. Dos guardias la seguían a corta distancia. Su cabeza estaba ligeramente inclinada y caminaba con lentitud, pues a su debilidad se unía el peso de las cadenas. Iba vestida con traje varonil, todo de color negro. Del cuello a los pies no se percibía ningún detalle de otro color. Una sobrepelliz de la misma tela negra caía en pliegues sobre sus hombros y pecho. Las mangas del corpiño, anchas y largas hasta los codos, se ceñían desde allí y se prolongaban llegando a las muñecas aprisionadas por las argollas. De la cintura salían los calzones negros, ceñidos a los tobillos por sólidas cadenas.

De camino hacia el banquillo, al pasar bajo un rayo de luz que entraba por la ventana, se detuvo y levantó el rostro. Fue algo impresionante. Su piel había perdido el color, estaba blanca como la nieve. Una nieve brillante, en contraste con la total oscuridad del vestido negro, sin nada que lo suavizase. Tenía un aspecto dulce, puro y juvenil, muy bello, por encima de cualquier elogio, y de aire triste. Y, sin embargo, cuando la mirada de sus ojos indomables se detuvo sobre aquellos jueces, el desánimo desapareció de su

cara, y se irguió dispuesta a la lucha. Al percibir su gesto, mi corazón saltó de alegría y me dije: «todo marcha bien... no han podido con ella. ¡Sigue siendo Juana de Arco!». Descubrí en su interior un espíritu fuerte, que el terrible juez no lograría sojuzgar y atemorizar.

Después, continuó hasta llegar al lugar señalado, subió al estrado y tomó asiento en el banquillo, recogiendo las cadenas sobre su regazo y ocultando las manos bajo los hierros. Luego, aguardó con total serenidad, hasta el punto de ser la única tranquila entre los asistentes, inquietos y agitados. Un fornido y atezado guardia inglés, que se encontraba custodiando la primera fila de ciudadanos espectadores, en posición de descanso, se puso rígido y levantó el brazo en atento y respetuoso saludo militar dirigido a Juana. Ella le sonrió amistosamente, devolviéndole el mismo saludo, gesto que produjo un breve aplauso de simpatía, que el juez reprimió severamente.

Iba a comenzar el célebre juicio conocido como «Gran Proceso». Allí estaban cincuenta sabios teólogos en contra de una iletrada. ¡Y sin nadie que le ayudara!

El juez procedió al resumen del caso, exponiendo los informes públicos y las sospechas aducidas. Luego, intimó a Juana a prestar juramento, de rodillas, de que respondería exactamente la verdad a todas las preguntas que se le hicieran. La inteligencia de Juana no descansaba. Comprendió que la promesa podría traerle complicaciones. Respondió diciendo:

—No juraré así, puesto que no sé lo que vais a preguntarme. Hay cosas que no puedo decir.

Estas palabras soliviantaron al tribunal y despertó un torrente de exclamaciones furiosas. Juana no se inmutó. Cauchon levantó la voz para hablar, pero la cólera que le embargaba le impidió decir palabra. Al final, tronó:

—En el nombre de Nuestro Señor, os conmino a que simplifiquéis las formalidades, para bien de vuestra conciencia. ¡Jurad con la mano en los Evangelios que responderéis con verdad las preguntas que se os hagan!

Y, acto seguido, dejó caer su pesada mano sobre la mesa. Juana contestó con serenidad:

—En cuanto se refiera a mi familia, a mi infancia y a los hechos relativos a la misión al servicio del Rey, responderé de buen grado. Pero respecto a las revelaciones de Dios, mis Voces me prohíben confiarlas a nadie, salvo a mi

Rey...

En ese momento, se reprodujeron los gritos de cólera, las amenazas e insultos. Hubo que esperar a que se calmaran los ánimos. Entonces, Juana volvió su rostro pálido, ahora levemente ruborizado, y terminó su frase:

—... ¡Y nunca revelaré estas cosas, ni aunque me cortéis la cabeza!

Supongo que todos sabréis lo que es una discusión pública entre franceses. En un instante, jueces y magistrados agitaban los puños, puestos en pie, insultando a la acusada todos al mismo tiempo. Aquello duró unos minutos, pero como Juana continuaba con su gesto sereno, inalterable, su furia aumentaba hasta el paroxismo. En vista de eso, la joven con voz irónica y picara, dijo:

—Os ruego que habléis por turno, buenos caballeros, y así os atenderé a todos uno a uno.

Después de tres horas de agitadas polémicas en torno al problema del juramento, el incidente no terminaba. El obispo seguía en su empeño. Juana se negaba a obedecerle. El único cambio operado era de carácter físico: los jueces mostraban síntomas de ronquera y profundo abatimiento, ¡pobres hombres! Mientras tanto, Juana con cara plácida, no acusaba el cansancio. El ruido fue cesando. Luego, el juez se rindió ante la procesada, y con amargura, le concedió que prestara juramento a su voluntad. Juana se arrodilló inmediatamente, y al extender su mano sobre los Evangelios, el mismo guardia inglés, intervino en voz alta:

—Si esta muchacha fuera inglesa, no la tendríamos en un lugar como éste ni un momento más.

El soldado que había en su interior reconoció al soldado valeroso que tenía enfrente. Pero sus palabras resultaban una crítica cruel contra el comportamiento de los franceses. Si aquellas palabras las hubieran podido escuchar en Orleáns, donde adoraban a Juana, estoy seguro de que todos, hombres y mujeres, se habrían lanzado a la conquista de Rouen. Algunas frases que nos avergüenzan, nos queman la conciencia y no las olvidamos. Aquella frase dañó mi espíritu para siempre.

Una vez que Juana prestó juramento, Cauchon le preguntó su nombre, detalles de su familia y del lugar donde nació. También quiso saber la edad que tenía. Ella respondió bien a todo, hasta los conocimientos que le enseñaron.

—Aprendí de mi madre el Padre Nuestro, al Ave María y el Credo. Todo lo que sé lo aprendí de mi madre.

Continuaron haciendo preguntas sin importancia. El tribunal acusaba cansancio, pero no así Juana. Decidieron levantar la sesión. Entonces Cauchon le prohibió cualquier intento de fuga, amenazándola con declararla culpable por herejía... ¡Valiente lógica! La joven respondió:

—Esa prohibición no la acepto. Si pudiera escapar, lo haría sin remordimientos, puesto que yo no he prometido eso, ni lo haré.

Luego se quejó de las pesadas cadenas. Pidió que se las suprimieran por innecesarias, ya que su calabozo era seguro y estaba custodiado celosamente. El obispo se negó, alegando que ya había intentado escaparse dos veces. Juana no insistió más. Se puso de pie y, antes de abandonar la sala, añadió:

—Reconozco que deseo escapar, pero eso es un derecho de todo prisionero.

De este modo salió del estrado en medio de un silencio impresionante. ¡Qué presencia de ánimo tenía! No lograban desconcertarla. A Noel y a mí nos reconoció inmediatamente de sentarse en el banco. Nos pusimos rojos hasta los pelos, pero ella no movió ni un músculo, ni reveló nada. Nos miró muchas veces, pero nunca dio muestras externas de habernos visto. Otra persona se habría extrañado al vernos y eso nos hubiera causado dificultades... Acabada la sesión, nos volvimos a casa, sumidos en el dolor y sin decir palabra.

Aquella misma noche, Manchon me informó que, durante la sesión del día, Cauchon encomendó a varios escribanos ocultos que tomaran nota de las respuestas de Juana con el objeto de cambiarles el sentido y utilizarlas contra ella. Con esto, mostraba que era el hombre más cruel y sinvergüenza del mundo. Pero su plan falló. Los escribanos resultaron ser gente honrada, con buenos sentimientos y redactaron un informe objetivo y verdadero, que favorecía a Juana. Cauchon, muy furioso, los amenazó con enviarlos a la horca. El tema había trascendido y era objeto de grandes discusiones, por lo que pensaban que el juez no volvería a plantear el caso.

Me sirvió de consuelo escuchar esta opinión.

A la mañana siguiente, cuando llegamos al lugar del Proceso, encontramos novedades. Consideraban que la capilla resultaba demasiado pequeña, de modo que el tribunal se trasladó a una sala más amplia y noble, situada a la entrada del castillo. También aumentaron el número de jueces hasta 62.

Por fin, apareció la procesada. Mostraba la misma blancura de siempre, ni más ni menos que el día anterior. Y eso que estuvo cinco horas en el incómodo banco, sin respaldo, cargada de cadenas y acosada por la turba de jueces, sin que le ofrecieran ni un vaso de agua. Había pasado la noche enjaulada en el frío calabozo, sin comodidad alguna y, pese a todo, allí estaba otra vez, sin ninguna muestra de cansancio. Y sus ojos... destrozaba el corazón verlos. Su brillo expresaba una mezcla de dignidad herida, el propósito indomable de la libertad que trasmite la mirada de un águila enjaulada y hace que nos sintamos mal cuando la vemos. Así eran los ojos de ella. ¡Qué maravillosa fuerza demostraban! Siempre denunciaban su estado de ánimo, en la paz y en la guerra. Bajo sus destellos, se ocultaban torrentes de luz o devastadoras tormentas. No he conocido nunca ojos parecidos a los suyos. Esa es mi opinión, y nadie que los conociera como yo, podría decir una

cosa distinta a la que acabo de explicaros.

La nueva «seánce» (sesión), comenzó. Y... ¿cómo diréis que empezó? Pues lo mismo que la anterior, con idéntica cuestión que despertó grandes altercados. El obispo habló así:

—Se os requiere a prestar juramento de que responderéis la verdad a todas las preguntas que se os hagan.

Juana replicó tranquilamente:

—Ya hice ayer mi juramento, señor, y es suficiente.

El obispo insistió una y otra vez, aumentando su enojo, pero Juana mantenía la misma calma. Sin embargo, habló:

—Pronuncié ayer mi juramento y con eso hay bastante. No me molestéis más, os lo ruego.

Viendo que no lograba convencerla, decidió empezar los actos del día. Tomó la palabra un teólogo reconocido por sus artilugios dialécticos, Beaupère, que, con aire desgano, indiferente, lanzó una maniobra de ocultación capaz de engañar a cualquier persona desprevenida:

—Ahora, Juana, la cuestión es muy sencilla: sólo debéis hablar con sinceridad y toda verdad sobre las preguntas que os haré, tal como ya habéis prometido.

La intentona fracasó. Juana no se descuidó. Al darse cuenta de la jugada, su reacción fue rápida:

—No estoy de acuerdo. Vos podríais preguntarme cosas que yo no voy a contestar, porque no puedo —luego, al reflexionar lo impropio de que unos teólogos se entrometieran en temas reservados a Dios, añadió:— Si comprendierais lo que de verdad ocurre conmigo, deberíais dejarme libre. Todo lo que he hecho, ha sido a impulsos de la revelación.

Beaupère varió la táctica de ataque, derivando hacia otro flanco. Prefería asaltar la posición aproximándose con preguntas suaves, para que el contrario se confiara y así caerle después en tromba.

—¿Aprendisteis algún oficio en vuestro hogar?

—Sí. Aprendí a coser y a hilar.

En ese momento, el general vencedor de Patay, del león Talbot, liberador de Orleáns, restaurador de un monarca y comandante en Jefe del ejército de

Francia, sacudió la cabeza, y dijo con triunfante sencillez:

—¡Y en esas artes no tendría miedo en competir con cualquier dama de Rouen!

La multitud estalló en cerrado aplauso —que Juana agradeció— y muchos asistentes sonrieron con cariño. Cauchon, indignado, pidió orden, y les amonestó para que cuidasen las formas. Beaupère siguió con sus preguntas:

—¿Os ocupabais en el hogar de otros menesteres?

—Sí. Ayudaba a mi madre en las faenas de la casa y sacaba el ganado a pastar.

Su voz mostró cierta emoción, apenas perceptible. Yo recordé aquellos maravillosos días y mis ojos se nublaron. Beaupère continuaba su táctica dilatoria, buscando aproximarse por detrás al enemigo. Así, repitió una pregunta que Juana se había negado a contestar: si recibió la Comuni3n en otras fiestas que no fueran las de Pascua de Resurrecci3n. Juana contestó simplemente:

—«Passez outre» —Pasad a otra cosa que pueda contestar.

Uno de los jueces susurró a otro, según pude oír:

—Los procesados suelen ser personas torpes y confusas, presas de temor y fáciles de manejar. Pero creo que a esta niña no hay forma de tomarla desprevenida ni de asustarla.

Cuando Beaupère abordó el tema de las «Voces», que apasionaba a las gentes, todos escucharon con ansiedad e interés visibles. El juez pretendía confundir a Juana y lograr hacerla declarar que sus «Voces» le aconsejaron realizar actos malvados, demostrando así que procedían de Satanás... eso era tanto como decir que Juana tenía tratos con el demonio... Conseguido este objetivo, el veredicto contra la joven sería claro y rápido: la hoguera acabaría con ella. El juez preguntaba:

—¿Y cuándo oísteis las Voces la primera vez?

—Tenía yo 13 años cuando escuché una Voz de Dios, que me animaba a vivir rectamente. Me asusté mucho. Me encontraba en el jardín de mi casa y era verano.

—Anteriormente, ¿habíais practicado el ayuno?

—Sí.

—¿Fue el día anterior?

—No.

—¿De qué dirección venía la voz?

—Por la derecha. En dirección a la iglesia.

—¿Vino acompañada por una luz brillante?

—Desde luego que sí. Era muy brillante. Cuando comencé a cumplir la misión, también oí las Voces a menudo, y con mucha claridad.

—¿Qué sonido tenía esa Voz?

—Sonaba con nobleza, y estuve segura de que me la enviaba Dios. La tercera vez que la escuché supe que pertenecía a un ángel.

—¿Podíais entenderla bien?

—Perfectamente. Siempre fue limpia y clara

—¿Qué consejo os dio?

—Me dijo que cumpliera mis obligaciones con amor, y cumpliera regularmente mis deberes con la Iglesia. También me comunicó que debía cumplir una misión en Francia.

—¿Bajo qué formas se representaba la Voz?

Juana miró un momento al clérigo con aire suspicaz, y contestó:

—Eso no pienso decirlo.

—¿La Voz os insistía muchas veces?

—Sí. Unas dos o tres por semana. Me indicaba: Deja tu aldea y ve a salvar a Francia.

—¿Vuestros padres sabían que pensabais partir?

—No. La Voz decía: «Salva a Francia». Así que yo no podía quedarme en casa más tiempo.

—¿Y qué más os dijeron las Voces?

—Que debía levantar el asedio de Orleáns.

—¿Y eso fue todo?

—No, porque antes debía visitar a Robert de Baudricourt para conseguir que proporcionara los soldados para iniciar la marcha. Yo les respondía que

era una pobre chica, sin la menor idea de montar a caballo y de combatir.

Después contó las dificultades que hubo de superar en Vaucouleurs, hasta que le concedieron los soldados y dio comienzo su misión.

—¿Y cómo ibais vestida?

El tribunal de Poitiers ya se pronunció sobre eso. Dictaminaron que, si Dios la había elegido para cumplir una tarea de hombre, resultaba adecuado y no era escandaloso para la religión que vistiera como tal. Pero eso no importaba. Aquellos jueces pensaban emplear todas las armas contra Juana, incluso las más desacreditadas, y el asunto de la ropa masculina lo utilizarían muy a menudo durante el proceso. Juana siguió:

—Llevaba un traje de soldado y una espada que me entregó Roberto de Baudricourt, pero nada más.

—¿Quién os ordenó que vistierais ropas de hombre?

Juana se mostró recelosa ante la pregunta y no la contestó.

—¡Os mando que respondáis!

—«Passez outre» —se limitó a decir.

Beaupère soslayó la cuestión, por el momento.

—¿Qué os recomendó Baudricourt al iniciar la marcha?

—Hizo prometer a los acompañantes que cuidarían de mí. También me dijo: «Lo que haya de suceder, que suceda».

Las preguntas volvieron ahora al tema de la ropa de hombre.

—¿Os aconsejó la Voz vestir de soldado?

—Creo que mi Voz me aconsejaba bien.

Como no la sacaban de ahí. Surgieron nuevos aspectos, como fue la entrevista con el Rey en Chinon. Contó cómo lo descubrió entre los nobles, porque se lo indicaron sus Voces.

—¿Y escucháis todavía esas «Voces»?

—Me acompañan todos los días.

—¿Y qué les pedís?

—Nunca he pedido otra recompensa que la salvación de mi alma.

—¿Os insistían las Voces en que siguierais unida al ejército?

—No. Me aconsejaron que lo dejara marchar y yo me quedara en St. Denis. Si hubiera podido, así lo habría hecho. Pero estaba débil a causa de mi herida y me obligaron a continuar en el ejército a la fuerza.

—¿Cuándo fuisteis herida?

—Al asaltar los muros de París.

La pregunta que siguió muestra los propósitos de Beaupère:

—¿Era día de fiesta?

Estaba claro que trataba de sugerir cómo «Voces divinas», no podían permitir hacer la guerra en un día sagrado. Juana, al darse cuenta de la jugada, quedó confusa un momento, y luego contestó:

—Sí. Era día de fiesta.

—Y, ahora, respondedme: ¿Ordenasteis vos atacar en semejante día?

La pregunta fue un cañonazo que agrietó un muro intacto hasta el momento, como era la defensa de Juana. El silencio y la expectación se adueñaron de la sala. Pero, una vez más, Juana defraudó al público:

—«Passez outre».

Muchas sonrisas irónicas bailaron en los campanudos rostros. La trampa había sido larga y laboriosamente preparada. Pero no encontró presa. La sesión quedó levantada, pues tras varias horas de interrogatorio, los jueces se encontraban muy cansados. La mayor parte de las preguntas parecían inútiles y sin objeto: los acontecimientos de Chinon, la primera proclama de Juana, y otras cosas parecidas. Pero el terreno del interrogatorio estaba, en verdad, sembrado de trampas ocultas. Juana se estaba librando de todas ellas. Una vez, por la suerte protectora que acompaña a los inocentes, otras, por pura casualidad; y tampoco faltaron ocasiones en que la visión clara y la asombrosa intuición de su extraordinaria inteligencia la hicieron salir con bien.

Pero el acoso diario de la joven indefensa y encadenada iba a continuar todavía mucho, mucho tiempo... ¡Hermoso deporte, el ver a una jauría de mastines y sabuesos persiguiendo a un pequeño gatito!

Un cuarto de siglo más tarde, después de la muerte de Juana, el Santo Padre mandó reunirse otra vez al tribunal para que examinara de nuevo la

historia y emitiera sentencia para limpiar la memoria de la Doncella. Y este segundo tribunal lanzó el anatema de condena contra el veredicto del tribunal de Rouen y el comportamiento de sus jueces.

Manchon y varios de los participantes en el proceso declararon como testigos ante el tribunal de Rehabilitación de Juana de Arco. Las declaraciones de Manchon no dejaron lugar a dudas sobre los métodos aplicados a Juana. Estas fueron sus palabras literales:

«Cuando Juana hablaba de sus apariciones, la interrumpían de modo constante a cada frase. Los interrogatorios de la mañana duraban tres o cuatro horas. Después, se anotaban los puntos más conflictivos y sutiles, que servían como tema para las sesiones de las tardes, que se adargaban dos o tres horas. De forma repentina, se pasaba de unas materias a otras. A pesar de esto, ella respondía siempre con asombrosa inteligencia y gran memoria. A veces rectificaba a los propios jueces, aclarando: “Pero si ya he contestado a eso antes... preguntad al escribano”» (se refería a mí).

Y ahora reproduzco el testimonio de uno de los jueces de Juana. Conviene recordar que todo aquello no duró un par de días, sino muchos, uno tras otro, interminables... Su declaración fue:

«Se le hacían preguntas intrincadas, pero ella se desenvolvía con soltura. A veces, los que dirigían el interrogatorio cambiaban bruscamente y pasaban a otra cuestión, para comprobar si sus palabras se contradecían. La atosigaban con largas disquisiciones y relatos que duraban tantas horas, que a los mismos jueces les agotaba la fatiga. El orador más experto del mundo no habría logrado desenredarse de los lazos que le tendían. Ella daba sus respuestas con gran prudencia, hasta el extremo de que pensé, durante varias semanas, que estaba inspirada».

Con tales informes auténticos, ¿tengo yo razón al describir las cualidades de Juana? Ya veis lo que afirman estos sacerdotes, elegidos por su doctrina y claro discernimiento, poco sospechosos de parcialidad en favor de la joven procesada. Reconocen sus dotes, a pesar de que ellos vienen de la Universidad de París, mientras Juana procede de una aldea campesina donde fue pastora de ovejas y vacas. Y es que Juana era maravillosa, grande como no la hubo seis mil años antes ni la habrá cincuenta mil años después. Esa es mi opinión.

La tercera sesión del tribunal se celebró en la misma espaciosa cámara, el día siguiente, 24 de febrero. La jornada se inició con el ceremonial cotidiano, distribuyendo los encargados del orden a los sesenta jueces en los puestos asignados a cada uno. Una vez más, Cauchon desde su estrado solicitó de Juana el juramento sobre el Evangelio, prometiendo decir la verdad en todas las preguntas que se le formularan.

Los ojos de la joven centellearon. Se levantó y estuvo unos momentos en pie, llena de hermosura y nobleza, frente al obispo, diciendo:

—Id con cuidado, señor, vos que sois mi juez y asumís tremenda responsabilidad, porque vais demasiado lejos en vuestras atribuciones.

Sus palabras desencadenaron un considerable tumulto. Cauchon la amenazó con dictar condena contra ella inmediatamente si no obedecía. Me quedé helado. Aquello significaba morir en la hoguera. Pero Juana, todavía en pie, le respondió sin perder la calma:

—Ni todo el clero de París y Rouen juntos están autorizados para condenarme, pues carecen de derecho a hacer tal cosa.

El tumulto se reprodujo, al dividirse el público entre los que gritaban y los que aplaudían. Juana tomó asiento, y el obispo insistió en su postura. La joven habló de nuevo:

—Ya he prestado juramento y con eso es suficiente.

El obispo gritó:

—¡Si os negáis a jurar os hacéis sospechosa!

—Ya está bien. Presté juramento. Con eso basta.

El obispo continuó empeñado en su propósito, y Juana sólo prometió exponer lo que ella sabía, pero no todo lo que sabía. Como el obispo no cedía, la joven dijo con sencillez:

—Vengo de parte de Dios y no tengo nada más que hacer aquí. Si lo deseáis, enviadme otra vez a Él, que me ha enviado.

Fue dramático escucharla, pues, en realidad, estaba diciendo: «Como sólo queréis quitarme la vida, tomadla y dejadme en paz».

El obispo gritó de nuevo:

—Una vez más, os ordeno...

Juana le cortó con un tranquilo «Passez outre», y Cauchon se dio por vencido. Pero ofreció un acuerdo que la joven aceptó porque le resultaba favorable. Se trataba de una promesa de decir la verdad «en cuanto se refiera a los temas incluidos en el “Procès verbal”», con lo cual las preguntas se ceñirían a unos márgenes determinados, siguiendo un curso trazado. El obispo había cedido más de lo que pensaba y más de lo que, realmente, estaba dispuesto a cumplir.

A una indicación, Beaupère continuó con el examen de la acusada. Como era Cuaresma, quizá lograra sorprenderla con alguna obligación incumplida en sus deberes religiosos. Yo le habría indicado que por ese lado fracasaría. ¡Si la religión era toda su vida!

—¿Desde cuándo no habéis comido ni bebido?

Con sólo una brizna de pan o agua que hubiera tomado, nada la habría salvado de la terrible sospecha de despreciar los mandamientos de la Iglesia.

—No he tomado comida ni bebida desde ayer al mediodía.

Entonces, el clérigo volvió al tema de las «Voces».

—¿Cuándo habéis oído esa Voz vuestra?

—Ayer y hoy.

—¿Hacia qué hora?

—Ayer la oí por la mañana.

—¿Qué estabais haciendo en ese momento?

—Éstaba dormida, y la Voz me despertó.

—¿Os tocó el brazo?

—No. Sin tocar mi brazo.

—¿Le disteis las gracias de rodillas?

Pensaba en la intervención de Satanás y confiaba en poder demostrar que había rendido culto al gran enemigo de Dios y del hombre.

—Sí. Le di las gracias y me arrodillé en la cama a la que estoy encadenada, junté mis manos en oración e imploré ayuda a Dios para que me diera luces y acierto al contestar las preguntas que me hacéis.

—¿Qué dijo la Voz entonces?

—Me aconsejó que respondiera con valentía y que Dios no me iba a dejar... —se volvió hacia Cauchon y habló:— Decís que vos sois mi juez. Pero yo os digo: cuidado con lo que hacéis, pues en verdad soy enviada de Dios y estáis corriendo grave peligro.

Beaupère le preguntó si los consejos de la Voz no se contradecían o variaban.

—No. Nunca se contradicen. Hoy mismo me han vuelto a repetir que conteste con audacia.

—¿Os ha recomendado la Voz responder solamente a parte de lo que se os pregunte?

—Sobre ese tema no diré nada. Se me han hecho revelaciones respecto al Rey, mi señor, y no las comunicaré.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, y exclamó:

—¡Creo tan enteramente, como creo en la fe de Cristo y en la Redención, que Él me habla a través de esa Voz!

Al preguntarle detalles sobre la Voz, afirmó no tener autorización para manifestar todo lo que sabía.

—¿Creéis que Dios se ofendería si no dijeseis toda la verdad?

—La Voz me ha ordenado explicarle al Rey ciertas cosas, pero no a vos. Algunas muy recientes. La noche última, incluso. Me gustaría que él las conociese. Estaría más tranquilo.

—¿Y por qué la Voz no le habla directamente al Rey, como hizo la vez que le visitasteis? ¿Lo haría, si vos se lo pidiereis?

—No sé si esa es la voluntad de Dios.

Quedó ensimismada unos momentos. Luego, añadió una observación que Beaupère podía aprovechar en contra de Juana, para tenderle una trampa. Pero

no penséis que la utilizó inmediatamente al impulso de la alegría de su mente. Ni siquiera parecía haber escuchado sus palabras. Dejó de lado el tema y pasó a preguntar sobre otros aspectos, con el fin de rodear a Juana, y atacarla después por su flanco más débil.

Se sucedieron diversas cuestiones anodinas para distraer a la acusada: que si la «Voz» presentaba aureola de gloria, que si le había aconsejado huir de la prisión, que si tenía ojos... A todo esto, Juana se limitó a responder:

—En todo caso, yo sin la gracia de Dios no puedo hacer nada.

El tribunal comprendió entonces la maniobra del clérigo. La pobre niña se encontraba distraída y soñolienta, muy cansada, ignorante del peligro que corría su vida. Sus últimas frases dieron a Beaupère la ocasión que andaba buscando para su estocada a muerte. Con toda calma, dispuso el cepo:

—¿Os encontráis en estado de gracia?

La gravedad de la pregunta despertó sonoros murmullos. Uno de los jueces, de entre los pocos que se podían considerar honrados, llamado Juan Lefèvre, poniéndose en pie de un salto, gritó:

—¡Esa pregunta es terrible! ¡La acusada no está obligada a contestarla!

Al oírlo, Cauchon enrojeció de ira ante la tabla de salvación que se le ofrecía a la niña en tan grave peligro, y ordenó:

—¡Silencio! Volved a ocupar vuestro lugar. La procesada deberá responder esa pregunta.

Comprendimos que Juana estaba perdida. La pregunta no tenía solución, tanto si era afirmativa como negativa. La Sagrada Escritura dice que uno nunca puede estar seguro de si se encuentra, o no, en estado de gracia. Observad la dureza de corazón de unas personas capaces de tender semejante lazo a una niña inocente, y encima disfrutar de su triunfo. Fueron para mí unos momentos angustiosos. Los asistentes, ávidos de emociones, aguardaban el desenlace del episodio, unos con alegría y otros compadecidos. Juana los miró a todos con sus ojos limpios y luego, con toda humildad y delicadeza, ofreció una respuesta que rompió la trampa y abrió el cepo, como se destruye una tela de araña:

—Si no estoy en Gracia de Dios, le ruego a Él que me la otorgue, y si lo estoy, entonces le pido que me la conserve.

No podréis imaginar el efecto de sus palabras. Nunca, mientras viváis. Se

hizo un silencio sepulcral. Los jueces se miraban con asombro unos a otros. Hubo quien, atemorizado, se santiguó. Yo escuché a Lefèvre decir:

—Esa respuesta se encuentra por encima de la capacidad humana. ¿De dónde le habrá venido la inspiración a esta criatura?

Beaupère continuó su interrogatorio, pero se le notaba humillado por su derrota, pues a partir de ese momento ya no actuaba con la misma eficacia.

Formuló mil preguntas sobre la infancia de la joven, sus paseos y juegos en tomo al Árbol de las Hadas. Movida por los recuerdos, a Juana se le quebró la voz alguna vez, pero se rehízo y contestó serenamente. Beaupère volvió al tema del vestido masculino, constante amenaza esgrimida contra ella, y dijo:

—¿Os agradaría tener un traje femenino?

—Desde luego que sí, pero siempre que pudiera salir de esta cárcel. Mientras permanezca encerrada, no.

El Tribunal continuó las sesiones el lunes 27 de mayo. ¿Creeréis lo que ocurrió? Pues que el obispo Cauchon ignoró el acuerdo hecho de limitar las preguntas a los temas previamente incluidos en el «Procès verbal». De entrada, volvió a ordenar a Juana que prestara juramento de responder a toda clase de preguntas. Ella manifestó:

—Deberíais daros por satisfecho con las promesas que ya he formulado antes.

No cedió ni un ápice, de modo que Cauchon tuvo que rendirse.

El interrogatorio volvió al tema de las Voces. Beaupère lanzaba sus preguntas con astuta parsimonia.

—Habéis declarado que reconocisteis que las Voces pertenecían a los ángeles. ¿Qué ángeles eran éstos?

—No fueron ángeles, sino Santa Catalina y Santa Margarita.

—¿Cómo sabéis que eran esas dos santas? ¿Cómo podíais distinguir una de la otra?

—Sé que eran ellas, y también sé cómo distinguirlas.

—¿Qué signo las diferenciaba?

—El modo como me saludaban. Durante los últimos siete años estuve bajo su dirección, y sé quiénes eran porque me lo dijeron.

—¿A quién pertenecía la primera Voz que os habló a los 13 años?

—A San Miguel. Lo vi con mis ojos, y no estaba solo, sino rodeado de otros ángeles.

—¿Visteis el cuerpo o espíritu del arcángel y de los ángeles que le asistían?

—Lo vi con mis ojos, lo mismo que ahora os veo a vos. Cuando se fueron, lloré porque no me llevaron con ellos.

Me recordó el episodio de la luz deslumbradora que tuve ocasión de observar junto al árbol de Bourlemont, y volví a emocionarme.

—¿Bajo qué apariencia y forma se os mostró San Miguel?

—No estoy autorizada a hablar de eso.

—¿Qué os comunicó el arcángel en aquella ocasión?

—No puedo responderos hoy.

Seguramente, eso quería decir que necesitaba permiso de sus «Voces».

Al preguntarle sobre las revelaciones hechas al Rey, se quejó lo inadecuado de tales cuestiones, y añadió:

—Repito otra vez, que ya respondí a todas estas preguntas ante el tribunal de Poitiers. Bastará con que solicitéis las actas de las sesiones y las leáis aquí. Os ruego enviéis a buscarlas.

Nadie dijo ni palabra. Querían olvidar aquel asunto. El libro de actas fue eliminado prudentemente, pues contenía declaraciones peligrosas para Cauchon. Entre ellas, la sentencia reconociendo que la misión de Juana procedía de Dios, mientras las intenciones de tribunal —de rango inferior— de Rouen, pretendían demostrar que era cosa del Diablo. También se concedió en Poitiers permiso a Juana para usar vestidos de hombre, todo lo contrario de aquellos jueces, empeñados en condenar a Juana por su ropa masculina.

—¿Qué impulso os movió a iniciar vuestra misión, fue voluntad propia?

—Sí, pero también me lo ordenó Dios. De no ser por su voluntad, no me hubiera decidido.

Beaupère se centró de nuevo en el tema del atavío masculino de Juana, pronunciando un ampuloso discurso. Juana se hartó del asunto, y le interrumpió:

—Todo esto no tiene ninguna importancia. Yo no vestí ropas de hombre por deseos de nadie, sino por mandato divino.

—¿No os recomendó Roberto de Beaudricourt que lo usarais?

—No

—¿Os parece bien llevar atavío varonil?

—Me parece bien hacer todo lo que Dios me manda.

—Pero, en este caso, ¿hicisteis bien en usar traje de hombre?

—Todo lo que hice fue de acuerdo con la voluntad de Dios.

Beaupère efectuó varios intentos para lograr que incurriera en contradicciones o confesara actos u opiniones en desacuerdo con la Escritura. Pero no consiguió nada. Luego el interrogatorio giró en torno a las entrevistas de Juana con el Rey.

—¿Había un ángel sobre la cabeza del Rey la primera vez que lo visteis?

—¡Dios mío!... Si lo había, nada vi.

—¿Quizá era una luz?

—La sala estaba custodiada por 300 soldados e iluminada con 500 antorchas, sin necesidad de luz espiritual.

—¿Por qué creyó el Rey en vuestras revelaciones?

—Le di pruebas. También influyó el consejo del clero.

—¿Qué revelaciones tuvo el Rey?

—No pienso hablar de eso por ahora. Sufrí interrogatorios en Chinon y Poitiers. El Rey recibió una señal para que creyese. La sentencia del clero fue que mis actos eran buenos, y no malos.

Acabado aquel tema, Beaupère se refirió al asunto de la espada milagrosa de Fierbois, para ver si lograba acusar a Juana de brujería.

—¿Cómo sabíais vos que se ocultaba una antigua espada enterrada en el suelo, detrás del altar de la iglesia de santa Catalina de Fierbois?

—Sabía que la espada se encontraba allí porque me lo indicaron mis Voces. Envié por ella para que me acompañara en la guerra. Pensé que no estaría enterrada muy profundamente. Los sacerdotes ordenaron excavar hasta que la encontraron. Después, como estaba cubierta de herrumbre, hubo que pulirla, cosa que hicieron hasta dejarla completamente limpia.

—¿La teníais con vos cuando os apresaron en Compiègne?

—No, pero la llevé siempre hasta que abandoné St. Denis, tras el ataque a París.

Por lo visto, aquella espada, mil veces victoriosa, quedaba en sospecha de estar embrujada.

—¿Era aquella espada un objeto sagrado? ¿Se le practicó algún exorcismo?

—Ninguno. A mí me gustaba porque la encontramos en la iglesia de Santa Catalina, y le tengo mucho cariño a ese templo, debido a que se edificó en honor de uno de sus ángeles.

—¿No la despositasteis sobre el altar con el fin de que os diera buena suerte?

—No.

—¿Hicisteis rogativas para que os trajera fortuna?

—En verdad, tampoco es nada malo pedir que los míos tuvieran buenos resultados.

—Si no era ésa la espada que empuñabais en Compiègne, ¿cuál llevabais, entonces?

—La del borgoñón Franquet d'Arras, al que hice prisionero en la batalla de Lagny. Me gusta porque era una buena espada para combatir, puesto que permitía dar fuertes palmetazos y golpes recios con ella.

Dijo aquello con sencillez. Pero el contraste entre su delicada figura y el rudo lenguaje de soldado, hizo sonreír a más de uno.

—¿Y qué ha sido de la otra espada? ¿Dónde se encuentra?

—¿Figura eso entre los temas del proceso verbal?

Beaupère no contestó, pero siguió adelante:

—¿Qué preferís, vuestra bandera o la espada?

Sus ojos se iluminaron al pensar en su estandarte, y exclamó:

—¡Quiero mucho más a mi bandera! ¡Cien ves más que a mi espada! A veces, yo misma tomaba la bandera al cargar contra el enemigo, para no herir a nadie... —y añadió con ingenuidad—. Nunca he matado a nadie.

Muchos sonrieron al oírlo, viendo su delgada y frágil figura.

—Durante el asalto final en Orleáns, ¿dijisteis a vuestros soldados que todos los dardos y proyectiles no tocarían a nadie, sino a vos?

—No. Y la prueba es que más de un centenar de mis hombres cayeron heridos. Les dije que ni dudasen ni tuvieran miedo, que levantaríamos el asedio. Fui herida en el cuello por un dardo en el asalto a la Bastilla que

dominaba el puente, pero Santa Catalina me ayudó, y a los 15 días estaba curada, sin abandonar mi caballo ni dejar mis tareas.

—¿Sabíais que os iban a herir?

—Sí. Y lo comuniqué al Rey de antemano. Me lo dijeron mis Voces.

—Cuando la conquista de Jargueau, ¿por qué no ofrecisteis un acuerdo a su comandante?

—Le ofrecí que saliera sin daño de la plaza fuerte, con toda su guarnición y que si no lo hacía, la tomaríamos al asalto.

—Y así fue, según creo...

—Sí.

—¿Os recomendaron vuestras Voces ordenar el asalto?

—Eso no lo recuerdo.

Con tales palabras quedó cerrada aquella sesión larga y fatigosa. Se intentaron diversos trucos para acusar a Juana de malos pensamientos, acciones innobles, deslealtad a la Iglesia, o perversidad. Ninguno de ellos tuvo éxito. Salió limpia del atestado judicial.

¿Se desanimó por eso el tribunal? No. Desde luego quedaron sorprendidos por lo difícil que estaba resultando el proceso, pero todavía contaban con poderosos aliados sus fines: el hambre, el frío, la fatiga, el engaño, la traición... Y frente a tilles refuerzos, sólo había una chica ignorante que, o bien se rendiría víctima del agotamiento, corporal y mental, o se dejaría atrapar en alguna de las mil trampas que se le tendían a diario.

Pero ¿no se observaba ningún progreso en los trabajos del tribunal? Avances sí que los había. Entre las numerosas intentonas, salieron algunas pistas leves que posteriormente podrían ampliarse y dar buenos resultados. El asunto de las ropas de hombre, por ejemplo, y todo eso de las visiones y las Voces. Nadie dudaba de que tales hechos extraordinarios ocurrieron de verdad, y estaban seguros de que Juana protagonizó actos inexplicables —tal vez de apariencia milagrosa—, como reconocer al Rey escondido o descubrir una espada enterrada. Lo que no estaban dispuestos a creer, era que todos esos acontecimientos, visiones, Voces y milagros procedieran de Dios. Confiaban en probar a su debido tiempo que tales hechos tenían origen satánico. Así que la reiterada alusión en el tribunal a las cuestiones planteadas, respondía a los fines condenatorios previstos por los jueces que dirigían el proceso.

La sesión del tribunal que siguió a la que acabo de narrar, se abrió el jueves, 1 de marzo. Se presentaron 58 jueces. Algunos descansaban.

Como era habitual, se le pidió a Juana que prestara juramento para decir la verdad sobre todas las preguntas. Esta vez, ni se molestó. Se consideraba amparada por el compromiso a atenerse a los temas incluidos en el «procès verbal», que Cauchon repudiaba. Dijo serenamente:

—Por lo que se refiere a los temas que constan en el «procès verbal», diré con toda libertad lo que considero cierto. Lo haré tan plenamente como si me encontrara ante el Papa.

Esto último fue una ingenuidad. Porque, entonces, existía la confusión de tres pretendidos Papas, cuando sólo uno era el verdadero. Lo comprometido del asunto explicaba la prudencia de todos, que procuraban evitarlo para no arriesgarse. La oportunidad de confundir a Juana era inmejorable, y no se desaprovechó.

—¿Cuál consideráis que es el Papa legítimo?

Los asistentes escucharon con máxima atención, a la espera de que la presa cayera en la trampa. Pero la respuesta, una vez más, produjo notable confusión, debido a su increíble acierto:

—¿Es que hay dos Papas?

Uno de los jueces, no pudo disimular su admiración, y exclamó:

—¡Por Dios, vaya un golpe maestro!

Cuando el interrogador se repuso, cambió ligeramente de plano.

—¿Es cierto que el conde de Armagnac os escribió preguntando a cuál de los tres Papas deberíamos obedecer? —Sí.

—¿Constestasteis a dicha carta?

—Sí. La contesté.

Entonces, se presentaron copias de las cartas y se leyeron en voz alta. Juana aclaró que la suya no se transcribió exactamente, quizá porque la carta del conde le había llegado cuando se disponía a partir a caballo:

—En estas condiciones, le expliqué, sería mejor responderle desde París, cuando estuviera más tranquila.

Le preguntaron de nuevo a qué Papa consideraba como legítimo.

—No pude informar al conde sobre el verdadero Papa... sin embargo, por lo que a mí se refiere, considero que sólo debemos obediencia a nuestro señor el Papa de Roma.

En vista de las circunstancias, el tema se dejó de lado. Luego, se aportaron copias de la primera proclama de Juana, conminando a los ingleses a levantar el sitio de Orleáns y retirarse de Francia. Aquel escrito podía considerarse una excelente pieza literaria, dictada por una muchacha de 17 años, sin estudios.

—¿Reconocéis como vuestro el documento que acabamos de leer?

—Sí, aunque hay alteraciones en él. Ciertas frases me atribuyen a mí excesiva importancia —yo quedé avergonzado, puesto que supe lo que iba a decir Juana—. Por ejemplo —continuó ella— no dije «Rendiros a la Doncella», sino «Rendiros al Rey», ni tampoco me nombré a mí misma «Comandante en Jefe». Tales palabras debieron ser introducidas por mi secretario, quizá porque oyó mal, o se olvidó de mis verdaderas expresiones.

Mientras afirmaba estas deficiencias, no miró hacia mi lado, y se lo agradecí. No la entendí mal y no olvidé nada en absoluto. El texto fue alterado a propósito por mí. Yo consideraba que ella era Comandante en Jefe, y este título le correspondía en Justicia... y, por otro lado, ¿quién iba a rendirle nada al Rey, convertido en figurón, en puro símbolo? Cualquier rendición sólo podría hacerse a la Doncella, ya entonces famosa y adorada por los franceses.

Un pensamiento me asaltó. ¿Qué hubiera ocurrido, si los miembros del tribunal llegan a saber que el autor de aquellos cambios se encontraba allí mismo, actuando como ayudante del escribano de actas del proceso? Y no sólo eso, sino que años más tarde prestaría su testimonio para rebatir las perversas mentiras y trampas de Cauchon, descubriendo su infamia... Pero el interrogatorio prosiguió:

—¿Reconocéis, pues, ser la autora de la proclama?

—Lo reconozco.

—¿Estáis arrepentida de haberla dictado? ¿Os retractáis?

Juana, al oír esto, se indignó visiblemente:

—¡No! Y ni siquiera las cadenas que me atan contradicen las esperanzas y promesas que dejé escritas allí. Pero hay más —se puso en pie, iluminada como por una luz sobrenatural, cobrando sus palabras extraordinaria vibración—. Os advierto ahora que, antes de siete años, un desastre se abatirá sobre los ingleses... ¡Mucho mayor que el de Qrleáns! ¡Y que...!

—¡Silencio! ¡Tomad asiento!

—¡... y luego, los ingleses, serán arrojados de Francia!

Aquello fue impresionante. Si nos ponemos en el momento, lo cierto era que el ejército francés se había disuelto, y el Rey, apagado. No existía el menor indicio de que el condestable de Richemont se iba a convertir en el relevo de Juana de Arco, llevando a término su obra. De modo que la joven acababa de hacer una profecía exacta, que resultó ser cierta. En efecto, a lo cinco años de estas palabras —es decir, «antes de siete años»— París fue conquistada en 1436, y el Rey entró en la ciudad a banderas desplegadas. Se cumplió la primera parte de la profecía, o mejor, la totalidad, ya que, tomada París, lo demás era muy fácil. Veinte años más tarde, toda Francia quedó libre de ingleses, salvo la ciudad de Calais. Pero también esto último lo profetizó Juana. Recordad que, cuando solicitó permiso para asaltar las murallas de París, segura del éxito, el Rey no la autorizó. Desolada, Juana afirmaba que, si dejábamos escapar la oportunidad, «pasarían veinte años antes de conseguirlo». También acertó esa vez. París cayó en 1436, pero el resto de las ciudades tuvieron que ser conquistadas una a una, así como los castillos y plazas, tarea que llevó veinte años.

Aquel día 1.º de marzo de 1431, en pie ante el tribunal, Juana pronunció una profecía. Y no lo hizo como tantas personas vanas, que se atribuyen falsos aciertos, sino que la predicción de la Doncella fue recogida en el acta del día, especificando el momento y tiene, por eso, carácter oficial, de modo que cualquiera puede hoy leerlo. Veinticinco años después de la muerte de Juana, las actas registradas se mostraron en el gran Tribunal de Rehabilitación, siendo autenticadas por el secretario Manchon y por mí, además de confirmadas por varios jueces supervivientes, que en sus

declaraciones afirmaron la veracidad de las palabras de Juana tomadas en el proceso.

La profecía de Juana causó gran tumulto en la sala, y resultó difícil calmar los ánimos. Todos se encontraban impresionados, pues viniera del cielo o del infierno, no dejaban de creer en ella. Estaban seguros de que algo tremendo encerraban las palabras de la Doncella, y hubieran dado su mano derecha por adivinar quién era el verdadero inspirador de aquella sobrecogedora profecía. Al fin, se reanudaron las preguntas:

—¿Cómo sabéis que van a ocurrir tales hechos?

—Lo sé porque se me ha revelado. Y estoy tan segura de ello como de que vos estáis frente a mí.

Como aquel era un camino peligroso, el inquisidor prefirió cambiar de tema.

—¿En qué idioma os hablaban vuestras Voces?

—Hablaban francés.

—¿También Santa Margarita?

—Desde luego. ¿Por qué no? ¡Ella está a nuestro lado, no del inglés!

Pero ¿cómo? ¡Santos y ángeles que no hablaban inglés!... ¡Grave afrenta! Ciertamente que no los podían procesar por eso y castigarlos por su desprecio, pero sí tomaron nota de ello para utilizarlo contra Juana, como se hizo posteriormente.

—¿Vuestros ángeles y santos usan joyas?... ¿Coronas, sortijas, pendientes?

Para Juana, las preguntas de ese tipo le resultaban tontas frivolidades y no las tomaba en serio. Sin embargo, le vino a la mente otro asunto, que expuso, volviéndose hacia Cauchon.

—Por cierto. Yo tenía dos anillos, que me han sido arrebatados. Vos tenéis uno de ellos, que fue regalo de mi hermano. Devolvédmelo. Si no a mí, por lo menos entregadlo a la Iglesia.

Los jueces sospechaban que tal vez esos anillos obraran hechizos, y pensaban utilizarlos para confundir a Juana.

—¿Dónde está el otro anillo?

—Me lo quitaron los soldados borgoñones.

—¿Quién os lo dio?

—Mis padres.

—Describid cómo era.

—Es liso y sencillo. Sólo lleva grabado dos nombres: «Jesús y María».

Estaba claro que semejante anillo no parecía un instrumento adecuado para realizar actos diabólicos, así que no valía la pena seguir aquella pista. Sin embargo, para mayor seguridad, uno de los jueces preguntó si había curado enfermos, pasándoles el anillo. Juana respondió que no.

—Veamos ahora el asunto de las hadas de Domrémy. Dicen que vuestra madrina las sorprendió una noche de verano bailando bajo el árbol de Bourlemont. ¿No será posible que todos esos supuestos ángeles y santos sean, en realidad, estas hadas?

—¿Se encuentra ese tema incluido en el «procès verbal»?

No le contestaron, sino que variaron las preguntas:

—¿Habéis hablado con Santa Margarita y con Santa Catalina bajo ese árbol alguna vez?

—No podría decirlo.

—¿O fue junto a la fuente, cerca del árbol?

—Ahí sí. Varias veces.

—¿Qué cosas prometieron?

—Las mismas que Dios les comunicaba

—Pero ¿cuáles fueron esas promesas?

—Esa pregunta no se encuentra en el «Procès verbal». Pero os diré algo: me confirmaron que el Rey llegaría a ser dueño y señor de todo el reino, a pesar de todos sus enemigos.

—¿Y qué más?

Se hizo un silencio breve. Luego, Juana habló, humildemente:

—Prometieron conducirme al cielo.

Ante estas palabras, muchos de los presentes pensaron con temor que, tal

vez, aquella joven pudiera ser enviada por Dios y servidora suya. El interés del público aumentó. Se calmaron los ruidos y murmullos, la quietud se hizo opresiva.

A estas alturas, ¿habéis comprobado a través de las preguntas, que los inquisidores sabían sospechosamente bien el terreno que pisaban? Parecía, incluso, que hasta las respuestas de Juana las conocían, algunas veces, de antemano. ¿Habéis observado que los interrogadores indagaban los secretos e intimidades de Juana y que la inducían a revelar dichos secretos? ¿Recordáis al malvado Loyseleur, el sacerdote traidor al servicio de Cauchon? ¿Recordáis que bajo secreto de confesión Juana le abrió su corazón y su alma, excepto pequeños detalles sobre sus revelaciones de las Voces que tenía prohibido descubrir? ¿Recordáis que todas las confidencias fueron oídas por el innoble Cauchon?

Pues entonces, comprenderéis cómo lograron los inquisidores preparar aquella interminable lista de preguntas minuciosas, cuya sutileza y precisión resultarían incomprensibles sin conocer la trampa de Loyseleur. Volvamos al tribunal y a las preguntas:

—¿Os hicieron alguna otra promesa?

—Sí, pero estas preguntas no están incluidas en el «procès». No responderé ahora, pero sí dentro de tres meses.

Como veréis por la pregunta que sigue, el inquisidor sabía de lo que estaba hablando.

—¿Os dijeron las Voces que antes de tres meses alcanzaríais la libertad?

Juana respondió, con gesto de extrañeza, ante lo certero de la pregunta:

—Eso no figura en el «procès». Ignoro cuando me veré en libertad, pero algunos de los que desean mi muerte desaparecerán antes que yo.

Sus palabras despertaron temor en ciertos personajes.

—¿Os anunciaron vuestras «Voces», que seríais liberada de la prisión?

Era evidente que ya lo sabían, sin necesidad de aguardar la respuesta. Juana contestó:

—Si me lo preguntáis otra vez dentro de tres meses, os lo diré.

Al terminar la frase, en su rostro se leyó un gesto de felicidad, que predominó sobre su agotamiento. A nosotros, a Noel y a mí, nos fue difícil

disimular la alegría, pero resultaba necesario para no descubrir nuestros verdaderos sentimientos. Así que lograría la liberación dentro de tres meses. Se lo descubrieron las «Voces», y hasta le precisaron la fecha: el 30 de mayo. En cambio, no se le explicó la forma en que se iba a producir su «libertad», como supimos después. En aquel momento, pensamos que Juana volvería a su casa y a su pueblo, ¡qué hermoso panorama! Ese era el ideal de Noel y mío, que empezamos a contar los días, impacientes porque llegara el momento. El tiempo vuela —nos decíamos— y pronto acompañaríamos a casa a nuestro ídolo, donde nos aguardaba la vida gozosa al aire libre, lejos de castillos y palacios, con gentes sencillas, de pueblo, y rodeados de las pacíficas ovejas pastando.

Sí, estos eran nuestros sueños por aquella época, ignorantes de lo que sucedería en realidad. Ignorancia que nos permitió aguantar con buen ánimo aquellos meses que faltaban para el final inexorable y espantoso. Si lo hubiéramos conocido tal como fue, nos habría aplastado con su abrumador peso, amargando nuestros corazones en el ambiente enrarecido que se respiraba en el proceso.

Nuestra versión de la profecía era muy optimista. Imaginábamos que la conciencia del Rey, atormentada por el remordimiento, no pudo resistir más y se decidió a la acción. Después de llamar a sus viejos soldados, D'Alençon, el Bastardo, y la Hire, planearía el rescate de Juana que ya habrían fijado para dentro de tres meses. Nos propusimos estar alertas para tomar parte en el plan.

En aquella sesión del tribunal, y en las que siguieron, se le insistía a Juana en que precisara el día de su liberación. Pero se negaba a ello, por no tener permiso de sus Voces, que tampoco se la habían comunicado claramente. Consumado el suplicio, me di cuenta de que Juana imaginaba que su liberación vendría en forma de muerte. Pero no ¡AQUELLA MUERTE!

Aunque tuviese el don de la profecía y fuera tan valerosa en el combate, Juana también era un ser humano. Ciertamente que para muchos representaba la figura de una santa o de un ángel, pero también se comportaba como una persona joven de carne y hueso, con la misma sensibilidad, capacidad de afecto y de sufrimiento de una muchacha corriente de su edad. Por eso, ¡qué horrible fue su muerte! Quizá no hubiera resistido tres meses con la perspectiva de un suplicio como aquel. Recordad cómo se asustó la primera vez que la hirieron, demostrando su dolor y sus lágrimas como lo que era, una niña de 17 años. Y esto, a pesar de que supo, con 18 días de antelación, que recibiría una herida en una fecha concreta. No le temía a la muerte normal,

como ella esperaba que habría de ser la suya, y por eso hablaba con gozo del momento de su «liberación», hasta el punto de que su cara, al referirse a esta profecía, expresaba felicidad y no horror.

Cinco semanas antes de ser capturada en Compiègne, sus Voces le avisaron de lo que le aguardaba. Sin especificar hora ni lugar, supo que la tomarían prisionera antes de las fiestas de San Juan. Pidió al cielo que le otorgara una muerte segura y rápida, con mínima estancia en prisión, puesto que su espíritu libre no resistía la cárcel. Sus Voces no le prometieron nada concreto, se limitaron a animarla para que hiciera frente a lo que Dios le enviara. Pero como no le negaron la posibilidad de lograr una muerte rápida, es fácil que Juana encomendara con ilusión esta esperanza.

Como le confirmaron el hecho de su «liberación» dentro de tres meses, entendió que iba a morir tranquilamente en la prisión y sería después llevada al Paraíso, cuyas puertas encontraría abiertas. Sus penas llegaban al fin y la recompensa ya estaba allí, cerca de su mano. Con tales pensamientos, se encontraba feliz y le ayudaban a tener la paciencia y el valor necesarios para resistir el combate como buen soldado. Por supuesto que intentaría salvar la vida, pero no le importaba morir dando la cara, si fuera preciso.

Cuando, posteriormente, acusó a Cauchon de intentar matarla con un pescado envenenado, su convicción de morir en la cárcel se fortaleció mucho más. Pero me estoy alejando del tema. Volviendo al proceso, le ordenaron a Juana que precisara la hora en que sería liberada de la prisión.

—He repetido siempre que no me está permitido decirlo todo. Se me pondrá en libertad. Pediré permiso a mis Voces para deciros lo que deseáis saber. Solicito el tiempo necesario.

—¿Vuestras Voces os prohíben decir la verdad?

—¿Queréis conocer detalles sobre el futuro del Rey de Francia? Pues os repito que reconquistará su reino. Lo sé tan cierto como os veo delante de mí. Me habría muerto de pena, de no ser por esta revelación, que me sirve de mucho consuelo.

Le hicieron preguntas vulgares sobre el aspecto del arcángel San Miguel y de sus vestidos. Respondió con dignidad, pero con pena.

—Me da mucha alegría ver al arcángel, porque a su lado tengo la sensación de estar en gracia de Dios. A veces, Santa Catalina y Santa Margarita me han permitido que les confiese mis sufrimientos.

Estas palabras parecían apropiadas para tender alguna de las trampas contra Juana.

—Si os confesasteis con ellas, ¿pensabais estar en pecado mortal?

Como las respuestas no sirvieron para sus malvados fines, volvieron al asunto de las revelaciones al Rey. Secretos que el tribunal intentaba conocer por todos los medios, sin éxito.

—¿Y por lo que se refiere a la señal que le fue dada al Rey?

—He dicho que no os diré nada de eso.

—¿Sabéis en qué consistía la señal?

—Eso nunca lo escucharéis de mis labios.

Aquel misterio lo trató Juana en un aparte con el Rey, aunque cerca había varias personas, que no pudieron escuchar nada. Como ella confió al falso de Loyseleur, sabían que la señal fue una corona que aseguraba la autenticidad de la misión de Juana. Pero todo aquello continúa permaneciendo en el misterio, al menos cómo era esa corona y lo que significaba. No sabemos, en realidad, si descendió una corona sobre las sienes del Rey, o si aquello fue un símbolo, resultado de una mística visión.

—¿Llegasteis a ver una corona sobre la cabeza del Rey, en el momento de la revelación?

—No puedo contestar a eso sin cometer perjurio.

—¿Era ésa la corona que el Rey llevó en Reims?

—Creo que el Rey tomó una corona que encontró allí. Pero más tarde le trajeron otra más bonita y rica.

—¿Habéis visto vos esa última corona?

—No puedo responderos sin perjurio. He oído decir que era rica y magnífica.

Aún continuaron con preguntas molestas sobre la misteriosa corona, pero ella no dijo nada más. Se levantó la sesión. Fue un día largo y duro para nosotros.

El tribunal descansó un día, reanudando el proceso el sábado día 3 de marzo. Aquella fue una de las sesiones más borrascosas. Los jueces perdieron la paciencia, y con razón. Aquellos 60 distinguidos e ilustres clérigos habían abandonado importantes cargos y de gran responsabilidad para cumplir una tarea fácil: condenar a muerte a una aldeana analfabeta, ingenua y sin testigos a su favor, ni abogados ni asesores dirigiendo su causa, un juez hostil y un jurado vendido.

Según los cálculos, dos horas hubieran sido suficientes para confundir a la acusada, derrotarla hasta la desesperación y probar ampliamente su culpabilidad. Pero se equivocaron. Las horas se convirtieron en días, la escaramuza resultaba un asedio, lo sencillo, muy difícil, la víctima, en lugar de una pluma estaba firme como la roca, y como final de todo, la única que allí reía era la aldeana, y no el tribunal. Y no es que se riera Juana, no era su carácter, pero otros lo hacían por ella. La ciudad entera se burlaba por dentro. El tribunal lo sabía, y empezaba a indignarse por el ridículo. En estas condiciones, aquella sesión resultó borrascosa. Los jueces se mostraron desde el principio decididos a terminar el asunto por la vía rápida. Desencadenaron la guerra con ferocidad. No encargaron a un inquisidor la dirección de las preguntas, sino que todos, al mismo tiempo, multiplicaban las suyas en desorden. Tanto, que, algunas veces, Juana les rogaba que hablaran uno a uno y no en grupo. El comienzo fue como siempre:

—Se os requiere una vez más para que juréis contestar con verdad todas las preguntas.

—Responderé los asuntos incluidos en el «procès verbal». Sobre todo lo demás, yo lo decidiré.

El tradicional conflicto volvió a discutirse con acritud. Juana continuó firme y así, las preguntas se dedicaron a las apariciones, a su ropaje, a su pelo, a su aspecto general, siempre con la esperanza de sorprenderla en alguna

contradicción. No lograron sus fines.

El tema de los vestidos masculinos volvió a salir a colación, con ciertas diferencias:

—¿No os pidieron nunca el Rey o la Reina que dejarais de usar atuendos propios de hombres?

—Eso no se encuentra en el «procès».

—¿Hubierais cometido pecado con ropajes propios de vuestro sexo?

—Hice lo adecuado para servir y obedecer a mi Dueño y Señor.

Después se suscitó el tema del estandarte, por ver si le encontraban indicios de brujería.

—¿Vuestros soldados no copiaban en sus banderines ese estandarte?

—Los lanceros, sí. Fue idea de ellos, y así se les distinguía del resto de las fuerzas.

—¿Los renovaban con frecuencia?

—Cuando se rompían las lanzas, confeccionaban nuevos banderines.

—¿Y no hicisteis creer a los soldados que sus banderas les traerían suerte si imitaban las vuestras?

Juana se indignó ante las intenciones de la pregunta; puesta en pie, dijo con tono fogoso:

—Lo único que les dije, fue: ¡Arrojad a esos ingleses!, y me lancé la primera.

Aquel lenguaje valeroso enfurecía a los que actuaban como siervos de Inglaterra. Más de la mitad de los jueces, puestos en pie, bramaban injurias contra Juana. Ella no se inquietó lo más mínimo.

Por fin, se calmaron los ánimos y siguieron preguntando.

—¿No ordenasteis realizar pinturas e imágenes vuestras?

—No. En Arras vi una pintura que me representaba arrodillada y con armadura ante el Rey, entregándole una carta. Pero yo no la encargué.

—¿Se dijeron misas y oraciones en vuestro honor?

—Si tales cosas ocurrieron, no tuve nada que ver. Pero si rezaron por mí, ¿qué mal hubo en ello?

—¿El pueblo de Francia piensa que sois enviada del cielo?

—No lo puedo afirmar. Pero, lo crean o no, la verdad es la misma.

—Si os consideran enviada de Dios, ¿piensan acertadamente?

—Si lo creían, no se abusaba de su credulidad.

—¿Qué movía a las gentes a besaros las manos, los pies y las ropas?

—Se alegraban al verme y lo demostraban así. No podía impedirlo, aunque lo hubiera intentado. Aquellos pobres se acercaban a mí por cariño, ya que me esforzaba tanto por ellos, hasta el límite de mi capacidad.

Observad qué humildad para describir los recibimientos apoteósicos que le tributaba el pueblo francés. Dijo que «se alegraban al verme». ¿Alegrarse? En realidad, quedaban como enajenados de felicidad al verla, y los que no podían acercarse a ella, besaban hasta las huellas de los cascos de su caballo. La adoraban, y eso es lo que pretendían demostrar aquellos hombres. Entonces, si fue adorada, los culpables no eran las gentes, sino Juana. Curiosa lógica la suya.

—¿Fuisteis madrina de algunos niños bautizados en Reims?

—Lo fui en Troyes y en St. Denis. A los niños les dimos el nombre de Carlos, por el Rey, y a las niñas, el de Juana.

—¿Las mujeres rozaban sus anillos con los vuestros?

—Sí, lo hacían muchas de ellas, pero ignoro el motivo.

—En Reims, ¿el estandarte estuvo en el interior de la iglesia, junto al altar y en vuestras manos durante la coronación? —Sí.

—¿Con vestidos de hombre?

—Sí. Pero creo que sin armadura.

El argumento hubiera podido ser muy favorable a Juana, ya que la Iglesia concedió permiso oficialmente para que Juana utilizara ropas masculinas. Al darse cuenta, y para evitar que la joven se percatara de la oportunidad, cambiaron rápidamente de tema.

—Se dice que hicisteis resucitar un niño muerto, en la iglesia de Lagny. ¿Fue debido a vuestras oraciones?

—Lo ignoro. Mucha gente rezaba conmigo al mismo tiempo. Yo me uní a ellas, sin más.

—Continuad.

—Mientras rezábamos, el pequeño volvió a la vida, llorando. Estuvo muerto por tres días. Se le bautizó rápidamente y volvió a morir. Lo enterramos en el camposanto.

—¿Por qué razón os fugasteis de la torre Beaurevoir, por la noche?

—Para acudir en auxilio de Compiègne.

Animados de espíritu malévolo, intentaban demostrar que Juana quiso cometer el pecado de suicidio para no caer en manos de los ingleses. En tal sentido orientaron sus preguntas:

—¿No habéis afirmado preferir la muerte que la libertad concedida por los ingleses?

Sin percibir las intenciones del interrogador, contestó:

—Sí, pero mis palabras fueron exactamente «que mi alma vuelva a Dios antes de caer en poder de los ingleses».

Después se expuso la sospecha de que Juana, al recobrar el sentido, tras su caída, estaba tan encolerizada que blasfemó el nombre de Dios, y volvió a maldecirle al enterarse del abandono del comandante Soissons. Al oír tales insinuaciones, quedó anonadada y habló con viveza:

—Eso no es cierto. Yo nunca he maldecido a nadie y, además, no acostumbro a jurar.

El tribunal decidió tomar un descanso. Tiempo era de hacerlo. Cauchon perdía terreno a ojos vista, mientras Juana se lo ganaba. Por ciertos síntomas, parecía evidente que, de un lado a otro, algunos jueces estaban impresionados por el valor de la joven, su elevado ánimo y fortaleza de espíritu. Se ablandaban, ganados por su manifiesta sencillez, nobleza de carácter, fina inteligencia y capacidad para salir airosa en un combate librado en solitario, sin amigos, rodeada de personas hostiles. Y lo mejor era que este reblandecimiento del tribunal iba extendiéndose, lo cual significaba un claro peligro para los planes de Cauchon.

Tenía que hacer algo, y lo hizo. Cauchon, que no se distinguía por su carácter benévolo, se compadeció ahora de las «agotadoras fatigas» de los jueces y, para aliviarlas, consideró suficiente un pequeño número de ellos. ¡Oh alma caritativa! El problema es que no pensó en las «agotadoras fatigas» de la procesada. Así pues, dejaba en libertad a los jueces, salvo un selecto grupo, designado por él mismo. Eligió verdaderos tigres, con excepción de dos o tres corderos, más por error que otra cosa. Pero él sabía cómo tratar a los corderos cuando los descubría. Convocó un reducido Consejo y durante 5 días fueron seleccionadas las respuestas más conflictivas dadas por Juana en los interrogatorios.

Eliminaron todos los documentos que pudieran favorecer la causa de Juana, considerándolos perniciosos y desaprovechables. En cambio, reunieron las respuestas que admitieran ser manipuladas en perjuicio de ella, elaborando las bases de un proceso nuevo, al que se pudiera considerar continuación del anterior. Pero se cambiaron más cosas. Era evidente que las sesiones públicas resultaban inadecuadas, porque el pueblo se inclinaba a favor de Juana, movido por el sentimentalismo. No volvería a ocurrir. Las sesiones iban a celebrarse ahora a puerta cerrada, sin espectadores. Así que Noel ya no podría presenciar el proceso. Le mandé recado para que supiera la novedad, pues no tuve valor de hacerlo yo mismo.

El 10 de marzo dio comienzo el proceso secreto. Al cabo de una semana encontré a Juana muy cansada y débil, lo que me produjo gran inquietud. Se mostraba ajena y distante, como abstraída o aislada hacia lo que sucedía a su alrededor. Un tribunal distinto no se hubiera aprovechado de su debilidad, la habría dejado en paz, aplazando la sesión, en vista de que su vida se hallaba en juego. Pero ellos siguieron durante horas con ferocidad satisfecha, sacando el mayor partido posible de la primera gran oportunidad de aniquilar a Juana que se les presentaba.

La acosaron con tal crueldad, que lograron confundirla sobre el «signo» dado al Rey. Lo mismo ocurrió al día siguiente, hora tras hora. Con los nervios, cedió ciertas revelaciones parciales sobre puntos que las Voces le ordenaron silenciar, y llegó a no distinguir entre sueños, alegorías y hechos reales. En la tercera sesión, la encontré algo más descansada y normal. Se portó muy bien. Intentaron inducirla a descubrir temas indiscretos, pero ella respondió con sumo tacto y prudencia.

—¿Sabéis si Santa Catalina y Santa Margarita odian a los ingleses?

—Ellas aman a los que Nuestro Señor ama, y odian a quien El odia.

—¿Dios odia a los ingleses?

—No sé nada de eso —luego habló otra vez con tono recio y audaz y añadió—: pero sí estoy segura de esto: ¡Dios dará la victoria a los franceses y todos los ingleses van a ser arrojados de Francia, salvo los muertos!

—¿Dios ayudó a los ingleses cuando triunfaban en Francia?

—No lo sé, pero quizá Dios permitió que los franceses fueran castigados por sus pecados.

—¿Habéis abrazado alguna vez a Santa Catalina y Santa Margarita?

—Sí, a las dos.

El malvado rostro de Cauchon no pudo ocultar su satisfacción ante estas últimas palabras.

—Y cuando colgabais guirnalda de flores en el Árbol de las Hadas de Boulemont, ¿honrabais a las «Voces»?

—No.

Nueva cara de alegría en Cauchon, que pensaba acusarla de pecaminoso afecto hacia las hadas.

—Cuando se os aparecían los santos, ¿les hacíais reverencias, o bien os inclinabais hasta caer de rodillas?

—Sí, les dedicaba todo el honor y reverencia que podía.

También aquél era buen asunto para Cauchon, si lograba demostrar que las apariciones no eran santos sino demonios, y que se postraba ante satanás. Luego se abordó el tema de que Juana ocultaba a sus padres las visiones que le sucedieron. Daría mucho juego. Anotado en el libro del «Proceso» se veía el siguiente párrafo: Ocultaba las visiones a sus padres y a todo el mundo. Quizá aquella muestra de deslealtad a los padres ayudaría a demostrar el origen satánico de su misión.

—¿Y vos creéis bueno partir a la guerra sin permiso paterno? Es obligatorio honrar padre y madre.

—Les obedecí en todo, salvo en esto. Ya les pedí perdón en una carta, y me lo concedieron.

—¡Ah!, ¿conque pedisteis perdón, eh?... luego os reconocéis culpable de un pecado, al salir de casa sin permiso...

Juana se irritó. Con fuego en los ojos, habló:

—Dios me enviaba, y tuve que hacerlo. Aunque hubiera tenido cien padres o fuera hija de reyes, me habría marchado.

—¿No preguntasteis a las Voces si era oportuno contar a vuestros padres las revelaciones?

—No les importaba que se lo dijese, pero yo quise ahorrarles el sufrimiento.

—¿No os llamaban las Voces «hija de Dios»?

Juana respondió con sencillez y confianza.

—Así lo hicieron, a partir de Orleáns. Desde entonces, me lo han repetido otras veces.

—¿Qué caballo montabais al caer prisionera? ¿Quién os lo dio?

—El Rey.

—También se os concedieron otras riquezas, otorgadas por el Rey.

—Disponía de caballos y armas de mi propiedad, además de una cantidad de dinero para el servicio de mi cargo.

—¿No disponíais de un fondo de reserva?

—Sí. De unas diez mil coronas —luego, añadió con sencillez—: No era mucho dinero para mantener una guerra.

—¿Lo conserváis aún?

—No. Es dinero del Rey. Mis hermanos lo guardan para él.

—¿Qué armas ofrecisteis en la iglesia de St. Denis?

—Mi cota de malla y una espada.

—¿Las dejasteis allí para que el pueblo las adorase?

—No, lo hice por pura devoción. Seguía la costumbre de los soldados heridos cuando hacen su ofrenda como símbolo de agradecimiento. Me hirieron en París.

Pero nada conmovía sus duros corazones y frías mentes, ni siquiera la imagen de una muchacha soldado, herida, presentando sus armas diminutas junto a las polvorientas ofrendadas por los históricos defensores de Francia. No, para ellos nada significaba todo eso.

—¿Quién os ayudó más en la guerra, vos al estandarte o el estandarte a vos?

—Eso no tiene importancia, todas las victorias venían de Dios.

—Pero ¿la esperanza de victoria sobre quién descansaba, en vos o en el estandarte?

—En ninguno de los dos: solamente en Dios. Nada más.

—¿No se hizo flamear el estandarte alrededor de la cabeza del Rey en la coronación?

—No. No lo fue.

—¿Por qué razón vuestro estandarte ocupó lugar preferente en la coronación del Rey en la catedral, delante de otros, como los de los generales?

Entonces Juana pronunció unas palabras eternas, que conmoverán siempre los buenos corazones de las gentes, hasta el último día:

—El, que hizo el esfuerzo, es justo que tenga el honor.

¡Qué sencilla frase y qué hermosa! ¡Cómo reduce la elocuencia ampulosa

de los maestros en oratoria! Su modo de hablar elegante y certero era un don innato en Juana, que fluía de sus labios sin esfuerzo ni preparación previa. Palabras tan sublimes como sus actos y la dulzura de su carácter. Radicaban en su gran corazón y estaban acuñadas en su luminoso cerebro.

Seguidamente, aquel tribunal sin escrúpulos utilizó unos procedimientos de tal bajeza, que incluso ahora, pasados los años, no puedo referirme a ellos sin perder la calma. Desde que empezó a escuchar sus Voces en Domrémy, todavía muy niña, Juana se comprometió al servicio de Dios en cuerpo y alma, de modo íntegro. Cuando intentaron casarla con el pobre, bueno, fanfarrón, valiente, querido y llorado Paladín, a los 16 años, defendió su inocencia por sí misma en el tribunal de Toul, y lo hizo con tal habilidad, que destruyó de un soplo la tesis de Paladín, resultando absuelta. El anciano presidente del tribunal se refirió a ella como «esta maravillosa niña».

Recordaréis todo eso, ¿no? Pues imaginad lo que pude sentir al comprobar cómo ahora, el tribunal de Rouen manipulaba el mismo tema de modo malintencionado, intentando demostrar que fue Juana la que arrastró al Paladín ante los jueces, exigiéndole promesa de matrimonio con apremio. Desde luego, no había bajeza que no estuvieran dispuestos a cometer siempre que sirviera para condenar a aquella joven desamparada. Querían probar que ella cometió el pecado de faltar a sus promesas de mantener el celibato, y que estaba dispuesta a romperlas.

Juana contó la verdadera historia, pero perdió la calma al dedicarle a Cauchon algunas palabras duras, que recordará en el lugar —cielo, infierno— en que se encuentre. Durante aquella jomada y la siguiente, el tribunal debatió el conocido tema de los vestidos masculinos de Juana. Daba pena ver el trabajo pueril que ejecutaban unos hombres serios, conocedores de que Juana, encarcelada y vigilada a toda hora por guardias rudos al acecho, encontraba mayor protección en las modestas ropas masculinas que llevaba.

Los miembros del tribunal sabían que uno de los proyectos de Juana fue el rescate del duque de Orleáns, prisionero en Inglaterra. Le preguntaron de qué forma pensaba ejecutar su proyecto, y ella les contestó con sencillez:

—Creo que hubiera capturado en Francia suficientes presos como para

acordar un canje por el duque. O también, habríamos invadido Inglaterra y liberado por la fuerza al rehén. De haber seguido libre tres años más, ya estaría el problema resuelto.

—¿Os han dado permiso las «Voces» para escapar de la cárcel cuando lo consideréis oportuno?

—Se lo he pedido varias veces, pero no me lo dieron.

—¿Os daríais a la fuga si tuvierais las puertas abiertas?

—Sí, puesto que vería en ello la voluntad del Señor. El refrán se refiere a lo que Dios no dice: «Ayúdame y te ayudaré». Pero sin permiso, no me iría.

Quizá en ese momento pudo pasar por la mente de Juana la misma idea de su liberación que teníamos Noel y yo: un rescate logrado en acción de guerra por sus antiguos camaradas. Tal vez fue sólo un pensamiento fugaz, desvanecido rápidamente. Al escuchar una de las malvadas insinuaciones de Cauchon, Juana le afeó su conducta, advirtiéndole que estaba corriendo un serio peligro por su actitud.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé. Santa Catalina me ha prometido ayuda, pero ignoro cómo será. No estoy segura de si me liberarán en la prisión, o si ocurrirá cuando me enviéis al suplicio. Podría suceder cualquiera de las dos cosas, pero no lo veo claro... —hizo una pausa—. Pero lo que sí me han revelado mis Voces ya, es que mi libertad vendrá precedida de una *gran victoria* —de nuevo se detuvo, como reflexionando—. Y siempre me repiten: «Acepta lo que viniere. No te asuste el martirio. Gracias a él subirás a tomar posesión del reino en el Paraíso».

¿Pensaba en la hoguera o en la horca? Creo que no. A mí se me ocurrió tal posibilidad, pero ella debió pensar en el martirio lento y cruel de las cadenas, la prisión y los malos tratos, ya que verdadero martirio representaba todo aquello. En esos momentos era Juan de la Fontaine el encargado de formular preguntas. Intentaba sacar el máximo partido posible a las palabras de Juana.

—Si las «Voces» os han adelantado que iréis al Paraíso, entonces, estáis segura de que no seréis condenada al infierno. ¿Es así?

—Creo lo que me han anunciado las Voces. Sé que me salvaré.

—Esa es una respuesta digna de considerar.

—Para mí, la certeza de mi salvación es un regalo del cielo.

—¿Creéis, después de esta revelación, que podríais cometer pecado mortal?

—En cuanto a eso, no podría asegurarlo. La esperanza de salvarme la tengo en ser fiel a mi promesa de conservar puros mi cuerpo y mi alma para Dios.

—Entonces, ante la seguridad de vuestra salvación, ¿consideráis necesario acudir a confesaros?

La trampa había sido tendida con astucia, pero la respuesta, sencilla y humilde, dada por Juana, la libró de caer en el cepo.

—Uno no puede conservar demasiado limpia la conciencia.

Llegamos al último día de aquel nuevo juicio. Fue una dura y prolongada lucha para los que tomaron parte en ella. Los jueces se mostraban irritados e insatisfechos. Pese a todo, decidieron prolongar un día más el proceso. Era el 17 de marzo. Al comienzo de la sesión ya le tendieron a Juana la primera y peligrosa trampa.

—¿Aceptaréis someter al dictamen de la Iglesia todas vuestras palabras y hechos, buenos o malos?

La pregunta era perfecta, y Juana pareció en grave peligro. De contestar con un sí, hasta su propia misión quedaría puesta en tela de juicio ante el tribunal, quien decidiría sobre el origen y carácter de la empresa. Si respondía «No», sería acusada de crimen de herejía.

Pero Juana se mostró a la altura de las circunstancias. Separó de forma clara la autoridad de la Iglesia sobre ella como feligresa, del tema de la *misión*. Afirmó su amor a la Iglesia, mostrándose dispuesta a seguir en la fe cristiana con todas sus fuerzas. Pero respecto a las obras realizadas por ella en el curso de la *misión*, sólo Dios podría juzgarlas, puesto que Él se las ordenó hacer.

El inquisidor insistió para que también éstas las sometiera al dictamen de la Iglesia, pero Juana se mantuvo firme:

—No las someteré más que al juicio de Nuestro Señor, que me envió. Creo que Cristo y su Iglesia son una sola cosa, y no hay más complicaciones. ¿Por qué encontráis siempre dificultades donde no existen?

Juan de la Fontaine rechazó su creencia en una sola Iglesia. Según él, había dos: la Iglesia triunfante, compuesta por Dios, los santos y los ángeles,

situada en el cielo; y la Iglesia militante, formada por el Santo Padre, Vicario de Cristo, la Jerarquía, el clero y todos los buenos cristianos. Esta Iglesia se encuentra en la tierra, está dirigida con el auxilio del Espíritu Santo, y no puede equivocarse. Para terminar, concluyó:

—¿No someteréis, pues, todas estas cuestiones a la Iglesia militante?

—Fui envidada al Rey de Francia por la Iglesia triunfante, así que sólo ella podrá juzgar mis actos. Para la Iglesia militante no tengo en este momento ninguna otra respuesta.

El tribunal tomó nota de la clara negativa de Juana a responder ante sus jueces, con la esperanza de aprovecharla contra ella. El tema se aplazó para mejor ocasión, volviendo a las hadas, las visiones, la ropa masculina y todo lo demás. Esa tarde, el malévolo obispo tomó la presidencia de las últimas fases del proceso. Al terminar, uno de los jueces efectuó la pregunta:

—En cierta ocasión, habéis prometido contestarle al señor obispo como si fuera el Santo Padre. No obstante, os negáis a responder a varias preguntas fundamentales. ¿No responderíais al Papa con más amplitud y detalle que lo hacéis aquí? ¿No os parece que el Papa, Vicario de Cristo, merece unas contestaciones íntegras, completas?

Entonces, como el estallido del trueno en un cielo claro, llegó la respuesta de Juana:

—Pues bien: conducidme ante el Papa. Le contestaré a todo cuanto deba.

El rostro de Cauchon pasó del púrpura al lívido del mármol. ¡Aquello era un argumento explosivo! ¡Si Juana se hubiera percatado de su importancia! Si la joven apela a Roma, las maquinaciones del obispo habrían quedado al descubierto. Juana pronunció sus palabras por puro instinto, sin calibrar su importancia, y nadie le advirtió de la jugada que tenía a su favor. Yo lo comprendí, lo mismo que Manchon. Si ella supiera leer, le habríamos hecho llegar un escrito advirtiéndole sobre lo que le convenía hacer. Pero, estrechamente vigilada como estaba, no era posible acercarse a decírselo de palabra. Así, una vez más Juana lograba salir victoriosa en una sesión del proceso, pero sin saberlo. En caso contrario, tal vez habría percibido las posibilidades que se derivaban de su frase apelando al Papa.

En los días anteriores logró muchos golpes maestros, pero aquel fue «El Golpe Maestro» por excelencia. Era una apelación a Roma. Le sobraba derecho a hacerlo y, de haber insistido en su actitud, la conspiración del

obispo se hubiese derrumbado sobre su cabeza como un castillo de naipes. Y él habría sufrido la mayor y más humillante derrota del siglo. Era atrevido y sin escrúpulos, pero no tanto como para negarse a satisfacer la petición de Juana, si ella hubiera insistido con decisión. Sin embargo, no fue así. La joven ignoraba este derecho suyo y no se dio cuenta del golpe decisivo que le había asestado al tribunal.

Aquel tribunal no representaba a la Iglesia. Roma no deseaba la muerte de aquella enviada de Dios y le hubiera concedido un proceso justo, lo único que Juana necesitaba para salir de él libre, con honor y cubierta de bendiciones. Pero no ocurrió así. Temblando y confuso, Cauchon alteró personalmente el curso del interrogatorio y se dio prisa a terminar la sesión. Al retirarse Juana, con paso débil y vacilante bajo las cadenas, quedé angustiado y con la mente en blanco. No paraba de repetir en mi interior: «Hace un momento pronunció la frase que la habría llevado a la libertad y a la vida. En cambio ahora, va a la muerte. Sí, porque es la muerte. Estoy seguro, lo presiento. Reforzarán la guardia y no permitirán que nadie se acerque a ella, como no sea que se dé cuenta de lo ocurrido y vuelva a apelar a Roma. Ha sido para mí, éste, el día más triste y amargo en el tiempo del proceso».

De este modo acabó la segunda fase del proceso. No se obtuvo de él ningún resultado válido. Ya me he referido al modo como se llevó a cabo. En determinados aspectos resultó aún más innoble que el anterior, ya que esta vez las acusaciones contra Juana no se le comunicaron a tiempo, de modo que ella se vio obligada a defenderse en la oscuridad. No se le dio tiempo a reflexionar, ni podía calcular el modo de eludir las trampas que le tendían los inquisidores.

Mientras se celebraba el proceso, un experimentado jurista de Normandía, Maître Lohier, se detuvo unos días en Rouen, y aprovechando su estancia, Cauchon le pidió su opinión sobre el juicio, mostrándole las actas de las sesiones. Reproduzco su respuesta, para que no me acuséis a mí de parcialidad en favor de Juana. El informe de Lohier, señalaba, en síntesis: Todo el proceso era nulo e inválido, por las razones siguientes: 1) debido a su carácter secreto, la acusada no disfrutaba de plena libertad de palabra y acción. 2) En el proceso hicieron alusiones relativas al honor del Rey de Francia, sin que éste pudiera defenderse ni enviar a nadie en representación suya. 3) Las acusaciones hechas contra la procesada no se le comunicaron previamente. 4) La acusada fue obligada a defender su causa desprovista de un experto consejero, a pesar de la gravedad de los cargos.

¿Le gustó el dictamen al señor obispo Cauchon? Nada en absoluto. Dedicó las más horrendas maldiciones contra Lohier, jurando que lo ahogaría personalmente. De modo que Lohier tuvo que ponerse a salvo rápidamente, apresurándose a abandonar Francia, salvando así la vida.

Ante la falta de resultados apetecidos, Cauchon decidió iniciar una tercera fase del proceso, como anunció al día siguiente, insinuando con brutal desfachatez que, esta vez, las cosas le saldrían bien. Tanto él como sus secuaces tardaron nueve días en preparar un denso atestado, previa manipulación de las declaraciones de Juana, añadiendo nuevos elementos

falsos con el fin de facilitar su condena. Lograron reunir un bloque de sesenta y tres artículos acusatorios, que formarían el núcleo fundamental de la tercera fase.

Esta vez decidieron dar lectura previa a Juana de dichos artículos. Quizá influyera el dictamen de *Maître* Lohier, o pensaron cansar a Juana con un requisito que, como después se comprobó, iba a durar varios días. También acordaron exigirle a Juana respuesta exacta y concreta a cada uno de los 63 puntos, y si no aceptaba la propuesta, declararla, sin más trámites, culpable. Como veis, Cauchon se las ingeniaba para limitar al máximo la posibilidad de defensa de Juana, logrando tender una tela de araña cada vez más sólida y pegajosa.

Conducida Juana ante el tribunal, el obispo de Beauvais pronunció un discurso tan lleno de falsedades hipócritas, que le debería haber hecho enrojecer de vergüenza. Afirmó que el tribunal, integrado por clérigos piadosos, respiraba compasión y benevolencia para con ella y no pensaban, en modo alguno, causarle ningún daño físico, sino enseñarle verdades y conducirla así a la salvación. No contento con tal demostración de maldad y cinismo, Cauchon todavía no estaba satisfecho. Tal vez acuciado por el informe de Lohier, hizo a Juana la descarada propuesta que ahora os cuento. Después de hacer constar que el tribunal, comprensivo ante la incultura y la incapacidad dialéctica de Juana para enfrentarse a las complejas cuestiones que se habrían de tratar, pasó a ofrecerle la lección de uno o dos jueces, que la ayudarían con sanos consejos y advertencias en su defensa. Es decir, se le concedía permiso al cordero para que eligiera un lobo capaz de ayudarle. Podéis imaginarlo, un tribunal con gente como el clérigo Loyseleur y sus compañeros de cuadrilla. Juana, asombrada, levantó los ojos por si le hablaban en serio, y viendo que sí, declinó la oferta.

El obispo, que aguardaba esta contestación, satisfecho por su alarde justiciero y piadoso, pidió que se hiciera constar en acta la propuesta y su rechazo. A continuación, ordenó a Juana que respondiera a todas las acusaciones, amenazando con separarla de la Iglesia en caso contrario, o si no lo hacía dentro del tiempo concedido para cada punto. Como veis, poco a poco, recortaba los derechos de Juana.

Dio comienzo a la lectura Thomas de Courcelles, artículo por artículo. Juana respondió uno a uno, ordenadamente. A veces, le negaba veracidad, y otras se remitía a las actas de las sesiones anteriores. Aquel extraño documento era una muestra de dureza de corazón, en hombres creados por

Dios a semejanza suya. Los que conocemos a Juana de Arco, sabemos que ella era algo noble, puro, sincero, valiente, generoso, humilde, sin mancha, como las flores de los campos: naturaleza fina y hermosa junto a un carácter sublime. El cuadro trazado por aquel documento resultaba el reverso de la medalla. Ningún rasgo de su personalidad se reflejaba allí. Todo lo que no era Juana, sí aparecía con detalle.

Reflexionad sobre las acusaciones: se la tildaba de bruja, falsa profetisa, invocadora de malos espíritus, de practicar la magia, de ignorar la fe cristiana, de hereje, sacrílega, adoradora de ídolos, blasfema de Dios y de sus santos, rebelde y perturbadora de la paz. También la llamaba sanguinaria e incitadora de guerras, amiga de derramar sangre humana, contraria a la natural modestia debida a su sexo, asumiendo de modo irreverente el traje masculino, usurpadora del culto debido a Dios, ordenando cultos de adoración a su persona, y ofreciendo manos y vestiduras para que las gentes las besaran. Y así continuaba el documento, convirtiendo la fuente de vida que era Juana en veneno, el oro, en cenizas, las pruebas de una vida noble y limpia, en evidencias de perversidad y odio.

Como puede verse, los 63 puntos eran un resumen de todas las malevolencias esgrimidas contra ella en los procesos anteriores. Lo cierto es que Juana se limitaba a decir: «passez outre», o «a eso ya he contestado, leed las actas», o comentarios breves, como éstos. Declaró su negativa a ser juzgada por la Iglesia terrenal, y se incorporó al acta su postura. Rechazó la acusación de idolatría y de pretender culto divino de los hombres, aclarando:

—Si algunos me besaban las manos y los vestidos no fue por deseo mío, pues hice lo posible por impedirlo.

Le preguntaron si estaba dispuesta a abandonar el atuendo masculino para el caso de que la autorizaran a comulgar, y ella dijo que no.

—Al recibir el santo sacramento, la forma externa del vestido no tiene mucha importancia cara a Dios.

La acusaron de preferir su ropa de hombre a asistir a misa, pero respondió rápidamente:

—Antes morir que traicionar mi promesa hecha al Señor.

Cuando se aludió a que practicaba trabajos de hombre, como la guerra, en lugar de realizar labores propias de su sexo, respondió:

—Respecto al trabajo de las mujeres, hay muchas capaces de hacerlo.

—Al parecer, esa misión que, según vos, procede de Dios, consistía en hacer la guerra y derramar sangre humana.

Juana aclaró que la guerra no era su intención primera, sino la segunda.

—Desde el principio siempre rogué en favor de la paz, como se negó mi solicitud, entonces luché.

Como el inquisidor, al referirse a los enemigos de Juana hablaba de ingleses y borgoñones situados en el mismo campo, ella le rectificó, pues consideraba que los borgoñones eran franceses, merecedores, por eso, de un trato más favorable que los ingleses. Y, después, aclaró:

—Solicité del duque de Borgoña que hiciera las paces con el Rey de Francia, enviando cartas y emisarios. A los ingleses la única posibilidad que les concedía era abandonar nuestro país y regresar a su tierra. Incluso a estos les llamaba a la paz antes de atacarles. Si me hubieran escuchado, habrían sido más prudentes... Pues antes que pasen siete años, lo comprobarán por sí mismos...

De inmediato, volvieron a molestarla con el asunto del traje masculino, intentando convencerla para que lo desechase voluntariamente. Nunca fui muy sagaz, y tal vez por eso no llegaba a comprender la insistencia en algo que yo consideraba tan simple como el vestuario. Ahora sí lo comprendo, pues se trataba de una de sus odiosas trampas contra Juana. Si lograban convencerla sobre la ropa, tenían pensado un plan que le causaría una inmediata ruina. Por eso machacaban repetidamente, hasta que la pobre niña, exclamó:

—¡Ya basta! ¡Callad! ¡Nunca dejaré mis vestidos de hombre si Dios no me lo ordena! ¡Ni aunque me cortéis la cabeza!

Alguna vez hizo enmiendas al «procès verbal», diciendo:

—Se me atribuye la frase «todo lo que he hecho, fue por inspiración de Nuestro Señor». No dije esto, sino «todo cuanto he hecho *bien*».

Dudaban de la autenticidad de su misión, debido a la ignorancia y humildad del mensajero elegido. Al oír esto, Juana sonrió. Pudo haberles recordado que Jesús, sin hacer distinción de personas, buscó a los humildes para sus altos propósitos, en lugar de obispos y cardenales, pero se limitó a explicar:

—Nuestro Señor tiene poder para elegir a sus instrumentos donde le

parece bien.

Al preguntarle qué fórmula empleaba para implorar la ayuda de Dios, respondió con sencillez, y levantando su pálido rostro, con las manos juntas, pese a las cadenas, habló:

—Mi muy amado Dios, en recuerdo de vuestra sagrada Pasión, os suplico me reveléis lo que debo contestar al tribunal de eclesiásticos. Por lo que se refiere a mi atavío, sé quién me ordenó tomarlo, pero no sé de qué modo deberé dejarlo. Os ruego me indiquéis lo que debo hacer.

También la acusaban de haberse atrevido a encumbrarse y mandar soldados, nombrándose ella a si misma «General en Jefe».

No quiso dar más explicaciones sobre esto, ya que hería profundamente sus sentimientos de honor militar, así que, respondió con viveza:

—¡Sí! ¡Fui General en Jefe, para mejor derrotar a los ingleses!

Le atribuyeron rudeza de espíritu al estar siempre rodeada de hombres, a lo que contestó:

—Cuando me era posible, llevaba a mi lado alguna mujer y, en campaña, siempre dormía con la armadura puesta.

Tampoco dejaron escapar la ocasión de utilizar contra Juana el argumento de buscar honores y gloria, debido a los títulos de nobleza concedidos por el Rey a su familia. Respondió que nunca había solicitado nada de eso, sino que el monarca los concedió él voluntariamente. La última fase del proceso terminó por fin, otra vez sin resultados. Quizá, una cuarta fase lograría derrotar el ánimo de la muchacha invencible. El malvado obispo se dispuso a rematar a su víctima. Designó una comisión para resumir en doce puntos los anteriores 63, como base operativa. Necesitaron para ello varios días. Aprovechando la pausa, Cauchon acudió a la celda de Juana, acompañado por Manchon y dos de los jueces, Isambard de la Pierre y Martin Ladvenue, para que aceptara someter al dictamen de la Iglesia militante el juicio sobre el origen divino, o no, de su misión. Juana se negó a ello una vez más. Isambard de la Pierre, hombre de buen corazón, compadecido al ver la situación de aquella pobre chica perseguida, cometió el atrevimiento de sugerirle si estaría dispuesta a solicitar que su causa fuera sometida al Consejo de Basilea, en el que figurarían tantos clérigos del partido francés como del inglés. Juana contestó que iría muy gustosa ante un tribunal tan justamente distribuido, pero antes de que Isambard pudiera añadir palabra, Cauchon le cortó de forma

salvaje:

—¡Callad, en nombre del diablo!

Manchon también se portó con valor, aun sabiendo que arriesgaba su vida, al preguntar si debía tomar nota de la conformidad de Juana a someterse al Consejo de Basilea.

—¡De ninguna forma! —bramó Cauchon—. ¡No es necesario!

—¡Ah! —observó ella—, así que anotáis todo lo que pueda ir en mi contra, pero no lo que me favorece.

Daba lástima. Cualquiera, hasta el corazón del ser más bruto, se habría conmovido ante la visión de Juana. Pero Cauchon era todavía peor que eso.

Llegaron los primeros días de abril. Juana se encontraba enferma desde el 29 de marzo, al día siguiente tuvo lugar la visita que acabo de narrar. Era muy propio de Cauchon eso de intentar ganar terreno aprovechando el debilitamiento de la prisionera a causa de su enfermedad. Pero veamos ahora ciertos detalles del nuevo sumario, reducido a 12 artículos todos ellos producto de la mentira.

La primera de ellas, le atribuye a Juana algo que nunca dijo: haber encontrado su salvación. También le achacaban negarse a someter sus actos a la Iglesia. Falso. Aceptó el dictamen del tribunal de Rouen, salvo de los hechos llevados a cabo por mandato de Dios y en cumplimiento de su misión, que ella reservaba al juicio de Dios. No reconoció la competencia de Cauchon y sus seguidores, pero estuvo de acuerdo en presentarse ante el Papa o el Consejo de Basilea.

Otro de los 12 puntos considera que Juana amenazaba de muerte a los que no obedecieran sus órdenes, lo cual era, a todas luces, falso. Igualmente, se le imputa la declaración de «no haber cometido nunca un pecado», cosa que ella no dijo en ningún momento. No podía faltar la referencia al terrible pecado de usar traje masculino. Si lo era, disponía del respaldo de la más elevada autoridad de la Iglesia, el Arzobispo de Reims y el tribunal de teólogos de Poitiers. El punto 10.º se mostraba indignado por la pretensión de Juana de que hablaba con Santa Catalina y Santa Margarita en francés, y no en inglés, además de atribuirles a las dos ideales en favor de la causa francesa.

Las doce proposiciones debían ser enviadas a los doctores en Teología de la Universidad de París, para su aprobación. Se escribieron las copias, y quedaron listas el 4 de abril. Manchon cometió un nuevo acto de valor. Al margen de las proposiciones, hizo comentarios, aclarando que muchas de las declaraciones de Juana fueron justamente lo contrario de lo que allí se decía. La Universidad de París no tuvo en cuenta las anotaciones de Manchon, pero

no cabe duda sobre la valentía del bueno de Manchon.

El 5 de abril se remitieron a París las doce propuestas. Por la tarde, se produjo en Rouen un gran tumulto, y las gentes se reunían, excitadas, charlando por las calles en busca de noticias, pues se había corrido el rumor de que Juana se hallaba enferma de muerte. Lo cierto es que, debido a las agotadoras sesiones, Juana estaba muy débil y enferma. Los jefes del partido inglés quedaron consternados, puesto que si moría Juana antes de recibir condena de la Iglesia, y era enterrada libre de toda culpa, el cariño de las gentes la convertiría en mártir del poder inglés, resultando una baza en favor de la causa francesa, todavía más decisiva que cuando peleaba en los campos de batalla.

El conde de Warwick y el cardenal inglés Winchester, acudieron a la prisión volando, y enviaron emisarios en busca de los mejores médicos. Warwick era un personaje rudo, tosco y cruel, sin compasión. En presencia de la joven, enferma y cargada de cadenas, se podría suponer que ni siquiera él tendría gemas de hablar alegremente. Pero Warwick lo hizo, cuando Juana lo escuchaba, diciendo a los doctores:

—Procurad cuidarla bien. El Rey de Inglaterra no desea que muera de modo natural. Le es muy valiosa, ya que mucho le ha costado comprarla, y sólo quiere que muera en la hoguera. Así que, haced lo imposible por curarla.

Los doctores preguntaron a Juana los síntomas y posible causa de su enfermedad. Ella respondió que, a su parecer, le sentó mal un plato de pescado que le sirvieron días antes, por indicación del obispo de Beauvais. Juan d'Estivet, servidor de Cauchon, se lanzó contra la joven, entre improperios furiosos y zarandeos, al oír algo que podía comprometer a su amo delante de los poderosos jefes ingleses. Si éstos le hacían culpable de la muerte de Juana, también podrían pensar que era una maquinación suya para estafarles, al salvarla de la hoguera envenenándola. Como la prisionera presentada fiebre muy alta, decidieron sangrarla. Warwick les amonestó:

—Llevad cuidado, porque es muy lista, y podría intentar matarse con ayuda de la herida para sangrarla, con tal de escapar del fuego.

Pese a todo, le practicaron el remedio y no tardó en mejorar, al menos de momento. Pasadas unas horas, Juan d'Estivet, obsesionado por la sospecha de envenenamiento que lanzó Juana, volvió a su celda por la noche, y la acosaba a preguntas con tal ferocidad, que la fiebre volvió a subirle de nuevo. Cuando Warwick se enteró de tal proceder y del riesgo que corría la vida de su

codiciada presa, prometió dar al celoso guardián un castigo tan ejemplar, que lo mantuvo alejado de la enferma hasta al final.

Al cabo de dos semanas, la enferma se recuperó, aunque todavía se encontraba muy débil. No obstante, Cauchon quiso poner a prueba su salud y, rodeado de algunos de sus doctores en teología, hizo otra vista a Juana. Manchon y yo le acompañamos para anotar por escrito la entrevista, es decir, todo lo que fuera útil para el malvado Cauchon, eliminando el resto.

Ver a Juana me produjo una gran angustia. Parecía una sombra de sí misma. Apenas lograba identificar en aquella débil criatura, de cara triste y encorvada, a la Juana de Arco toda fuego y entusiasmo, al ataque de las fortalezas rodeada de sus bravos, entre el fuego de los cañones. El corazón se me oprimió en el pecho. Pero Cauchon se mantuvo imperturbable. Dijo: «Somos eclesiásticos responsables, siempre dispuestos, por nuestro ministerio y buena voluntad, a velar por la salvación de vuestra alma y vuestro cuerpo, utilizando todos los medios disponibles, tal como lo haríamos por nosotros mismos o nuestro más querido familiar. Seguimos el mandato y ejemplo de la santa Madre Iglesia, que nunca niega acogedor refugio a los que desean volver a su seno».

Juana le agradeció sus palabras, y contestó:

—Parece que, debido a mi enfermedad, estoy en peligro de muerte. Si es voluntad de Dios que muera en prisión, solicito confesión, y que me permitan recibir a Jesús, mi Salvador. También deseo que me entierren en sagrado.

Cauchon, encantado, creyó ver su oportunidad. La chica mostraba temor a morir sin bendición, aterrada ante las penas del infierno. Aquella testaruda criatura estaba a punto de rendirse, por fin. Dijo:

—Entonces, si queréis recibir los santos sacramentos, como todo buen cristiano, debéis someteros a la autoridad de la Iglesia.

Se le veía ansioso a la espera de respuesta. Pero quedó defraudado una vez más. La joven mantuvo su postura. Volvió la cabeza y terminó:

—No tengo nada más que decir.

Cauchon montó en cólera. Gritaba, entre amenazas terribles, que cuanto mayor fuera el peligro para su vida, más debía procurar enmendarla. Así, le negó todas sus peticiones, mientras no se sometiera a la Iglesia. Juana le respondió:

—Si muero en esta cárcel, os ruego que me enterréis en sagrado, pero me abandono a la voluntad de mi Salvador.

Cauchon continuaba empeñado en someterla a su autoridad, pero sus amenazas no servían para nada. Su cuerpo estaba débil, pero el espíritu continuaba siendo el mismo de Juana de Arco. Sus palabras fueron las mismas ya conocidas de siempre:

—Pase lo que pase, no pienso decir ni hacer nada distinto a lo que he declarado en el tribunal.

Los teólogos continuaron molestando a Juana con sus argumentos doctrinales basados en la Sagrada Escritura, haciendo mención a su deseo de recibir los sacramentos, como cebo para sobornarla y conseguir que sometiera el carácter divino de su misión al dictamen de la Iglesia —es decir, su dictamen—. ¡Como si ellos fueran «La Iglesia», cuando sólo eran ambiciosos sin escrúpulos! Lo cierto es que no lograron sus propósitos.

La escena finalizó con una tremenda amenaza. Una amenaza calculada para que un fiel cristiano de verdad se hundiera en la desesperación:

—La Iglesia os ordena que os sometáis. Si no la obedecéis, ¡se os abandonará como si fuerais una pagana!

¡Imaginad lo que supone quedar fuera de la Iglesia! Una Iglesia que tiene las llaves del cielo y del infierno y tiene el poder de salvar, perdonar y condenar... Sentirse abandonada por su propio Rey Jesús... Sí, eso es peor que la muerte... ¡Abandonada por la Iglesia! La muerte no es nada a su lado, puesto que la Iglesia puede condenar a una vida eterna, y... ¡qué vida infernal! Ante mí se representaban las terribles imágenes de los condenados, y estaba seguro de que también Juana lo sentía como yo, mientras murmuraba en silencio... Pensé que cedería entonces, y hasta deseaba que lo hiciera, pues aquellos hombres eran capaces de todo, entregándola al castigo eterno.

Pero una vez más yo me equivocaba. Juana de Arco no parecía hecha del mismo barro que los demás. En su interior guardaba una fuerza sobrenatural que la ayudaba a mantenerse fiel a sus principios, fiel a la verdad, fiel a su palabra, como si todo aquello formara parte de sí misma. No le era posible cambiar. Representaba el símbolo de la fidelidad, la encarnación de la fortaleza. Allí donde ella plantaba su cuartel, permanecería para siempre. Las fuerzas del infierno no lograrían moverla de su trayectoria. Sus Voces no le habían dado permiso para someterse a los propósitos de los jueces, de modo que se mantendría firme, obediente a Dios, sin temor al futuro.

Al abandonar la celda, me encontraba el corazón destrozado, mientras ella mostraba gran serenidad. Había cumplido con su deber, y eso le bastaba. Lo que viniera después, daba igual. Sus últimas palabras confirman su espíritu sereno y de reposado contento:

—Soy buena cristiana desde mi nacimiento. Estoy bautizada y como buena cristiana moriré.

El tiempo transcurría, semana tras semana. Llegó el 2 de mayo, en plena primavera, cuajada de flores que iluminaban prados y valles. Los campos, a lo largo del Sena, se extendían entre tonos suaves de fértil verde. El río, limpio y brillante, serpenteaba entre islas frondosas y, desde las alturas del puente, la ciudad de Rouen se convertía en una delicia para los ojos, formando el más exquisito cuadro que pueda imaginarse.

Pero la felicidad del ambiente no era compartida por todos los habitantes de Rouen. Nosotros, los amigos de Juana de Arco, y ella misma, formábamos la excepción. No podía ser de otra forma, si comprendemos el sufrimiento de aquella pobre muchacha encerrada entre fuertes muros de piedra, consumida en la oscuridad de una celda, tan cerca del torrente del sol y tan lejos de él, con el ansia de disfrutar de uno de sus rayos, que le negaban con saña unos lobos con negra vestidura que planeaban su muerte y trataban de manchar su buen nombre. Cauchon se aprestaba a continuar su tarea siniestra.

Ese mismo 2 de mayo, la negra asociación estaba reunida en una espaciosa cámara del castillo. El obispo de Beauvais, en su sitial, presidía la sesión, rodeado de 62 jueces, los secretarios en sus puestos, el orador en el estrado y los guardias vigilando. No tardó en escucharse el ruido de cadenas, y poco después, apareció Juana de Arco, escoltada, que fue a situarse en el banco preparado al efecto. Presentaba mejor aspecto después de los 15 días de tregua sin persecución y acoso. Giró la mirada a su alrededor, observando al orador. No cabe duda de que se dio cuenta de la situación. El informe parecía muy grueso, tanto como un libro. El encargado de dirigir la palabra comenzó con estilo suelto, pero a mitad de un párrafo muy florido, le falló la memoria y hubo de consultar sus papeles, echando a perder el buen efecto inicial. Lo mismo volvió a ocurrir varias veces. El pobre hombre, rojo de vergüenza, no sabía qué hacer. Entonces se escuchó una observación de Juana:

—¡Será mejor que leáis vuestro libro... y así yo responderé mejor!

Resultó cruel el modo como soltaron la carcajada aquellos veteranos jueces. El orador quedó tan aturdido que a todos los presentes nos dio lástima de él. Cuando recobró la calma decidió seguir leyendo su discurso directamente, sin fingir el recitado de memoria. Los doce artículos anteriores quedaban ahora sintetizados en seis, redactados en el texto actual. Explicó el carácter de la Iglesia Militante, ordenando a Juana someterse a su dictamen. Ella dio la respuesta habitual. Y, a continuación, le preguntaron:

—¿Creéis que la Iglesia puede equivocarse?

—Creo que no puede equivocarse. Pero de los actos realizados por mandato divino, sólo responderé ante Él.

—Entonces, ¿nadie puede juzgaros en la tierra? ¿Ni siquiera el Santo Padre, el Papa? ^

—Mi maestro es el buen Jesús, y sólo a Él lo someteré todo.

En ese momento, se oyeron estas graves palabras:

—¡Si no os sometéis a la disciplina de la Iglesia, este tribunal os considerará hereje y seréis quemada en la hoguera!

Al oírlas, cualquiera habría desfallecido de terror, pero el espíritu valeroso de Juana saltó como el clarín en el combate:

—¡No hablaré más de lo que ya he dicho, y aunque viera el fuego ante mí, volvería a hacer lo mismo!

Elevaba mi ánimo volver a escuchar su voz, y observar en sus ojos la misteriosa «luz de la batalla». Muchos de los presentes se conmovieron. Todos los que conservaban algún rasgo de humanidad, amigo o enemigo. El buen Manchon se atrevió una vez más, con grave riesgo, a escribir en el margen del acta, con letras muy claras, estas valerosas palabras: «¡Superba responsio!». Allí quedaron como podéis comprobar aún.

«¡Superba responsio!». Sí, era justamente eso. Una «Soberbia respuesta» pronunciada por una muchacha de 19 años enfrentada a la muerte.

Se volvió a plantear la cuestión del vestido masculino con fatigoso detalle, y le hicieron el ofrecimiento habitual: si renunciaba a su atuendo, le permitirían oír misa. Ella contestó como siempre:

—Usaré vestido de mujer en todos los servicios de la iglesia, si es que me autorizan a asistir a ellos, pero al regresar a mi celda, volveré a mis ropas habituales de hombre.

Le tendieron nuevas trampas, sin ningún resultado, pues Juana adivinaba la jugada y la desbarataba con presteza. Sí, demostró encontrarse en sus mejores momentos aquel día 2 de mayo. Con todos los sentidos alerta no se dejaba envolver. Fue una larga sesión, en la que se luchó en todos los terrenos paso a paso, bajo la dirección del orador encargado de confundir a la joven. La batalla terminó sin victoria de los 62 jueces, que se batieron en retirada a sus posiciones iniciales, quedando su solitario enemigo en el mismo punto donde se encontraba al principio.

El tiempo encantador que reinaba en Rouen ayudaba al espíritu alegre y festivo que predominaba en la ciudad. El espíritu de las gentes, alegre y bien dispuesto, estallaba en risas a la menor oportunidad. Así, cuando circuló la noticia de que la joven prisionera de la torre había derrotado de nuevo al obispo Cauchon, se produjeron expresiones de abierto regocijo entre simpatizantes de los dos bandos, franceses e ingleses, ya que el odio contra el eclesiástico era general y compartido.

Aunque la mayoría del pueblo era partidaria de los ingleses y estaba de acuerdo en enviar a Juana a la hoguera, se burlaban del obispo servil, movidos por el odio hacia él. Resultaba peligroso reírse de las autoridades inglesas, pero no existía riesgo al tratarse de Cauchon, o de sus lacayos, Loyseleur o d'Estivet. La similitud entre las palabras Cauchon y «cochon^[10]», cuya diferencia no se percibe al hablar, daba ocasión a numerosos juegos de palabras y bromas que se hicieron corrientes durante los meses del proceso. Cada vez que Cauchon abría nuevas sesiones del proceso, la gente divulgaba frases como ésta: «La cerda ha parido de nuevo^[11]». Y cada vez que el juicio se atascaba, repetían: «El cerdo ha vuelto a preparar otra chapucería».

En este ambiente, mientras paseábamos Noel y yo por las calles de Rouen, escuchábamos a la gente inculta repetir la broma en los corrillos de calles y plazas:

—¡Sangre de Od, la cerda ha parido ya cinco veces, y cinco veces le ha salido mal!

Siempre había alguna persona atrevida que declaraba:

—Sesenta y tres jueces y el poder inglés contra una niña, y las cinco veces los ha derrotado.

Cauchon habitaba en el gran palacio arzobispal, protegido con la guardia inglesa, lo cual no impedía que todas las noches ciertos ciudadanos decoraran

las paredes del edificio con cerdos pintados en forma grotesca. El obispo montaba en cólera, maldiciendo sus errores, furioso e impotente, hasta que ideó una artimaña distinta. La explicaré.

El 9 de mayo fuimos convocados Manchon y yo, de modo que tomamos nuestros utensilios de escribir y salimos. Teníamos que ir a un edificio distinto a la torre donde se encontraba la prisión de Juana. La construcción era circular, de aspecto lóbrego y macizo, edificada de forma tosca y sólida que le daba un aire triste y repulsivo. Al entrar en la habitación redonda de la planta baja, vi algo que me llenó de terror: allí estaban dispuestos los instrumentos de tortura a las órdenes de los verdugos. Una muestra más del corazón ruin de Cauchon en su faceta más oscura, prueba de que su ánimo apenas conocía la piedad.

Vimos a Cauchon en lugar preferente, junto al abate de St. Corneille con otros testigos, como el desleal Loyseleur. Los guardianes vigilaban las puertas, y en el centro se podía ver la rueda para la tortura, con el verdugo y sus auxiliares vestidos de rojo, color adecuado a su sangrienta misión. Imaginé la escena de Juana atada a la rueda, con los pies encadenados a un extremo y las manos al otro, mientras los energúmenos giraban las palancas hasta romper las articulaciones de la víctima. Creí escuchar los huesos rotos y no me explicaba cómo aquellos seguidores de Cristo podían aguantar eso con aire bonachón y sereno.

No tardó en aparecer Juana, a la cual le fue comunicado un resumen de sus crímenes. Seguidamente, Cauchon pronunció un solemne discurso. Acusó a Juana de negarse a responder algunas preguntas que se le hicieron, y responder a otras con mentiras, pero que había llegado el momento de arrancarle la verdad completa.

Aparentaba una gran confianza, como si estuviera seguro de haber encontrado el sistema para doblegar la rebeldía de aquella mocosa, a la que pondría gimiendo a sus pies, logrando así la victoria definitiva, que iba a silenciar las bromas en el populacho. Hablaba con voz tonante y su rostro moteado se iluminaba, saboreando las mieles de un triunfo anticipado. Exclamó con ferocidad:

—¡Ahí está la rueda y al lado, los verdugos! Ahora vais a contar todo, o bien daremos orden de que empiece la tortura. ¡Hablad!

Sin aire teatral, llena de sencillez, con fino tono de voz, Juana pronunció una frase inolvidable:

—No diré nada más de lo que ya he manifestado antes, ni aunque me rompáis todos los miembros de mi cuerpo. Y si, movida por el dolor, dijera algo distinto, pasada la tortura denunciaría que mis palabras me fueron sacadas a la fuerza y carecen de validez.

Era imposible quebrantar aquel espíritu. Me gustaría que hubierais podido ver a Cauchon otra vez derrotado, sin imaginarlo en absoluto. Se dijo en Rouen que ya tenía redactada una confesión completa de inculpaciones, seguro de que Juana se la firmaría. Pero la joven no se rindió, conservando su increíble lucidez mental. Muy poca gente se habría dado cuenta, en aquella situación, de que las palabras arrancadas con tortura no tenían por qué resultar necesariamente ciertas. Sin embargo, Juana la iletrada puso el dedo en la llaga con su infalible instinto. Todos pensábamos que la tortura servía para descubrir la verdad, pero cuando Juana expuso unas palabras tan simples, la chispa de su ingenio fue como el relámpago en medianoche, que ilumina valles y aldeas despejando la oscuridad. Manchon me miró sorprendido, sentimiento que se observaba también en la cara de los demás, asombrados ante la sabiduría de una doncella aldeana sin estudios. Uno de los jueces, murmuró:

—En verdad que es una criatura maravillosa. Ha descubierto una verdad tan vieja como el mundo, ¿de dónde le viene esa inteligencia?

Mientras, los teólogos discutían en voz baja la decisión a tomar. Se formaron dos grupos opuestos. Uno, capitaneado por Cauchon y Loyseleur, insistía en que le fuera aplicada tortura, mientras el sector mayoritario se mostraba porfiadamente en contra.

Al fin, Cauchon ordenó con aspereza que Juana fuera devuelta a la celda. Aquello fue una agradable sorpresa para mí, que no esperaba la reacción del obispo.

Esa noche, comentamos Manchon y yo las posibles razones para que el obispo hubiera renunciado a la tortura. Su opinión era que lo hizo por dos motivos: uno, el temor a que muriera bajo tormento, lo cual no convenía nada a los ingleses; y el otro, que la tortura serviría para muy poco, si después Juana se retractaba de lo dicho en tales circunstancias. Respecto a que firmara el reconocimiento de sus culpas, tal como lo había preparado Cauchon, todos se mostraban de acuerdo en que no lo haría, ni siquiera sometida al dolor de la rueda. De modo que Rouen volvió a burlarse otra vez, repitiendo: «La puerca ha parido seis veces y le resultaron seis chapuzas».

La furia del obispo llegaba al colmo por aquellos días. No renunciaba a su idea de aplicar la tortura. Era el plan más de su gusto de todos los ideados por él, y no podía resignarse a olvidarlo. Así que fue a convencer a sus fieles sicarios que habían redactado los doce puntos últimos contra Juana, sobre la necesidad de emplear la tortura a la acusada. Pero sus esfuerzos fueron vanos. En algunos de ellos, la actitud de Juana ya había hecho su efecto, y otros temían que pudiera morir en el tormento. De los catorce personajes reunidos para la votación, once se decidieron en contra de la tortura, y mantuvieron su postura firme, a pesar de las amenazas de Cauchon. Sólo dos insistieron en el tormento: Loyseleur y Thomas de Courcelles, el maestro en elocuencia a quien Juana rogó que leyera su libro y no confiara en su memoria.

Con los años he aprendido a cuidar el lenguaje, pero lo olvido cuando pienso en tres personas: Cauchon, Courcelles, Loyseleur.

Cuando expiraba el plazo de diez días, la Universidad de París hizo público su dictamen sobre los famosos doce artículos. Según los firmantes, Juana de Arco era considerada culpable en cada uno de los puntos. Así pues, o renunciaba a sus errores y daba reparación por ellos, o sería entregada al poder secular para recibir castigo.

La decisión de la Universidad ya estaba adoptada incluso antes del envío de los doce artículos, pese a lo cual, se tomaron desde el día 5 al 18 para redactar el veredicto. Quizá la tardanza fuera debida a la falta de acuerdo de los jueces sobre dos puntos:

1. A quién pertenecían las Voces malignas que escuchaba Juana.
2. Si los santos hablaban sólo en francés.

Por supuesto, los sabios de la Universidad calificaron de «malignas» las Voces de Juana. Y, además, ya identificaron los seres demoníacos propietarios de las Voces: Belial, Satanás y Behemoth. A mí aquello no me resultaba tan claro, porque si tales eran los demonios, ¿cómo los demostraban ellos? Según mi opinión, los argumentos eran débiles. Consideraban que los ángeles vistos por Juana eran diablos disfrazados, y que ella estaba engañada. Pero si los demonios cambian, o no, su aspecto para confundir a los hombres, ¿por qué no podría resultar que fueran ellos los equivocados? Al fin y al cabo, Juana había dado tantas muestras de lucidez e inteligencia como cualquiera de los sabios, cuando no más.

En todo caso, los mensajeros llevaron a Rouen el veredicto, junto a una carta destinada a Cauchon, saturada de alabanzas. La Universidad le daba las gracias por su celo en la tarea de desenmascarar a esa mujer «cuyo veneno había infectado la fe de toda la región Oeste de Francia». Como recompensa a su labor, le deseaban recibiera «una corona de gloria eterna en la otra vida». ¡Nada menos! Una corona en el cielo, un propósito alentador, pero sin nadie para garantizarlo. Nada se decía de la concesión del Arzobispado de Rouen,

por cuyo objetivo Cauchon estaba dispuesto a sacrificar su alma. Eso de la «corona en el cielo» debió sonarle a broma, después de su innoble trabajo. ¿Qué haría él en el cielo? Apenas conocería a nadie en este lugar.

El 19 de mayo, un tribunal de cincuenta jueces se reunió en el palacio arzobispal en sesión especial para decidir la sentencia que se debería aplicar a Juana. Unos pocos se pronunciaban a favor de ponerla, sin más trámite, en manos del poder secular, quien se encargaría de hacer justicia. Pero la mayoría solicitaba que previamente se le hiciera una «cariñosa amonestación».

Así que el mismo tribunal volvió a reunirse el día 23 en el castillo-prisión, y Juana fue conducida al estrado. Pierre Maurice, un canónigo de Rouen, en su discurso le recomendó que, para salvar su alma y librar su cuerpo, renunciara a sus errores y se sometiera a la Iglesia. Terminó su intervención con una tremenda amenaza. Caso de persistir en sus pecados, la condenación de su alma sería segura, y la de su cuerpo, muy probable. Pero Juana continuaba imperturbable. Declaró:

—Aunque me condenarais a muerte, y viese el fuego a mis pies, y el verdugo dispuesto a azuzarlo... o mejor, ya me encontrara en medio de las llamas, no podría decir otras cosas distintas a las que figuran en vuestros procesos. Me atenderé a ellas hasta morir.

Se hizo el silencio, roto por la voz de Cauchon, que se volvió a Pierre Maurice:

—¿Tenéis algo más que añadir?

El sacerdote hizo una reverencia y respondió:

—Nada, señor.

—Prisionera en el banquillo: ¿queréis añadir algo más?

—Nada —afirmó Juana.

—Entonces, el caso está cerrado. Mañana será dictada sentencia. Llevaos a la acusada.

Creo que Juana abandonó la sala erguida y serena, pero no podría asegurarlo, porque mis ojos se nublaron con las lágrimas.

¡Mañana, 24 de mayo! Hacía justamente un año, la veía cabalgar por la llanura, al frente de las tropas, con su yelmo plateado brillando al sol, su capa al viento y las plumas en agitación continua, mientras enarbolaba la espada en

alto. Sólo un año antes, asaltaba murallas con ímpetu arrollador... ¡Y ahora llegaba de nuevo el mismo día, pero esta vez con signo fatal para la Doncella!

Juana fue declarada culpable de herejía, de brujería y todos los demás terribles crímenes detallados en los «Doce artículos», por lo que su vida estaba, por fin, en mimos de Cauchon, quien podía enviarla a la hoguera inmediatamente. Pensaréis que ya se daría por satisfecho, ¿no? Pues nada de eso. ¿De qué le iba a servir a él su codiciado título de Arzobispo, si el pueblo se empeñaba en pensar que un grupo de clérigos vendidos al poder inglés habían condenado a Juana, libertadora de Francia, injustamente?

De este modo, ella se convertiría en una mártir y santa, cuya sombra se elevaría sobre las cenizas de su cuerpo con mucha más fuerza que cuando estaba viva, y tendría impulsos para arrojar a los ingleses al mar y al obispo Cauchon tras ellos. No. La victoria no era completa. La culpabilidad de Juana debía quedar muy clara, con pruebas suficientes para que el pueblo se convenciera hasta el fondo. ¿Y cómo lograr la prueba definitiva? Pues nadie mejor que la misma Juana de Arco para proporcionarla: Era necesario conseguir que ella se confesara de sus pecados, personalmente y en público, o al menos que así les pareciera a los demás.

Pero ¿cómo podría realizarse el proyecto? Durante semanas, habían intentado doblegar su ánimo, con resultados negativos. ¿Cómo convencerla ahora? Ya la amenazaron de distintas formas, pero ni la enfermedad, ni la tortura, ni el terror de la hoguera... la fatiga moral... Este sería el último recurso. Una excelente idea... Al fin y al cabo no era más que una niña, y bastaba con someterla a medidas que pudieran debilitarla, aprovechando su naturaleza femenina... Sí, parecía una jugada astuta, sobre todo recordando sus palabras sobre la posibilidad de declarar bajo tortura hechos que luego habría de negar. Este detalle valía la pena tenerlo en cuenta, y se tuvo.

En realidad, la propia Juana les indicó el camino a seguir. Lo primero, reducir su fuerza; después aterrorizarla con las llamas de la hoguera, y así, bajo el temor y la debilidad, obligarla a firmar una confesión bien preparada.

Pero ¿y si exigía antes que leyera el contenido del escrito? No podrían negárselo, delante del público... Porque, tal vez, si recobraba sus fuerzas mientras le leían su confesión..., ¿se negaría a firmar? Muy bien. Pues se le daba el «cambio», substituyendo el papel leído (corto) por otro bien preparado y mucho más extenso... e interesante.

El problema era que, si reconocía sus culpas y abjuraba de los errores, ya no la podrían condenar a muerte... Imposible. Los ingleses sólo admitían la hoguera... La cárcel les resultaba insuficiente. Sin embargo, el objetivo sería cumplido. Cauchon estaba dispuesto a prometerle que si abandonaba el atavío masculino, quedaría perdonada de la muerte, y encarcelada en prisión, con buen trato y sin guardianes a su alrededor. Entonces ella no tendría más remedio que aceptar la oferta. Más tarde, Cauchon pensaba dejar que los vigilantes la acosaran, atraídos por su ropaje femenino, de modo que Juana reclamara otra vez sus ropas de hombre. Era el momento de acusarla de falsa y mentirosa, y devolverla a la hoguera, donde encontraría, tras la deshonra, la muerte por el fuego. Estos fueron los planes. Sólo faltaba ponerlos en práctica.

Los proyectos de Cauchon son conocidos ahora, muchos años después. En aquellos momentos, nadie los compartía con él, salvo el Cardenal de Winchester y, tal vez, entre los franceses, Loyseleur y Beaupère, aunque parcialmente y no con seguridad.

Según costumbre admitida, siempre se dejaba al condenado pasar la última noche de su vida en paz y tranquilidad. Con Juana se alteró la costumbre. Loyseleur fue a visitarla en la celda, intentando, a lo largo de varias horas, convencerla para que se sometiese a la Iglesia, como buena cristiana. Le prometió, de acuerdo con el obispo, sacarla de aquel lugar y conducirla a otra prisión mucho más llevadera, no dirigida por ingleses, sino por mujeres francesas que serían sus guardianas.

Mientras tanto, Noel y yo vagábamos como almas en pena. Al anochecer llegamos hasta la puerta principal de la ciudad, con la loca esperanza de ver aparecer, de un momento a otro, las fuerzas que rescatarían a Juana, tal como anunciaron las Voces. Pero nada de eso ocurría. Una multitud se agolpaba en la puerta, desde el exterior, deseando entrar en Rouen con el fin de presenciar, al día siguiente, la muerte en la hoguera de la «bruja». Los guardianes rechazaban con rudeza a los que no mostraban salvoconducto. Observábamos a los que lograban pasar el control, pero ninguno de ellos nos recordaba a nuestros camaradas y jefes del ejército de Francia, dispuestos a liberar a

Juana.

Las calles estaban atestadas de masas de personas excitadas. Nos abríamos paso con dificultad, a pesar de lo avanzado de la noche. Nos encontramos, de pronto, cerca de la plaza de la iglesia de St. Ouen, donde vimos a muchos obreros trabajando a la puerta del cementerio de la iglesia. Al preguntar la razón de aquel tumulto, nos respondieron:

—Están construyendo el patíbulo y la pira de leña. ¿No sabéis que mañana queman a la bruja francesa?

Nos fuimos rápidamente, sin fuerzas para continuar. Al amanecer, nos dirigimos otra vez a las puertas de la ciudad a la espera del milagro. Nos informaron que el abad Jumiéges y todos los monjes de su convento pensaban asistir al sacrificio de Juana. Llegamos a creer que, escondidos por las capas religiosas, aparecerían los veteranos de la Doncella, a las órdenes de La Hire o del Bastardo. Vimos a los frailes pasar entre el respeto y el silencio de la multitud, pero no vislumbrábamos bajo las capuchas ningún rostro conocido. Fuimos ingenuos, al pensar más con el corazón que con la cabeza, pero nuestra excesiva juventud y el cariño tan grande que le profesábamos a Juana, contribuyeron a hacernos perder la razón.

A la mañana siguiente me presenté en el lugar que se me había asignado. Me encontraba en una plataforma, elevada a la altura de un hombre, en el cementerio de la iglesia, bajo los aleros de St. Ouen. Junto a mí se apiñaba un nutrido grupo de sacerdotes y ciudadanos importantes además de algunos juristas. Frente a nuestra plataforma, separada por un corto espacio de terreno, se alzaba otra mucho más lujosa, pues había sido cubierta con dosel y tapices, que la protegían de la lluvia y del aire. Varios muebles y sillas daban al conjunto un aspecto cómodo y agradable. Dos sillones se destacaban sobre los demás, colocados sobre un entarimado y dominando la situación. Uno de los dos sillones estaba ocupado por S.E. el Cardenal de Winchester y el otro, por el obispo Cauchon.

A su alrededor, tomaron asiento tres obispos, el Viceinquisidor, ocho abades, y 62 clérigos y teólogos que asistieron en calidad de jueces al proceso contra Juana. Veinte pasos más allá, frente a las dos plataformas, se levantaba un túmulo de piedra, con una mesa al finid, construida en forma de escalones, donde se asentaba la estremecedora pira de madera. En la base, haces de leña apilados. Al lado, el verdugo y sus ayudantes, con vestiduras rojas. A sus pies, restos de brasas encendidas junto a una provisión suplementaria de troncos muy considerable.

Todo el recinto ocupado por las plataformas y la gran pira quedaba custodiado por soldados ingleses formando una barrera humana, con sus figuras firmes y sus brillantes armaduras de acero bruñido. Detrás de ellos, la inmensa planicie de cabezas humanas a la espera de acontecimientos. No se escuchaba el menor ruido, ni se apreciaba movimiento. Una luz plomiza se filtraba entre nubes grisáceas, mientras lejanos resplandores en el horizonte, acusaban la presencia de la tormenta. Al fin, la quietud se turbó. Al otro lado de la plaza, se oyó el ruido de las voces de mando y de la tropa que dividía en dos la masa humana. Mi corazón me traicionó. ¿Ya estaba allí La Hire y sus diablos? No. Ellos no marchaban así. Se trataba de la prisionera, Juana de

Arco, acompañada de sus guardianes.

Me quedé más deprimido que nunca. Aun débil como se encontraba, la obligaban a caminar hasta el suplicio. Aunque la distancia no era excesiva, no resultaba empresa fácil para una persona debilitada por una prisión de meses, encadenada, sin hacer ejercicio ni respirar aire puro. Al acercarse, encorvada por el agotamiento, vimos a Loyseleur inclinando su cabeza sobre su oído. Nos enteramos después que acudió por la mañana, de nuevo, a la celda para intentar persuadirla con falsas promesas, cosa que ahora volvía a repetirlo, insistiendo en que se aviniese a lo que le pedían. En tal caso, quedaría libre de los crueles ingleses, alcanzando cobijo en el refugio poderoso de la Iglesia. Demostraba con ello su espíritu miserable y corazón mezquino.

Juana tomó asiento en la plataforma, con los ojos cerrados y como indiferente a todo cuanto la rodeaba, ajena a todo lo que no fuera permanecer quieta y en paz. Su tez aparecía de nuevo extremadamente blanca, tanto como el alabastro. A su alrededor, la gente contemplaba a la prisionera con arrebatada curiosidad. Veían una frágil muchacha de carne y hueso, y eran conscientes de tener delante a una persona cuya fama y nombre recorrió toda Europa, dejando pequeños otros ilustres soldados y generales en comparación con ella. ¡Juana de Arco, el asombro de su tiempo que llegaría a serlo también de los tiempos venideros!

Nos convencimos de que el obispo Cauchon desconfiaba de Manchon, debido a sus preferencias con Juana, puesto que en su lugar se había situado un nuevo secretario, lo cual nos quitaba trabajo a mi señor y a mí, que nos dedicamos a observar los acontecimientos. Yo estaba seguro de que Juana, víctima de intensa campaña y acosada continuamente, se encontraba ya al borde del agotamiento. Pero, según comprobé, inventaron nuevas modalidades. Ahora le estaban lanzando un sermón demoledor, en medio del calor opresivo de la tormenta. Al empezar a hablar el orador, Juana, extrañada, elevó la vista, angustiada, y dejó luego caer la cabeza. El predicador era Guillermo de Erard, famoso por su verbo florido. Comentaba el texto de los «Doce puntos», falsos naturalmente, arrojando sobre la pobre niña, una por una, las calumnias condensadas en aquel frasco de veneno, dedicándole los calificativos brutales elaborados por sus jueces. Su furia aumentaba a medida que el discurso cobraba intensidad. Pero todo en vano. Juana seguía como absorta en sus pensamientos, sin dar muestras de escuchar al orador. Al fin, Erard tronó con fuerza:

—¡Oh, pobre Francia, cómo te han maltratado! ¡Fuiste siempre la cuna de

la Cristiandad, pero ahora, Carlos, que se nombra a sí mismo Rey y gobernador, autoriza complaciente, como hereje y cismático que es, los malvados actos de esta mujer perversa e infame!

Al oír tales epítetos, Juana alzó la cabeza y sus ojos despidieron fuego. Al verlo, el predicador, con tono soberbio, se volvió hacia ella, exclamando:

—¡Juana, os hablo a vos, y os repito, que vuestro Rey es cismático y hereje!

Su alma leal se sintió ultrajada y recriminó al predicador sus expresiones ofensivas:

—¡Por mi fe, señor! ¡Estoy dispuesta a jurar, aunque me vaya la vida, que es el cristiano más noble y fiel a la Iglesia que hay en el mundo!

Se produjo una cerrada salva de aplausos en la multitud, detalle que llenó de cólera al orador, pues no iban dedicados a él, a quien correspondía todo el mérito, sino a la inoportuna ocurrencia de Juana, que destruyó su hermoso discurso. Indignado, dio con el pie en el suelo, y ordenó al alguacil:

—¡Hacedla callar!

La ocurrencia despertó risas en la gente. El pueblo reacciona así cuando un hombre hecho y derecho llama en su ayuda a un alguacil para que le proteja de una muchacha débil y enferma. Juana había destruido el efecto del orador con una simple frase, que la honraba, si bien yo no me identificaba con ella. Menos, en unos momentos en que el Rey, al abandonar a su suerte a las más noble y leal de sus súbditos, demostraba lo calculador, egoísta y cobarde que era. De haber tenido sangre en las venas, su puesto estaba allí, con la espada en la mano, al mando de su ejército, liberando a Juana de sus enemigos y devolviéndole la honra que tan justamente se había ganado. Pero no había peligro. La ovación del pueblo fue espontánea, ante el gesto noble de Juana con su Rey, lo cual no significaba simpatía a la causa francesa. Sus sentimientos estaban con los ingleses y habían acudido a presenciar cómo Juana era arrojada a la hoguera.

A continuación, el predicador conminó formalmente a Juana para que se sometiera a la autoridad de la Iglesia. Hizo la propuesta seguro de que la joven, exhausta y al límite de sus fuerzas, cedería en su tenaz resistencia. No obstante, la acusada presentó oposición:

—Respecto a eso, ya he respondido a mis jueces, rogándoles sometan al Santo Padre todos mis actos y palabras, a quien, después de Dios, apelo.

Con su portentosa intuición, una vez más, acertó a pronunciar las palabras cruciales, aunque ignoraba su valor real. Si bien, en esos momentos, con la pira dispuesta y todos en contra suya, tampoco el acogerse a la autoridad del Papa servía de mucho. Pero fue suficiente para que los clérigos temblaran un momento, cambiando rápidamente de tema.

Juana insistió en que su conducta vino determinada por la misión que le fue encomendada por Dios, y cuando intentaron denigrar al Rey y a sus generales, con voz decidida, les atajó:

—No hago responsables, ni a mi Rey ni a nadie, de mis hechos y palabras. Si algo hice mal, yo soy la única culpable. Nadie más.

Le volvieron a preguntar si no se arrepentía de las palabras y actos que los jueces declararon perversos. La respuesta despertó, de nuevo, recelo y confusión:

—Todo lo someto a Dios y al Santo Padre, el Papa.

¡Otra vez el Papa! Aquello resultaba muy peligroso. Los jueces, preocupados, cuchicheaban en corrillos, discutiendo sobre el tema. Por fin, tomaron una decisión bastante rastrera, pero la única posible para salir del atolladero. Dictaminaron que el Papa estaba demasiado lejos y que, de cualquier forma, no era necesario acudir a él, teniendo en cuenta que los jueces presentes estaban investidos de autoridad y competencia suficiente para decidir el caso, representando a la Iglesia en aquella diócesis.

La gente daba muestras de impaciencia. Sus gestos adquirían cierto aire amenazador. Fatigados por aguantar mucho rato de pie, notaban el calor picante de la tormenta que se aproximaba, a juzgar por la intensidad y el ruido cada vez mayores de los truenos y relámpagos. Había que apresurar el fin de la sesión. Erard mostró a Juana un papel escrito previamente, manipulado, y le pidió su abjuración.

—¿Abjurar? ¿Y qué es abjurar?

Desconocía el verdadero sentido de esa palabra. Massieu se lo explicó. Como se encontraba muy fatigada, no lograba entender su significado. Todo eso le parecía un embrollo de palabras extrañas. Desesperada, no pudo reprimir un grito de súplica:

—¡Le pregunto a la Iglesia Universal, si debo abjurar o no!

Erard contestó:

—Debéis abjurar ahora mismo, o seréis quemada inmediatamente.

Al escuchar tan horribles palabras, se dio cuenta del lugar donde estaba, y de la pira dispuesta, con las brasas encendidas y preparadas para iniciar el fuego. Como una sonámbula, se levantó del asiento y daba pasos de un lado a otro, murmurando incoherencias. Los jueces se inclinaron ante ella, gritando en tonos distintos: «—¡Firmad! ¡Firmad! ¡Firmad y seréis salva!». Loyseleur le repetía al oído: «Haced lo que os digo. ¡No os perdáis para siempre!».

Juana, entre sollozos, exclamó:

—¡Por favor, dejadme! No hacéis bien al acosarme...

—Juana, tenemos piedad de vos y nos compadecemos de vuestra desgracia. Arrepentíos de lo dicho o tendremos que aplicaros el castigo...

En esos momentos, se oyó la voz de Cauchon, desde la otra plataforma, que sonaba con fuerza bajo el dosel, leyendo la sentencia de muerte.

Por entonces, Juana se encontraba agotada. Se mantenía de pie, mirando con ojos extraviados alrededor. Luego, cayó de rodillas, e inclinando la cabeza, dijo:

—Me someto.

No la dejaron ni un momento en paz. Massieu comenzó a leer la fórmula de abjuración, y ella repetía las palabras automáticamente y sonriendo, pues daba la impresión de estar como enajenada, parecía muy lejos de allí, en un lugar más agradable. Entonces, el breve escrito inicial con la fórmula de abjuración, apenas de seis renglones, fue reemplazado por uno de varias páginas, sin que la aturdida Juana reparase en el cambio. Al contrario, se disculpaba de forma patética, explicando que no sabía escribir. Para salvar el inconveniente, un secretario del Rey de Inglaterra le llevó la mano para escribir al pie del documento su nombre: Juana.

El crimen se había consumado. La acusada firmó... pero ¿qué? Ella no lo sabía bien, pero los otros, sí. Estampó su firma reconociendo que se confesaba como bruja, que mantenía relación con el diablo, que blasfemaba contra Dios y sus ángeles, que estaba ansiosa de verter sangre humana, organizando rebeliones y guerras. Que era cruel y malvada, enviada de Satanás y reconocía con su firma que aceptaba llevar vestidos de mujer. Acabada la ceremonia, Loyseleur le dirigía alabanzas por haber realizado en ese día una obra de tanto mérito. Pero Juana continuaba ausente, sin escuchar lo que se hablaba a su alrededor. Cauchon pronunció las fórmulas levantando la excomunión,

devolviéndola al seno de la Iglesia, con todos sus derechos. Esas palabras sí las oyó, tal como pudo comprobarse al ver la cara de felicidad que se difundió por su rostro. ¡Pero duró poco su alegría! Cauchon, con tono implacable en la voz, añadió estas frases:

—Y para que se arrepienta de sus crímenes y no pueda repetirlos, la condenamos a prisión perpetua, alimentada con el pan de la aflicción y el agua de la angustia.

Así que ¡prisión perpetua! No lo podía creer. Nadie le había dicho tal cosa, ni Loyseleur ni los demás jueces la advirtieron. Al contrario, le prometieron que si abjuraba «todo iría bien para ella». Las última palabras de Erard fueron «que se vería libre de la cárcel». Quedó sin habla por un momento. Luego, recordó que, según palabras de Cauchon, quedaría en manos de la Iglesia, custodiada por mujeres en lugar de brutales soldados ingleses. Así que, mirando hacia el grupo de jueces, les habló con triste resignación:

—Ahora, por favor, conducidme a vuestra prisión y no me dejéis por más tiempo en manos de los ingleses.

Pero, entonces, se escucharon las vergonzosas palabras de Cauchon, acompañadas con una risita burlona:

—Nada de eso. ¡Llevala a la misma prisión donde estaba!

Pobre niña engañada. Se quedó muda, como fulminada. Daba pena verla. La habían traicionado, mentido y tratado de forma indigna. Ahora ya se daba plena cuenta. El redoble de un tambor alteró el silencio y le hizo pensar, por un instante, en que era el momento de su liberación, anunciado por las Voces. Pero muy pronto percibió que se trataba de la escolta de guardias camino de la prisión. Sin poder aguantar más, bamboleándose, cubrió su rostro con las manos y, entre sollozos, se alejó de nosotros lentamente.

Es casi seguro que nadie, en todo Rouen, estaba al corriente del juego solapado puesto en práctica por Cauchon, excepto el Cardenal de Winchester. De modo que podréis imaginar el asombro y la decepción de la multitud y de los jueces congregados en las plataformas, cuando vieron desaparecer a Juana andando, salvada del fuego, sin ofrecer el ansiado espectáculo por el que habían aguantado horas de cansancio y de incomodidad.

Quedaron como paralizados, al comprobar que la hoguera no llegó a prenderse y la condenada había escapado a la muerte. Un rugido furioso recorrió la masa. Los gritos de «traición» y las piedras volaban por el aire, hacia donde se encontraban los dignatarios. Uno de esos proyectiles pudo haber herido al propio Cardenal de Winchester, pues le pasó muy cerca. Se organizó un gran tumulto, incluso entre los más sesudos personajes, como en el caso de un acompañante del Cardenal, que agitando su puño ante el rostro del obispo de Beauvais, le habló:

—¡Por Dios, sois un traidor!

—¡Eso es falso! —respondió Cauchon.

También el conde de Warwick perdió la compostura. Soldado valiente en la batalla, entendía poco de las sutiles trampas y acciones retorcidas, propias del obispo, y entre maldiciones afirmó que el Rey de Inglaterra había sido traicionado, al permitir a Juana de Arco librarse de la hoguera. Pero los labios de Cauchon en su oído le calmaron las iras.

—No os preocupéis, señor, muy pronto la tendremos otra vez lista.

Es posible que las intenciones de Cauchon trascendieran, porque la calma se fue restableciendo lentamente y los ánimos se apaciguaron. Sin embargo, ¿creéis que a la pobre niña, agotada, le permitieron descansar una vez de regreso a su celda? Pues no. Se lanzaron como perros sabuesos tras su pista. Cauchon y algunos de sus fieles acudieron al calabozo inmediatamente, donde

la encontraron aturdida, en estado de máxima postración física y moral. Le recordaron con palabras desabridas, su promesa de vestir ropa femenina, añadiendo que, de no cumplirla, quedaría para siempre fuera de la Iglesia.

Juana oyó las palabras, pero no lograba entenderlas. Parecía haber tomado alguna pócima del sueño que la impulsara a dormir, deseando estar sola. Sus actos resultaban mecánicos, sin comprender lo que hacía a pesar de que aceptaba las instrucciones que se le daban. En tal estado, Juana se vistió las ropas femeninas que le facilitaron sus visitantes, y sólo más tarde fue recobrando la consciencia, aunque conservaba un recuerdo lejano de lo ocurrido. Cauchon abandonó la prisión, feliz y satisfecho. Juana se había colocado el traje de dama sin resistencia, y se le advirtió seriamente sobre lo que podría ocurrirle si reincidía. Además, contaba con varios testigos sobre aquellos hechos. Las cosas no podían ir mejor para sus fines. Pero ¿y si Juana se conformaba con sus nuevos ropajes y no reclamaba los anteriores de varón? Bien, pues entonces la obligarían a hacerlo.

Es muy probable que Cauchon diera a entender a los guardianes la posibilidad de hacer la vida imposible a la cautiva, sin que se tomaran represalias contra ellos. Lo cierto es que hicieron a Juana blanco de una campaña soez y violenta, sin que nadie se lo impidiera. La vida de la Doncella, en esas horas de cárcel, se convirtió en algo insostenible. No os extrañe que no me extienda en detalles. Soy incapaz de describir el episodio.

Durante el viernes y el sábado, Noel y yo nos lanzamos a imaginar sueños maravillosos, en los cuales Francia se despertaba de su modorra, sacudiendo sus cabellos... ¡Francia se ponía en marcha! ¡Francia llegaba a las puertas de la ciudad! ¡Rouen reducido a escombros y Juana liberada! Nuestras mentes ardían de gozo, en un delirio feliz y orgulloso... Y es que éramos demasiados jóvenes...

Ignorábamos lo sucedido en el calabozo de Juana el día anterior. Creímos que ya había sido perdonada y devuelta al seno de la Iglesia, por lo que ahora recibía un trato decoroso, de acuerdo con las nuevas circunstancias. Confortados con tales pensamientos, organizábamos combates heroicos, en los que también nosotros nos enzarzábamos en valerosa lucha con el enemigo. Fueron los días más felices de aquella época.

Por fin llegó la mañana del domingo. Yo estaba despierto, como siempre, soñando con el rescate. ¿En qué otra cosa habría de pensar? No tenía otra ilusión. De repente, a través de la ventana abierta, escuché una voz que gritaba, cada vez más cerca:

—¡Juana de Arco ha roto su promesa! ¡Ha sonado la última hora de la bruja!

Me quedé paralizado de angustia. La sangre se heló en mis venas.

Desde entonces han pasado sesenta años y, sin embargo, recuerdo como si fuera ayer el timbre de felicidad y triunfo de aquella voz, en la suave mañana veraniega. Muy pronto, miles de personas coreaban la misma frase que parecía llenar a la gente de una alegría salvaje. No tardaron en oírse muestras de júbilo, felicitaciones de unos a otros y sonoras risotadas, junto al redoble de tambores y lejanas músicas, entonando himnos de victoria y de acción de gracias.

A media tarde, nos llegó una citación para que Manchon y yo acudiéramos

al calabozo de Juana, por orden del obispo. Comprobamos que el ambiente de la calle se había enrarecido mucho. Los soldados ingleses y sectores de población afines a ellos daban muestras de furia incontenible, que manifestaban públicamente sin ningún recato. Nos enteramos de que en los alrededores del castillo las cosas iban de mal en peor. Una muchedumbre inquieta se agolpaba allí, con la sospecha de que eso de la vuelta de Juana a posiciones anteriores era un nuevo truco de los clérigos. De los gestos, pasaron a las obras, pues tomaron como rehenes a unos cuantos dignatarios, a los que resultó difícil rescatar con vida.

En tales condiciones, Manchon se negó a acudir al lugar donde se le requería. Aclaró que sin un salvoconducto de Warwick no se movería de su casa. En efecto, a la mañana siguiente nos enviaron una escolta de soldados y, protegidos por ellos, nos dirigimos a la prisión. Los ánimos, lejos de serenarse, parecían más excitados que nunca. Los guardias nos amparaban de los ataques físicos, pero no de los insultos y amenazas que nos lanzaba la multitud a nuestro paso. Según mi criterio, todos aquellos energúmenos podían considerarse muertos una vez triunfara el ataque próximo, destinado a liberar a Juana, que no tardaría mucho en producirse.

Resultó que las noticias eran ciertas: Juana había vuelto a sus costumbres de antes. Estaba sentada, con las mismas cadenas y ropas de hombre acostumbradas. Se la veía tranquila, sin acusar a nadie por lo ocurrido. No quería responsabilizar a un siervo de lo que hizo siguiendo instrucciones de su señor. Era consciente de que la jugada última no fue ocurrencia del criado, sino del amo. Lo que sucedió fue esto: Mientras Juana dormía, exhausta de fatiga y dolor, uno de los guardianes le arrebató la ropa de mujer y le entregó la de hombre. Al darse cuenta, protestó, solicitando su vestido femenino, pero se negaron a entregárselo. Comprendió la trampa, y supo que era imposible oponerse a semejante acción, de modo que aguantó con la vestimenta masculina, sabiendo lo que le esperaba. Se había cansado de luchar inútilmente contra la adversidad.

Entramos en la celda, detrás de Cauchon, el representante del Inquisidor y varios testigos más. El ver a Juana tan desanimada, triste y encadenada como siempre, cuando me esperaba otra cosa más agradable, fue un duro golpe a mi optimismo. No acababa de creerme la noticia de su reincidencia, pero ahora comprendía bien su alcance. La victoria de Cauchon parecía ya completa, definitiva. Los días anteriores, solía presentar un aspecto cansado e irritable, mientras en esos momentos se le veía muy satisfecho, lleno de tranquilidad.

Su cara amoratada se inundaba de felicidad triunfante y maliciosa. Andaba arrastrando sus hábitos hasta llegar delante de Juana, disfrutando del cuadro de una pobre chica acobardada. Los jueces comenzaron el interrogatorio. Uno de ellos, Marguerie, que parecía más prudente y perspicaz, reparó en el cambio de vestido de Juana y exclamó:

—Esto me parece raro. ¿Cómo puede haber cambiado sus ropas ella sola, como no sea que se las hayan facilitado los demás? ¿O, acaso, ha sucedido algo peor?

—¡Por mil diablos! —bramó Cauchon—. ¿Es que no vais a cerrar la boca?

—¡Vendido a los franceses! ¡Traidor! —gritaron los soldados ingleses, al mismo tiempo que se arrojaron sobre Marguerie, lanza en ristre. El pobre hombre se libró de la muerte con dificultades, y permaneció mudo y asustado en el fondo de la celda. Otros jueces le relevaron.

—¿Cómo habéis vuelto a vestir ropa masculina?

No logré escuchar su respuesta, pues justo en esos momentos una de las alabardas de los soldados cayó al suelo con gran estrépito, pero me pareció oír que decía algo así como que lo hizo por voluntad propia.

—Sin embargo, habéis prometido no volver a utilizarlo.

Sentí curiosidad por su respuesta, y cuando la dio, respondía a lo que yo esperaba. Habló con voz suave:

—Nunca me gustó la idea y tampoco juré que no volvería a adoptar la ropa de hombre.

Estaba seguro de que cuando Juana abjuró ante la pira no estaba consciente. Esa respuesta de ahora me daba la razón. Luego, añadió:

—Pero tenía derecho a vestirme esta ropa, ya que las promesas que se me hicieron no se han cumplido... Ni se me ha permitido asistir a misa, ni recibir la comunión, ni quitarme estas cadenas... ya veis que las llevo puestas...

—Pese a todo, al abjurar, hicisteis la promesa de no volver a vestir el atavío masculino.

Al oír esto, Juana, con las manos juntas, encadenadas, suplicó a sus jueces:

—Prefiero morir a seguir como estoy. Pero si me libráis de las esposas,

permitís que asista a misa y me trasladáis a otra cárcel en la que me vigilen mujeres, seré dócil y haré todo lo que más os guste.

Cauchon lanzó un resoplido de desprecio ante las palabras de Juana. ¿Mantener ahora la palabra que le dieron a una miserable procesada? ¿Cumplir sus compromisos? ¿Y por qué motivos? Aquella oferta se hizo por conveniencia del momento y con el fin de ganar terreno. Cumplido el objetivo, no hacía falta nada más. El haber adoptado otra vez el traje de hombre ya era más que suficiente para lograr el fin de enviarla a la hoguera. Pero nunca estaría de más disponer de algún motivo que aumentara las justas razones del tribunal. Así que Cauchon intentó ver si las declaraciones de Juana servían para añadir a su conducta otros delitos. Le preguntó si las «Voces» le hablaron últimamente, a propósito de su abjuración.

—Sí —respondió ella—. Mis voces me explicaron que hice muy mal abjurando de todos mis actos y opiniones anteriores. —Después, con un hondo suspiro, añadió con sencillez—: Fue el miedo que tuve a la hoguera, lo que me llevó a decir todo eso.

Ahora estaba serena y descansada, con lo que recobró su valor y lealtad innata a la verdad. Hablaba con energía y calma, sabiendo que sus palabras firmarían la sentencia de muerte en el mismo fuego que tanto horror le causó. La respuesta, larga, sincera y libre, la iba a conducir a la hoguera. Manchon también se dio cuenta de lo que ocurriría. Al margen de la declaración de Juana, escribió un comentario significativo: «*Responsio mortífera*». Respuesta de muerte. Sí. Todos los presentes supieron que ésa era una respuesta fatal. Se produjo el silencio, lo mismo que sucede cuando los que asisten al moribundo, al escuchar su último suspiro, se dicen unos a otros, con voz débil: «todo ha terminado».

También allí, todo había terminado. Pasados unos momentos, Cauchon, continuó dispuesto a rematar a su víctima:

—¿Todavía creéis que las Voces son las de Santa Margarita y Santa Catalina?

—Sí... Y también creo que Dios las envía.

—Y aun así, lo negasteis al abjurar...

Entonces, Juana declaró que nunca fue su intención renunciar a sus creencias, pero que *Si* lo hizo —prestad atención al condicional—, «si hice alguna retractación en el patíbulo fue por miedo al fuego, y, por tanto, sin

valor para alterar la verdad que ahora declaraba». Es evidente que no se dio cuenta exacta de sus palabras junto a la pira, hasta que sus Voces se lo hicieron ver más tarde. A continuación, dio por terminado el doloroso episodio con un tono de patetismo en la voz, como profundamente cansada de aquella lucha:

—Prefiero cumplir mi condena cuanto antes. Permitidme morir. No puedo soportar más tiempo este cautiverio.

Aquel espíritu, nacido para vivir a la luz del sol y en libertad, ansiaba tanto abandonar la horrible prisión, que estaba dispuesta a conseguirlo a cualquier precio, aunque fuera la muerte. Al contemplar la escena, algunos jueces se mostraron abatidos, muy tristes y apenados. Al bajar al patio de la fortaleza, nos encontramos al conde de Warwick reunido con un nutrido grupo de ingleses, que aguardaban impacientes las noticias. En cuando los vio Cauchon, se dirigió a ellos con aire triunfante y riendo. Podéis imaginarlo... un hombre que aniquila a una pobre muchacha desamparada y encima tiene humor para reírse de su hazaña:

—¡Tranquilizaos! —les dijo—. ¡Todo se ha perdido para ella!

Es propio de los jóvenes caer en el desaliento ante las dificultades invencibles, como nos sucedió a Noel y a mí después de comentar las terribles noticias sobre el destino de Juana. Pero también es normal que las esperanzas vuelvan a despertar, como ocurrió con las nuestras cuando recordamos la vaga promesa de las Voces sobre una supuesta liberación «en el último momento». Ciertamente que la última vez no sirvió de nada la esperanza, pero ahora iba a ser diferente: el Rey no tardaría en acudir, al frente de sus tropas. La Hire vendría con ellos, junto a los veteranos, seguidos por ¡toda Francia detrás! Con tales pensamientos, recobramos el ánimo, llegando incluso a escuchar el vibrante ruido del acero, los gritos de combate y la excitación del asalto, y contemplamos a Juana libre de sus cadenas y con la espada en la mano, emocionada y fuerte. Pero aquel sueño no tardó en desaparecer reducido a la nada. A última hora de la noche, mi señor Manchon entró y me dijo:

—Vengo de la celda de la Doncella, y traigo para vos un mensaje de su parte.

¡Un mensaje para mí! Si Manchon se hubiera fijado en mi cara, habría descubierto que mi actitud indiferente respecto a Juana era completamente ficticia, pues su noticia me tomó desprevenido y me quedé tan conmovido ante el honor que se me hacía, que no acerté a disimular.

—¿Un mensaje para mí, reverencia?

—Sí. Os pide que hagáis algo por ella.

Me explicó que se había fijado en mi joven ayudante y en su aspecto bondadoso, pensando en la posibilidad de encargarle un servicio. Le dije que contara con ello y le pregunté cuál era el favor. Respondió que se trataba de escribir una carta a su madre. Estuve de acuerdo, añadiendo que se la escribiría con mucho gusto. Pero ella prefería lo hicierais vos, para no entorpecer mis muchos trabajos como secretario. Le prometí enviar a buscaros, y eso pareció alegrar su semblante. Me daba la impresión de que

para ella era como ver a un amigo querido, precisamente ahora, que tanto los necesita. Intenté enviaros recado, pero no me lo permitieron. No puede entrar en la prisión, nadie, como no sean los jueces y oficiales. No tuve más remedio que decírselo, lo cual le causó gran pena. Así que me transmitió el mensaje para vos. Me parece extraño su contenido y así lo expresé, pero ella me explicó que su madre sí lo entendería: «Haced llegar el testimonio de mi cariño apasionado a mis padres y a todos los amigos del pueblo, diciéndoles que no se ilusionen con mi libertad, aclarando que no habrá rescate, puesto que anoche, por tercera vez en un año, tuve la Visión del Árbol». ¿Verdad que es raro? Insistió en que sus padres lo comprenderían. Después, por unos momentos, pareció como si soñara, mientras sus labios entonaban la canción del lejano Árbol de su infancia, según me contó.

Supe entonces que no había la menor esperanza. La carta de Juana contenía también un mensaje oculto para Noel y para mí, hecho con el fin de que abandonáramos toda ilusión. Quiso decimos claramente el destino que le aguardaba, indicándonos, como soldados suyos que éramos, sus órdenes sobre el modo como debíamos aceptar la voluntad de Dios. Haciéndolo así, encontraríamos alivio en nuestro dolor. Era algo muy propio de ella, pues siempre pensaba antes en los demás que en sí misma. Su corazón estaba afligido por nosotros y trataba de suavizarnos la pena, cuando precisamente la sacrificada sería, única y exclusivamente ella.

Escribí aquella carta, ya podréis imaginar con cuántos esfuerzos... Lo hice con la misma pluma que me sirvió para trazar en el pergamino la primera proclama dictada por Juana en su vida, conminando a los ingleses a abandonar Francia, cuando era una niña de 17 años. Ahora, acababa de escribir su último mensaje. Al terminar de hacerlo, rompí la pluma, pues ese instrumento ya no podría servir a nadie más en este mundo, sin rebajar su categoría.

Al día siguiente, 29 de mayo, Cauchon envió a llamar a sus jueces, pero sólo 42 de los 63 respondieron. Caritativamente, podríamos pensar que los otros veinte sintieron vergüenza en acudir. Esos 42 la declararon hereje, reincidente, y la condenaron a ser entregada al poder civil. Cauchon les dio las gracias. Luego, ordenó que Juana fuera conducida, al día siguiente, a la plaza llamada del Mercado Viejo, y fuera entregada al juez, quien la pondría en manos del verdugo. Todo esto significaba que sería quemada en la hoguera. Al atardecer de ese mismo día 29 de mayo, se difundió la noticia por todas partes, de modo que la gente de los alrededores acudió a Rouen con el

propósito de presenciar la ejecución. Al menos, los que lograran demostrar sus simpatías hacia los ingleses, únicos a los que se admitiría. La multitud se agolpaba en las calles, creciendo por momentos el tumulto. Sin embargo, se observaba un sentimiento de piedad en el rostro de los campesinos. Lo mismo ocurrió en anteriores ocasiones, cuando la muerte de la Doncella se perfilaba como muy probable. La tristeza aparecía de nuevo, mostrándose de forma visible en muchos semblantes.

La mañana siguiente, Martin Ladvenue, acompañado de un fraile, fue enviado a la presencia de Juana con el fin de ofrecerle auxilio espiritual antes de la muerte. Manchon y yo fuimos con ellos a cumplir una tarea penosa, especialmente para mí. Anduvimos por los corredores sombríos, hasta llegar a la presencia de Juana. Al principio no se dio cuenta. Permaneció sentada con las manos recogidas y la cabeza inclinada, pensativa y con expresión triste. ¿En qué estaría pensando? ¿En su casa de Domrémy, en su familia, en los prados verdes o en los amigos a los que ya nunca volvería a ver? ¿En los errores cometidos, o en el desamparo en que la habíamos dejado, y en la crueldad con que la trataron los jueces? ¿O tal vez reflexionaba sobre la muerte que le había tocado en suerte? Absorta en sus tristes meditaciones, continuaba sin percibir nuestra presencia. Entonces, Martin Ladvenue la llamó suavemente:

—Juana.

Levantó la cabeza con leve sobresalto y débil sonrisa, y respondió:

—Hablad. ¿Qué noticias me traéis?

—¿Podréis resistir lo que os voy a comunicar?

—Creo que sí, —dijo inclinando de nuevo la cabeza.

—He venido para prepararos a morir.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo agotado. Se hizo un silencio. Luego, ella preguntó con voz sorda:

—¿Cuándo será?

Se oyeron los sonos de una campana tañendo a lo lejos.

—Ahora. El momento está próximo.

Volvió a estremecerse.

—¡Es tan pronto...! ¡Ah, es tan pronto...!

Los tañidos de la campana volvieron a escucharse en el silencio de la celda. Permanecimos quietos, sin hablar. Hasta que Juana preguntó:

—¿Cuál será la forma de la muerte?

—La hoguera.

—¡Me lo suponía!

Se puso bruscamente de pie, conmovida, y después sollozó desconsoladamente. Nos miró a todos, uno a uno, como suplicando ayuda y afecto... ¡pobre Juana! ¡Ella que nunca desamparó a nadie, incluyendo a los enemigos heridos en el campo de batalla!

—¿Por qué me tratan con esta crueldad? Hoy mi cuerpo será reducido a cenizas ¡Preferiría que me cortaran la cabeza siete veces, antes de sufrir la pena del fuego! Cuando abjuré, prometieron llevarme a una cárcel de la Iglesia, y si me hubieran conducido allí en lugar de seguir en manos de mis enemigos, no me habría ocurrido esto. ¡Invoco a Dios, como buen Juez Supremo, contra la injusticia que se comete conmigo!

Aquello nos resultaba insoportable. Las lágrimas surcaban los rostros. Por un momento, me arrodillé a sus pies. Al percibir el peligro que corría, me susurró al oído:

—¡Rápido! ¡Levantaos! No os arriesguéis, buen amigo... ¡Que Dios os bendiga para siempre!

Percibí cómo apretaba mi mano con la suya. Tuve la fortuna de ser el último al que saludó afectuosamente. Nadie se dio cuenta del gesto y la historia no lo recoge, pero es verdad, tal como yo lo cuento. De pronto, llegó Cauchon. Juana se plantó delante de él y le dijo:

—¡Obispo, muero por culpa vuestra!

Lejos de quedar avergonzado, no se inmutó y, con aire comprensivo, amonestó a la sentenciada:

—¡Debéis tener conformidad! La culpa de vuestra muerte la tenéis sólo vos, al no cumplir las promesas y reincidir en vuestros pecados.

—¡No es cierto! Si me hubierais conducido a una cárcel de la Iglesia, con guardias apropiados, tal como prometisteis, nada de esto habría sucedido. ¡Por ello, os emplazo a responder ante Dios, Juez Supremo!

Al oír sus palabras, Cauchon perdió la calma, sobresaltado, así que

desapareció rápidamente de la celda. Juana se fue calmando, aunque de vez en cuando secaba sus lágrimas y algunos sollozos sacudían su cuerpo, cada vez más distanciados, hasta desaparecer. Después, levantó la mirada y vio a Pierre Maurice, que entró acompañando al obispo.

—Señor Pierre, ¿dónde me encontraré esta noche?

—¿Confiáis en Dios?

—Sí, y con su gracia estaré en el Paraíso.

Luego, Martin Ladvenue la oyó en confesión y más tarde solicitó la sagrada comunión. Pero había un problema: ¿Cómo dar la comunión a una persona públicamente condenada por la Iglesia, convertida en pagana? No sabían qué hacer, de forma que preguntaron a Cauchon, a través de un emisario, cuáles eran sus instrucciones al respecto. Dio la orden de que se concediera a Juana todo lo que pidiera. Quizá sus últimas palabras le habían impresionado o atemorizado, ya que no conmovió el corazón, pues no lo tenía. Llevaron la comunión a Juana, que tanto la ansiaba durante los meses de cautiverio. Fueron momentos solemnes. Mientras ocurrían estos episodios, los patios del castillo abiertos al público se fueron llenando de gente humilde, hombres y mujeres enterados de que algo pasaba en la celda de Juana, y acudieron, conmovidos, sin saber muy bien a qué. No nos dimos cuenta entonces de esto, porque seguíamos en el interior de la prisión y no podíamos ver nada. Fuera de las puertas de la fortaleza la multitud se apiñaba en masa, a la espera de acontecimientos. Al ver pasar el santísimo sacramento que le traían a Juana, las gentes se arrodillaban, mientras unos no aguantaban las lágrimas, otros rezaban por la condenada a muerte. Y cuando en la cárcel se inició la ceremonia de la comunión, fuera se escuchaba el cántico de las letanías dedicadas a un alma a punto de abandonar el mundo. El temor a aquella muerte cruel había abandonado a Juana ya para siempre. La serenidad y la entereza sustituyeron al miedo, y así fue hasta el final.

A primeras horas de la mañana, la Doncella de Orleáns, Libertadora de Francia, fue conducida en la plenitud de gracia y en la inocencia de su juventud, a sacrificar la vida por el país al que amaba con toda su alma, y hasta por el mismo Rey que la había abandonado en manos de sus enemigos. Iba sentada en la carreta donde se lleva a los criminales y ladrones. En cierto sentido, la trataban peor que a un delincuente, puesto que, antes de estar sentenciada por el poder civil, ya tenía escrita la condena en ridículo capirucho en forma de mitra que le pusieron en la cabeza, donde estaba escrito su pecado: «HEREJE, REINCIDENTE, APÓSTATA, IDÓLATRA». En el mismo infamante vehículo, la acompañaba el fraile Martin Ladvenue y el maestro Juan Massieu. Aparecía Juana con su melena rubia y aspecto rejuvenecido, aire dulce y sereno, vestida con una túnica blanca muy sencilla. Al salir por la puerta de la fortaleza, la carreta quedó unos momentos encuadrada en el marco y la luz del sol, proyectada sobre aquella figura enternecedora, despertó el cariño y admiración en la multitud congregada en los alrededores. Un murmullo recorría la plaza: ¡Esto es una visión celestial! ¡Una visión! Muchos se postraron de rodillas y otros lloraban, mientras por todas partes se escuchaba la oración en favor de los moribundos, que, aumentando su volumen, la acompañó, dándole ánimos, hasta llegar al momento de su muerte: ¡Cristo, ten piedad! ¡Santa Margarita, ten piedad! ¡Orad por ella, vosotros, santos ángeles y arcángeles, benditos mártires, interceded por ella! ¡Dios nuestro, sálvala! ¡Tened piedad de ella, te lo rogamos, buen Dios!

Es cierto el relato de un historiador que recoge así los hechos: «Los más humildes y pobres no tenían otra cosa para ofrecerle a Juana que sus oraciones, pero es seguro que las plegarias no fueron vanas. Pocos acontecimientos en la vida de los pueblos pueden igualar en fuerza dramática a esa muchedumbre que rezaba, llorando y con velas encendidas, junto a los muros de aquella vieja fortaleza convertida en prisión».

El mismo cuadro se repitió a lo largo de todo el camino, hasta el lugar del sacrificio. Cientos de ciudadanos se arrodillaban, apretujados con sus velas de color amarillo pálido, recordando una pradera sembrada de flores doradas. Los únicos que permanecieron en pie, codo a codo, como vallas delimitando el camino, fueron los guardas ingleses en cumplimiento de su misión.

De súbito, apareció un hombre como enloquecido, con hábito de sacerdote, que con gemidos y gritos se abrió paso entre la muchedumbre, arrollando la barrera de los guardias, cayendo postrado ante la carreta de la condenada a muerte y con las manos suplicantes, rogó:

—¡Perdonadme, por Dios! ¡Perdonadme, Doncella!

Aquel hombre, ¡era Loyseleur!

Mirándole compasiva, Juana le perdonó con ese corazón que sólo servía para compadecerse de todos los que sufren, sin impórtale cómo fuera la ofensa. No tuvo la menor palabra de reproche para semejante desventurado que, día y noche, contribuyó a inventar las hipocresías y falsedades que llevaron a Juana al suplicio. Los guardias, repuestos de la sorpresa, habrían ensartado al arrepentido, a no ser por la intervención del conde de Warwick, que le salvó la vida con una orden seca. Nadie supo nada más de él. Se retiró del mundo en algún lugar desconocido, donde apagar sus remordimientos.

En la plaza del Mercado Viejo estaban dispuestas las dos plataformas y la pira que fue instalada en el cementerio de la iglesia de St. Ouen. Las plataformas se distribuyeron como la vez anterior: una, destinada a los grandes dignatarios, con el cardenal de Winchester y el obispo Cauchon al frente, quedando la otra reservada para Juana y sus jueces. El recinto se encontraba atestado de gente, distribuida por la plaza: incluso ventanas y tejados se veían llenos de una multitud expectante. Ultimados los preparativos, los ruidos se fueron calmando, hasta alcanzar una quietud solemne e impresionante. A una señal de Cauchon, el predicador, Nicolás Midi, inició un sermón explicando las razones por las que es necesario arrancar un sarmiento de la vid —que está representada por la Iglesia—, porque si no, el sarmiento enfermo podría corromper y destruir la totalidad de la viña. Dejó muy claro que Juana, por su perversidad infernal, suponía un grave peligro, amenazando la pureza y santidad de la Iglesia, por lo cual su desaparición era imprescindible para el bien de todos. Al final de su discurso, hizo una leve pausa y con gesto teatral, añadió:

—Juana, la Iglesia ya no puede continuar acogiéndoos bajo su protección.

¡Id en paz!

Para simbolizar el abandono de la Iglesia, Juana fue situada en solitario, al extremo de la plataforma, sentada, a la espera de su fin. Cauchon intervino en esos momentos y se dispuso a dirigir las últimas palabras a la condenada. Le aconsejaron que leyera públicamente la fórmula de la abjuración de Juana, pero cambió de parecer por temor a que ella lanzara al aire la verdad, descubriendo que abjuró sin saber lo que hacía, y resultara él avergonzado por la infamia. Así pues, se limitó a aconsejarle que recordara sus maldades y se arrepintiera de ellas, pensando en su salvación. Seguidamente, con solemnidad, pronunció la fórmula de la excomunión que la separaba de la Iglesia. Después de breves palabras, la entregó al representante del poder civil para que aplicara la sentencia y su castigo.

Juana, llorando, se arrodilló y comenzó a rezar. ¿Oraba por sí misma? ¡Nada de eso! Encomendaba a Dios al Rey de Francia. Su voz se elevaba dulce y limpia, llegando a todos los corazones con su denso dramatismo. Olvidó que la había traicionado, primero, y abandonado, después, sin pensar en su ingrato comportamiento, que la llevó a la muerte. Para ella seguía siendo su Rey, del cual era súbdita leal y entusiasta, dispuesta a defenderle de las acusaciones falsas de sus enemigos, a los que ella increpó duramente. Allí, a las puertas de la muerte, Juana rogó a todos que hicieran justicia a su Rey, pues era noble, bueno y sincero, y no merecía ningún reproche por los actos que ella, bajo su responsabilidad, había llevado a cabo. Para terminar, rogó a los presentes oraciones en su favor, tanto los enemigos como los que sentían piedad hacia ella en el fondo de sus corazones. Apenas hubo nadie que no se mostrara conmovido ante la escena, incluidos los ingleses y los jueces, al ver sus labios que temblaban en oración y los ojos arrasados en lágrimas. Hasta el propio cardenal inglés, duro en cuestiones políticas en favor de su país, pareció tener un corazón sensible. El juez civil, que debió pronunciar la sentencia y anunciar la condena, se encontraba tan nervioso que se olvidó de hacerlo, por lo que Juana se dirigió a la pira sin escuchar las fórmulas preceptivas, completando así una larga cadena de irregularidades, presentes desde el principio en su proceso.

El juez se limitó a decir a los guardias:

—Tomadla —y, después, al verdugo— Cumplid con vuestro deber.

Entonces, Juana solicitó le trajeran una cruz. No había ninguna disponible. En vista de eso, un soldado inglés dividió un leño en dos partes, y formó una

cruz, atándolas con cuerdas. Conmovido ante el valor y la devoción de Juana, le entregó la cruz, que besó y abrazó contra su pecho. Mientras, Isambard de la Pierre fue a la iglesia vecina y trajo una cruz bendecida, que ella volvió a besar y apretar contra su corazón, una vez y otra, regándola con sus lágrimas y dando gracias a Dios y a los santos. De esta forma subió los escalones hacia lo alto de la pira, llevando al fraile Isambard a su lado. Al final, la tuvieron que ayudar hasta lo alto del haz de leños preparados al efecto, quedando allí de pie, al mismo tiempo que la gente la contemplaba sin respirar. El verdugo subió hasta Juana, le enrolló unas cadenas alrededor de su cuerpo, dejándola atada sobre la pira. Descendió para avivar el fuego, quedando arriba aquella hermosa niña que tanto cariño y admiración recibió de los suyos en vida.

Yo observé todas estas operaciones con los ojos nublados por las lágrimas, pero hubo un momento en que perdí completamente la visión real de lo que me rodeaba. Así que ahora contaré los hechos, según me los transmitieron testigos presenciales. Se produjeron sonidos trágicos captados por mis oídos, que entraron en mi corazón, pero la última visión que guardo de Juana de Arco, la muestra en toda su graciosa juventud sin mancha, imagen que no se ha borrado al paso del tiempo, ni desvanecido en sus perfiles, acompañándome el resto de mis días. Ahora, seguiré mi relato.

Si alguien pensaba que, en el momento en que los pecadores confiesen sus culpas, es decir, en la hora final, Juana de Arco reconocería que sus acciones eran, en verdad, satánicas, se equivocaba por completo. Nada de eso le pasó por la mente. No se preocupaba de sí misma, sino de lo que pudiera ocurrirle a los demás. Volviendo sus ojos doloridos, hacia donde se elevaban las torres y cúpulas de la ciudad, dijo:

—¡Ah, Rouen, Rouen! ¿He de morir aquí, y tú serás mi tumba? ¡Temo que habrás de sufrir a causa de mi muerte!

Una columna de humo se alzó en dirección a lo alto, sobre su cabeza y, por un momento, gritó aterrorizada:

—¡Traedme agua bendita!

Pero, inmediatamente, se desvanecieron sus temores y se la vio tranquila. Al percibir el crepitar de las llamas a sus pies, se preocupó en favor de la persona que se encontraba a su lado. Era el fraile Isambard, en peligro de ser pasto de las llamas. Juana le había entregado la cruz, rogándole que la pusiera en alto, frente a ella, para que sus ojos descansaran al verla, encontrando el consuelo y la esperanza en los últimos momentos. Le advirtió para que se

apartase del fuego. Cuando le obedeció, ella le dijo:

—Ahora, desde lejos, conservadla ante mi vista hasta el final.

Ni siquiera en esos momentos se resignó Cauchon a dejarla morir en paz. Se acercó, manchado como estaba por su crimen, y le gritó:

—He venido, Juana de Arco, a rogaros por caridad que os arrepintáis, buscando el perdón de Dios.

—Muero por vuestra culpa —afirmó Juana, pronunciando sus últimas palabras sobre la tierra.

La densa humareda negra dejó paso al chisporroteo de las llamas, que fueron creciendo de volumen hasta que la ocultaron con su intensidad. Desde el centro del fuego se dejó oír la voz de Juana, fuerte y segura en su oración. Cuando, en algún momento, el aire despejaba algo el humo, se veía su cara elevada al cielo y los labios en callada plegaria. Por fin, una ola de fuego la envolvió por completo, desapareciendo para siempre la imagen y la voz de Juana de Arco.

Sí. ¡Nos había abandonado Juana de Arco! ¡Qué débiles resultan las palabras cuando se trata de expresar que el inmenso mundo se nos quedaba ya vacío y pobre!

CONCLUSIÓN

Santiago, uno de los hermanos de Juana, murió en Domrémy durante el proceso de Rouen, cumpliendo así la profecía que Juana hiciera en los prados próximos a nuestro pueblo, adelantando que él no asistiría a ninguna de las grandes guerras de Francia. Cuando su pobre padre se enteró del martirio de su hija, no pudo resistir, y murió de pena. A la madre, la ciudad de Orleáns le concedió una pensión que le permitió vivir tranquilamente el resto de sus días.

Veinticuatro años después de la muerte de Juana, durante el invierno, su madre acudió a París para asistir en la catedral de Notre-Dame a las primeras deliberaciones previas al proceso de rehabilitación de la Doncella. La ciudad se encontraba atestada de gente, venida de todas partes de Francia, para conocer a la anciana señora madre de la heroína. Fue conmovedor el espectáculo de verla caminar rodeada del fervor popular hacia la catedral, donde se le otorgó brillante homenaje. A su lado marchaban los hermanos, Juan y Pedro, que ya no parecían aquellos jóvenes de espíritu alegre de los tiempos de Vaucouleurs, sino que eran hombres maduros, de pelo canoso y aire gastado.

Tras la muerte de Juana, Noel y yo regresamos a Domrémy, pero después, cuando el Condestable Richemont consiguió eliminar la influencia nefasta de la Tremouille y le hizo abandonar el cargo de primer Canciller del Consejo del Rey, al reanudarse las guerras contra los ingleses, volvimos a empuñar las armas y tomamos parte en todas las grandes batallas hasta que Francia quedó libre definitivamente. Eso era lo que Juana habría deseado que hiciéramos y, viva o muerta, sus intenciones se convertían en leyes para nosotros. Los supervivientes de su antigua escolta personal, fuimos fieles a su recuerdo, combatiendo por el Rey hasta el final. En muchas ocasiones, peleábamos en lugares distintos, pero cuando la toma de París nos reunimos todos en la campaña. Aquel fue un día de júbilo, pero también una triste jornada, pensando que Juana no estaba allí para formar en la comitiva que entró victoriosa en la capital conquistada.

Noel y yo vivimos siempre juntos y le acompañé en el momento de la muerte, ocurrida en la última gran batalla de la guerra. En la misma acción murió también uno de los obstinados enemigos de Juana, *sir* Talbot, que a los 85 años había pasado toda la vida peleando. El viejo león, con su cabellera blanca flotando y su espíritu indomable, combatió aquel día con un temple tan caballeroso y fuerte, que no podría igualarlo el más valiente y joven de sus soldados.

La Hire sobrevivió al martirio de Juana trece años y permaneció siempre en el campo de batalla, actividad que, para él, suponía lo más honroso del mundo. No volví a verle, pues no coincidimos en la guerra, pero siempre nos llegaban noticias de sus hazañas.

El Bastardo de Orleáns, D'Aleçon y D'Aulon conservaron la vida lo suficiente para ver a Francia libre de sus enemigos. Testificaron en el proceso de Rehabilitación, junto a Juan y Pedro de Arco, Pasquerel y yo. Ahora todos descansan en paz. Solamente quedo yo, entre los que luchamos en las primeras batallas. Juana profetizó que viviría hasta que nuestras guerras se hubieran olvidado: es una profecía fallada. Aunque viviera mil años nunca pasarán al olvido los hechos protagonizados por Juana de Arco, porque, sencillamente, ella es inmortal.

Algunos de los hermanos de Juana se casaron y han tenido herederos. Pertenecen hoy a la nobleza de Francia, pues su apellido y su sangre les atribuyen honores que los elevan por encima de la aristocracia. Ya os habréis dado cuenta de cómo se descubrían las gentes a su paso, cuando ayer vinieron a cumplimentarme los sobrinos de la Doncella. Y no los saludan porque sean nobles, sino porque son hijos de los hermanos de Juana de Arco.

Ahora me referiré al proceso de Rehabilitación. Recordaréis que Juana coronó al Rey en Reims, y que él, como recompensa, no hizo el menor esfuerzo por salvarla. Durante los 23 años siguientes ignoró la memoria de la Doncella, sin importarle nada que sobre ella pesara como una losa, la condena impuesta a Juana por hechos llevados a cabo en defensa del propio Rey y de su corona. Y permaneció indiferente, hasta el extremo de no percibir que toda Francia estaba avergonzada y ansiosa por reivindicar el buen nombre de la Libertadora. Pero, de repente, varió de actitud, y hasta parecía interesado en hacerle justicia, en persona, a la pobre Juana. ¿Es que, al fin, se estaba sintiendo agradecido? ¿Los remordimientos ablandaron su corazón? La razón era muy distinta. Resultaba que, una vez los ingleses arrojados de Francia, corrieron la especie, entre las monarquías europeas, de que Carlos VH no era

un rey que pudiera ser tomado en serio. Según los hechos del pasado, fue coronado en Reims de manos de una mujer condenada por la Iglesia, tras haberse demostrado que estuvo en tratos con Satanás, y fue quemada en la hoguera como bruja. Entonces, ¿qué valor demostraba semejante monarca? Ninguna nación de la Cristiandad podía admitir que un rey semejante ocupara un trono. Así pues, fue el momento apropiado para activar las cosas, y el Rey puso manos a la obra. Le entró la prisa justiciera para lavar el buen nombre de su bienhechora. Apeló ante el Papa, de modo que se nombró una comisión de eclesiásticos, destinada a examinar los sucesos y emitir sobre ellos una sentencia.

Esta Comisión desarrolló varias sesiones, tanto en París como en Domrémy y en Rouen, Orleáns y otros lugares, trabajando con ahínco durante meses. Estudiaron las actas de los procesos de Juana, llamaron a testimoniar al Bastardo, al duque de Alençon, a D'Aulon y Pasquerel, a Courcelles y a Isambard de la Pierre, a Manchon y a mí y muchos otros personajes que han aparecido en mi crónica. También declararon más de cien testigos que conocieron a Juana en Domrémy, en Vaucouleurs, Orleáns, y otros lugares, así como numerosos jueces que presenciaron el proceso de Rouen, la abjuración y el martirio. Después de aquel examen agotador, la memoria de la conducta y personalidad de Juana quedaron limpias, concluyendo el dictamen exculpatorio que subsistirá para siempre.

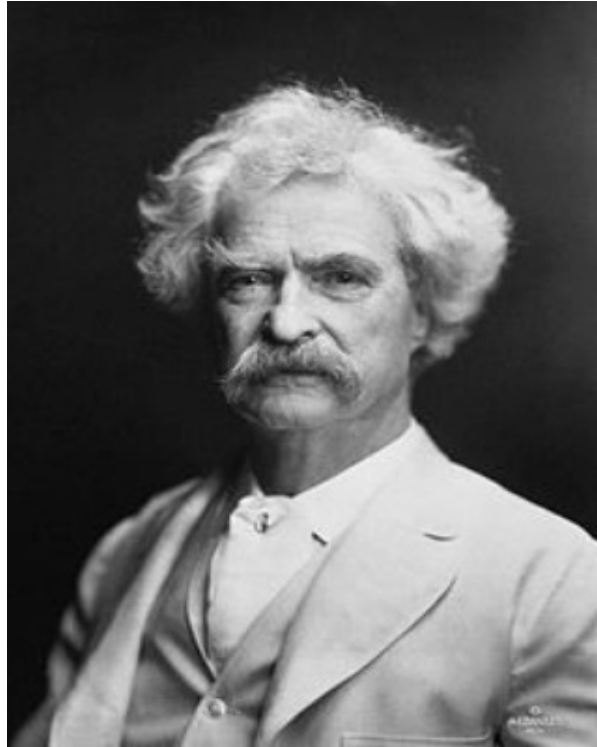
Viví de cerca muchas fases del proceso rehabilitador y tuve ocasión de ver de nuevo, antiguas caras conocidas. Entre ellas había personas muy queridas, como nuestros veteranos generales, y hasta, ¡ay!, mi Catalina Boucher, ya casada. No faltaban otros, que me trajeron malos recuerdos, como Beaupère y Courcelles y varios de sus diabólicos acompañantes. Vi también a Haumette y a la Pequeña Mengette, ya de 50 años, madres de muchos hijos. También vi a los padres de Noel y Paladín.

Impresionaba escuchar a D'Alençon alabar las cualidades de Juana como general, y oír al Bastardo confirmar estos elogios con su estilo elocuente y extenderse acerca de la bondad y dulzura de Juana, ensalzando su valor, ingenio, alegría continua, ternura y compasión, en suma, entusiasmo por todo lo noble, bello, puro y hermoso que encontrara a su alrededor. La revivió con tal fuerza, que me encogió el corazón ante su recuerdo.

Y doy por terminada mi historia de Juana de Arco, la maravillosa niña, aquella personalidad sublime, espíritu sin par, limpia de todo egoísmo y desprovista de cualquier ambición material.

En Juana de Arco, el amor a Francia era algo más que un sentimiento, pues se convirtió en pasión. Ella encarnaba la historia de Francia a la vista de todo su pueblo.

Amor, compasión, caridad, fortaleza, guerra, paz, poesía, música, son ideas que pueden representarse como a uno más le guste, con figuras de uno u otro sexo y de cualquier edad. Pero una muchacha esbelta, en plena juventud como Juana de Arco, espada en mano para cortar las cadenas de su país, llevando sobre sus sienes la corona del martirio, ¿no es la encarnación del amor a la nación, a través de todas las épocas, hasta que los tiempos se acaben?



Mark Twain nació en 1835 con el nombre de Samuel Langhorne Clemens en Florida, EE UU, y murió en 1910. Escritor y aventurero incansable, encontró en su propia vida la inspiración para sus obras literarias. Creció en Hannibal, pequeño pueblo ribereño del Mississippi, lugar que inspiraría sus obras más conocidas, *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Tom Sawyer*, que es, sin duda, su obra maestra, e incluso una de las más destacadas de la literatura norteamericana, por la que ha sido considerado el Dickens estadounidense.

El inmenso éxito de estas obras ha hecho que el resto de su obra pase más en sordina y no sea reconocida como merece, en particular su espléndida novela sobre Juana de Arco, de la que él mismo dijo: «Estoy plenamente convencido de que Juana de Arco, el último de mis libros, es el que he logrado plenamente».

Notas

[¹] El 7 de mayo se levantó el sitio de Orleáns, pero el 8 se celebraron las fiestas de la victoria, quedando fijada esa fecha para años sucesivos. (*N. del T.*) <<

[2] Todavía se celebran todos los años fiestas solemnes cívicas y militares. *J. F. Alden.* <<

[3] ¡No ocurrirá tal, en nombre de Dios! En francés, en el original. (*N. del T.*)

<<

[4] Lord Ronald Gower dice: «Michelet descubrió esta historia en la declaración del paje de Juana de Arco, Luis de Conte, quien probablemente presencié la escena...». Es cierto. Fue parte del testimonio del autor de los «Recuerdos personales de Juana de Arco, tal como lo dio en el proceso de Rehabilitación» de 1456. *J. F. Alden*. <<

[5] La promesa fue cumplida fielmente a través de 360 años y más. Pero un día, la promesa del confiado octogenario falló. Con motivo de la Revolución Francesa, la promesa quedó olvidada y la gracia, anulada. Y ha continuado desde entonces en desuso. Juana nunca solicitó que se la recordase, pero Francia lo ha hecho con amor y reverencia. Juana nunca pidió una estatua, pero le han levantado muchas. Juana nunca pidió una iglesia para Domrémy, pero Francia le está edificando una. Juana nunca pensó en que la canonizaran, y eso ocurrirá pronto. Todo lo que Juana no pidió, le ha sido concedido, pero la única cosita humilde que solicitó le ha sido quitada. Hay algo patético en esto. Francia debe a Domrémy un siglo de impuestos y cualquier ciudadano francés se mostraría de acuerdo en la conveniencia de que esa deuda debería saldarse como un acto de la más absoluta justicia. *Nota de J. F. Alden.* <<

[6] «Perdonaos el uno al otro de todo corazón, por completo, como deben hacer los cristianos leales y, si deseáis pelear, hacedlo contra los sarracenos». En francés, en el original. (*N. del T.*). <<

[7] «No estoy contenta de esta tregua que se ha pactado, y no estoy segura de mantenerla. Si lo hago así, será solamente para salvaguardar el honor del Rey». En francés, en original. (*N. del T.*). <<

[8] Estuvo en el mismo lugar 360 años, hasta la época de la Revolución francesa. Fue destruido entonces en hoguera pública, junto a dos espadas y el sombrero con penacho de plumas, varios trajes de ceremonia y otras reliquias de la Doncella. Ningún objeto perteneciente a Juana de Arco se conserva. Sólo algunos documentos de Estado y de temas militares firmados por ella se guardan hoy celosamente. Su pluma sería guiada por un ayudante o por el propio Luis de Conte. Existe una roca utilizada por Juana para montar a caballo, antes de salir a una batalla. Hasta no hace mucho, se conservaba un rizo de su cabello, adherido al lacre de un documento. Fue robado por un desconocido sin escrúpulos que lo conservará. Pero sólo el ladrón sabe dónde.

<<

[9] Mantuvo su palabra. El relato del Gran Proceso se encontrará estricta y detalladamente de acuerdo con los hechos probados por la historia. <<

[10] «Cochon» significa en francés, puerco, y se pronuncia lo mismo que «Cauchon». <<

[11] «Cochanner», significaba «parir la cerda» o «hacer una chapuza». <<